

Lo que el día debe
a la noche **Yasmina**
Khadra



se

Younes sólo tiene nueve años cuando su padre se queda arruinado. Totalmente agobiado, resuelve confiar el niño a su hermano, un farmacéutico integrado en la comunidad occidental de Orán. Ahora, el nuevo nombre de Younes es Jonas, crece entre jóvenes colonos de los que se hace amigo inseparable. Descubrirá con ellos las alegrías de una existencia privilegiada que ni la segunda guerra mundial ni las convulsiones de un nacionalismo árabe en plena expansión pueden perturbar. Hasta el día en que llega a la ciudad Émilie, una joven fascinante que se convertirá en el objeto de deseo de todos ellos y que pondrá a prueba la complicidad fraternal de los cuatro amigos, divididos entre la lealtad, el egoísmo y el rencor que la guerra de la Independencia agrava.



Yasmina Khadra

Lo que el día debe a la noche

ePub r1.1

Titivillus 10.01.15

Título original: *Ce que le jour doit à la nuit*
Yasmina Khadra, 2008
Traducción: Wenceslao-Carlos Lozano
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



En Orán como en todas partes, sea por falta de tiempo o de reflexión, no
hay más remedio que amar sin saberlo.

ALBERT CAMUS, LA PESTE

Amo a Argelia porque la he sentido por dentro.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Índice

I. Jenane Jato

II. Río Salado

III. Émilie

IV. Aix-en-Provence (hoy)

PRIMERA PARTE
Jenane Jato

1

Mi padre era feliz.

No me parecía capaz de ello.

A ratos me turbaba su semblante ya libre de angustias.

De cuclillas sobre un montículo de pedruscos, con los brazos rodeándole las rodillas, miraba la brisa abrazar la esbeltez de los tallos, tumbarse encima, revolverlos febrilmente. Los trigales ondeaban como la crin de miles de caballos galopando por la llanura. Era una visión idéntica a la que ofrece la mar cuando el oleaje la engorda. Y mi padre sonreía. No recuerdo haberlo visto sonreír hasta entonces; no tenía por costumbre traslucir su satisfacción —¿acaso la sentiría?—. Endurecido por las pruebas, con permanente mirada de acosado, su vida no pasaba de ser una interminable retahíla de desengaños; no se fiaba un pelo de lo que le reservaba un porvenir desleal e inasible.

Que yo sepa, no tenía amigos.

Vivíamos reclusos en nuestro terruño, como espectros entregados a sí mismos, dentro del silencio sideral de quienes apenas tienen qué contarse: mi madre a la sombra de su casucha, encorvada sobre su caldero, removiendo maquinalmente un caldo hecho a base de tubérculos de dudoso sabor; Zahra, tres años menor que yo, olvidada en un rincón, a tal punto discreta que a menudo no se percataba uno de su presencia; y yo, muchachito enclenque y solitario, amustiado apenas salido del cascarón, a cuestras con mis diez años.

Aquello no era vida; existíamos y punto.

Ya era puro milagro que amaneciéramos vivos, y de noche, cuando nos disponíamos a dormir, nos preguntábamos si no sería mejor cerrar los ojos de una vez por todas, convencidos de haber dado todas las vueltas posibles a las cosas, y de que no merecía la pena demorarse más en ellas. Los días se parecían desesperantemente unos a otros; jamás traían nada, y al pasar no hacían sino desposeernos de nuestras escasas ilusiones, que colgaban ante nuestras narices como esas zanahorias que hacen caminar a los asnos.

En aquellos años treinta, la miseria y las epidemias diezmaban a familias y rebaños con increíble perversidad, obligando a los supervivientes al éxodo, cuando no al vagabundeo. Nuestros escasos parientes habían dejado de dar señales de vida. En cuanto a los andrajosos que se perfilaban a lo lejos, estábamos seguros de que pasarían de largo, pues el sendero que conducía hasta nuestra casucha se estaba borrando.

A mi padre le daba igual.

Le gustaba quedarse solo, apoyado sobre su arado, con los labios blancos de espuma. En ocasiones lo tomaba por alguna divinidad que estuviese reinventando el mundo y permanecía horas enteras observándolo, fascinado por su robustez y empecinamiento.

Cuando mi madre me encargaba que le llevara la comida, no se me ocurría remolonear. Mi padre comía a hora fija, frugalmente, con prisas por volver al tajo. Yo habría preferido que me dijese algo con afecto o que me prestase atención durante un minuto; mi padre sólo tenía ojos para su tierra. Solamente en aquel lugar, en medio de su dorado universo, se hallaba en su elemento. Nada ni nadie, ni siquiera sus seres más queridos, estaba en condiciones de sacarlo de ahí.

Cuando al anochecer regresaba a nuestra casucha, la puesta del sol atenuaba el destello de su mirada. Era otro, un ser cualquiera, sin atractivo ni interés; casi me decepcionaba.

Pero ahora llevaba unas semanas encantado de la vida. La cosecha se preveía excelente, sobrepasaba sus previsiones... Empeñado hasta la camisa, había hipotecado la propiedad ancestral y sabía que estaba librando su última batalla, disparando su último cartucho. Trabajaba como diez hombres, sin desmayo, tragándose la rabia; se alarmaba ante un cielo immaculado, la menor nubecita lo electrizaba. Jamás lo había visto rezar y entregarse con tanto empeño. Y cuando vino el verano y el trigo cubrió la llanura de lentejuelas relucientes, mi padre se instaló sobre el montículo de piedras y dejó de moverse. Encogido bajo su sombrero de esparto, se pasaba la mayor parte del día contemplando la cosecha que, después de tantos años de ingratitud y de vacas flacas, por fin prometía una leve mejoría.

Pronto tocaría recoger. A medida que se acercaba el momento, más le costaba a mi padre conservar la calma. Se veía segando las gavillas con todas sus ganas, amanojando sus proyectos por cientos y entrojando sus esperanzas hasta no saber qué hacer con ellas.

Apenas una semana antes, me sentó a su lado en la carreta y fuimos al pueblo, situado a escasa distancia tras la colina. No solía llevarme a ninguna parte. Puede que pensara que las cosas estaban mejorando y que teníamos que actualizar nuestros modales así como desarrollar nuevos reflejos, una nueva mentalidad. De camino, se puso a canturrear una copla beduina. Era la primera vez en mi vida que lo oía cantar. La voz le chirriaba como para espantar a un penco; para mí era una maravilla, no había barítono que le llegara al tobillo. Se repuso de inmediato, sorprendido por haberse abandonado y hasta puede que avergonzado por servir de diversión a su retoño.

El pueblo no era nada del otro mundo. Un poblacho perdido, mortalmente aburrido, con sus casuchas de adobe resquebrajado por el peso de la miseria y sus callejas desamparadas que no sabían dónde meterse para ocultar su fealdad. Unas cabras mordisqueaban unos esqueléticos árboles erguidos en su martirio cual cadalsos. Acuclillados al pie de los mismos, unos ociosos desastrados parecían espantajos en desuso, arrinconados allí hasta que los tornados los dispersaran.

Mi padre detuvo la carreta delante de una horrenda tienducha a cuyo alrededor unos chavales se aburrían como ostras. Vestían, a modo de gandura, unos sacos de yute remendados toscamente, e iban descalzos. Su cabeza rapada y moteada de costras supurantes confería a su aspecto un carácter irreversible, como la marca de una maldición. Nos rodearon curioseando como una camada de zorrillos cuyo territorio están profanando. Mi padre los apartó con un gesto antes de llevarme a empellones hasta la tienda de comestibles en la que un hombre dormitaba entre estantes vacíos. Este ni siquiera se molestó en levantarse para atendernos.

—Necesitaré hombres y material para la cosecha —le dijo mi padre.

—¿Nada más? —preguntó con tono cansino el tendero—. También vendo azúcar, sal, aceite y sémola.

—Eso vendrá luego. ¿Puedo contar contigo?

—¿Para cuándo quieres a tus hombres con su equipo?

—¿El viernes próximo?...

—Tú eres el patrón. Nos das un toque y allá que vamos.

—Entonces, digamos que el viernes de la semana que viene.

—Trato hecho —refunfuñó el tendero, echándose el turbante sobre la frente—. Me alegra saber que has salvado tu cosecha.

—Lo que he salvado es antes que nada mi alma —replicó mi padre, alejándose.

—Para eso, viejo, primero habría que tener una.

Mi padre se estremeció ante la tienda. Le había parecido percibir cierta indirecta ponzoñosa en las palabras del tendero. Subió a la carreta tras rascarse la cabeza y puso rumbo a casa. Su susceptibilidad había quedado seriamente tocada. Se le ensombreció la radiante mirada mañanera. Debió de ver un mal presagio en la réplica del tendero. Así era, bastaba con contrariarlo para que se pusiera en lo peor, que alabaran su ardor para exponerlo al mal de ojo. Yo estaba seguro de que, para sus adentros, se arrepentía de haber cantado victoria sin tener nada seguro.

Durante el trayecto de regreso, se encogió como una serpiente y no paró de azotar con su látigo la grupa de la mula; una cólera oscura imbuía sus gestos.

Mientras se acercaba el viernes, recuperó unas viejas podaderas, unas hoces desvencijadas y alguna que otra herramienta para repararlas. Yo lo seguía a

distancia con mi perro, pendiente de la menor orden que me permitiese sentirme útil. Mi padre no necesitaba a nadie. Sabía con exactitud lo que tenía que hacer y dónde encontrar lo que necesitaba.

Pero, una noche, la desgracia se nos vino encima sin previo aviso. Nuestro perro ladraba, ladraba... Creí que el sol, tras descolgarse, había caído sobre nuestras tierras. Debían de ser las tres de la mañana y en nuestro cuchitril se veía como a pleno sol. Mi madre se llevaba las manos a la cabeza, sobrecogida ante la puerta de la casa. Las reverberaciones exteriores hacían correr su sombra multiplicada por las paredes a mi alrededor. Mi hermana permanecía inmóvil en su rincón, cruzada de piernas sobre su esterilla, con los dedos metidos en la boca y la mirada perdida.

Salí corriendo al patio y me topé con una crecida de llamas dislocadas que arrasaba nuestros campos; sus luces ascendían hasta un firmamento en el que no había una sola estrella de guardia.

Con el torso veteado de trazos negros, chorreando sudor, mi padre estaba como loco. Hundía un miserable cubo en el abrevadero, se adentraba en el incendio hasta desaparecer entre las llamas, volvía a buscar agua y regresaba al infierno. No se percataba de su ridiculez al negarse a admitir que no podía hacer nada, que ninguna oración, ningún milagro podría impedir que sus sueños se esfumaran. Mi madre se daba cuenta de que todo estaba perdido. Miraba cómo su marido se agitaba frenéticamente y temía no volver a verlo salir de la hoguera. Mi padre era capaz de abrazarse a las gavillas y de arder con ellas. ¿Acaso no eran sus campos su único elemento?

Cuando amaneció, mi padre seguía rociando las volutas de humo que exhalaban los manojos calcinados. No quedaba nada de sus campos y, sin embargo, se empeñaba en no reconocerlo. Por despecho.

No era justo.

A tres días del inicio de la cosecha.

A un palmo de la salvación.

A un soplo de la redención.

Mi padre se acabó rindiendo a la evidencia bien avanzada la mañana. Sin soltar el cubo, por fin se atrevió a echar una ojeada a la amplitud del desastre. Estuvo tambaleándose durante un rato, las piernas le flaqueaban, con los ojos enrojecidos, la cara descompuesta; luego cayó de bruces, se tumbó boca abajo y se puso a hacer, dejándonos atónitos, lo que se supone que ningún *hombre* hace en público: llorar a lágrima viva.

Supe entonces que los santos patronos acababan de renegar de nosotros hasta el

día del Juicio Final, y que la desgracia acababa de sellar nuestro destino.

Para nosotros, el tiempo se había detenido. Por supuesto, el día seguía escaqueándose ante la noche, la oscuridad precedía los amaneceres, las rapaces revoloteaban en el cielo, pero, en lo que se refería a nosotros, era como si las cosas se hubiesen agotado en sí mismas. Habíamos pasado página, pero no estábamos en la nueva. Mi padre no paraba de ir y venir por su campo arrasado. Erraba de sol a sol entre sombras y escombros. Parecía un fantasma cautivo de sus ruinas. Mi madre lo observaba por el agujero de la pared que hacía las veces de tragaluz. Cada vez que se daba palmadas en los muslos o las mejillas, ella se persignaba invocando, uno por uno, el nombre de los marabúes de la región; estaba convencida de que su marido había perdido el juicio.

Una semana después, un hombre vino a vernos. Parecía un sultán con su traje de etiqueta, la barba recortada con esmero y el pecho cubierto de medallas. Era el caíd, escoltado por su guardia pretoriana. Sin bajar de su calesa, ordenó a mi padre que estampara sus huellas digitales en los documentos que un francés demacrado y lívido, vestido de negro de pies a cabeza, sacó apresuradamente de su cartera. Mi padre no se hizo de rogar. Mojó sus dedos en una esponja empapada de tinta y los pegó a los folios. El caíd se retiró una vez rubricados los documentos. Mi padre permaneció de pie en el patio, mirando fijamente ora sus manos manchadas de tinta, ora la calesa que ya alcanzaba la cima de la colina. Ni mi madre ni yo tuvimos el valor de acercarnos a él.

Al día siguiente, mi madre recogió lo poco que le quedaba y lo amontonó en la carreta...

Todo había acabado.

Recordaré durante toda mi vida aquel día en que mi padre cruzó al otro lado del espejo. Era un día desbaratado, con su sol colgando sobre la montaña y sus horizontes huidizos. Era aproximadamente mediodía y, sin embargo, tenía la sensación de estar disolviéndome en un claroscuro en que todo se había detenido, en que los ruidos se habían retractado, en que el universo se retiraba para dejarnos mejor aislados en nuestro desamparo.

Mi padre llevaba las riendas, con el cuello hundido entre los hombros, mirando fijamente las tablas de madera, dejando que la mula nos condujera hacia no sabía yo dónde. Mi madre estaba acurrucada en una esquina de los adrales, envuelta en su velo, apenas reconocible entre sus hatillos. En cuanto a mi hermana pequeña, permanecía con los dedos metidos en la boca y la mirada ausente. Mis padres no se

daban cuenta de que mi hermana había dejado de alimentarse, que algo se había roto en su mente desde aquella noche en que el infierno echó el ojo a nuestros campos.

Nuestro perro nos seguía de lejos, con el hocico gacho. De cuando en cuando se detenía en lo alto de un cerro, se aupaba sobre sus patas traseras para comprobar si era capaz de aguantar hasta que hubiésemos desaparecido, luego brincaba hacia la pista y se apresuraba a alcanzarnos con el hocico pegado al suelo. Iba frenando a medida que se acercaba, y volvía a apartarse del camino hasta detenerse, infeliz y desamparado. Adivinaba que no había sitio para él allá adonde íbamos. Mi padre se lo dejó claro tirándole piedras al salir del patio.

Yo quería mucho a mi perro. Era mi único amigo, mi confidente. Me preguntaba qué iba a ser de ambos ahora que nuestros caminos se habían separado.

Recorrimos leguas inacabables sin toparnos con alma viviente. Daba la impresión de que el destino había despoblado la región para tenernos para sí solo... La senda corría delante de nosotros, árida, lúgubre. Se parecía a nuestra deriva.

Ya adelantada la tarde, machacados por el sol, vimos por fin un punto negro a lo lejos. Mi padre orientó a la mula hacia él. Era la tienda de campaña de un vendedor de verduras, un hipotético almacén de estacas y de tela de yute alzado en medio de ninguna parte, como surgido de una alucinación. Mi padre ordenó a mi madre que lo esperara junto a una roca. En este país, las mujeres deben permanecer aparte cuando los hombres se reúnen; no hay peor sacrilegio que ver cómo otro que no sea uno mismo le echa el ojo a tu esposa. Mi madre obedeció, con Zahra en los brazos, y fue a acucillarse en el lugar indicado.

El vendedor era un hombrecillo deshidratado, con dos ojos de hurón hundidos en un rostro picado de pústulas negruzcas. Llevaba unos zaragüelles rasgados y unas zapatillas mohosas que dejaban al aire unos dedos deformes. Su chaleco desgastado hasta la trama apenas conseguía ocultar la extrema delgadez de su pecho. Nos espiaba, a la sombra de su toldo improvisado, con una estaca en la mano. Cuando comprobó que no éramos ladrones, soltó el palo y dio un paso hacia la luz.

—La gente es malvada, Issa —dijo de entrada a mi padre—. Lo es por naturaleza. De nada sirve echárselo en cara.

Mi padre detuvo la carreta a la altura del hombre y accionó la manivela de los frenos. Entendió la alusión del vendedor, pero no contestó.

El vendedor dio unas palmadas, como si estuviera escandalizado.

—Cuando aquella noche vi el incendio a lo lejos, comprendí que un pobre diablo regresaba al infierno, pero ni por asomo sospeché que se tratara de ti.

—Es la voluntad del Señor —dijo mi padre.

—Es falso y lo sabes. Allá donde mandan los hombres, el Señor queda fuera. No es justo hacerle cargar con las fechorías que sólo nosotros cometemos. ¿Quién podía tenértela jurada hasta el punto de quemar tus cosechas, amigo mío?

—Dios decide lo que nos toca padecer —dijo mi padre.

El vendedor se encogió de hombros.

—Los hombres sólo inventaron a Dios para entretener a sus demonios.

Al poner pie en tierra, a mi padre se le quedó enganchado en el asiento el faldón de su gandura. Le dio en pensar que se trataba de otra señal de mal agüero. Una ira contenida le congestionó el rostro.

—¿Vas a Orán? —le preguntó el vendedor.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La gente siempre va a la ciudad cuando lo ha perdido todo... Ándate con cuidado, Issa. No es lugar para nosotros. Orán está repleto de timadores sin escrúpulos, más peligrosos que las cobras, más pérfidos que el Maligno.

—¿A santo de qué me vienes con esas historietas? —preguntó mi padre, irritado.

—Porque no sabes dónde te vas a meter. Las ciudades son una maldición. Allí, la baraka de nuestros antepasados no tiene curso legal. Quienes entran allí nunca consiguen salir.

Mi padre levantó una mano para rogarle que se guardara para sí sus elucubraciones.

—Te vendo mi carreta. Las ruedas y las tablas están fuertes, y la mula no ha cumplido cuatro años. Tu precio es el mío.

El vendedor echó una mirada furtiva al enganche.

—Me temo que no tengo gran cosa que ofrecerte, Issa. No vayas a creer que me quiero aprovechar de la situación. Por aquí pasan pocos viajeros, y a menudo me tengo que comer yo mis melones.

—Me conformaré con lo que me des.

—En realidad, no necesito carreta ni mula... Tengo unas cuantas monedas en mi cajetín. Las compartiré con mucho gusto contigo. En otros tiempos me echaste varios cables. En cuanto a tu enganche, me lo puedes dejar. Ya daré con algún comprador. Podrás recoger tu dinero cuando quieras. No lo tocaré.

Mi padre ni siquiera se pensó la sugerencia del vendedor. No tenía elección. Tendió una mano en gesto de aceptación.

—Eres un buen tipo, Milud. Sé que no me estás engañando.

—Quien engaña no hace sino engañarse a sí mismo, Issa.

Mi padre me pasó dos bultos, se hizo cargo del resto y, metiéndose en el bolsillo las pocas monedas que le entregó el vendedor, se apresuró a alcanzar a mi

madre sin mirar lo que dejaba tras de sí.

Caminamos hasta dejar de sentir las piernas. El sol nos aplastaba; sus reflejos, reverberados por una tierra árida y trágicamente desierta, nos herían los ojos. Mi madre se tambaleaba detrás de nosotros, fantasma momificado en su sudario, y sólo se detenía para cambiarse a mi hermana de hombro. Mi padre la ignoraba. Caminaba erguido, a grandes zancadas, obligándonos a apresurar el paso. En modo alguno se nos habría ocurrido, a mi madre y a mí, pedirle que aflojara el suyo. Yo tenía los talones desollados por las sandalias, me ardía la garganta, pero aguantaba. Para engañar al cansancio y el hambre, me concentraba en la espalda humeante de mi progenitor, en su modo de cargar con los bultos y en su zancada regular y brutal que parecía estar dando patadas a los espíritus malignos. Ni una sola vez se dio la vuelta para comprobar si seguíamos detrás de él.

El sol estaba empezando a declinar cuando alcanzamos la «vía de los rumies», es decir, la carretera asfaltada. Mi padre optó por un olivo solitario tras una loma, a salvo de las indiscreciones, y se puso a escardar las zarzas a su alrededor para que pudiéramos instalarnos. Luego comprobó que ningún ángulo muerto le ocultaba la carretera y, satisfecho, nos ordenó que soltáramos nuestros bultos. Mi madre dejó a Zahra dormida al pie del árbol, la cubrió con una mantita y sacó de un capacho una cacerola y una espátula de madera.

—Nada de fuego —manifestó mi padre—. Hoy comeremos carne seca.

—No tenemos. Me quedan unos cuantos huevos frescos.

—He dicho que nada de fuego. No quiero que nadie sepa que estamos aquí... Nos conformaremos con tomates y cebollas.

El calor fue perdiendo brío, y una brisa empezó a remover las hojas de las ramas del olivar. Se oía correr los lagartos por la hierba reseca. El sol se expandía por el horizonte como un huevo estrellado.

Mi padre estaba tumbado bajo una roca, con una rodilla al aire y el turbante sobre la cara. No comió nada. Parecía estar de malas con nosotros.

Justo antes de caer la noche, apareció un hombre en lo alto de una loma y nos hizo señales con la mano. No podía acercarse por la presencia de mi madre. Por pudor. Mi padre me envió para que le preguntara qué quería de nosotros. Se trataba de un pastor harapiento, de rostro ajado y manos encallecidas. Nos ofrecía alojamiento y cena. Mi padre declinó su hospitalidad. El pastor insistió, pues sus vecinos no iban a perdonarle que dejara a una familia dormir al raso estando tan cerca de su choza. Mi padre se opuso categóricamente. «No quiero deber nada a nadie», refunfuñó. El pastor se indignó y regresó junto a su pequeño rebaño de cabras gruñendo y golpeando furiosamente el suelo con el pie.

Pasamos la noche al raso. Mi madre y Zahra al pie del olivo. Yo, bajo mi gandura. Mi padre haciendo guardia sobre una roca con un sable entre las piernas.

Al despertarme por la mañana, mi padre ya era otro. Se había afeitado, lavado la cara en una fuente y puesto ropa limpia; un chaleco sobre una camisa descolorida, unos zaragüelles turcos con fondo plisado que nunca le había visto antes y unas babuchas de cuero deslustrado aunque recién limpiado.

El autocar llegó cuando el sol empezó a elevarse. Mi padre amontonó nuestras cosas sobre el techo del vehículo antes de instalarnos en una banqueta, atrás. Era la primera vez en mi vida que veía un autocar. Cuando se puso a rodar por la carretera, me agarré a mi asiento, subyugado a la vez que aterrado. Algunos viajeros dormitaban aquí y allá, en su mayoría rumies enfundados en unos trajes lastimosos. No me cansaba de contemplar el paisaje que desfilaba por las ventanas de ambos costados. Por delante, el conductor me tenía impresionado. Sólo le veía la espalda, ancha como un muro, y los vigorosos brazos girando el volante con mucha autoridad. A mi derecha, un vejete desdentado se bamboleaba al ritmo de las curvas, con un cojín arrugado a los pies. Tras cada curva, metía una mano en su cesta para comprobar que todo seguía allí.

El inaguantable olor a gasolina y las curvas cerradas acabaron vencién dome; me adormilé con náuseas y la cabeza a punto de explotar como un globo.

El autocar se detuvo en un área rodeada de árboles, frente a un gran edificio de ladrillo rojo. Los viajeros se abalanzaron sobre sus pertenencias. En su precipitación, algunos me pisaron los pies; ni me di cuenta de ello. Estaba tan pasmado por lo que veía que hasta olvidé ayudar a mi padre a recuperar nuestros bultos.

¡La ciudad!...

No se me había ocurrido pensar que pudiesen existir aglomeraciones tan tentaculares. Era delirante. Llegué a preguntarme si el malestar que había pillado en el autobús me estaba jugando una mala pasada. Detrás de la plaza se alineaban casas hasta donde alcanzaba la vista, armoniosamente imbricadas, con balcones florecidos y ventanas altas. Las calzadas estaban asfaltadas, bordeadas por aceras. No me lo podía creer, ni siquiera podía dar un nombre a cada cosa cuyo destello me deslumbraba. Se veían casas bonitas por todas partes, tras unas imponentes y refinadas verjas pintadas de negro. Familias enteras descansaban cómodamente en las verandas, alrededor de mesas blancas repletas de jarras y de vasos altos llenos de zumo de naranja, mientras unos niños de tez bermeja y oro en el pelo correteaban por los jardines; sus risas cristalinas brotaban entre el follaje como chorros de agua. De esos lugares privilegiados emanaba una quietud y un bienestar

que no me parecían posibles, en las antípodas del viciado relente de mi terruño, en el que los huertos fenecían bajo el polvo y los cercados para animales eran más acogedores que nuestras chozas.

Me hallaba en otro planeta.

Renqueaba tras mi padre, pasmado ante aquellos espacios verdes delimitados por tapias de sillería o vallas de fundición, ante las avenidas anchas y soleadas, y las farolas de enhiesta majestad, especies de centinelas con luz. ¡Y los coches!... Conté al menos diez. Surgían de donde menos se los esperaba, soltando traquidos, veloces como las estrellas fugaces, y desaparecían tras una esquina sin dar tiempo a pedir un deseo.

—¿Qué país es este? —pregunté a mi padre.

—Calla y sigue caminando —replicó—. Y mira hacia delante si no quieres caer en un agujero.

Era Orán.

Mi padre caminaba muy erguido, con paso firme, para nada intimidado por las calles rectilíneas de edificios vertiginosos, que se iban ramificando continuamente ante nosotros, tan idénticas que uno tenía la impresión de estar marcando el paso sin moverse de sitio. Cosa extraña, las mujeres no llevaban velo. Paseaban a cara descubierta; las viejas con extraños peinados altos; las jóvenes, medio desnudas y con la melena suelta, para nada molestas con la cercanía de los hombres.

Más adelante, la agitación fue amainando. Nos metimos por rincones sombreados y tranquilos, sumidos en un silencio apenas rasgado por el paso de una calesa o el estrépito de un cierre metálico. Algunos ancianos europeos estaban acomodados ante las puertas de sus hogares, con el rostro enrojecido. Llevaban amplios calzones cortos, camisas abiertas sobre sus barrigas y anchos sombreros inclinados hacia la nuca. Aplastados por el calor, peroraban con su vaso de anisete posado directamente sobre el suelo y agitando maquinalmente su abanico para refrescarse. Mi padre pasó delante de ellos sin saludarlos ni mirarlos. Fingió ignorarlos, pero su paso perdió repentinamente su soltura.

Desembocamos en una avenida con transeúntes detenidos ante sus escaparates. Mi padre esperó a que pasara el tranvía para cruzar la calzada. Indicó a mi madre el lugar donde debía esperarlo, le pidió que custodiara todos nuestros bultos y me ordenó que lo siguiera hasta una farmacia, al final de la alameda. Primero echó una ojeada por la vitrina para comprobar que no se estaba equivocando de dirección, luego se ajustó el turbante, se alisó el chaleco y entró. Un hombre alto y endeble garabateaba en un registro tras el mostrador, ceñido en un traje con chaleco y un fez rojo sobre su rubia cabellera. Tenía los ojos azules, un rostro fino en cuyo centro

un ribete de bigote resaltaba la incisión que tenía por boca. Al ver entrar a mi padre, frunció el ceño, luego levantó una tabla de madera y dio la vuelta al mostrador para saludarnos.

Ambos hombres se adelantaron para abrazarse.

El abrazo fue breve, pero el apretón bastante intenso.

—¿Es mi sobrino? —preguntó el desconocido, acercándose a mí.

—Sí —le dijo mi padre.

—¡Dios, qué guapo es!

Era mi tío. Ni siquiera sabía que existiera. Mi padre no nos hablaba nunca de su familia. Ni de nadie. Apenas nos dirigía la palabra.

Mi tío se agachó para apretarme contra él.

—¡Menudo chico tienes aquí, Issa!

Mi padre prefirió no añadir nada. Comprendí, por el movimiento de sus labios, que estaba recitando, en su fuero interno, versículos coránicos para conjurar el mal de ojo.

El hombre se incorporó y se colocó frente a mi padre. Tras un silencio, regresó tras su mostrador y siguió mirando fijamente a mi padre.

—No resulta fácil sacarte de tu terruño, Issa. Supongo que ha ocurrido algo grave. Hace años que no acudes a visitar a tu hermano mayor.

Mi padre no se anduvo con rodeos. Contó de un tirón lo que nos había ocurrido en nuestra tierra, nuestras cosechas esfumadas, la visita del caíd... Mi tío lo escuchó atentamente, sin interrumpirlo. Veía cómo sus manos agarraban el mostrador, luego se cerraban. Al final del relato, se echó el fez a la coronilla y se enjugó la frente con un pañuelo. Estaba abatido, pero aguantaba como podía.

—Pudiste pedirme que te adelantara dinero en vez de hipotecar nuestras tierras, Issa. Sabes perfectamente de qué va ese tipo de prórroga. Ya picaron muchos de los nuestros, y habías visto cómo acabaron. ¿Cómo pudiste dejarte engañar?

No había reproche en las palabras de mi tío, pero sí una inmensa decepción.

—Lo hecho, hecho está —aseveró mi padre a falta de argumento—. Dios lo ha dispuesto así.

—No ha sido Él quien ha hecho que arrasen tus tierras... Dios no tiene nada que ver con la maldad de los hombres. Y el diablo tampoco.

Mi padre alzó la mano para poner fin al debate.

—He venido para instalarme en la ciudad —anunció—. Mi mujer y mi hija me están esperando en la esquina de la calle.

—Vayamos primero a mi casa. Descansad durante unos días, mientras se me ocurre algo...

—No —lo cortó mi padre—. Quien quiere salir a flote debe ponerse manos a la obra de inmediato. Necesito un techo para mí, y hoy mismo.

Mi tío no insistió. Conocía demasiado bien la testarudez de su hermano pequeño como para esperar enjuiciarlo. Nos llevó al otro lado de la ciudad. Nada hay más grosero que los cambios bruscos dentro de una misma ciudad. Basta con rodear una manzana de casas para pasar del día a la noche, de la vida a la muerte. Ni siquiera hoy puedo evitar un escalofrío cada vez que recuerdo aquella aterradora experiencia.

La barriada donde fuimos a parar hizo añicos todos los encantos que me habían maravillado horas atrás. Seguíamos estando en Orán, salvo que nos encontrábamos del otro lado del decorado. Todas aquellas bonitas casas y avenidas floridas habían sido sustituidas por un caos infinito salpicado de casuchas infames, tugurios nauseabundos, jaimas de nómadas abiertas por los cuatro costados y cercados para las bestias.

—Estamos en Jenane Jato —explicó mi tío—. Hoy es día de zoco. Normalmente, esto está más tranquilo —añadió para no preocuparnos.

Jenane Jato: una maraña de maleza y de cuchitriles repleta de carretas desvencijadas, de mendigos, de vendedores callejeros, de burreros bregando con sus bestias, de aguadores, de charlatanes y de mocosos harapientos; una maleza ocre y tórrida, polvorienta y apestosa a más no poder, injertada en la muralla de la ciudad como un tumor maligno. Aquí, en estos lugares indecibles, la miseria se superaba a sí misma. En cuanto a los hombres —esos dramas itinerantes—, se diluían resueltamente en su sombra. Parecían condenados expulsados del infierno, sin juicio ni previo aviso, y arrojados a este estercolero a falta de otro sitio; encarnaban por sí solos todos los esfuerzos vanos del mundo entero.

Mi tío nos presentó a un hombrecillo canijo, de mirada huidiza y pescuezo corto. Era un comisionista apodado Bliss, una especie de carroñero siempre dispuesto a fecundar un desamparo. Por entonces sobreabundaban los depredadores de su calaña; los éxodos disintéricos que sumergían las ciudades los hacían igual de inevitables que un sortilegio. El nuestro no constituía la excepción a la norma. Era consciente de nuestro naufragio y nos sabía a su merced. Recuerdo que llevaba una perilla de duende que le alargaba excesivamente la barbilla, y una chechia asquerosa sobre su cabezota calva y abollada. Me disgustó de entrada, por su sonrisa viperina y su manera de frotarse las manos como si se dispusiera a zamparnos crudos.

Saludó a mi padre con un meneo de cabeza mientras escuchaba a mi tío explicarle nuestra situación.

—Creo que tengo algo para su hermano, doctor —dijo el comisionista, que

parecía conocer bien a mi tío—. Es lo mejor que encontrarán siempre que sea provisional. No es un hotel de lujo, pero es un lugar tranquilo, y el vecindario es honrado.

Nos condujo hasta un patio con pinta de cuadra, agazapado en el fondo de una especie de angostura pestilente. El comisionista nos rogó que lo esperáramos en la calle y carraspeó con fuerza en la entrada del patio para que las mujeres se eclipsaran, tal como era costumbre cuando un hombre penetraba en una vivienda. Una vez despejado el camino, nos hizo una señal para que lo siguiéramos.

Se trataba de un patio interior con habitaciones separadas a cada lado, en las que se amontonaban familias extraviadas que huían de la hambruna y del tifus que hacían estragos en el campo.

—Aquí es —dijo el comisionista, apartando una cortina que daba a una sala vacía.

Vacía y sin ventana, la habitación era apenas más ancha que una tumba y no menos deprimente. Olía a meado de gato, a gallina muerta y a vomitado. Las paredes, negruzcas y rezumantes de humedad, parecían a punto de derrumbarse; el suelo estaba tapizado por gruesas capas de cagarrutas de ave y de excrementos de rata.

—Por aquí no van a encontrar alquiler más barato —nos aseguró el comisionista.

Mi padre se detuvo ante una colonia de cucarachas asentada en un sumidero atestado de porquería, alzó la cabeza hacia las telarañas moteadas de moscas muertas, mientras el comisionista lo miraba de reojo, como un reptil ante su presa.

—Me lo quedo —dijo mi padre para alivio del hombre.

Se puso de inmediato a amontonar nuestras cosas en un rincón de la habitación.

—Las letrinas colectivas están al fondo del patio —soltó el comisionista con entusiasmo—. También hay un pozo, aunque está seco. Hay que cuidar de que los niños no se acerquen demasiado al brocal. El año pasado, tuvimos que lamentar la muerte de una niña porque a un despistado se le olvidó volver a tapar el agujero. Dicho esto, no hay nada más que señalar. Mis inquilinos son gente correcta, nada problemática. Todos han venido del interior para apencar y nunca se quejan. Para cualquier cosa que necesiten, acudan a mí, y sólo a mí —insistió con afán—. Conozco a mucha gente y puedo conseguir lo que sea, tanto de día como de noche, siempre que haya para pagarme. Por si no lo saben, alquilo esterillas, mantas, quinqués e infiernillos de petróleo. Basta con pedir. Les traería una fuente en mi puño siempre que me lo pagaran debidamente.

Mi padre no lo escuchaba; ya lo odiaba. Mientras ordenaba nuestra nueva

vivienda, vi a mi tío alejarse con el comisionista y meterle discretamente algo en la mano.

—Esto es para que los dejes tranquilos durante una buena temporada.

El comisionista alzó el billete al sol y lo miró con insano regocijo. Se lo llevó a la frente, luego a la boca y dijo a voces:

—Puede que el dinero no tenga olor, pero ¡Dios!, qué bien huele.

2

Mi padre no tenía tiempo que perder. Quería recuperarse sin demora. Al amanecer del día siguiente, me llevó con él en busca de alguna faena que pudiese reportarle unas cuantas monedas. Pero apenas conocía la ciudad y no sabía por dónde empezar. Regresamos al anochecer, agotados y con las manos vacías. Mientras tanto, mi madre había limpiado nuestro antro y ordenado un poco nuestras cosas. Cenamos como brutos y nos quedamos dormidos de inmediato.

Al día siguiente, antes del alba, mi padre y yo volvimos a salir en busca de un trabajo. Al cabo de una larga marcha forzada, nos llamó la atención un bullicio de gente.

—¿Qué pasa? —preguntó mi padre a un mendigo envuelto en sus andrajos.

—Buscan acémilas para descargar un flete en el puerto.

Mi padre creyó que era la oportunidad de su vida. Me ordenó que lo esperara en la terraza de un figón antediluviano y se lanzó hacia el gentío. Lo vi dando codazos a diestro y siniestro antes de desaparecer en medio del bullicio. Cuando el camión atestado de galeotes arrancó, mi padre no reapareció; había conseguido que lo cogieran.

Lo estuve esperando durante horas bajo un sol de castigo. A mi alrededor, gente harapienta se iba aglutinando al pie de las barracas, en cuclillas, increíblemente inmóvil a la sombra de su improvisado abrigo. Todos tenían una mirada inexpresiva y un retazo de noche en la cara. Daban la impresión de estar acechando, con oscura paciencia, algo que no se iba a manifestar en ninguna parte. Por la noche, hartos de tascar el freno, casi todos se dispersaron en silencio. Ya sólo quedaron los vagabundos, algunos locos gritones e individuos turbios con mirada de reptil. De repente, alguien gritó «al ladrón» y fue como si se abriera la caja de Pandora: las cabezas se levantaron y los cuerpos saltaron como muelles; y vi con mis propios ojos a una panda de energúmenos hirsutos abalanzarse directamente sobre un chico harapiento que intentaba escapar. Era el ladrón. Lo lincharon en un abrir y cerrar de ojos, entre gritos que resonaron en mis sueños durante semanas. Cuando se cumplió el castigo, sólo quedó en medio del polvo el cuerpo dislocado del adolescente encharcado en su sangre. Conmocionado, brinqué de espanto cuando un hombre se me acercó.

—No quería asustarte, pequeño —me dijo el hombre, levantando ambas manos para tranquilizarme—. Estás aquí desde esta mañana. Ahora tienes que volver a tu casa. Este no es sitio para ti.

—Estoy esperando a mi padre —dije—. Se fue con el camión.

—¿Y dónde se ha metido el estúpido de tu padre? ¿A quién se le ocurre olvidar a un mocoso en semejante lugar?... ¿Vives lejos?

—No lo sé...

El hombre pareció indeciso. Era un enorme tiarrón con brazos peludos, el rostro tostado por el sol y un ojo a la virulé. Miró a su alrededor echándose las manos a las caderas y, a regañadientes, me tendió una banqueta y me dijo que tomara asiento en una mesa mugrienta.

—No va a tardar en anochecer, y tengo que cerrar. No puedes andar solo por aquí, ¿te enteras? No es bueno. Hay mucho chiflado suelto... ¿Has comido?

Negué con la cabeza.

—Ya me lo imaginaba.

Entró en el figón y me trajo un plato metálico con una sopa coagulada dentro.

—No me queda pan.

Se sentó a mi lado y me miró con tristeza mientras daba lengüetazos a la escudilla.

—¡De verdad, qué estúpido es tu padre! —dijo suspirando.

Anocheció. El figonero cerró el negocio pero no se fue. Colgó una linterna de una vigueta y me hizo compañía con cara de pocos amigos. Se veían sombras moverse en la plaza sumida en la oscuridad. Un contingente de gente sin hogar fue ocupando el espacio, algunos alrededor de una hoguera, otros tumbándose directamente en el suelo para dormir. Pasaron las horas, los ruidos fueron amainando; mi padre seguía sin aparecer. La ira del figonero crecía a medida que corría el tiempo. Tenía ganas de regresar a su casa, pero a la vez estaba seguro de que si se le ocurría dejarme solo un minuto, yo estaría perdido. Cuando mi padre por fin reapareció, lívido de inquietud, el figonero lo increpó con aspereza:

—¿Dónde crees que estás, estúpido, en La Meca? ¿Cómo se te ocurre olvidar a tu mocoso en un lugar como este? Aquí, ni los más duros de pelar están a salvo de un golpe bajo.

Mi padre sentía tal alivio por haberme recuperado que se tragó los reproches del figonero como si fueran un elixir bendito. Se percataba de que había cometido un grave error y de que si aquel hombre me hubiese abandonado a mi suerte, jamás me habría recuperado.

—Salí con el camión —farfulló, dolido—. Pensé que nos traerían aquí después. Me equivoqué. No soy de la ciudad, y el puerto está a un trecho de aquí. Me extravié. No sabía dónde me encontraba ni cómo regresar hasta aquí. Llevo horas dando vueltas.

—Pues a ver si le das más vueltas al magín, amigo —le gritó el figonero,

descolgando la linterna—. Cuando se busca trabajo, se deja al niño en casa... Ahora seguidme los dos, y cuidado dónde pisáis. Vamos a cruzar la peor fosa de serpientes que jamás haya cavado Dios en la tierra.

—Muchas gracias, hermano —le dijo mi padre.

—No he hecho nada del otro mundo. No me gusta que toquen a los niños, eso es todo. Me habría quedado con él hasta la mañana. No habría conseguido sobrevivir en este revolcadero, y yo no me habría quedado con la conciencia tranquila.

Nos ayudó a salir de aquel degolladero sin percance, nos explicó cómo rodear los barrios peligrosos para regresar enteros a casa, y la oscuridad se lo tragó.

Mi padre siguió al pie de la letra las recomendaciones del figonero. Me confió a mi madre. Cuando me despertaba por la mañana, se había ido. Cuando regresaba por la noche, yo estaba durmiendo.

Ya no lo veía.

Lo echaba de menos.

En el patio no había nada para mí. Me aburría. Educado en soledad, con sólo un perro viejo por único compañero, no sabía cómo unirme a los chavales que no paraban de reñir en el patio. Parecían espíritus inquietos en pleno trance. Eran más jóvenes que yo, algunos muy pequeñitos, pero armaban un follón de todos los diablos. Sentado ante nuestra puerta, me limitaba a observarlos, mantenido a distancia por sus juegos alucinantes que acababan infaliblemente con una ceja abierta o una rodilla desollada.

Cinco familias compartían nuestro patio, todas procedentes del interior; campesinos arruinados o aparceros sin contrato de arrendamiento. En ausencia de los hombres, salidos de madrugada para matarse en el tajo, las mujeres se reunían alrededor del brocal y hacían lo que podían para dar a nuestra ratonera una cierta alma, impasibles ante las refriegas que protagonizaban sus retoños. Para ellas, los mocosos se estaban iniciando en las cabronadas de la vida. Y cuanto antes fuera, mejor. Hasta parecían encantadas de ver cómo se partían la cara sin reparo para, tras una buena sesión de llantina, reconciliarse antes de volver a las hostilidades con asombrosa pugnacidad... Las mujeres se llevaban bien entre sí, eran solidarias. Cuando una de ellas enfermaba, se las arreglaban para echar algo a su caldero, para hacerse cargo de su niño de pecho o turnarse para atenderla. A veces compartían alguna golosina y parecían sobrellevar sus pequeñas miserias con una sobriedad enternecedora. Me parecían admirables. Estaba Badra, una amazona elefantuna a quien encantaba contar chistes verdes. Era nuestra bocanada de oxígeno. La crudeza

de sus palabras indisponía a mi madre, pero a las otras les encantaba. Badra era madre de cinco chiquillos y de dos adolescentes difíciles. Estuvo casada una primera vez con un pastor muy duro de mollera, casi autista, del que decía que estaba armado como un burro pero que no tenía ni idea del asunto... Estaba Batoul, flaca y morena como un clavo, canosa cuarentona con la cara cubierta de tatuajes que se partía de risa antes de que Badra abriera la boca. Casada a la fuerza con un anciano de la edad de su abuelo, pretendía tener dotes de vidente: leía las líneas de la mano e interpretaba los sueños. Acudían a consultarla con regularidad mujeres del vecindario y de fuera. Les predecía el porvenir a cambio de unas cuantas patatas, de algo de calderilla o un trozo de jabón. Para los inquilinos del patio era gratuito... Estaba Yezza, una regordeta pelirroja de opulenta pechera, a quien el borracho de su marido pegaba cada dos noches. Tenía la cara apergaminada por las sucesivas palizas que se llevaba y casi no le quedaban dientes. Su problema era que no procreaba, lo cual volvía especialmente odioso a su marido. Estaba Mama, liada hasta el cuello con su caterva de diablillos, valiente como diez criadas, dispuesta a cualquier concesión con tal de que no se le cayera la casa encima... Y por último estaba Hadda, bella como una hurí, apenas adolescente y ya cargando con dos hijos. Su marido salió una mañana a buscar trabajo y no regresó. Abandonada, sin referencias ni ingresos, sobrevivía gracias a la solidaridad de sus vecinos.

Dichas damas se reunían a diario alrededor del pozo y pasaban la mayor parte de su tiempo removiendo el pasado como quien remueve el cuchillo dentro de la herida. Hablaban de sus huertos confiscados, de sus dulces colinas perdidas para siempre, de los parientes que se quedaron en aquel infortunado terruño que no sabían si volverían a ver algún día. Entonces, la pena les ajaba el rostro y se les quebraba la voz. Justo cuando iban a romper a llorar, Badra volvía a sacar el tema de los delirantes farfulleros coitales de su primer esposo y, como si se tratara de una fórmula mágica, los recuerdos tristes aflojaban su escozor y las mujeres se revolcaban de risa en el suelo; el buen humor se imponía sobre las evocaciones asesinas y el patio recobraba algo de su alma.

Las bromas proseguían hasta el anochecer. A veces, envalentonado por la ausencia de los hombres, el comisionista Bliss acudía al patio para hacerse el vacilón. Nada más oírlo carraspear en el pasillo, las mujeres se volatilizaban. El comisionista entraba en el patio vacío, regañaba a los niños, que no soportaba, se ponía chinchoso por nada y nos trataba de catetos ingratos y de gentuza al apreciar el menor rasguño en la pared. Se erguía ostensiblemente frente a la vivienda de la bella Hadda y, con la perfidia de un piojo tuerto, nos amenazaba con echarnos *a todos* a la calle. Cuando se iba, las mujeres salían de su madriguera entre risas

ahogadas, más divertidas que intimidadas por las fanfarronadas del comisionista. Bliss las pronunciaba a mansalva, pero no daba la talla. Jamás se habría atrevido a asomar su hocico de rata de haber habido un hombre en el patio, ni siquiera encamado o agonizante. Badra estaba convencida de que Bliss andaba detrás de Hadda. La joven era una presa fácil, sin recursos y vulnerable, fragilizada por los retrasos de su alquiler; el comisionista la presionaba para doblegarla.

Para ahorrarme las groserías de Badra, mi madre me permitió salir a la calle, si es que eso podía llamarse una calle. Era un sendero de tierra apisonada, bordeado a ambos lados por casuchas de cinc y barracas putrefactas. Sólo había dos casas de obra: nuestro patio y una especie de establo en el que vivían varias familias amontonadas. En la esquina se encontraba el barbero, un mequetrefe sin edad definida, apenas más alto que un espárrago, tan canijo que los cachas se negaban a pagarle. Componía su barbería a cielo abierto un cajón de municiones de guerra, recuperado en un vertedero militar, un trozo de espejo procedente de una puerta de armario, y una tabla combada sobre la cual reinaban una brocha de afeitar deshilachada, unas tijeras descompuestas y unas cuantas cuchillas inservibles. Cuando no afeitaba a los ancianos sentado directamente en el suelo, se acuclillaba junto a su cajón y se ponía a cantar. Tenía una voz cascada, las palabras no eran siempre las exactas, pero había en su manera de conjurar su pena algo que daba en la diana. No me cansaba de escucharlo.

Al lado del barbero había un amontonamiento de cachivaches que se las daba de tienda de comestibles. El tendero se llamaba Patapalo, un veterano del ejército colonial declarado inútil tras haberse dejado parte del cuerpo en un campo de minas. Era la primera vez que veía una pierna de madera. Me resultó muy extraño. El tendero parecía estar orgulloso de la suya; le encantaba amenazar con ella a los chavales que huroneaban en sus tarros.

Patapalo no estaba satisfecho con su negocio. Echaba de menos el aroma de las broncas y el ambiente cuartelero. Soñaba con reincorporarse y enganchar al enemigo. Mientras le crecía la pierna mutilada, vendía conservas de mercado negro, panes de azúcar y aceite adulterado. En sus ratos libres, ejercía de sacamuelas; lo vi en varias ocasiones extraer a chavales raigones podridos con una pinza oxidada; era como si les arrancara el corazón.

Luego estaba el descampado que daba a la maleza. Me aventuré por allí una mañana, atraído por la batalla campal que estaban librando dos pandillas de chiquillos, una dirigida por Daho, un salvaje pelado a rape con sólo una mata de pelo crespo en la frente, y la otra por un joven adulto, puede que un retrasado, que se las daba de conquistador. Fue como si se hubiese abierto la tierra bajo mis pies.

En una fracción de segundo, un revuelo de brazos me agarró y me alivió sobre la marcha de mis chanclas, de mi gandura y de mi chechia antes de que yo entendiera lo que me estaba ocurriendo. Hasta intentaron llevarme a rastras a los matorrales para *deshonrarme*. Ignoro cómo conseguí escapar de aquella jauría; traumatizado en lo más hondo de mi ser, no volví a poner los pies en esos territorios malditos.

Mi padre trabajaba como un burro, pero no las tenía todas consigo. Había un montón de madrugadores, y el trabajo era un bien escasísimo. Eran demasiados los miserables que reventaban en los estercoleros con el ombligo pegado a las vértebras, y los supervivientes no dudaban en destriparse por un mendrugo rancio. Eran tiempos duros, y la ciudad, que de lejos semejaba un espejismo de esperanzas, resultaba ser un espantoso engañabobos. Sólo una de cada diez veces conseguía mi padre un trabajillo con el que apenas sacaba para comprar un pedazo de jabón con que lavarse. Algunas noches, regresaba tambaleándose, la cara estragada y la espalda sajada por los innumerables bultos que cargaba o descargaba durante todo el día, tan dolorida que tenía que dormir boca abajo. Estaba desgastado, sobre todo desesperado. El peso de la duda estaba quebrantando su terquedad.

Fueron pasando las semanas. Mi padre adelgazaba a ojos vista. Estaba cada vez más irascible y siempre encontraba un motivo para pagarla con mi madre. No la pegaba; se limitaba a gritarle y mi madre agachaba estoicamente una cabeza culpable sin decir nada. Las cosas se nos iban de las manos y nuestras noches eran pura hiel. Mi padre ya no dormía. No dejaba de gruñir y de golpearse la palma de las manos. Lo oía dar vueltas por la habitación en plena oscuridad; a veces, salía al patio y se sentaba en el suelo, con la barbilla entre las rodillas y los brazos alrededor de las piernas hasta el amanecer.

Una mañana, me ordenó que me pusiera una gandura menos estropeada y me llevó donde su hermano. Mi tío estaba en su farmacia, colocando cajas y tarros sobre los estantes.

Mi padre vaciló antes de entrar en el laboratorio. Con su orgullo y apuro, estuvo dando vueltas hasta decidirse a contar el motivo de su visita: necesitaba dinero... Mi tío llevó de inmediato la mano a la caja, como si lo esperara, y sacó un billete de los grandes. Mi padre le pidió que se detuviera con gesto atormentado. Mi tío comprendió que su hermano no tendería la mano. Dio la vuelta al mostrador y le metió el dinero en el bolsillo. Mi padre estaba petrificado, cabizbajo. Dio las gracias con voz encogida, apagada, apenas audible.

Mi tío regresó tras su mostrador. Era evidente que tenía ganas de decir algo

pero que no se atrevía a hacerlo. Su mirada no dejaba de medir la de mi padre, y sus dedos blancos y limpios tamborileaban con nervio la tabla. Tras haber sopesado a conciencia los pros y los contras, sacó fuerzas de flaqueza y dijo:

—Sé que resulta duro, Issa. Pero sé que podrías salir adelante... si me dejaras ayudarte un poco.

—Te devolveré hasta el último céntimo —prometió mi padre.

—No se trata de eso, Issa. Me lo devolverás cuando quieras. Si por mí fuera, ni siquiera necesitarías hacerlo. Estoy dispuesto a prestarte más. No me supone ningún problema. Soy tu hermano, estoy disponible en todo momento y para lo que sea... No sé cómo decírtelo... —añadió, carraspeando—. Siempre me ha costado mucho hablar contigo. Temo ofenderte cuando lo único que pretendo es ser tu hermano. Ya va siendo hora de que aprendas a escuchar, Issa. No hay nada malo en escuchar. La vida es un aprendizaje permanente; cambian las cosas tanto, y con ellas las mentalidades, que cuanto más cree uno saber, menos sabe.

—Me las arreglaré...

—No tengo la menor duda de ello, Issa. Salvo que las buenas intenciones requieren medios para llevarlas a cabo. No basta con creerlo a pies juntillas.

—¿Qué estás insinuando, Mahi?

Mi tío estaba tan nervioso que se retorció los dedos. Estuvo buscando las palabras, les dio vueltas y más vueltas mentalmente y dijo, tras respirar con fuerza:

—Tienes una mujer y dos hijos. Es mucho para un hombre sin recursos. Eso te ata los puños y te recorta las alas.

—Es *mi* familia.

—También yo soy familia tuya.

—No es lo mismo.

—Sí es lo mismo, Issa. Tu hijo es mi sobrino. Lleva mi sangre. Entrégamelo. Sabes perfectamente que no llegará a gran cosa en tu estela. ¿En qué piensas convertirlo? ¿En cargador, en limpiabotas, en chalán? Hay que encarar la realidad de frente. Contigo no llegará a ninguna parte. Este chico necesita ir al colegio, aprender a leer y a escribir, crecer correctamente. Ya lo sé, los moritos no valen para estudiar. Lo suyo son los campos y los rebaños. Pero yo puedo mandarlo al colegio y convertirlo en un hombre instruido... Te ruego que no te lo tomes a mal. Reflexiona sólo un minuto. Contigo este niño no tiene ningún porvenir.

Mi padre meditó durante un largo rato las palabras de su hermano, cabizbajo y con la boca sellada. Cuando levantó la cabeza ya no tenía rostro sino una máscara macilenta en su lugar.

Dijo, completamente desalentado:

—Desde luego, nunca comprenderás nada, hermano.

—Haces mal en reaccionar así, Issa.

—Cállate... Por favor, ya está bien así... No tengo tus conocimientos, y lo lamento. Pero si el saber consiste en rebajar a los demás a la altura del suelo, no me interesa.

Mi tío intentó decir algo; mi padre lo frenó con gesto firme. Se sacó el billete del bolsillo y lo dejó encima del mostrador.

—Tampoco quiero tu dinero.

Tras lo cual me agarró por el brazo con tal hosquedad que estuvo a punto de dislocarme el hombro y me arrastró hasta la calle. Mi tío intentó alcanzarnos, pero no se atrevió a seguirnos y permaneció de pie ante la puerta de su tienda, seguro de que jamás en la vida le sería perdonado el error que acababa de cometer.

Mi padre no caminaba sino que rodaba como una piedra colina abajo. Jamás lo había visto tan enfadado. Estaba a punto de estallar. Las muecas le arrasaban la cara; parecía querer enterrar el mundo con la mirada. No decía nada, y aquel bullente silencio añadía a sus andares una tensión que me hacía temer lo peor.

Cuando estuvimos lejos, me puso de espaldas a una pared y hundió su mirada enloquecida en mis ojos asustados; ni siquiera una perdigonada me habría sacudido de pies a cabeza tan brutalmente.

—¿Crees que no valgo nada? —me dijo con voz agarrotada—. ¿Crees que he tenido a un hijo para verlo reventar lentamente?... Pues te equivocas. Y el falso de tu tío también. Y el destino que cree estar envileciéndome no sabe hasta qué punto se está colando... ¿Sabes por qué?... Porque puede que me haya rajado pero todavía no estoy muerto. Sigo vivo y echando chispas. Tengo una salud de hierro, brazos capaces de levantar montañas y un orgullo a prueba de todo.

Me hacía daño al hundirme los dedos en los hombros. No se daba cuenta. Los ojos se le movían por el rostro como si fueran bolas calentadas al rojo vivo.

—Es verdad que ni siquiera he sido capaz de salvar nuestras tierras, pero ¡recuerda todo el trigo que he hecho crecer en ellas! Lo que ocurrió luego no fue culpa mía. Las oraciones y los esfuerzos suelen estrellarse contra la codicia humana. Fui un ingenuo. Ahora he dejado de serlo. Ya nadie me golpeará por la espalda... Vuelvo a empezar a partir de cero. Pero ahora estoy sobre aviso. Voy a trabajar como nunca lo ha hecho un negro, plantar cara a los sortilegios, y ya verás con tus propios ojos lo digno que es tu padre. Voy a sacaros del agujero que nos ha tragado, te juro que este se va a enterar de lo que es bueno. Tú al menos me crees,

¿verdad?

—Sí, papá.

—Mírame bien a los ojos y dime que me crees.

Ya no eran ojos lo que tenía, sino dos bolsas de lágrimas y de sangre que amenazaban con tragarnos a ambos.

—¡Mírame!

Su mano me agarró la barbilla con violencia y me obligó a levantar la cabeza.

—O sea que no me crees, ¿verdad?

Yo tenía un enorme coágulo en la garganta. No podía hablar ni sostenerle la mirada. Era su mano la que me mantenía en pie.

De repente, su otra mano cayó sobre mi mejilla.

—No dices nada porque piensas que estoy divagando. ¡Niñato de mierda! No tienes derecho a dudar de mí, ¿te enteras? Nadie tiene derecho a dudar de mí. Si el canalla de tu tío piensa que no valgo nada, es porque tampoco vale más que yo.

Era la primera vez que me levantaba la mano. No comprendía nada, no sabía qué había hecho mal, por qué se ensañaba conmigo. Estaba avergonzado de haberlo irritado, y temía que renegara de mí, él que para mí era lo más grande del mundo.

Mi padre volvió a alzar la mano. Se le quedó suspensa en el aire. Sus dedos vibraban, sus párpados hinchados le desfiguraban la cara. Soltó un estertor de animal herido, me atrajo contra su pecho, llorando, y me apretó contra él, con tanta fuerza y durante tanto tiempo que me sentí morir.

3

Las mujeres estaban reunidas en una esquina del patio, alrededor de una mesa baja. Bebían té mientras se tostaban al sol. Mi madre estaba allí, callada, con Zahra en brazos. Acabó uniéndose al grupo sin por ello participar en las discusiones. Era tímida, y cuando Badra empezaba con sus historias salaces, mi madre a menudo se sonrojaba y hasta agobiaba. Aquella tarde saltaban de un disparate a otro, sólo para combatir el calor que tenía el patio recocado. Yezza la pelirroja lucía un ojo a la funerala; su marido había regresado borracho la víspera, una vez más. Las demás fingían no percatarse de nada. Por decencia. Yezza era orgullosa; sobrellevaba con dignidad las vilezas de su marido.

—Llevo varias noches teniendo un sueño extraño —dijo Mama a Batoul la vidente—. El mismo sueño: estoy en la oscuridad, tumbada boca abajo, y alguien me clava un cuchillo en la espalda.

Las mujeres se volvieron hacia Batoul, acechando la interpretación. La vidente esbozó una mueca, se rascó el pelo; no veía nada.

—¿El mismo sueño, dices?

—Exactamente el mismo.

—¿Estás tumbada boca abajo, en la oscuridad, y alguien te apuñala por la espalda? —preguntó Badra.

—Efectivamente —confirmó Mama.

—¿Estás segura de que se trata de un cuchillo? —repitió Badra, guaseándose de ella con la mirada.

Las mujeres tardaron unos segundos en descifrar las insinuaciones de Badra antes de soltar una carcajada. Como Mama no entendía lo que hacía tanta gracia a sus compañeras, Badra le echó una mano:

—Deberías decir a tu marido que se controle un poco.

—¡Hay que ver lo obsesionada que estás! —se irritó Mama—. Estoy hablando en serio, por favor.

—Pues mira tú por dónde, yo también.

Las mujeres rieron con más ganas, soltando espasmódicos relinchos por su boca desencajada. Mama les puso cara larga durante un rato, descorazonada por su falta de contención, pero, al verlas partirse, sonrió a su vez y acabó hipando de risa.

La única que no reía era Hadda. Estaba acurrucada, muy menuda pero preciosa, con sus ojazos de sirena y sus hoyuelos en las mejillas. Parecía triste y no había abierto la boca desde que se sentó entre las demás. De repente, tendió el brazo por encima de la mesa baja y presentó la palma de la mano a Batoul.

—¿Me dices lo que ves?

En su voz latía una enorme pena.

Batoul vaciló. Ante la mirada desesperada de la joven, tomó su manita con la punta de los dedos y rozó con la uña las líneas que apergaminaban su palma translúcida.

—Hadda, tienes mano de hada.

—Dime lo que lees en ella, querida vecina. Necesito saber. Ya no puedo más.

Batoul escrutó largamente la palma. En silencio.

—¿Ves a mi esposo? —la apremió con agobio Hadda—. ¿Dónde está? ¿Qué está haciendo? ¿Se fue con otra mujer o murió? Dime lo que ves, te lo suplico. Estoy dispuesta a aceptar la verdad, sea cual sea.

Batoul suspiró; se le cayeron los hombros.

—No veo a tu marido en esta mano, cariño mío. En ninguna parte. No percibo ni su presencia ni la menor huella suya. O se ha ido muy lejos, tan lejos que te ha olvidado, o ya no está en este mundo. Algo hay seguro: no volverá.

Hadda tragó saliva, pero aguantó. Su mirada retuvo la de la vidente.

—¿Qué porvenir me espera, querida vecina? ¿Qué va a ser de mí, sola con dos niños de corta edad, sin familia, sin nadie?

—No te dejaremos en la estacada —le prometió Badra.

—Si mi marido me dejó en la estacada, no habrá quien cargue conmigo —observó Hadda—. Dime, Batoul, ¿qué va a ser de mí? Tengo que saberlo. Cuando se está preparado para lo peor, se encajan mejor los golpes.

Batoul se inclinó sobre la mano de su vecina, pasó una y otra vez la uña sobre las líneas entrecruzadas.

—Veo a muchos hombres a tu alrededor, Hadda. Pero muy poca alegría. La felicidad no va contigo. Veo algunas escampadas pronto desbordadas por la crecida de los años, zonas de sombra y de pena y, sin embargo, no cedes.

—¿Muchos hombres? ¿Enviudaré varias veces o me repudiarán varias veces?

—No está claro. Hay demasiada gente a tu alrededor, y demasiado ruido. Parece un sueño, pero no lo es. Es... es muy curioso. Puede que esté diciendo tonterías... Hoy estoy un poco cansada. Lo siento...

Batoul se levantó y regresó a su vivienda con gesto apesadumbrado.

Mi madre aprovechó la oportunidad para retirarse a su vez.

—¿No te da vergüenza juntarte con las mujeres? —me apostrofó en voz baja tras la cortina de nuestro cuchitril—. ¿Cuántas veces tendré que recordarte que un chico no debe escuchar lo que las madres se cuentan?... Ve a la calle pero no te alejes demasiado.

—No se me ha perdido nada en la calle.

—Tampoco se te ha perdido nada entre las mujeres.

—Me van a pegar otra vez.

—Pues defiéndete. No eres una niña. Antes o después, tendrás que apañártelas solo, y no lo conseguirás si te dedicas a estar pendiente del comadreo.

No me gustaba salir. Mi percance en el descampado me había marcado al rojo vivo. Sólo me aventuraba fuera tras haber peinado los alrededores, un ojo delante y otro atrás, dispuesto a salir pitando al menor movimiento sospechoso. Aquellos pillos me daban pánico, sobre todo un tal Daho, un bribón bajito, feo y listo como un demonio. Me aterraba. Apenas enseñaba él la punta de la nariz en la esquina de la calle, sentía cómo me desintegraba; habría atravesado las paredes con tal de huir de él. Era un muchacho entenebrecido, impredecible como el rayo. Infestaba la zona a la cabeza de una pandilla de jóvenes hienas igual de traicioneras y crueles que él. Nadie sabía de dónde salía ni quiénes eran sus padres, pero todo el mundo coincidía en decir que acabaría colgado de una cuerda o con la cabeza clavada en una pica.

Además estaba El Moro, un exrecluso que había sobrevivido a diecisiete años de penal. Era alto, casi un gigante, de frente maciza y brazos hercúleos. Tenía todo el cuerpo tatuado y una cinta de cuero sobre su ojo tuerto. Una cuchillada le cruzaba la cara desde la ceja derecha hasta la barbilla, partiéndole los labios. El Moro era el terror a tamaño natural. Cuando aparecía por alguna parte, se imponía de inmediato el silencio y la gente se quitaba de en medio rozando las paredes. Lo vi muy de cerca una mañana. Estábamos una retahíla de mocosos alrededor de Patapalo, nuestro tendero. El veterano del ejército colonial nos estaba contando sus hazañas bélicas en el Rif marroquí —había guerreado contra el insurrecto bereber Abd el-Krim—. Estábamos bebiendo de la fuente de sus labios cuando nuestro héroe se puso lívido. Cualquiera habría dicho que acababa de darle un ataque al corazón. No era eso: El Moro estaba detrás de nosotros, firmemente plantado sobre sus sólidas piernas, las manos en las caderas. Rio despectivamente mirando al tendero de hito en hito.

—¿Conque quieres mandar a estos chicos al matadero, botarate? ¿Por eso les atiborras la cabeza con tu palabrería de colgado? ¿Por qué nos les cuentas cómo, tras años de leales servicios, los oficiales te echaron a los perros, con una pata menos?

Patapalo se había quedado sin habla; su boca chapoteaba en vacío como un pez fuera del agua.

El Moro prosiguió, cada vez más cabreado:

—Metes fuego a los aduares, te cargas los rebaños, acosas a pobres diablos a

punta de mosquetón, y ahora vienes a presumir en público de tus trofeos de cabronazo. ¿A eso es a lo que llamas guerra? ¿Quieres que te diga la verdad? No eres más que un cobarde y me das asco. Me entran ganas de ensartarte en el garrote que usas como pata, hasta que te salgan los ojos por las orejas. Los héroes como tú no tendrán monumento, ni siquiera un epitafio en la fosa común que será su tumba. No eres más que un asqueroso traidor que pretende taparse la cara limpiándose los mocos con la bandera de sus amos.

El pobre veterano estaba verde y trémulo; la nuez le subía y bajaba enloquecida por la garganta. De pronto empezó a oler mal: se había cagado encima.

Sin embargo, en Jenane Jato había algo más que pilluelos y forzudos. La mayoría de la gente no era mala. A pesar de la miseria, no se les había viciado el alma, ni las penas habían erradicado su campechanía. Sabedores de que lo tenían crudo, no habían renunciado al maná celeste, convencidos de que, un día u otro, el desengaño con que cargaban acabaría remitiendo, y la esperanza renacería de sus cenizas. Era gente de bien, afectuosa y simpática a su manera; conservaban una fe integral y eso les insuflaba una paciencia inaudita. En Jenane Jato, el día de zoco era una especie de feria en la que cada cual ponía de su parte para mantener esa ilusión. Los vendedores de sopa batallaban con firmeza para quitarse de encima a los mendigos, valiéndose del cucharón a modo de garrote. Por medio duro, te daban un brebaje hecho a base de garbanzos, agua hervida y comino. Además, había algunos figones oscuros rondados por racimos de hambrientos que husmeaban el aroma a pleno pulmón. Por supuesto, no faltaban los depredadores; acudían de todas partes de la ciudad para sacar tajada del menor malentendido o imprudencia. La gente de Jenane Jato no cedía a las provocaciones. Se daban cuenta de que no es posible enderezar las mentes retorcidas y preferían los faranduleros. Pequeños y mayores se chiflaban por ellos. Entre los preferidos de la «feria» estaban los *guals*. Congregaban auténticos revuelos en torno a sus tribunas. Como su discurso tenía tantos descosidos como su ropa, nadie acababa de enterarse de todo lo que decían, pero tenían el don de captar la atención de su auditorio y de tenerlo boquiabierto con sus interminables elucubraciones. En cierto modo, conformaban nuestra ópera de colgados, nuestro teatro al aire libre. Por ellos, por ejemplo, me enteré de que el agua de mar era dulce hasta que las viudas de los marineros la salaron con sus lágrimas. Después de los *guals* estaban los encantadores de serpientes. Nos asustaban echándonos sus reptiles entre las piernas. He visto a algunos tragarse media víbora coleando antes de escamotearla subrepticamente en las mangas de su gandura: un espectáculo repugnante a la vez que hipnótico que me producía pesadillas nocturnas. Los más trapaceros eran los charlatanes de toda ralea que

gesticulaban tras sus puestos atestados de frascos con misteriosos brebajes, amuletos, bolsitas talismánicas y cadáveres de bichos disecados y afamados por sus poderes afrodisíacos. Proponían remedios para todos los males: sordera, caries, gota, parálisis, angustias, esterilidad, tiña, insomnio, sortilegio, cenizo, frigidez, y la gente picaba con una credulidad pasmosa. Alguno que otro se ponía, al cabo de tres segundos, a revolcarse por el suelo anunciando a gritos el milagro. Era apabullante. A veces, acudían iluminados a arengar al gentío con ademán serio y voz sepulcral. Se erguían sobre su pedestal improvisado y soltaban unas retahílas líricas que denunciaban la depravación de las mentes y la inexorable proximidad del Juicio Final. Hablaban del Apocalipsis, de la ira de los hombres, de la fatalidad y de las mujeres impuras; señalaban a los transeúntes con el dedo fustigándolos a quemarropa, cuando no se embarcaban en inacabables teorías esotéricas. «¿Cuántos esclavos se han sublevado contra imperios antes de acabar en la cruz? —atronaba uno de ellos agitando su enmarañada barba—. ¿Cuántos reyes han creído estar cambiando el curso de la historia antes de pudrirse en una mazmorra? ¿Cuántos profetas han intentado mejorar nuestras mentalidades antes de volvernos más locos que antes?». «¿Cuántas veces hay que repetirte que eres un coñazo de muerte? —le replicaba la gente—. Tápate tu cara de búho con una capucha y báilanos la danza del vientre en vez de darnos la paliza con tus pamplinas de retrasado...». Otro de nuestros puntos de atracción era Sliman con su organillo cruzado sobre el pecho y su tití al hombro; iba y venía por la plaza dando vueltas a la manivela de su caja de música mientras su minúsculo mono tendía su gorra de botones a quienes se acercaban; cuando estos le echaban algunas monedas, los gratificaba con muecas hilarantes. Algo apartados, del lado de los corrales para las bestias, oficiaban los burreros, hábiles ganchos y temibles chalanés de palique tan convincente que hasta eran capaces de hacer pasar una mula por un pura sangre. Me encantaba escucharlos poner a sus bestias por las nubes; daba casi gusto dejarse engatusar por ellos, tal era el placer de verse tratado con una diligencia habitualmente reservada a los altos dignatarios. A veces irrumpían en pleno jaleo los karcabo, un grupo de negros cubiertos de amuletos que bailaban maravillosamente desorbitando sus ojos lechosos. Se les oía de lejos golpear sus crótalos y tocar sus tambores en medio de un barullo espantoso. Los karcabo sólo se manifestaban con motivo de la festividad del morabito Sidi Blal, su santo patrono. Llevaban consigo un novillo expiatorio drapeado con los colores de la cofradía y pedían de puerta en puerta para costear los gastos del rito sacrificial. Su paso por Jenane Jato ponía los hogares sistemáticamente patas arriba; las mujeres salían a las puertas de sus casas, a pesar de las prohibiciones, y los chavales surgían como gerbos de sus madrigueras para

unirse a la tropa; el alboroto crecía otro tanto.

Sliman se llevaba la palma entre todos aquellos personajes fabulosos. Su música era bonita y suave como si manara de una fuente, y su tití, adorablemente gracioso. Se contaba que Sliman había nacido cristiano, en el seno de una familia francesa próspera y sabia, y que se había enamorado de una beduina de Tadmait antes de convertirse al islam. También se decía que pudo vivir a lo grande, ya que su familia no había renegado de él, pero que prefirió permanecer junto a su pueblo de adopción y compartir sus penas y alegrías. Aquello nos emocionaba mucho. Ni un solo árabe, ni un solo bereber, ni siquiera entre los menos recomendables, le faltaba jamás al respeto ni le ponía una mano encima. Yo quise enormemente a aquel hombre. Por mucho que me remonte en el recuerdo, desde lo más hondo de las convicciones del anciano en que me he convertido, no encuentro a otro ser que me haya proporcionado con tan esplendorosa claridad lo que tengo por la más cumplida madurez: el *discernimiento*, ese valor, tan huérfano en nuestros días, que engrandecía a mi pueblo en tiempos en que la vida no tenía gran valor.

Mientras tanto, conseguí inventarme un amigo unos años mayor que yo. Se llamaba Ouari. Era endeble, si no famélico, rubio, casi pelirrojo, con las cejas muy pobladas y una nariz aguileña cortante como una podadera. No era del todo un amigo; mi presencia no parecía molestarle, y como yo necesitaba la suya, hacía lo imposible por merecérmele. Ouari era probablemente un huérfano, o puede que un niño fugado, pues nunca lo vi entrar o salir de una casa. Vegetaba tras un gigantesco montón de chatarra, en una especie de pajarera tapizada de deyecciones. Se pasaba el tiempo cazando jilgueros para venderlos.

Ouari jamás decía nada. Podía hablarle durante horas sin que me prestara la menor atención. Era un chico misterioso y solitario, el único en el barrio que llevaba un pantalón de ciudad y una boina mientras que nosotros nos abrigábamos con ganduras y nos cubríamos la cabeza con una cofia. Por la noche fabricaba sus trampas con ramas de olivo que untaba con liga. Por la mañana, me iba con él a la maleza y lo ayudaba a disimular sus engaños entre los matorrales. Cada vez que un pájaro se posaba encima y se ponía a aletear aterrado, nos abalanzábamos sobre él y lo metíamos en una jaula antes de disponernos a pillar otros. Luego ofrecíamos por las calles nuestros trofeos de caza a los aprendices de pajareros.

Fue con Ouari con quien gané mis primeras monedas. Ouari no hacía trampas conmigo. Al final de nuestra gira, que podía durar varios días, me pedía que lo siguiera hasta un rincón tranquilo y volcaba sobre el suelo el contenido del zurrón que usaba como bolsa. Se quedaba con una moneda de cinco céntimos y empujaba otra hacia mí, así hasta que no quedaba nada que repartir, tras lo cual me

acompañaba hasta el patio y desaparecía. Al día siguiente, era yo el que iba en su busca hasta la pajarera. Hasta tal punto daba la impresión de no necesitar mi ayuda, ni la de nadie, que creo que él jamás habría venido a buscarme.

Me encontraba a gusto con Ouari. Confiado y sereno. Hasta ese bicho de Daho nos dejaba en paz. Ouari tenía una mirada sombría, metálica, impenetrable que espantaba a los pelmazos. Es cierto que no hablaba mucho, pero cuando fruncía el ceño, los pillos salían pitando con tal rapidez que su sombra quedaba rezagada. Creo que me sentía feliz con Ouari. Le tomé gusto a cazar jilgueros y aprendí bastantes cosas acerca de las trampas y del arte del camuflaje.

Hasta que, una noche, cuando pensaba que mi padre se iba a enorgullecer de mí, todo se vino abajo. Esperé a que acabáramos de cenar para sacar mi bolsa de su escondite. Tendí a mi progenitor con mano temblorosa el fruto de mi labor.

—¿Qué es esto? —preguntó con desconfianza.

—No sé contar... Es el dinero que he ganado vendiendo pájaros.

—¿Qué pájaros?

—Jilgueros. Los atrapo con ramas untadas con cola...

Mi padre me agarró con saña la mano para interrumpirme. Sus ojos volvieron a parecer bolas calentadas al rojo blanco. Le tembló la voz al decirme:

—Abre bien las orejas, hijo. No necesito ni tu dinero ni un imán para atenderme. Seguía apretando a medida que el dolor me inundaba las muñecas.

—¿Ves? Te estoy haciendo daño. Siento tu sufrimiento en lo más profundo de mi ser. No pretendo despachurrarte la mano, sino sólo que se te meta en la cabecita que no soy un fantasma, que soy de carne y hueso y que estoy muy vivo.

Sentía cómo se me derretían las falanges en su puño. Las lágrimas me empañaban la vista. No aguantaba más el dolor, pero no era cosa de gemir o de llorar. Entre mi padre y yo todo era una cuestión de honor; y este sólo se medía en función de nuestra aptitud para superar las pruebas.

—¿Qué estás viendo ahí, delante de tus narices? —me preguntó, señalándome la mesa baja llena de restos de comida.

—Nuestra cena, papá.

—No es un festín, pero no te has quedado con hambre, ¿verdad?

—No, papá.

—Desde que hemos venido a parar a este patio, ¿te has acostado alguna vez con el estómago vacío?

—No, papá.

—¿Teníamos cuando llegamos esta mesa baja sobre la cual comemos?

—No, papá.

—Y ese infiernillo de petróleo, allá en la esquina, ¿nos lo ha regalado alguien? ¿Acaso lo hemos recogido por la calle?

—Nos lo has comprado, papá.

—Cuando llegamos, nos alumbrábamos con mariposa, ¿no es así? Una mísera mecha flotando sobre una mancha de aceite, ¿lo recuerdas? ¿Con qué nos estamos alumbrando esta noche?

—Con un quinqué.

—¿Y las esterillas, las mantas, las almohadas, el cubo, la escoba?

—Todo lo compraste tú, papá.

—Entonces, ¿por qué no intentas comprender, hijo mío? Te lo dije el otro día: puede que me haya rajado pero todavía no estoy muerto. Ni siquiera he sido capaz de legarte la tierra de tus antepasados, y lo lamento. No puedes imaginarte hasta qué punto lo lamento. No pasa un solo momento sin que me lo reproche. Pero no me rindo. Me mato a trabajar para desquitarme. Porque es a mí, y *sólo a mí*, a quien corresponde salir de esta. ¿Me entiendes, hijo mío? No quiero que te culpabilices por lo que nos ocurre. No tienes culpa de nada. No me debes nada. No permitiré que te mates trabajando para poder salir adelante. Por ahí no paso. Caigo y me vuelvo a levantar, es el precio que hay que pagar, y no se lo reprocho a nadie. Porque te prometo que lo conseguiré. ¿Acaso has olvidado que mis brazos pueden levantar montañas? Entonces, en nombre de nuestros muertos y de nuestros vivos, si quieres aliviar mi conciencia, nunca vuelvas a hacer lo que me acabas de hacer, y dite que cada moneda que traigas a casa hará que me sienta más avergonzado.

Me soltó. Mi mano y mi bolsa habían quedado fundidas, me sentía incapaz de mover los dedos. El entumecimiento me llegaba hasta el codo.

Al día siguiente, fui a devolver mi ganancia a Ouari.

Ouari frunció levemente el ceño al verme meter mi bolsa en su zurrón. Pero el estupor se le pasó de inmediato. Siguió ocupándose de sus trampas como si no hubiese pasado nada.

La reacción de mi padre me tenía trastornado. ¿Cómo pudo tomarse a mal mi modesta contribución? ¿Acaso no era yo su niño, carne de su carne? ¿Por qué extravagante motivo puede una buena intención convertirse en ofensa? Me habría sentido tan orgulloso de que tomara mi dinero. En vez de eso, lo había herido.

Creo que fue a partir de aquella noche cuando empecé a desconfiar de la justeza de mis buenas intenciones. La duda se apoderaba de mi ser, lo ocupaba por entero.

No comprendía.

Ya no estaba seguro de nada.

Mi padre volvía a controlar la situación. Intentaba sobre todo demostrarme que mi tío se equivocaba del todo sobre él. Trabajaba como un burro, y no nos lo ocultaba. Él, que tenía por costumbre callarse sus proyectos para preservarlos del mal de ojo, ahora contaba a mi madre, con todo detalle, las iniciativas que estaba llevando a cabo para ensanchar su campo de maniobra y ganar dinero; lo decía alzando la voz para que yo lo oyera. Nos prometía lo más grande, hacía sonar sus monedas al regresar a casa, radiante, hablaba de nuestra futura casa, una auténtica, con postigos en las ventanas, una puerta de madera en la entrada y, vaya uno a saber, quizás un pequeño huerto donde plantar cilantro, menta, tomates y un montón de suculentos tubérculos que se derretirían en la boca como una golosina. Mi madre lo escuchaba; era feliz viendo a su marido bosquejar sueños deslumbrantes, y aunque no se creyera del todo lo que le decía, fingía hacerlo y se volvía loca de alegría cuando él le cogía la mano, algo que jamás le había visto yo hacer antes.

Mi padre no paraba un segundo. Quería enderezar el destino, salir de esta cuanto antes. Por la mañana, ayudaba a un herbolario; por la tarde, se duplicaba con un verdulero ambulante; por la noche, era masajista en unos baños turcos. Estaba incluso pensando montar su propio negocio.

Mientras tanto, yo iba dando bandazos por las calles, solo y desamparado.

Una mañana, el gamberro de Daho me pilló errando lejos de casa. Tenía un reptil enroscado en el brazo; una serpiente verdosa y repelente. Me acabó arrinconando y se puso a menear la cabeza del reptil delante de mis narices poniendo ojos de loco. Yo no podía soportar las serpientes, me producían pavor. Daho se lo pasaba en grande viéndome presa del pánico; me trataba de blandengue, de niña... Estaba a punto de desmayarme cuando Ouari apareció como caído del cielo. Daho detuvo de inmediato su pequeña tortura, dispuesto a salir por piernas en caso de que mi amigo acudiese a auxiliarme. Ouari no acudió a auxiliarme, se limitó a mirarnos de refilón y siguió su camino como si no pasara nada. No me lo podía creer. Daho, ya tranquilo, siguió asustándome con su serpiente a la vez que soltaba sonoras carcajadas; por mí podía reír hasta reventar, apenas me importaba. Mi pena superaba mi miedo: me había quedado sin amigo.

4

Patapalo dormitaba tras su mostrador, con el turbante sobre la cara y su rudimentaria prótesis al alcance de la mano por si a algún duendecillo fisgón le diera por revolotear alrededor de sus golosinas. La humillación que le había infligido El Moro había quedado en un vago recuerdo. Su veteranía como soldado colonial le había enseñado a hacerse a todo. Supongo que tras haberse pasado la vida tragándose broncas de los suboficiales, a quienes oponía una obtusa sumisión, se tomaba el excesivo celo de los forzudos de Jenane Jato como otros tantos abusos de autoridad. Para él, la vida consistía en altibajos, en momentos de valentía y otros de sumisión; lo importante era volver a levantarse tras las caídas y reponerse de los golpes sufridos. Que no le tomaran el pelo tras su «debacle» ante El Moro demostraba a las claras que nadie habría conseguido negociar una confrontación como aquella sin dejarse en ella parte del alma. Con El Moro no había escapatoria; este era la muerte en marcha, el pelotón de ejecución. Vérselas con él sin salir trasquilado era una proeza, y salir entero de ello, sólo cagado encima, era puro milagro.

En cuanto al barbero, estaba acabando de rapar la cabeza a un anciano. Este permanecía sentado sobre sus piernas cruzadas, con las manos sobre las rodillas, enseñando por su boca abierta un diente podrido. La raspadura de la navaja sobre su cuero cabelludo parecía producirle un enorme placer. El barbero le contaba sus penas, el anciano no le hacía caso; tenía los ojos cerrados y disfrutaba cada vez que la cuchilla regresaba para patinar sobre su cabeza pulida como un guijarro.

—Ya está —soltó el barbero al acabar su historia—. Te he dejado el cráneo tan despejado que se te ven hasta las ideas.

—¿Seguro que no se te ha olvidado nada? —preguntó el anciano—. Sigo notando como una sombra por encima de mis ideas.

—¿Qué ideas, viejo bribón? No pretenderás hacerme creer que hasta te da por pensar.

—Te aviso que puede que esté viejo, pero todavía no senil. Mira bien, que quizá queden un par de pelos sueltos por ahí, y no me hace mucha gracia.

—Te aseguro que no hay nada. Te he dejado liso como un huevo.

—Por favor —insistió el anciano—, mira bien.

El barbero no se dejaba engatusar. Sabía que el anciano estaba disfrutando. Contempló su trabajo y comprobó minuciosamente que no se le había olvidado ningún pelo en la nuca veteada del vejete antes de soltar su navaja de afeitar, dando a entender a su cliente que la sesión de relajación había terminado.

—Ya está bien, largo de aquí, tío Jabori. Ya puedes volver junto a tus cabras.

—Por favor...

—He dicho que ya está bien de ronronear. Tengo otras cosas que hacer.

El anciano se levantó a regañadientes, se contempló en el trozo de espejo y se puso a rebuscar laboriosamente en sus bolsillos.

—Me temo que me he vuelto a dejar el dinero en casa —dijo, fingiendo enojo consigo mismo.

Viéndolo venir, el barbero sonrió.

—Claro que sí, tío Jabori.

—Estaba seguro de habérmelo metido esta mañana en un bolsillo, te lo juro. Puede que lo haya perdido en el camino.

—No pasa nada —suspiró el barbero con resignación—. Dios me lo pagará.

—De eso nada —soltó hipócritamente el anciano—. Ahora mismo voy a buscarlos.

—Qué emocionante. Intenta al menos no perderte tú también en el camino.

El vejete se enrolló el turbante sobre la cabeza y se apresuró en quitarse de en medio.

El barbero lo miró con cierto hastío mientras se alejaba, y se acuclilló ante su cajón de municiones de guerra.

—Siempre el mismo rollo. ¿Acaso se creen que curro por gusto? —refunfuñó—. ¡Es mi sustento, joder! ¿Y qué voy a comer esta noche?

Eso último lo dijo con la esperanza de que Patapalo reaccionara.

Este lo ignoró.

El barbero esperó unos cuantos minutos; como el veterano no reaccionaba, respiró hondo y se puso a cantar mirando fijamente el cielo:

Añoro tus ojos

Y me quedo ciego

Cuando miras a otra parte

A diario muero

Cuando entre los vivos

No voy a parte alguna

Qué es vivir mi amor

Cuando todo en este mundo

Me cuenta tu ausencia

De qué me servirían las manos

Si no fuera tu cuerpo

El pulso del Señor...

—¡Para limpiarte el culo, por ejemplo! —le soltó Patapalo.

Fue como si al barbero le hubieran echado encima un cubo de agua helada. Lo descomponía la vulgaridad del tendero, que se había cargado la magia del momento y la belleza de la canción. Yo mismo lo lamenté como si me hubieran empujado desde lo alto de un sueño.

El barbero intentó ignorar al tendero. Tras menear la cabeza, volvió a carraspear para seguir cantando, pero sus cuerdas vocales se negaban a relajarse; le faltaba ánimo.

—Hay que ver lo jodido que eres.

—Me rompes los oídos con tus estúpidas melodías —masculló Patapalo, moviéndose con pereza.

—¡Pero bueno, mira a tu alrededor! —protestó el barbero—. No hay nada. Aquí se aburre, se jode, se muere uno. Estamos rodeados de cuchitriles, gaseados por el pestazo, y no hay una sola jeta a la que se le ocurra sonreír. Por si fuera poco, si ya ni se puede cantar, ¿qué coño nos queda?

Patapalo señaló con el pulgar un rollo de cuerda de cáñamo colgado de un gancho por encima de su cabeza.

—Te queda esto. Eliges una, la atas a la rama de un árbol, luego te la colocas alrededor del cuello y doblas de sopetón ambas piernas. Tras lo cual te quedas en la gloria para toda la eternidad y ninguna basura vuelve a despertarte.

—¿Y por qué no pruebas tú primero, ya que eres el más amargado de los dos?

—No puedo. Tengo una prótesis. No se puede doblar.

El barbero tiró la toalla. Se encogió junto a su cajón y se agarró la cabeza con ambas manos, probablemente para seguir canturreando para sus adentros... Sabía que cantaba por cantar. No tenía Egeria. Se la inventaba al hilo de sus suspiros, del todo consciente de su ineptitud para merecérsela alguna vez. Su trozo de espejo estaba ahí para devolverle su absurdo físico, indisociable de la incongruencia de sus esperanzas. Era pequeño, casi jorobado, escuchimizado, feo y pobre como Job; no tenía techo, ni familia ni posibilidad alguna de mejorar un ápice su perra vida. Se conformaba por tanto con encarnar su propio sueño, sólo para asirse a algo mientras el resto del mundo se le escapaba; un sueño reprimido, imposible, difícil de reivindicar sin hacer el ridículo y que roía en su rincón como un hueso sabroso y desesperadamente pelado.

Me partía el corazón.

—Acércate, hijo —me soltó Patapalo, destapando un bote de caramelos.

Me tendió una golosina, me invitó a que me sentara a su lado y se me quedó mirando un rato.

—Enséñame un poco esa carita que tienes, chiquillo —me dijo, levantándose la barbilla con la punta del dedo—. ¡Hum! Parece que Dios estaba particularmente inspirado mientras te esculpía, hijo mío. De verdad. ¡Menudo talento!... ¿Cómo es que tienes los ojos azules? ¿Tu madre es francesa?

—No.

—Entonces, ¿tu abuela?

—No.

Su áspera mano hurgó en mi melena antes de deslizarse lentamente por mi mejilla.

—De verdad que tienes carita de ángel, pequeño.

—Deja en paz al niño —amenazó Bliss el comisionista, surgiendo de una esquina.

El veterano militar retiró la mano con rapidez.

—No estoy haciendo nada malo —gruñó.

—Sabes muy bien de qué hablo —dijo Bliss—. Te aviso que su padre no se anda con chiquitas. Podría arrancarte la otra pierna sin que te dieras cuenta, y no me gustaría tener un lisiado total en *mi* calle. Dicen que trae mala suerte.

—¿Qué me estás contando, amigo Bliss?

—Lo que oyes, pedazo de vicioso. ¿Por qué no vas a España ya que te gusta tanto la bronca, en vez de pudrirte en este agujero babeando con los niños? Allá sigue habiendo follón, y necesitan carne de cañón.

—No puede ir —dijo el barbero—. Tiene una prótesis que no se puede doblar.

—Tú te callas, cucaracha —espetó Patapalo para salvar la cara—. Si no, haré que te tragues una tras otra tus asquerosas navajas infectadas.

—Para eso tendrías que pillarme primero. Además, no soy una cucaracha. No salgo de una alcantarilla ni llevo antenas en la frente.

Bliss me hizo una señal para que me largara.

Justo cuando me levantaba apareció mi padre desde un pasadizo. Corrí hacia él. Regresaba a casa antes que de costumbre; por su cara de felicidad y por el envoltorio que llevaba bajo el brazo, imaginé que estaba contento. Me preguntó de dónde había sacado el caramelo y se dirigió de inmediato hacia el tendero para pagarlo. Patapalo intentó rechazar el dinero so pretexto que se trataba de una simple golosina y que lo había hecho de corazón; mi padre no lo entendió así e insistió para que el tendero cogiera lo que era suyo.

Luego regresamos a casa.

Mi padre desarrolló, ante nuestros ojos, el papel de estraza y nos entregó a cada uno un regalo: un pañuelo para mi madre, un vestido para mi hermanita y, para mí, un par de botas nuevas de caucho.

—Es una locura —dijo mi madre.

—¿Por qué?

—Es mucho dinero y lo necesitas.

—Esto no es más que el principio —se entusiasmó mi padre—. Os prometo que nos mudaremos dentro de poco. Estoy trabajando duro y lo voy a conseguir. Parece que las cosas van bien; entonces, ¿por qué no aprovechar? Tengo cita el jueves con un comerciante que tiene un negocio propio. Es un hombre serio, entiende de negocios. Me va a coger como socio.

—Te lo ruego, Issa. No hables de tus proyectos si quieres que se realicen. Nunca has tenido suerte.

—Mujer, sólo te cuento parte. Va a ser una gran sorpresa. Mi futuro socio me ha reclamado una cantidad concreta para embarcarme, y esa cantidad... ¡la tengo!

—No me digas más, te lo ruego —se alarmó mi madre, que escupió sobre su regazo para alejar las influencias maléficas—. Dejemos que las cosas se produzcan discretamente. El mal de ojo no perdona a los parlanchines.

Mi padre se calló, lo que no impidió que le relucieran los ojos con una felicidad desconocida en él. Aquella noche, quiso festejar su reconciliación con el destino; degolló un gallo donde el vendedor de aves, lo desplumó y vació allí mismo antes de traerlo a casa en el fondo de una espuerta. Cenamos muy tarde, calladamente, por respeto a la gente del patio, quien no siempre tenía para cenar.

Mi padre estaba exultante. Su alegría superaba la de una pandilla de amigotes recién soltados en plena feria. Contaba los días con sus dedos. Todavía cinco, todavía cuatro; todavía tres...

Seguía yendo al trabajo, aunque regresaba antes. Para verme correr a su encuentro. Encontrarme dormido le habría agitado el placer. Prefería pillarme despierto a su regreso; de ese modo, se aseguraba de que era perfectamente consciente de que la suerte estaba cambiando, de que nuestro cielo se estaba despejando, de que ese padre mío era sólido como un roble, capaz de levantar montañas con la fuerza de sus muñecas...

Hasta que llegó el tan esperado jueves.

Hay días de los que el propio tiempo reniega. La fatalidad los esquiva y los demonios también. Los santos patronos se quitan de en medio, y quienes son

esclavos de sí mismos se extravían para siempre. Aquel jueves era uno de ellos. Mi padre lo reconoció de inmediato. Llevaba la señal en la cara desde el amanecer. Lo recordaré toda mi vida. Era un día feo, miserable, violento, que no paraba de quejarse a golpe de aguacero y de truenos que sonaban como anatemas. El cielo lo veía todo tan negro que no sabía cómo escaquearse por entre el enfurecimiento metalizado de las nubes.

—No irás a salir con un tiempo así —dijo mi madre.

Mi padre estaba en el umbral de nuestra vivienda, con los ojos clavados en esas equimosis oscuras que pavimentaban el cielo como un funesto presagio. Se estaba planteando aplazar la cita. Pero la suerte no sonrío a los indecisos. Él lo sabía, y suponía que el presentimiento que lo asediaba era el propio Maligno intentando disuadirlo. De repente, se volvió hacia mí y me ordenó que lo acompañara. Puede que creyera que llevándome consigo ablandaría al destino, amortiguaría los golpes bajos.

Me puse mi gandura con capucha, mis botas de caucho y me apresuré a alcanzarlo.

Llegamos al lugar de la cita calados hasta los huesos. Mis pies chapoteaban dentro de mis botas llenas de agua, y mi capucha me pesaba sobre los hombros como una picota. La calle estaba desierta. Aparte de una carreta volcada sobre la acera, no había nadie... o casi. Porque El Moro estaba allí, cual ave de presa posada sobre el destino de un hombre. Apenas nos vio llegar, salió de su escondrijo. Sus ojos recordaban un cañón de escopeta de caza, incubaban a la muerte en el fondo de sus cuencos. Mi padre no esperaba encontrarlo allí. El Moro no se anduvo por las ramas. Le metió un cabezazo, luego una patada y por último un puñetazo. Pillado de sorpresa, mi padre tardó en sobreponerse. Se defendió con valor, devolvió cada golpe, dispuesto a vender caro su pellejo. Pero El Moro era hábil; sus fintas de golfo aguerrido pudieron más que el valor de mi padre, campesino apagado y taciturno poco acostumbrado a pelear. Cayó segado por una zancadilla. El Moro se ensañó con él sin darle oportunidad a levantarse. Siguió moliéndolo a golpes con la intención manifiesta de rematarlo. Yo estaba petrificado. Como si se tratara de una pesadilla. Quise gritar, auxiliar a mi padre, pero ni una sola vena, ni un solo músculo acudió a la llamada. La sangre de mi padre se mezclaba con el agua de lluvia que corría hacia la alcantarilla. A El Moro le daba igual. Sabía exactamente lo que quería. Cuando mi padre dejó de defenderse, el depredador se agachó ante su presa, le levantó la gandura; el rostro se le iluminó como el rayo la noche al dar con la bolsa llena de dinero oculta bajo una axila. Seccionó de una cuchillada las correas que la retenían al hombro de mi padre, y la sopesó con satisfacción antes de

alejarse sin dedicarme una mirada.

Mi padre permaneció un largo rato tumbado en el suelo, con la cara hecha mermelada, su gandura levantada sobre su vientre desnudo. No podía hacer nada por él. Me encontraba en otro planeta. No recuerdo cómo regresamos a casa.

«Me han engañado —tronaba mi padre—. Aquel perro estaba allí por mí, esperándome. Sabía que llevaba dinero encima. Lo sabía, lo sabía... No ha sido una casualidad, no: aquel canalla estaba allí por mí».

Luego calló.

No pronunció una maldita palabra durante varios días seguidos.

He visto cirios hendirse, desmenuzarse terrones de tierra bajo el aguacero: ese era el espectáculo que me ofrecía mi padre. Se iba desmallando fibra a fibra, inexorablemente, acurrucado en su rincón, sin beber ni comer, con el rostro pegado a las rodillas y los dedos cruzados tras la nuca, rumiando en silencio su hiel y su despecho. Era consciente de que, hiciera lo que hiciese, dijera lo que dijese, el mal fario se saldría siempre con la suya, y ni los juramentos de la montaña ni los votos de los más piadosos estaban en condiciones de cambiar el curso del destino.

Una noche, se oyó a aquel borracho aullar su ira por la calle. Sus obscenas invectivas se arremolinaban con furia en pleno patio, como un viento maléfico adentrándose en un sepulcro. Era una voz fiera, rabiosa y despectiva, que trataba a los hombres de perros y a las mujeres de marranas, y que vaticinaba días sombríos para miserables y cobardes; una voz soberana, tiránica, del todo consciente de su impunidad, lo cual la envilecía aún más; una voz que la pobre gente había aprendido a identificar entre mil rumores apocalípticos: ¡la voz de El Moro! Al reconocerla, mi padre se irguió con tal brusquedad que se golpeó violentamente la cabeza contra la pared. Se quedó petrificado durante unos segundos; luego, al igual que un fantasma saliendo de la penumbra, se levantó, encendió el quinqué, rebuscó entre la ropa amontonada en un rincón, cogió un viejo zurrón de cuero desgastado, lo abrió. En sus ojos relucían los reflejos del pabito. Contuvo la respiración, meditó y, con gesto firme, metió la mano en el zurrón. La hoja de un cuchillo de carnicero relució en su puño. Se levantó, se puso la gandura e introdujo el arma blanca dentro de su capucha. Vi a mi madre moverse en su rincón. Comprendió que su marido se había vuelto loco, pero no se atrevió a hacerlo entrar en razón. Esos no eran asuntos de mujeres.

Mi padre se adentró en las tinieblas. Oí su paso perderse en el patio, como si fuera una oración entre las ráfagas de viento. La puerta del patio chirrió antes de

volver a cerrarse; luego, el silencio... un silencio abisal que estuvo apuntando hacia mí hasta el amanecer.

Mi padre regresó cuando el día clareaba. Furtivamente. Se quitó la gandura, la soltó sin mirar dónde, guardó el cuchillo en su zurrón y regresó al rincón de la sala que llevaba ocupando desde aquel maldito jueves. Allí se acurrucó y dejó de moverse.

La noticia corrió como la pólvora por Jenane Jato. Bliss el comisionista estaba feliz. Iba de puerta en puerta gritando: «El Moro ha muerto, ya podéis estar tranquilos, buena gente. El Moro no volverá a cometer fechorías; alguien se lo ha cargado de una puñalada en el corazón».

Dos días después, mi padre me llevó a la farmacia de mi tío. Temblaba como si tuviese fiebre, tenía los ojos enrojecidos y la barba enmarañada.

Mi tío no salió de su mostrador para acercarse a nosotros. Nuestra intrusión matutina, a una hora en que los comerciantes apenas empezaban a levantar sus cierres metálicos, le dio mala espina. Pensó que mi padre había venido para lavar la afrenta de la vez anterior, y sintió un gran alivio cuando lo oyó decir con voz átona:

—Tenías razón, Mahi. Mi hijo no tiene ningún porvenir conmigo.

Mi tío se quedó boquiabierto.

Mi padre se acuclilló delante de mí. Sus dedos me hicieron daño cuando me agarró por los hombros. Me miró a los ojos y me dijo:

—Es por tu bien, hijo mío. No te abandono, no reniego de ti; sólo pretendo darte una oportunidad.

Me besó en la cabeza —algo que se suele reservar para los decanos reverenciados—, intentó sonreírme, no lo consiguió, se incorporó y salió repentinamente del despacho casi a la carrera, sin duda para ocultar sus lágrimas.

Mi tío vivía en la ciudad europea, al final de una calle asfaltada, bordeada por casas de obra, coquetas y apacibles, con verjas de hierro forjado y postigos en las ventanas. Era una calle bonita con aceras limpias adornadas con ficus recortados con esmero. Aquí y allá, había bancos en los que los ancianos se sentaban para ver pasar el tiempo. Había niños brincando en las placetas. No iban harapientos como los chavales de Jenane Jato, no se veían señales fatídicas en sus caritas, y parecían aspirar la vida a pleno pulmón y con claro deleite. En aquel barrio reinaba una quietud inimaginable; sólo se oía el griterío de los críos y el gorjeo de los pájaros.

La casa de mi tío tenía dos plantas, un jardincito ante la entrada y un corto espacio por un lateral. La buganvilla sobrepasaba la tapia que cercaba la propiedad y caía hacia fuera, salpicada de flores violetas. Había sobre la veranda una parra enredada a más no poder.

—En verano, los racimos de uva cuelgan por todas partes —me explicó mi tío al empujar el portillo—. Te bastará con ponerte de puntillas para cogerlos.

Le refulgía la mirada. Estaba encantado.

—Aquí te vas a encontrar a gusto, hijo.

Nos abrió una mujer pelirroja, de unos cuarenta años. Era guapa, tenía la cara redonda y unos ojazos de color verde mar. Al verme de pie en la veranda, se llevó las manos al corazón y se quedó por un momento sin voz, subyugada. Luego su mirada interrogó la de mi tío, y grande fue su alivio cuando este asintió con la cabeza.

—¡Dios mío, qué guapo es! —exclamó, agachándose para mirarme más de cerca.

Sus brazos me auparon con tal rapidez que estuve a punto de caer de espaldas. Era una mujer robusta de gestos a veces bruscos, casi viriles. Me apretó con mucha energía contra su pecho; hasta noté los latidos de su corazón. Olía bien, como un campo de lavanda, y las lágrimas que vacilaban en el borde de sus párpados acentuaban el verdor de sus ojos.

—Querida Germaine —dijo mi tío con voz estremecida—, te presento a Younes, ayer mi sobrino, ahora *nuestro* hijo.

Sentí correr un escalofrío por el cuerpo de la mujer; la lágrima que relucía de emoción en el borde de sus pestañas cayó directamente a su mejilla.

—¡Jonas! —dijo ella, intentando ahogar el llanto—. ¡Jonas, si supieras lo feliz que me siento!

—Háblale en árabe. No ha ido a la escuela.

—No pasa nada. Eso tiene arreglo.

Se irguió, temblando de emoción, me cogió la mano y me hizo entrar en una sala que me pareció más grande que un establo y cuyo mobiliario era imponente. La luz del día penetraba con fuerza por una enorme puerta vidriera con cortinas a ambos lados y que daba a la veranda, en la que se solazaban dos mecedoras a los dos lados de un velador.

—Esta es tu nueva casa, Jonas —me anunció Germaine.

Mi tío iba detrás, con una sonrisa de oreja a oreja y un paquete debajo del brazo.

—Le he comprado algo de ropa. Ya le comprarás más mañana.

—Muy bien, eso es cosa mía. Tus clientes van a perder la paciencia.

—¿O sea que ya te lo quieres quedar para ti sola?

Germaine se volvió a agachar para contemplarme.

—Creo que nos vamos a llevar bien, ¿verdad, Jonas? —me preguntó en árabe.

Mi tío dejó el paquete de ropa sobre una cómoda y se instaló cómodamente en un sofá, con las manos sobre las rodillas y el fez echado hacia atrás.

—¿No tendrás intención de quedarte ahí espiándonos? —le preguntó Germaine—. Vuelve a tu trabajo.

—De eso nada, querida mitad. Hoy es día festivo para mí. Tengo a un hijo en casa.

—¿No lo dirás en serio?

—Jamás en mi vida he sido tan serio.

—Bueno —concedió Germaine—, Jonas y yo nos vamos a dar un buen baño.

—Me llamo Younes —le recordé.

Me obsequió con una tierna sonrisa, me acarició una mejilla con la palma de la mano y me dijo al oído:

—Ya no, cariño... —Y dirigiéndose a mi tío—. Ya que estás aquí, senos útil y pon agua a calentar.

Me condujo hasta una pequeña habitación en la que había una especie de caldera de fundición, abrió un grifo y se puso a desnudarme mientras se iba llenando la cuba.

—Lo primero que vamos a hacer es deshacernos de estos pingajos, ¿verdad, Jonas?

No sabía qué decir. Seguía con la mirada sus manos blancas correteando por mi cuerpo, quitándome la chechia, la gandura, la camiseta raída, las botas de caucho. Tenía la impresión de que me estaba deshojando.

Mi tío llegó con un cubo metálico humeante. Permaneció pudorosamente en el pasillo. Germaine me ayudó a meterme en la cuba, me enjabonó de pies a cabeza,

me lavó varias veces haciéndome vigorosas fricciones con una loción perfumada, me secó con una toalla de baño y fue a buscar mi nueva ropa. Una vez vestido, me llevó ante un gran espejo; me había convertido en otro. Componían mi atuendo una marinera de cuello ancho y cuatro botones de cobre por delante, un pantalón corto con bolsillos laterales, y una gorra idéntica a la de Ouari.

Mi tío se levantó para recibirme a mi regreso al salón. Me sentía turbado ante su enorme felicidad.

—¿No está imponente mi principito descalzo?

—Déjalo ya, no le vayas a atraer el mal de ojo... A propósito de descalzo, se te ha olvidado comprarle zapatos.

Mi tío se golpeó la frente con la palma de la mano.

—Es verdad. ¿Dónde tendría la cabeza?

—En las nubes, sin duda.

Mi tío salió de inmediato. Regresó al rato con tres pares de zapatos de distinto número. Los más pequeños me iban bien. Eran zapatos de cordones, negros y flexibles, que me molestaban un poco en los tobillos pero me cubrían perfectamente los pies. Mi tío no devolvió los demás; me los guardó «para los años venideros»...

No me dejaron un momento solo; gravitaban a mi alrededor como dos mariposas en torno a un foco de luz y me enseñaron la casa cuyas amplias habitaciones de techo alto habrían podido alojar a todos los inquilinos de Bliss el comisionista. Las cortinas caían en cascada a ambos lados de las ventanas de vidrios inmaculados y postigos pintados de verde. Era una bonita casa soleada, un poco laberíntica al principio, con sus pasillos, sus puertas ocultas, sus escaleras de caracol y sus armarios empotrados que yo tomaba por habitaciones. Pensé en mi padre, en la choza de nuestras tierras ya perdidas, en nuestra madriguera de Jenane Jato; la diferencia me resultó tan abismal que sentí vértigo.

Germaine me sonreía cada vez que le dirigía la mirada. Ya me estaba mimando. Mi tío no sabía por dónde cogerme, pero se negaba a soltarme por un segundo. Me lo enseñaban todo a la vez, reían con cualquier cosa; a ratos, se cogían de la mano y se limitaban a observarme, con lágrimas de ternura en los ojos, mientras yo iba descubriendo, boquiabierto, las cosas de los tiempos modernos.

Por la noche, cenamos en el salón. Otra curiosidad era que mi tío no necesitaba quinqué para alumbrar sus noches; bastaba con pulsar un interruptor para que un puñado de bombillas se encendieran en el techo. No me sentía nada a gusto en la mesa. Acostumbrado a comer en el mismo plato que el resto de mi familia, me notaba desorientado ante un plato individual. Apenas comí, cohibido por la constante mirada que acechaba cada uno de mis movimientos y por las manos que

no paraban de alisarme el pelo o de pellizcarme una mejilla.

—No lo violentes —no paraba de decir Germaine a mi tío—. Démosle tiempo para que se familiarice con su nuevo entorno.

Mi tío se contenía durante un rato, para luego embalarse una vez y otra, tan torpe como entusiasta.

Subimos al piso después de cenar.

—Esta es tu habitación, Jonas —me anunció Germaine.

Mi habitación... Estaba al final del pasillo, y era dos veces mayor que la que compartía mi familia en Jenane Jato. En el centro había una cama grande custodiada por dos mesillas de noche. Las paredes estaban llenas de cuadros, algunos con paisajes de ensueño, otros con personajes orando, manos juntas bajo la barbilla y una aureola alrededor de la cabeza. Sobre la chimenea, a su vez rematada por un crucifijo, se erguía sobre su pedestal la estatuilla de bronce de un niño alado. Hacia un lado, una pequeña mesa de despacho y una silla tapizada. En el cuarto flotaba un extraño olor, dulzón y fugitivo. Por la ventana podían verse los árboles de la calle y los tejados de las casas de enfrente.

—¿Te gusta?

No contesté. El brutal fasto circundante me tenía amedrentado. Temía tirarlo todo al suelo al menor tropiezo, pues el orden espartano que me rodeaba era tal que parecía deber su equilibrio a un mínimo detalle, sostenerse con un hilo.

Germaine rogó a mi tío que nos dejara solos. Esperó a que saliera para desvestirme, tumbarme en la cama, como si no fuera capaz de hacerlo sin su ayuda; la cabeza se me perdió entre almohadas.

—Que sueñes con los angelitos, hijo.

Me tapó con las mantas, me dio un beso interminable sobre la frente, apagó la lámpara de la mesilla de noche y salió de puntillas cerrando con mucho cuidado la puerta tras ella.

La oscuridad no me molestaba; era un chico solitario, sin demasiada imaginación, y no me costaba dormirme. Pero un malestar insondable me encogió las tripas en aquella habitación agobiante. Echaba de menos a mis padres. Sin embargo, no era su ausencia lo que me oprimía el vientre. Había algo extraño en la habitación que no conseguía localizar y que notaba en el aire, invisible a la par que grávido. ¿Se me estaría subiendo a la cabeza el olor de las mantas o el que flotaba por los rincones? ¿No sería quizás esa respiración jadeante perceptible aquí y allá, a veces en la chimenea? Tenía la certidumbre de no estar solo, de que me estaba espiando una presencia agazapada en la penumbra. Se me erizó la nuca y cortó la respiración al sentir cómo me rozaba la cara una mano fría. Fuera, la luna llena

alumbraba la calle. El viento silbaba entre las verjas mientras las ráfagas iban pelando los árboles. Cerré los ojos con fuerza asiéndome a las sábanas. La gélida mano no se retiró, y la presencia se fue haciendo cada vez más invasiva. La sentía erguida al pie de mi cama, a punto de echármese encima. El aire empezaba a escasear, mi corazón estaba a punto de implosionar. Abrí los ojos y sorprendí a la estatua girando lentamente sobre la chimenea. Me miraba fijamente con sus ojos ciegos y una triste sonrisa en su boca petrificada... Aterrado, salté de la cama y me parapeté tras el somier. La estatua del niño alado ladeó el cuello para mirarme de frente; su sombra monstruosa cubrió por entero la pared. Me tiré debajo de la cama, me arrebujé en un pico de sábana y, con el corazón desbocado, me encogí todo lo que pude y cerré los ojos, dando por seguro que, si los volvía a abrir, pillaría la estatua a cuatro patas mirándome fijamente.

Pasé tal miedo que ignoro si me dormí o desmayé.

—¡Mahi!

Di un brinco al oír el grito y me golpeé la cabeza con las láminas del somier.

—Jonas no está en su cuarto —aulló Germaine.

—¿Cómo que no está en su cuarto? —se irritó mi tío.

Los oí correr por el pasillo, dar portazos, bajar las escaleras a la carrera.

—No ha salido de casa. La puerta está cerrada con llave —dijo mi tío—. También está cerrada la puerta vidriera de la veranda. ¿Has mirado en el aseo?

—De ahí salgo, no está —contestó Germaine con agobio...

—¿Estás segura de que no está en su cuarto?

—Te estoy diciendo que su cama está vacía.

Buscaron en la planta baja, desplazaron algunos muebles, luego subieron las escaleras y volvieron a entrar en mi habitación.

—¡Dios mío, Jonas! —gritó Germaine al verme sentado en el borde de la cama—. ¿Dónde te habías metido?

Tenía el costado derecho anquilosado y me dolían las articulaciones. Mi tío se agachó para mirar de cerca el chichón que acababa de salirme en la frente.

—¿Te has caído de la cama?

Tendí mi baldado brazo hacia la estatuilla.

—No ha parado de moverse durante toda la noche.

Germaine me arropó de inmediato.

—Jonas, bonito mío, ¿por qué no me llamaste? Estás muy pálido, y siento que es culpa mía.

Por la noche, la estatua del niño alado ya no estaba en mi habitación, tampoco el crucifijo ni los iconos. Germaine se quedó junto a la cabecera de mi cama

contándome historias en una mezcla de árabe y de francés, acariciándome el pelo hasta que me quedé frito.

Pasaron las semanas; echaba de menos a mis padres. Germaine se desvivía por hacerme la vida más agradable. Por las mañanas, al salir de compras, me llevaba consigo de tiendas y siempre me hacía regresar a casa con una golosina o un juguete en la mano. Por la tarde, me enseñaba a leer y a escribir. Quería matricularme en el colegio, pero mi tío pensaba que era mejor no precipitar las cosas. A veces permitía que permaneciera con él en la farmacia. Me instalaba tras una mesita de despacho, en la rebotica, y me hacía copiar en un cuaderno letras del alfabeto mientras atendía a sus clientes. A Germaine le parecía que yo asimilaba con rapidez y no entendía por qué mi tío dudaba en ponerme en manos de un auténtico maestro. Al cabo de dos meses, ya sabía leer palabras sin tropezar demasiado con las sílabas. No hubo manera de convencer a mi tío: no quería saber nada de colegio antes de estar del todo seguro que mi padre no iba a echarse atrás y a llevarme consigo.

Una tarde en que iba errando por los pasillos de la casa, me pidió que entrara en su despacho. Era un cuarto austero con un solo ventanuco que apenas daba luz. Sus paredes estaban tapizadas de libros con tapas de cartón; los había por todas partes: sobre las estanterías, sobre las cómodas, sobre la mesa. Mi tío estaba sentado en una silla, inclinado sobre un libro grande, con las gafas haciendo equilibrios sobre el filo de su nariz. Me sentó sobre sus rodillas y me orientó hacia el retrato de una dama colgado de la pared.

—Hay algo que tienes que saber, hijo mío. No has caído directamente del árbol al foso. ¿Ves a esta señora en la foto? Un general la llamó Juana de *Arch*. Era una especie de viuda rentista, tan autoritaria como afortunada. Se llamaba Lala Fatna, y sus propiedades eran extensas como un país. Su ganado poblaba las llanuras y las autoridades locales acudían a beber a lengüetadas en el hueco de su mano. Hasta los oficiales franceses la cortejaban. Dicen que si el emir Abd el-Kader la hubiese conocido, habría cambiado el rumbo de la historia... Mírala bien, hijo. Esta dama, esta figura legendaria, es tu bisabuela.

Lala Fatna era guapa. Tumbada sobre sus cojines, con el cuello enhiesto y la cabeza altiva saliéndole de su caftán bordado con oro y gemas, daba la impresión de reinar tanto sobre los hombres como sobre sus sueños.

Mi tío me enseñó otra foto en la que se veían tres hombres vestidos con albornoz señorial, de rostro macizo y barba recortada, cuya mirada era tan intensa

que parecía querer salirse del marco.

—El que está en medio era mi padre, o sea tu abuelo. Los otros dos eran sus hermanos. A la derecha, Sidi Abbas. Se fue a Siria y jamás regresó. A la izquierda, Abdelmumen, un literato brillante. Por lo impresionante de su erudición, pudo convertirse en el portavoz y alma de los ulemas, pero apenas tardó en ceder a la llamada de las tentaciones. Se codeaba con la burguesía europea, desatendía sus tierras y sus animales, y se pateó su fortuna en las casas galantes. Apareció muerto en una calleja, apuñalado por la espalda.

Me hizo girar hasta un tercer retrato, mayor que los anteriores.

—Aquí posan, en el centro, tu abuelo y sus cinco hijos. Tuvo tres hijas de un primer matrimonio, de las que nunca hablaba. A su derecha, el mayor de los hermanos, Kadur. No se llevaba demasiado bien con el patriarca y fue desheredado cuando se marchó a la metrópoli para meterse en política. A la izquierda, Hassan, al que le gustaba la gran vida, se juntaba con señoras de sospechosa virtud a las que cubría de joyas, y negoció a espaldas de la tribu unos tratos que se tragarón buena parte de nuestras granjas y de nuestro ganado caballar. Cuando llevaron a tu abuelo ante los tribunales, no pudo sino comprobar el estropicio. Jamás se repuso de ello. Al lado de Hassan, Abdessamad, un trabajador nato que tuvo que largarse dando un portazo porque el patriarca le prohibió casarse con una prima cuya tribu había jurado fidelidad a los franceses. Murió como soldado, en alguna parte de Europa, a finales de la Primera Guerra Mundial. Y los dos renacuajos que ves sentados a los pies del patriarca somos tu padre Issa, el pequeño, y yo, dos años mayor. Nos queríamos mucho... Luego enfermé gravemente y ni médicos ni curanderos pudieron curarme. Tenía más o menos tu edad. Tu abuelo estaba desesperado. Cuando alguien le recomendó las monjas, se negó rotundamente. Como seguía empeorando, una mañana se sorprendió llamando a la puerta de las religiosas...

Me enseñó un retrato en el que posaba un grupo de monjas.

—Son las monjitas que me salvaron. Pasé años con ellas, al cabo de los cuales aprobé el bachillerato. Tu abuelo, arruinado por las hipotecas y las epidemias, aceptó pagarme los estudios de Farmacia. Puede que se percatara de que tenía más posibilidades de salir adelante con los libros que con sus acreedores. Cuando conocí a Germaine en la facultad de Química, en la que ella estudiaba Biología, tu abuelo no se opuso a nuestra unión, pese a tenerle seguramente echado el ojo a alguna prima o a la hija de algún aliado. Cuando me diplomé, me preguntó qué pensaba hacer de mi vida. Elegí vivir en la ciudad y tener una farmacia. Opinó sin imponerme condiciones. Así fue como compré esta casa y la tienda... Tu abuelo nunca vino a verme a la ciudad. Ni siquiera cuando me casé con Germaine. No

renegó de mí, quiso *darme una oportunidad*. Al igual que tu padre cuando te confió a mí... Tu padre es un valiente, un hombre honrado y trabajador. Intentó salvar lo que pudo, pero estaba solo. No ha sido culpa suya. No es sino la última rueda de una carreta que ya iba desencaminada. Él sigue pensando que entre los dos habríamos podido enderezar el timón, pero el destino no lo dispuso así.

Me cogió la barbilla entre el pulgar y el índice y me miró directamente a los ojos.

—Te estarás preguntando a santo de qué te cuento esto, hijo. Pues para que sepas que tienes a quien parecerte. Por tus venas corre la sangre de Lala Fatna. Puedes tener éxito allí donde tu padre fracasó, y remontar la pendiente hasta la cumbre de donde procedes.

Me besó en la frente.

—Ahora ve en busca de Germaine. Debe de echarte de menos en el salón.

Me deslicé desde sus rodillas y corrí hacia la puerta.

Frunció el ceño al verme parar en seco.

—¿Sí, hijo?

Lo miré a mi vez directamente a los ojos y pregunté:

—¿Cuándo me vas a llevar a ver a mi hermanita?

Sonrió.

—Pasado mañana, te lo prometo.

Mi tío regresó antes que de costumbre. Germaine y yo nos encontrábamos en la veranda, ella leyendo en la mecedora, yo intentando dar con una tortuga que había visto la víspera entre las plantas del jardín. Germaine dejó el libro sobre el velador y frunció el entrecejo; mi tío no se había acercado a besarla como hacía a diario. Esperó unos minutos; al no reaparecer mi tío, se levantó y fue en su busca.

Mi tío estaba en la cocina, sentado en una silla, con los codos sobre la mesa, la cabeza entre las manos. Germaine se dio cuenta de que había ocurrido algo grave. La vi sentarse frente a él y cogerle la muñeca.

—¿Problemas con algunos clientes?

—¿Por qué voy a tener problemas con mis clientes? —se irritó mi tío—. No soy yo quien les prescribe los medicamentos que deben tomar...

—Te noto trastornado.

—Es normal, regreso de Jenane Jato.

Germaine se sobresaltó levemente.

—¿No debías llevar al niño mañana?

—Preferí tantear el terreno antes.

Germaine fue a buscar una jarra de agua y sirvió un vaso a su marido, que se la bebió de un trago.

Me vio de pie en medio del salón y me señaló el techo.

—Espérame en tu habitación, Jonas. Dentro de un rato repasaremos las lecciones.

Fingí subir la escalera, me detuve un momento en el descansillo, volví a bajar unos cuantos escalones y presté oído. El nombre de Jenane Jato me había puesto sobre aviso. Quería saber qué motivaba el mal aspecto que traía mi tío. ¿Habría ocurrido alguna desgracia en casa de mis padres? ¿Habrían identificado y detenido a mi padre por el asesinato de El Moro?

—¿Y qué? —preguntó Germaine en voz baja.

—¿Qué qué? —contestó mi tío cansinamente.

—¿Has visto a tu hermano?

—Tiene muy mala pinta, pero malísima.

—¿Le has dado dinero?

—¡Qué va! Cuando me llevé la mano al bolsillo, se puso tenso como si fuera a sacarle un arma. «No te he vendido a mi hijo», me ha dicho. «Te lo he confiado». No puedes imaginarte lo que me ha impresionado. Issa va cuesta abajo. Me temo lo peor.

—¿Es decir?

—Pues está claro. ¡Si le vieras los ojos! Parece un zombi.

—¿Y Jonas?, ¿lo vas a llevar mañana a que vea a su madre?

—No.

—Se lo has prometido.

—He cambiado de opinión. Apenas está empezando a salir del fango y no tengo la menor intención de volver a meterlo allí dentro.

—Mahi...

—No insistas. Sé lo que no hay que hacer. Nuestro niño ya sólo tiene que mirar hacia delante. Atrás sólo queda desolación.

Oí cómo Germaine se agitaba nerviosamente en su silla.

—Te rindes demasiado pronto, Mahi. Tu hermano te necesita.

—¿Crees que no lo he intentado? Issa es un detonador, basta con rozarlo para que explote. No me da la menor oportunidad. Me cortaría el brazo si le tendiera la mano. Para él, todo lo que viene de los demás es limosna.

—Tú no eres los demás, eres su hermano.

—¿Acaso lo ignora él? Para su cabezota da igual. Su problema es que se niega a

admitir que ha caído muy bajo. Ahora que no es más que la sombra de sí mismo, todo lo que reluce le quema. Además, me guarda rencor. No puedes hacerte idea de hasta qué punto me guarda rencor. Cree que si me hubiese quedado a su lado, ambos habríamos podido salvar nuestras tierras. Está convencido de ello. Hoy más que nunca. Estoy seguro de que para él se ha convertido en una idea fija.

—Eres tú el que se culpabiliza...

—Puede, pero él está obsesionado. Lo conozco. Calla para rumiar mejor su ira. Me desprecia. Para él, he vendido mi alma al diablo. He renegado de los míos, me he casado con una infiel, he malbaratado mis tierras a cambio de una casa en la ciudad, cambiado mi gandura por un traje europeo, y aunque lleve un fez sobre la cabeza, me reprocha que pase del turbante. Entre él y yo nunca podrá haber entendimiento.

—Debiste darle algunos billetes a su mujer.

—No los habría tomado. Sabe que Issa la mataría.

Subí con rapidez a mi dormitorio y me encerré con llave.

El lunes a mediodía mi tío bajó la cortina metálica de su tienda y regresó a buscarme. Debí de pensárselo con más calma, o puede que Germaine lo convenciera. De todos modos, tenía que asegurarse. Estaba harto de vivir con la angustia de que mi padre se echara atrás. La incertidumbre le hipotecaba la felicidad; tenía proyectos para mí, pero la eventualidad de un cambio de situación lo importunaba. Mi padre era capaz de presentarse sin previo aviso, de agarrarme por la mano y llevarme con él sin dignarse dar una explicación.

Mi tío me llevó a Jenane Jato. Y Jenane Jato me pareció más atroz que antes. Aquí, el tiempo giraba en vacío. Sin ocurrírsele nada nuevo. Los mismos rostros curtidos clavando su opaca mirada en los alrededores, las mismas sombras chinescas confundiendo con la penumbra. Patapalo se echó hacia atrás con sequedad el turbante al vernos llegar. El barbero estuvo a punto de cortarle la oreja al vejete cuya cabeza estaba afeitando. Los chavales interrumpieron su ajetreo y se alinearon a lo largo del sendero para mirarnos pasar. Sus harapos clamaban sobre sus cuerpos descarnados.

Mi tío evitaba detenerse ante la miseria circundante; caminaba derecho, con la barbilla en alto y la mirada inaprensible.

No entró conmigo en el patio, optando por esperarme fuera.

—Tómate todo el tiempo que necesites, hijo.

Entré apresuradamente en el patio. Dos retoños de Badra se peleaban junto al brocal enredando sus brazos en jadeante lucha. El más pequeño tenía sujeto con firmeza en el suelo al mayor e intentaba dislocarle el codo. En la esquina de las

letrinas, Hadda hacía la colada de rodillas ante un barreño hecho con un tronco de árbol tallado. Su vestido recogido hasta medio muslo dejaba ver la caricia del sol sobre sus bonitas piernas. Me daba la espalda y no parecía en absoluto molesta por la sesión de lucha libre de rara ferocidad que protagonizaban los dos pilluelos de su vecina.

Alcé la cortina de nuestro cuchitril y tuve que esperar unos segundos a que se me acostumbraran los ojos a la oscuridad reinante. Vi a mi madre tumbada sobre un jergón, tapada con una manta y un pañuelo ceñido a la cabeza.

—¿Eres tú, Younes?

Me abalancé y caí sobre ella. Sus brazos me agarraron y estrecharon contra su pecho; apretaban sin fuerza. Mi madre estaba ardiendo de fiebre.

Me apartó débilmente; mi peso debía de impedirle respirar.

—¿Por qué has vuelto? —preguntó.

Mi hermana se hallaba junto a la mesa baja. No me fijé de inmediato en ella, tal era su silencio y recogimiento. Sus ojazos vacíos me observaban como si se preguntara dónde me habían visto ya. Apenas llevaba unos meses fuera y ya no se acordaba de mí. Mi hermana seguía sin hablar. No era como los demás niños de su edad y parecía negarse a crecer.

Saqué de una bolsita el juguete que le había comprado, lo puse sobre la mesa. Mi hermana no lo cogió; se limitó a rozarlo con la mirada antes de volver a mirarme con fijeza. Cogí el juguete —era una muñequita de trapo— y se lo puse entre las manos. Ni siquiera se percató de ello.

—¿Cómo has hecho para encontrar el patio? —me preguntó mi madre.

—Mi tío me está esperando en la calle.

Mi madre se incorporó soltando un grito estridente. Sus brazos volvieron a estrecharme apretándome contra su pecho.

—Me alegro de verte. ¿Cómo es la casa de tu tío?

—Germaine es muy buena. Me lava todos los días y me compra todo lo que quiero. Tengo un montón de juguetes, y tarros de mermelada, y zapatos... Sabes, mamá, la casa es grande. Hay muchas habitaciones y sitio para todo el mundo. ¿Por qué no venís a vivir con nosotros?

Mi madre sonrió, y todo el sufrimiento que le arrugaba los rasgos desapareció como por ensalmo. Qué guapa era mi madre, con su pelo negro que le llegaba hasta la curva de la cadera y sus enormes ojazos. A menudo, cuando todavía estábamos en nuestras tierras y la veía contemplar nuestros campos desde un cerro, la tomaba por una sultana. Tenía porte, gracia, y cuando bajaba a la carrera del cerro, no conseguía alcanzarla la miseria que, cual jauría de perros, le dentelleaba el bajo del

vestido.

—Es verdad —insistí—, ¿por qué no venís a vivir con nosotros a casa de mi tío?

—Las cosas no funcionan así con la gente mayor, hijo mío —me dijo, limpiándome algo en la mejilla—. Además, tu padre jamás querría vivir en casa de nadie. Quiere rehacerse por sí mismo y no deber nada a nadie... Tienes buen aspecto —añadió—. Parece que has engordado... ¡Y lo guapo que estás con tu ropa! Pareces un pequeño rumí.

—Germaine me llama Jonas.

—¿Quién es?

—La mujer de mi tío.

—No pasa nada. Los franceses pronuncian mal nuestros nombres. No lo hacen queriendo.

—Sé leer y escribir.

Sus dedos me removieron el pelo.

—Eso está muy bien. Tu padre jamás te habría confiado a tu tío si no esperase de él lo que le resulta imposible ofrecerte.

—¿Dónde está?

—No para de trabajar. Ya verás, un día vendrá a buscarte y te llevará a la casa de sus sueños. ¿Sabes que naciste en una bonita casa? La casucha en la que has crecido pertenecía a una familia de campesinos empleados por tu padre. Al principio, éramos casi ricos. Todo el pueblo celebró nuestra boda. Una semana de cantos y festejos. Nuestra casa era de obra, y teníamos jardines alrededor. Tus tres primeros hermanos nacieron como príncipes. No sobrevivieron. Luego llegaste tú, y no parabas de jugar en aquellos jardines. Luego, Dios decidió que el invierno sucediera a la primavera, y nuestros jardines se echaron a perder. Así es la vida, hijo. Nos quita con una mano lo que nos ha dado con la otra. Pero nada nos impide ir a recuperarlo. Y tú lo vas a conseguir. He preguntado a Batoul, la vidente. Ha leído en los rayados del agua que vas a salir adelante. Por eso cada vez que te echo de menos, me considero una egoísta y me digo: está muy bien allá donde está. Está a salvo.

6

No permanecí mucho tiempo junto a mi madre. O puede que una eternidad. No lo recuerdo. El tiempo no contaba; se trataba de otra cosa, algo más denso y esencial. Como en el locutorio de las cárceles: lo que importa es lo que se retiene del instante compartido con el ser que se echa de menos. A mi edad, no me daba cuenta del perjuicio que mi partida suponía para los míos, de la mutilación en que me había convertido. Mi madre no soltó una sola lágrima. Ya lloraría más adelante. Me hablaba sonriéndome, sin soltarme la mano. La sonrisa de mi madre era una absolución.

Nos dijimos más o menos lo que teníamos que decirnos, o sea, poca cosa, nada que no supiéramos ya.

—Esto de aquí no es bueno para ti —decretó ella.

Sus palabras no me llamaron demasiado la atención en aquel momento. No era más que un niño para quien sólo en contadas ocasiones las palabras traspasaban el contorno de los labios. ¿Las asimilé, me detuve en ellas? ¿Qué más da? De todos modos, ya estaba en otra parte.

Fue ella la que me recordó que me estaban esperando en la calle, que tenía que irme; y la eternidad se esfumó como la luz al presionar el interruptor, con tal rapidez que me pilló desprevenido.

Fuera, el patio estaba silencioso. Ni el menor jaleo, ningún ruido de lucha. El patio estaba silencioso; ¿nos estaría escuchando tras las cortinas? Al salir vi a todos los vecinos reunidos en torno al brocal. Badra, Mama, Batoul la vidente, la bella Hadda, Yezza y su chiquillería me miraban de lejos. Parecía que temieran estropearme al acercarse a mí. Los diablillos de Badra contenían el aliento. Ellos, que siempre andaban con los dedos metidos en alguna parte, ahora mantenían las manos pegadas al costado. Mi cambio de ropa había bastado para dejarlos descolocados. Hoy sigo preguntándome si, al fin y al cabo, el mundo no se basa en las apariencias. Si tienes la cara acartonada y un saco de yute cubriendo una tripa vacía, eres un pobre. Si te lavas la cara, te peinas un poco y te pones un pantalón limpio, ya eres otro. De tan poco depende... A los once años, esos despertares te desconciertan. Como las preguntas no traen respuestas, te apañas con las que te convienen. Estaba convencido de que la miseria no se debía a la fatalidad sino que procedía directamente de las mentalidades. Todo se cuece en la cabeza. La mente da por bueno lo que los ojos descubren, y se acaba pensando que esa es la realidad inmutable de seres y cosas. Sin embargo, basta con apartar un momento la mirada de ese duro trance para hallar otro camino, nuevo por estrenar y tan misterioso que

uno se sorprende soñando. En Jenane Jato no se soñaba. La gente había decidido que su destino estaba sentenciado y que nada más había alrededor, ni arriba ni abajo. De tanto mirar la vida del lado que más duele, acabó fundiéndose en cuerpo y alma con su estrabismo.

Mi tío me tendió la mano. La agarré al vuelo. Cuando sus dedos se cerraron alrededor de mi muñeca, dejé de mirar hacia atrás.

Ya estaba en otra parte.

No se me ha quedado grabado gran cosa de mi primer año de adopción. Ya tranquilizado, mi tío me matriculó en un colegio situado a dos manzanas de nuestra calle. Se trataba de un centro normal y corriente, con corredores poco atractivos y dos plátanos en el patio. Me resultaba muy oscuro, como si la luz del día apenas rozara las alturas del edificio. Al contrario que el maestro, un señor rudo y severo que nos enseñaba francés con un acento auvernés que algunos alumnos imitaban a la perfección, la maestra era paciente y dulce. Algo regordeta, siempre llevaba el mismo guardapolvo descolorido, y su perfume la seguía como una sombra cuando pasaba por entre las filas.

Sólo había dos árabes en mi clase, Abdelkader y Brahim, hijos de dignatarios a quienes unos sirvientes iban a recoger a la salida del colegio.

Mi tío velaba por mí como si fuera la niña de sus ojos. Su buen humor me animaba. De cuando en cuando, me llamaba a su despacho y me contaba historias cuyo sentido y alcance se me escapaban.

Orán era una magnífica ciudad. Tenía un carácter singular que añadía un perenne encanto a su jovialidad mediterránea. Todo lo que emprendía le sentaba de maravilla. Sabía vivir y no lo ocultaba. Sus noches eran mágicas. Tras la canícula, el aire refrescaba y la gente sacaba su silla a la acera y pasaba largas horas charlando en torno a un vaso de anisete. Podíamos verlos desde nuestra veranda, fumándose sus pitillos, y oír lo que se contaban. Su sibilina picaresca prorrumpía en la oscuridad como estrellas fugaces y sus risas gruesas afluían hasta nosotros al igual que las olas acuden a lamer los pies a orillas del mar.

Germaine era feliz. No podía mirarme sin dar gracias a Dios con una oración. Yo era consciente de la felicidad que les producía, a ella y a su marido, y aquello me halagaba.

A veces, mi tío recibía a gente procedente de lugares muy lejanos; árabes y bereberes, algunos vestidos a la europea, otros luciendo la vestimenta tradicional. Eran gente importante y muy distinguida. Todos hablaban de un país que se llamaba

Argelia; no el que enseñaban en el colegio ni el de los barrios encopetados, sino otro país expoliado, avasallado, amordazado, que rumiaba su ira como si fuera un alimento echado a perder; la Argelia de Jenane Jato, de las fracturas abiertas y las tierras quemadas, de los que padecen y cargan con todo... un país que quedaba por definir y adonde todas las paradojas del mundo parecían haber venido a instalarse.

Creo que era feliz en casa de mi tío. En absoluto echaba de menos Jenane Jato. Hice amistad con una niña que vivía enfrente. Se llamaba Lucette. Estábamos en la misma clase y su padre le permitía jugar conmigo. Tenía nueve años, no era muy bonita, pero era divertida y generosa, por lo que disfrutaba mucho con su compañía.

En el colegio, las cosas se normalizaron a partir del segundo año. Conseguí integrarme. Los jóvenes rumís eran ciertamente niños extraños. Podían acogerte con los brazos abiertos y rechazarte justo después del abrazo. Se llevaban muy bien entre ellos. A veces, les daba por pelearse durante el recreo, por tenerse un odio implacable, pero cuando se presentaba un intruso —normalmente un árabe o un «pariente pobre» de su comunidad— hacían piña contra él. Lo ponían en cuarentena, le tomaban el pelo y lo señalaban sistemáticamente con el dedo cada vez que se buscaba a un culpable. Al principio, encargaron de la persecución a Maurice, un estudiante calamitoso, grandullón y camorrista. Cuando se dieron cuenta de que yo no era más que un blandengue incapaz de devolver los golpes ni de quejarme, me dejaron en paz. En cambio, cuando tenían a otro hazmerreír, hasta me toleraban en la periferia de su grupo. No era del todo uno de ellos y no desperdiciaban una oportunidad de recordármelo. Curiosamente, bastaba con que sacara mi merienda de la cartera para que se apaciguaran; de pronto se convertían en amigos y me manifestaban un respeto desconcertante. Una vez compartida la merienda y desaparecida la última migaja, renegaban de mí con tal rapidez que sus cambios me mareaban.

Una tarde, regresé a casa enrabiado. Necesitaba explicaciones inmediatas. Estaba enfadado con Maurice, con el maestro y con toda mi clase. Me había sentido herido en mi amor propio y, por vez primera, comprendí que mi dolor no se limitaba al de mi familia y que podía extenderse a gente que no conocía de nada, pero que pasaba a convertirse, por espacio de una afrenta, en tan cercana como mi padre o mi madre. El incidente se produjo en clase. Habíamos entregado nuestros deberes, y Abdelkader estaba confuso. Se le había olvidado hacer los suyos. El maestro lo agarró por la oreja y lo hizo subir así a la tarima, poniéndolo en evidencia ante toda la clase. «¿Podría usted decirnos por qué no tiene deberes para entregarme, a ejemplo de sus compañeros, don Abdelkader?». El alumno así pillado

permanecía cabizbajo, rojo como un tomate. «¿Por qué, don Abdelkader, por qué no ha hecho usted sus deberes?». Al no obtener respuesta, el maestro se dirigió al resto de la clase: «¿Alguien puede decirnos por qué don Abdelkader no ha hecho sus deberes?». Sin levantar la mano, Maurice contestó sobre la marcha: «Porque los árabes son perezosos, señor». La hilaridad que arrancó a su alrededor me destrozó.

De vuelta a casa, fui directamente a buscar a mi tío en su despacho.

—¿Es verdad que los árabes son perezosos?

A mi tío lo sorprendió mi tono agresivo.

Soltó el libro que estaba leyendo y se volvió hacia mí. Lo que vio en mi rostro lo enterneció.

—Ven aquí a mi lado, hijo —me dijo, abriéndome los brazos.

—No. Quiero saber si es verdad. ¿Los árabes son perezosos?

Mi tío se cogió la barbilla con el índice y el pulgar y me miró fijamente. Era un momento decisivo; me *debía* explicaciones.

Tras reflexionar, se puso enfrente de mí y me dijo:

—No somos perezosos. Sólo que nos tomamos nuestro tiempo para vivir. Algo que no les ocurre a los occidentales. Para ellos, el tiempo es dinero. Para nosotros, el tiempo no tiene precio. Un vaso de té nos basta para ser felices, a ellos ninguna felicidad les basta. Ahí está la diferencia, hijo.

No volví a dirigir la palabra a Maurice, y dejé de temerlo.

Luego vino aquel día —otro más— que, al estar aprendiendo a soñar, me pilló totalmente desprevenido.

Había acompañado a Lucette hasta la casa de su tía, una pantalonera cuyo taller se encontraba en Choupot, dos barrios más arriba del nuestro, y regresaba a casa a pie. Era una mañana de octubre y del cielo colgaba un sol tan grande como una calabaza. El otoño iba despojando los árboles de sus últimos harapos mientras un viento en trance arremolinaba alocadamente montones de hojas muertas. Había un bar en el bulevar por el que a Lucette y a mí nos encantaba ir de escaparates. No recuerdo su nombre pero todavía me acuerdo de los borrachos que lo frecuentaban: gente ruidosa e irascible a la que a menudo la policía metía en vereda a porrazos. Justo cuando llegaba a su altura estalló una violenta disputa. A los insultos sucedió un estrépito de mesas y de sillas y vi a un fulano gordo y cabreado agarrar a un mendigo por el cuello y los fondillos y catapultarlo por encima de los escalones. El pobre infeliz aterrizó a mis pies con el mismo sonido que una gavilla de heno. Estaba borracho perdido.

—¡No se te ocurra volver por aquí, piojoso! —le intimó el barman desde un escalón—. Este no es sitio para ti.

El barman volvió a entrar en el bar y regresó con una chancla.

—Y recoge tu babucha, Yohá de las narices. Correrás mucho mejor y más rápido a tu perdición.

El mendigo encogió el cuello cuando la chancla le dio en la cabeza. Como me cortaba el paso, totalmente tendido en la acera, y yo no sabía si debía dar un rodeo o cruzar, me quedé clavado en el sitio.

El mendigo olisqueó con la mejilla aplastada contra el suelo y el turbante sobre la nuca. Me daba la espalda. Sus enfebrecidas manos intentaban agarrarse a algo, pero estaba demasiado borracho para encontrar dónde apoyarse. Tras varios tropiezos, consiguió incorporarse, buscó a tientas su chancla, se la puso, luego recogió su turbante y se lo enrolló de cualquier manera alrededor de la cabeza.

No olía bien; creo que se había orinado encima.

Tambaleándose sobre su trasero, una mano apoyada en el suelo para evitar derrumbarse, buscó con la otra su bastón, lo vio cerca de una alcantarilla y se arrastró boca abajo para alcanzarlo. Se fijó de pronto en mi presencia y se detuvo. Al volver la cabeza hacia mí, se le descompuso el rostro.

¡Era mi padre!

¡Mi padre, el que era capaz de levantar montañas, de poner de rodillas las incertidumbres, de retorcer el pescuezo al destino! ¡Ahí estaba, a mis pies, tirado en la acera, trabado por unas polainas malolientes, con la cara tumefacta y la baba colgándole de la comisura de los labios, el azul de sus ojos tan trágico como los moratones de su rostro!... ¡Un desecho... una piltrafa... una tragedia!

Me miró como si yo fuera un espectro. Algo veló sus ojos legañosos y embotados y la cara se le arrugó como un papel de envolver entre las manos de un trapero.

—¿Younes? —exclamó.

No fue un grito, apenas un gorgoteo suspenso entre la exclamación átona y el llanto.

Me quedé atónito.

De repente se hizo cargo de la gravedad de la situación e intentó levantarse. Sin dejar de mirarme, con las facciones tensas por el esfuerzo, se apoyó en su bastón y se enderezó cuidando de no soltar ningún gemido. Sus rodillas lo traicionaron y volvió a caer penosamente en el arroyo. Para mí era como si se derrumbara mi castillo de arena, como si las ráfagas del siroco desconcharan las promesas del ayer y mis mayores deseos. Sentía una inmensa pena. Hubiese querido inclinarme hacia

él, pasar su brazo por encima de mi cuello y levantarlo. Hubiese querido que me tendiera la mano, que se agarrase a mí. Hubiese querido mil cosas más, mil trampolines, mil pértigas, pero sólo tenía los ojos para negarme a admitir lo que estaba viendo, ya que ninguno de mis miembros respondió. Quería demasiado a mi padre para imaginármelo tirado a mis pies, hecho un adefesio, con las uñas renegridas y moqueando.

Incapaz de sobreponerse a su borrachera, renunció a seguir intentándolo y, con gesto exhausto, me pidió que me fuera.

En un último arranque de orgullo, mi padre respiró hondamente y volvió a apoyarse en su bastón. Debió de hurgar en lo más recóndito de su dignidad hasta reunir la fuerza necesaria para reponerse, se echó hacia delante, se tambaleó hacia atrás, se apoyó en la pared al flaquearle las piernas; estaba luchando lo indecible para mantenerse en pie. Se sostuvo en su hipotético apoyo, como si fuera un viejo rocín enfermo a punto de derrumbarse. Y, adelantando un pie tras otro, rozando con el hombro la fachada del bar, se alejó. Intentaba afianzarse con cada paso, apartarse un poco de la pared para demostrarme que estaba en condiciones de caminar recto; se apreciaba, en esa patética lucha entablada consigo mismo, lo más valiente a la vez que lo más grotesco del desamparo. Demasiado ebrio para ir muy lejos, se detuvo jadeando al cabo de unos metros y se volvió para ver si me había ido. Yo seguía allí, con los brazos caídos, tan borracho como él. Entonces me lanzó esa mirada que me acosará toda la vida; esa mirada de derrota capaz de ahogar cualquier juramento, incluso el que pudiese hacer el padre más bueno al mejor de los hijos... Una mirada que se lanza una sola vez en la existencia, pues detrás o más allá de ella no queda nada. Supe que era la última que me dirigía; que aquellos ojos, que me habían fascinado y aterrado, arrullado y prevenido, amado y conmovido, jamás volverían a posarse sobre mí.

—¿Desde cuándo está así? —preguntó el médico, metiendo su estetoscopio dentro de su bolsa.

—Regresó a mediodía —dijo Germaine—. Tenía un aspecto normal. Luego nos sentamos a almorzar. Comió un poco y de pronto corrió a vomitar al bidé.

El médico era un señor alto y huesudo, de rostro alargado y macilento. Su traje de color antracita le confería cierto aspecto de morabito. Abrochó las correas de su bolsa con autoridad, sin dejar de mirarme.

—No entiendo lo que le pasa —confesó—. No tiene fiebre, no está sudando ni presenta el menor síntoma de resfriado.

Mi tío, que se hallaba al pie de mi cama junto a Germaine, no decía nada. Estuvo muy pendiente de la auscultación, y observaba de cuando en cuando al médico con inquietud. Este me miró la boca, pasó por mis pupilas una linterna pequeña, me palpó repetidas veces debajo de las orejas, escuchó mi respiración. Se irguió esbozando un mohín circunspecto.

—Le voy a recetar medicamentos para contener las náuseas. Que guarde cama hoy. En principio, debería pasársele. Ha debido de tomar algo que su organismo ha rechazado. Si no se le pasa, me volvéis a llamar.

Cuando el médico se fue, Germaine se quedó conmigo. Se la notaba intranquila.

—¿Has comido algo en la calle?

—No.

—¿Te duele el vientre?

—No.

—Entonces, ¿qué te ocurre?

Ignoraba lo que me ocurría. Notaba que se me iba la vida. Me mareaba apenas levantaba la cabeza. Tenía la impresión de que se me enredaban las tripas, de que se me embotaba el alma...

Cuando desperté era de noche. No se oía ruido desde la calle. La luna llena alumbraba mi habitación y una leve brisa se divertía tirando de las trenzas de los árboles. Debía de ser muy tarde. Normalmente, los vecinos no se acostaban hasta haber contado todas las estrellas. Tenía un regusto a bilis en la boca y me ardía la garganta. Aparté las mantas y me levanté. Me temblaban las piernas. Me acerqué a la ventana y esperé, con la nariz pegada al cristal, a ver pasar alguna silueta. Quería reconocer a mi padre en cada noctámbulo.

Germaine me pilló así, con el rostro aureolado de vaho y el cuerpo helado. Se apresuró a meterme en la cama. Yo no entendía lo que me decía. Su rostro desaparecía intermitentemente tras el de mi madre; luego el de mi padre suplantaba a ambos, provocándome unos fulgurantes espasmos en el vientre.

Ignoro cuánto tiempo estuve enfermo. Cuando volví a la escuela, Lucette me confesó que había cambiado, que ya no era el mismo. Algo se había quebrado dentro de mí.

Bliss el comisionista fue a ver a mi tío a la farmacia. Lo reconocí apenas empezó a carraspear. Tenía una manera muy propia de aclararse la garganta. Yo me encontraba en la rebotica repasando lecciones cuando llegó. Podía observarlo por la abertura de la cortina que separaba el despacho. Empapado hasta el tuétano,

llevaba un viejo albornoz remendado que le quedaba grande, unos zaragüelles grises manchados de barro y sandalias de caucho que iban embarrando el suelo.

Mi tío dejó de hacer cuentas y alzó la cabeza. La visita del comisionista le daba muy mala espina. Bliss apenas se aventuraba por el barrio europeo. A mi tío le bastó con ver su mirada de animal acosado para adivinar que un viento funesto soplaba en su dirección.

—¿Sí?

Bliss se metió la mano bajo la chechia y se rascó con fuerza la coronilla; eso en él era señal de apuro.

—Se trata de tu hermano, doctor.

Mi tío cerró su registro dando un golpe seco y se volvió hacia mí. Se dio cuenta de que los estaba observando. Dio la vuelta al mostrador, tomó a Bliss por el codo y lo alejó a una esquina. Me bajé de mi taburete y me acerqué a la cortina para escuchar.

—¿Qué le pasa a mi hermano?

—Ha desaparecido...

—¿Qué? ¿Qué significa desaparecido?

—Pues que no ha vuelto a su casa.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace tres semanas.

—¿Tres semanas? ¿Y vienes a contármelo ahora?

—La culpa es de su mujer. Ya sabes cómo son nuestras mujeres cuando faltan sus maridos. Prefieren que arda su casa antes que pedir ayuda al vecino. Además, es Batoul la vidente la que me lo ha dicho esta mañana. La mujer de tu hermano la consultó ayer. Le pidió que le leyera en las líneas de la mano qué había sido de su marido, y así como Batoul se ha enterado de que tu hermano lleva tres semanas sin dar señales de vida.

—¡Dios mío!

Volví de inmediato a mi mesa de trabajo.

Mi tío apartó la cortina y me vio concentrado en mi cuaderno de poemas.

—Ve a decir a Germaine que venga a sustituirme en la farmacia. Tengo asuntos urgentes que atender.

Recogí mi cuaderno y salí a la calle. Intenté leer de pasada algo en la mirada de Bliss, pero apartó los ojos. Eché a correr como un loco por las calles.

Germaine estaba muy nerviosa. Apenas acababa con un cliente, se apostaba tras la

cortina para vigilarme. Mi calma la tenía preocupada. De vez en cuando, sin poder contenerse, se acercaba a mí de puntillas y se quedaba mirando por encima de mis hombros mientras me aprendía de memoria mis poemas. Su mano me acariciaba el pelo antes de detenerse en mi frente para tomarme la temperatura.

—¿Seguro que estás bien?

Yo no le contestaba.

La última mirada que me lanzó mi padre días atrás, mientras se tambaleaba de ebriedad y de vergüenza, había vuelto a roerme con la voracidad de un gusano.

Había anochecido hacía varias horas y mi tío seguía sin regresar. Mientras diluviaba en la calle desierta, un caballo se desmoronó, arrastrando consigo la carreta de la que tiraba. La carga de carbón se esparció por la calzada y el carretero, echando pestes contra su animal y el mal tiempo, intentó en vano resolver su problema.

Germaine y yo miramos por la vitrina el caballo tumbado en el suelo, con las patas delanteras dobladas y el cuello desarticulado. El agua de lluvia ondeaba sus crines sobre el adoquinado.

El carretero fue en busca de ayuda y regresó con un puñado de voluntarios para arrostrar el aguacero y los rayos.

Uno de ellos se agachó ante el caballo.

—Tu penco está muerto —dijo en árabe.

—Qué va, sólo ha resbalado.

—Te digo que está tieso.

El carretero se negó a admitirlo. Se agachó a su vez ante su animal sin atreverse a ponerle la mano encima.

—No puede ser. Si estaba bien...

—Los animales no saben quejarse —dijo el voluntario—. Te habrás pasado con el látigo, amigo.

Germaine cogió una manivela y bajó hasta la mitad el cierre metálico de la farmacia; luego me entregó su paraguas, apagó las luces y me sacó fuera. Tras haber colocado los candados, volvió a coger el paraguas, me apretó contra ella y regresamos apresuradamente a casa.

Mi tío no apareció hasta bien adentrada la noche. Venía empapado. Germaine le quitó el abrigo y los zapatos en el vestíbulo.

—¿Por qué no está acostado? —rezongó él, señalándome con la barbilla.

Germaine se encogió de hombros y subió con rapidez los escalones que llevaban al piso superior. Mi tío se me quedó mirando atentamente. Su pelo mojado relucía bajo la lámpara, pero tenía la mirada sombría.

—Deberías estar durmiendo en tu habitación. Te recuerdo que mañana tienes colegio.

Germaine regresó con una bata que mi tío se puso sobre la marcha. Deslizó sus pies descalzos en unas pantuflas y vino hacia mí.

—Hijo, haz el favor de subir a tu habitación.

—Sabe lo de su padre —creyó su deber informarlo Germaine.

—Lo supo antes que tú, pero eso no es motivo.

—De todos modos, no pegará ojo hasta haberte oído. Se trata de su padre.

A mi tío no le hicieron gracia las últimas palabras de Germaine. La amenazó con la mirada. Ella no se amilanó. Estaba preocupada y comprendía que no era razonable ocultarme la verdad.

Mi tío colocó sus manos sobre mis hombros.

—Lo hemos buscado por todas partes —dijo—. Nadie lo ha visto. No recuerdan haberlo visto en los últimos tiempos por los lugares que frecuentaba. Tu madre ignora dónde está. No entiende por qué se ha ido. Vamos a seguir buscando. He pedido al comisionista y a tres hombres de confianza que se pateen la ciudad hasta dar con él...

—Yo sé dónde está —dije—. Se ha ido para hacer fortuna, y va a regresar en un cochazo.

Mi tío consultó a Germaine con la mirada, temiendo que estuviera divagando. Ella lo tranquilizó con un leve aleteo de pestañas.

Ya en mi habitación, me quedé mirando al techo e imaginé a mi padre en alguna parte amasando fortunas a brazadas, como en las películas a las que me llevaba el padre de Lucette los domingos por la tarde. Germaine acudió varias veces a mi habitación para comprobar que me había dormido. Yo fingía estarlo. Ella fisgoneaba en la cabecera de mi cama, me palpaba subrepticamente la frente, me colocaba las almohadas y se iba tras haberme tapado bien. Al oír la puerta cerrarse, me destapaba y, sin dejar de mirar el techo, al igual que un chaval hechizado por una visión extraordinaria, seguía las aventuras de mi padre como si las viera en una pantalla.

Bliss el comisionista y los tres hombres de confianza a quienes mi tío había encargado que dieran con mi padre no consiguieron nada. Habían buscado en las comisaría, en el hospital, en los burdeles, en los vertederos, en los zocos, entre sepultureros y truhanes, borrachos y alcahuetes... Mi padre se había volatilizado.

A las pocas semanas de su desaparición, fui a Jenane Jato sin contárselo a nadie.

Había aprendido a orientarme en la ciudad y quería visitar a mi madre sin pedir permiso a Germaine y sin que me acompañara mi tío. Mi madre me regañó muy en serio. Mi iniciativa le pareció estúpida y me hizo prometer que no lo volvería a hacer. Los barrios de las afueras estaban infestados de gente poco recomendable, y un chico bien vestido era presa fácil para todos esos bribones que operaban en zonas peligrosas. Le expliqué que había venido para saber si mi padre había regresado. Mi madre me informó que mi padre no necesitaba que se preocuparan por él y que, según Batoul la vidente, le iba de maravilla y ya estaba empezando a amasar una fortuna. «Cuando regrese, pasará primero por casa de tu tío antes de recogernos, a tu hermana y a mí, para llevarnos, *todos juntos*, a una gran casa rodeada de jardines y con innumerables árboles frutales».

Tras lo cual envió al hijo mayor de Badra a buscar a Bliss para que me acompañara de inmediato a casa de mi tío.

Durante mucho tiempo le di vueltas al perentorio rechazo de mi madre.

Tenía la sensación de ser la causa de todas las desgracias del mundo.

Durante meses, sólo pegué el ojo de noche tras haber escrutado minuciosamente el techo. De punta a punta. Me tumbaba boca arriba clavando la cabeza en la almohada y daba vuelta tras vuelta a las tribulaciones de mi padre, cuya deshilvanada película se proyectaba por encima de mi cama. Me lo imaginaba como un ricachón hierático rodeado de cortesanos, como salteador infestando remotos lugares, como buscador de oro desenterrando de un picotazo la pepita del siglo, o también como gánster ceñido en un impecable traje con chaleco, un puro entre los labios. A veces, con una angustia insondable, lo imaginaba yendo a la deriva por los barrios de mala fama, borracho y desastrado, perseguido por pilluelos linchadores. Aquellas noches, una tenaza me trituraba la muñeca, una tenaza idéntica a la que estuvo a punto de incrustarme mis monedas en la mano la noche en que pensé hacer feliz a mi padre entregándole el dinero que había ganado vendiendo jilgueros.

La desaparición de mi padre se me había quedado atragantada; no conseguía ingurgitarla ni expectorarla. Me sentía responsable de su defección. Mi padre no se habría atrevido a dejar a mi madre y a mi hermana en la más absoluta indigencia si no nos hubiésemos cruzado aquel día. Habría regresado a Jenane Jato al anochecer y habría dormido la mona sin despertar sospecha en el vecindario. Era un hombre con principios, se esforzaba en tenerlo todo en cuenta, cuidando de no perderla nunca. Decía que se podía perder la fortuna, las propiedades y los amigos, las oportunidades y las referencias, pero que siempre quedaba una posibilidad, por ínfima que fuera, de rehacerse de algún modo; en cambio, si lo que se perdía era la cara, de nada servía pretender salvar lo demás.

Aquel día, mi padre debió de perder la cara. Por mi culpa. Lo había pillado en su punto más bajo de decrepitud, y eso no lo pudo soportar. Había puesto tanto empeño en demostrarme que no consentía que las jugarretas de la vida empañaran su imagen... La mirada que me lanzó junto al bar, en Choupot, mientras intentaba grotescamente mantenerse en pie, demostraba que no era así. Hay miradas que delatan el desamparo de la gente; la de mi padre era inapelable.

Me reprochaba haber tomado aquella calle, haber pasado delante de aquel bar en el momento en que ese «gorila» echaba por tierra a mi padre a la vez que mi mundo; me reprochaba haber dejado demasiado pronto a Lucette, haberme detenido más tiempo que de costumbre a mirar vitrinas...

No dejaba de rumiar mi pena en la oscuridad de mi habitación, sin saber qué circunstancia atenuante alegar. Me sentía tan desgraciado que fui una noche al trastero en busca de la estatua del ángel que me tuvo aterrado durante mi primera

noche en casa de mi tío. La encontré en el fondo de un arcón atestado de antiguallas, la desempolvé y la volví a colocar sobre la chimenea, frente a mi cama. Y ya no dejé de mirarla, seguro de que acabaría viéndola desplegar sus alas y ladear la barbilla hacia mí... Pero nada. Permaneció como sobrecogida sobre su zócalo, impenetrable y lamentablemente inútil, de modo que antes del amanecer volví a guardarla en su cochambroso arcón.

—¡Dios es malo!

—Dios no tiene parte en esto, hijo —me replicó mi tío—. Tu padre se ha ido, y punto. Ni el Maligno lo ha presionado ni el ángel Gabriel se lo ha llevado de la mano. Intentó sostenerse como pudo pero se vino abajo. Así de sencillo. La vida está hecha de altibajos, y nadie es capaz de saber cuál es su punto medio. Ni siquiera tiene uno por qué atenerse a sí mismo. La desgracia nos golpea sin premeditación. Nos fulmina como el rayo, y como el rayo desaparece, sin detenerse ni sospechar los dramas que nos inflige. Si quieres llorar, llora; si quieres esperar, reza, pero te suplico que no busques un culpable al sinsentido de tu dolor.

Lloré y recé; luego, con el paso de las estaciones, la pantalla que tenía sobre la cabeza se fue apagando y el techo recobró su plana banalidad. De nada servía tratar con los propios fantasmas. Retomé el camino del colegio, y de paso la mano de Lucette. Esos montones de niños y niñas que tenía a mi alrededor no eran culpables de nada. Eran chiquillos, sólo chiquillos presas del infortunio, que padecían castigos arbitrarios y se resignaban. Si no hacían demasiadas preguntas, era porque a menudo las respuestas no traían nada bueno.

Mi tío siguió recibiendo a sus misteriosos invitados. Llegaban por separado, en plena noche, y se encerraban en el salón durante horas fumando como chimeneas. El olor de sus cigarrillosapestaba toda la casa. Su conciliábulo empezaba y acababa siempre del mismo modo, sordo al principio, luego entrecortado por silencios meditabundos hasta que se enardecía y amenazaba con alborotar el barrio. Oía a mi tío hacer uso de su condición de señor de la casa para conciliar los humores. Cuando las divergencias no daban con un terreno de entendimiento, los invitados salían a tomar el aire en el jardín. La punta de sus cigarrillos fosforecía con furia en la oscuridad. Una vez acabada la reunión, se retiraban de puntillas, uno tras otro, escrutando los alrededores, y se desvanecían en la noche.

Al día siguiente, sorprendía a mi tío en su despacho tomando interminables notas en un registro con tapas de cartón.

Una noche que no se parecía a las anteriores, mi tío me permitió quedarme con sus invitados en el salón. Me presentó a ellos con orgullo. Reconocía algunas caras, pero el ambiente estaba menos tenso, era casi solemne. Sólo una persona se

permitía hablar. Cuando abría la boca, sus compañeros se asían a sus labios y bebían sus palabras con infinita delectación. Se trataba de un invitado insigne, carismático, al que mi tío admiraba manifiestamente. Sólo mucho después, ojeando una revista política, pude poner un nombre a su rostro: Messali Hadj, personalidad señera del nacionalismo argelino.

La guerra estalló en Europa. Como un absceso.

Polonia cayó ante la embestida nazi con una facilidad desconcertante. La gente esperaba una resistencia feroz y sólo se encontró con patéticas escaramuzas, pronto aplastadas por los carros de combate con sus cruces gamadas. El éxito fulgurante de las tropas alemanas espantaba tanto como fascinaba. Las miradas todas a una se volvieron hacia el norte y se centraron en lo que estaba ocurriendo en la otra orilla del Mediterráneo. Las noticias no eran buenas; el espectro de un estallido general estaba en todas las mentes. No había ocioso en las terrazas de los cafés que no volcara sus preocupaciones sobre un periódico abierto. Los transeúntes se detenían, se llamaban de lejos, se aglutinaban en las barras de los bares o en torno a los bancos de los jardines públicos para tomarle el pulso a un Occidente que iba directo hacia su perdición. En el colegio, nuestros maestros nos hacían menos caso. Llegaban por la mañana con un montón de noticias y otro montón de preguntas, y regresaban por las tardes con las mismas preguntas y las mismas ansiedades. El director instaló sin más un aparato de radio en su despacho y dedicaba la mayor parte de su tiempo a las informaciones, desatendiendo a los pillastres que, curiosamente en aquellos tiempos revueltos, proliferaban en el patio del colegio.

El domingo, Germaine ya no me llevaba a ninguna parte después de misa. Se encerraba en su habitación y, arrodillada ante un crucifijo, salmodiaba unas letanías interminables. No tenía familia en Europa, pero rezaba con todas sus fuerzas para que la sensatez se impusiera a la locura.

Como mi tío se quitó a su vez de en medio, con su bolsa repleta de pasquines y de manifiestos oculta bajo el abrigo, me dediqué a Lucette. El tiempo se nos pasaba volando con nuestros juegos, hasta que una voz nos señalaba que era hora de comer o de ir a la cama.

El padre de Lucette se llamaba Jérôme y era ingeniero en una fábrica cercana a nuestro barrio. Ya enfrascado en un libro técnico, ya tumbado en un sofá frente a un gramófono en el que no paraba de sonar Schubert, ni siquiera se molestaba en echar una ojeada a lo que estábamos haciendo. Alto y flaco, parapetado tras unas gafas metálicas, daba la impresión de moverse dentro de una burbuja hecha a su medida,

desde la que mantenía escrupulosamente las distancias con respecto a todo y a todos, incluso a la guerra que se disponía a cargarse el planeta. Tanto en invierno como en verano, llevaba la misma camisa caqui con hombreras y dos grandes bolsillos laterales repletos de lápices. Jérôme sólo hablaba cuando le hacían preguntas, a las que contestaba invariablemente con una pizca de irritación. Su mujer lo había abandonado a los pocos años de nacer Lucette y aquello le había afectado enormemente. Ciertamente era que no negaba nada a Lucette, pero jamás lo vi tomarla en brazos y darle un abrazo. En el cine, en el que nos saturaba de películas mudas por capítulos, cualquiera hubiese jurado que desaparecía después de apagarse las luces. A ratos me asustaba, sobre todo desde que declaró con indiferencia a mi tío que era ateo. Yo no sabía por entonces que ese tipo de gente pudiese existir. Sólo tenía a creyentes a mi alrededor; mi tío era musulmán, Germaine, católica, nuestros vecinos, judíos o cristianos. Tanto en el colegio como en el barrio, Dios estaba en todas las bocas y todos los corazones, y me asombraba que Jérôme se las compusiera sin Él. Le oí decir a un evangelista que acudió para traerle la palabra de Dios: «Cada hombre es su propio dios. Al elegir a otro es cuando reniega de sí mismo y se vuelve ciego e injusto». El evangelista se lo quedó mirando como si fuera Satanás en persona.

El día de la Ascensión, nos llevó, a Lucette y a mí, a contemplar la ciudad desde lo alto del monte Murdjadjo. Subimos primero a visitar la fortaleza medieval antes de unirnos al contingente de peregrinos que gravitaban alrededor de la capilla de la Santa Cruz. Había cientos de mujeres, ancianos y niños atropellándose al pie de la Virgen. Algunos habían escalado descalzos las laderas de la montaña, agarrándose a la retama y a la maleza; otros de rodillas, rótulas sajudas y ensangrentadas. Toda esa gente iba girando bajo un sol de castigo, con los ojos en blanco y la cara exangüe, implorando a los santos patronos y suplicando al Señor que se apiadara de sus míseras existencias. Lucette me explicó que los fieles eran españoles que, todos los años en el día de la Ascensión, cumplían con esa penitencia para agradecer a la Virgen que librara al Viejo Orán de la epidemia de cólera que enlutó a miles de familias en 1849.

—Pero si se están haciendo un daño tremendo —dije impresionado por la amplitud del martirio.

—Lo hacen por Dios —me explicó Lucette con fervor.

—Dios no les ha pedido nada —zanjó Jérôme.

Su voz restalló como un latigazo, haciendo añicos mi entusiasmo. Ya no veía a peregrinos sino a condenados en trance, y jamás me ha parecido el infierno más cercano que aquel día de grandes oraciones. Me habían prevenido contra la

blasfemia desde que nació. No bastaba con proferirla para pagar por ello, el simple hecho de oírla era en sí mismo un pecado. Lucette se percató de mi malestar. La noté enojada con su padre, a pesar de lo cual me negué a responder a sus apuradas sonrisas. Quería volver a casa.

Tomamos el autobús para regresar a la ciudad. Las cerradas curvas de la carretera de cornisa que conducía al Viejo Orán aumentaron mi malestar. Cada zigzag incrementaba mis ganas de vomitar. Normalmente, a Lucette y a mí nos gustaba callejear por la Scalera, saborear una paella o un caldero en un chiringuito español, y comprar baratijas a los artesanos sefardíes en el Derb. Aquel día, no tenía ánimo para ello. La estatura de Jérôme arrojaba su sombra sobre mis preocupaciones. Temía que su «blasfemia» me atrajera alguna desgracia.

Tomamos el tranvía hasta la ciudad europea y seguimos a pie, directamente hasta nuestro barrio. Hacía buen tiempo. El sol oranés se superaba a sí mismo, a pesar de lo cual me sentía ajeno a las luces circundantes y a las ocurrencias de la gente. Por mucho que la mano de Lucette apretara la mía, no conseguía despejarme.

Y lo que temía se me vino encima como una calamidad: había gente en nuestra calle. Nuestros vecinos estaban agrupados a ambos lados de ella, cruzados de brazos, un dedo apoyado en la mejilla.

Jérôme interrogó con la mirada a un hombre vestido con calzón corto y apoyado en el marco de su puerta. Este, que estaba regando su jardín, cerró el grifo, soltó la manguera, se secó las manos en la parte delantera de su camiseta y separó los brazos en señal de ignorancia.

—Tiene que haber un error. La policía ha detenido al señor Mahi, el farmacéutico. Acaban de llevárselo en un furgón. Los polis no parecían estar de buenas.

A mi tío lo soltaron una semana después. Debió de esperar a la noche para regresar a casa. Bordeando las paredes. Con cara de abatimiento y mirada sombría. Unos pocos días de calabozo habían bastado para convertirlo en otro. Estaba irreconocible. Una barba incipiente acentuaba su arrugado semblante y añadía un toque espectral a su aspecto de extravío. Cualquiera hubiese dicho que lo habían tenido sin comer ni dormir día y noche.

El alivio de Germaine no duró más allá del reencuentro. No tardó en percatarse de que no le habían devuelto entero a su marido. Mi tío parecía embrutecido. Tardaba en entender lo que le decían, y daba un bote cada vez que Germaine le preguntaba si necesitaba algo. Por la noche, lo oía ir y venir por la habitación

masculando imprecaciones ininteligibles. A veces, mientras estaba en el jardín, yo alzaba los ojos hacia la ventana del primero y adivinaba su silueta tras las cortinas. Mi tío no paraba de vigilar la calle como si esperara la llegada de los demonios del infierno.

Germaine se hizo cargo de los asuntos familiares y atendió personalmente la farmacia. Desbordada de trabajo, no tardó en desatenderme. El estado mental de su marido empeoraba a ojos vista, y su categórica negativa a que lo examinara un médico la espantaba. A ratos se venía abajo y se ponía a llorar en pleno salón.

Jérôme se encargó de llevarme al colegio. Todas las mañanas, Lucette me esperaba en el umbral de nuestra puerta, entusiasmada, con sus trenzas adornadas con lazos. Me cogía la mano y me obligaba a correr para alcanzar a su padre calle abajo.

Yo pensaba que mi tío se recuperaría al cabo de unas semanas, pero iba de mal en peor. Permanecía encerrado en su habitación y se negaba a abrir cuando llamaban a la puerta. Era como si un espíritu maligno oficiara en casa. Germaine estaba desesperada. Yo no entendía nada. ¿Por qué habían detenido a mi tío? ¿Qué había ocurrido en la comisaría? ¿Por qué se empeñaba en no revelar nada sobre su estancia en la cárcel, ni siquiera a Germaine? Pero lo que los hogares se desviven por callar acaba pregonándose por los tejados: hombre de cultura, lector asiduo y atento a los conflictos que afectaban el mundo árabe, mi tío era intelectualmente solidario con la causa nacional que se estaba propagando en los ambientes cultos musulmanes. Se sabía de memoria los escritos de Chakib Arslane, y recortaba todos los artículos militantes publicados en la prensa; artículos que iba clasificando, anotando y comentando en interminables disertaciones. Enfrascado en la vertiente teórica de las convulsiones políticas, no parecía evaluar debidamente los riesgos de sus compromisos y sólo conocía de la militancia los bonitos discursos, la financiación de los talleres clandestinos, a la que contribuía, y las reuniones secretas que los responsables del movimiento organizaban en su casa. Nacionalista de corazón, más cercano a los preceptos que a la acción radical de los militantes del Partido Popular Argelino, ni por asomo se imaginó jamás cruzando el umbral de una comisaría o pasando la noche en una celda nauseabunda, con ratas y malhechores por compañía. En realidad, mi tío era un pacifista, un demócrata abstracto, un cerebral que creía en discursos, manifiestos y consignas, y era a la vez visceralmente opuesto a la violencia. Como ciudadano respetuoso con las leyes, consciente del rango social que le conferían sus diplomas universitarios y su condición de farmacéutico, lo último que podía esperarse era que la policía lo detuviera en su casa, cómodamente instalado en su sillón, con los pies sobre un puf

y la cabeza enfrascada en *El Ouma*, la revista de su partido.

Contaban en la calle que ya presentaba un aspecto lamentable antes de que lo introdujeran en el furgón policial, que confesó nada más empezar el interrogatorio y que había sido tan cooperativo que lo soltaron sin cargos; algo que él negó hasta el final de su vida. Perdió varias veces la razón al no soportar ser objeto de tamaña infamia.

Cuando recuperó algo de su lucidez, mi tío contó a Germaine su proyecto: de ningún modo debíamos permanecer en Orán, teníamos que cambiar imperativamente de horizonte.

—La policía quiere ponerme en contra de los míos —le confesó, descorazonado—. ¿Te das cuenta? ¿Cómo se les ha ocurrido pensar que podían convertirme en chivato? ¿Tengo pinta de traidor, Germaine? Por el amor de Dios, ¿cómo voy a ser capaz de vender a mis compañeros de causa?

Le explicó que a partir de ahora estaba fichado, sentenciado; que lo iban a tener muy vigilado y que, de ese modo, iba a poner en peligro a sus allegados y amigos.

—¿Sabes al menos dónde ir? —le preguntó Germaine afligida por tener que abandonar su ciudad natal.

—Nos instalaremos en Río Salado.

—¿Por qué Río Salado?

—Es un pueblo tranquilo. Estuve allí el otro día para valorar la posibilidad de abrir una farmacia. He visto una, en la planta baja de una casa grande...

—¿Vas a vender todo lo que tenemos en Orán? ¿Nuestra casa, la farmacia?

—No tenemos opción.

—O sea que no nos das la menor posibilidad de regresar adonde hemos soñado tanto...

—Lo siento.

—¿Y si las cosas se pusieran feas en Río Salado?

—Iríamos a Tlemcen, o a Sidi Bel-Abbès, o al Sahara. Este mundo de Dios es ancho, Germaine, ¿acaso lo has olvidado?

En alguna parte estaba escrito que tenía que partir, siempre partir, y dejar atrás parte de mí mismo.

Lucette estaba de pie ante la puerta de su casa, con las manos a la espalda, el hombro apoyado en la pared. No había querido creerme cuando le dije que nos

mudábamos. Ahora que el camión estaba allí, la notaba resentida.

No me atreví a cruzar la calle para decirle lo apenado que me sentía yo también. Me limité a mirar cómo los mozos de la mudanza colocaban nuestros muebles y arcones en el vehículo. Para mí era como si estuviesen deshuesando a mis dioses y a mis ángeles custodios.

Germaine me metió en la cabina. El camión soltó un bramido. Me asomé para ver a Lucette. Esperaba que moviera la mano, que me hiciera una leve señal de despedida; Lucette no hizo nada. No parecía darse cuenta de que me iba. O puede que se negara a admitirlo.

El camión arrancó y el conductor tapó a mi amiga. Torcí el cuello hasta casi descoyuntarme las vértebras en el intento de llevarme conmigo aunque sólo fuese una sonrisa, la prueba de que reconocía que yo no tenía culpa de nada, que me sentía tan infeliz como ella. En vano. La calle desfiló entre rugidos de chatarra, luego desapareció...

¡Adiós, Lucette!

Durante tiempo, creí que eran sus ojos los que me llenaban el alma de una tierna quietud. Hoy me doy cuenta de que no eran sus ojos, sino su mirada —una mirada dulce y buena—, tan precozmente maternal que, cuando se dirigía a mí...

Río Salado se encontraba a unos sesenta kilómetros al oeste de Orán. Jamás un viaje me había parecido tan largo. El camión renqueaba por la carretera como un viejo camello en las últimas. Le fallaba el motor cada vez que cambiaba de marcha. El conductor llevaba un pantalón manchado de lubricante ennegrecido y una camisa que había conocido mejores tiempos. Paticorto, ancho de hombros y con una jeta de luchador convaleciente, conducía en silencio agarrando el volante con sus manos velludas como tarántulas. Germaine permanecía callada, pegada a la portezuela, indiferente a las huertas que desfilaban a ambos lados de la cabina. Me di cuenta de que estaba rezando por como cruzaba sus dedos discretamente sobre el regazo.

Nos costó atravesar Misserghine por culpa de las carretas que atestaban la calzada. Era día de mercado y las amas de casa se afanaban alrededor de los tenderetes desde los que algunos beduinos, reconocibles por el turbante, se ofrecían como cargadores. Un agente del orden se pavoneaba por la plaza haciendo atrevidos remolinos con su porra. Saludaba obsequiosamente a las señoras, con la visera del quepis a la altura de las cejas, y luego se daba la vuelta para relamerse con su grupa.

—Me llamo Costa —dijo de pronto el conductor—. Coco para los amigos.

Echó una mirada zalamera a Germaine. Como esta le sonrió educadamente, se envalentonó.

—Soy griego.

De repente, se puso a contonearse en su asiento.

—Soy medio dueño de este camión. No lo parece, ¿eh? Pues es la verdad. Dentro de no mucho, seré mi propio patrón y ya no me moveré de mi mesa de despacho. Los dos chicos que van detrás, esos son italianos. Te descargan un paquebote en menos de un día. Ya eran mozos de mudanza en el vientre de su madre.

Le chisporrotearon los ojos tras sus párpados sebosos.

—¿Sabe usted que se parece a mi prima Melina, señora? Hace un rato, cuando llegué, creí que estaba alucinando. Es increíble lo que se le parece usted. Mismo pelo, mismo color de ojos, misma estatura. ¿No será usted de origen griego por un casual, señora?

—No, señor.

—Entonces, ¿de dónde es usted?

—De Orán. Cuarta generación.

—¡Guau! O sea que no sería extraño que un antepasado suyo cruzara la espada con el santo patrono de los árabes... Yo sólo llevo quince años en Argelia. Era marinero. Hicimos escala aquí. Conocí a Berta en un fondac. Y me dije «hasta aquí hemos llegado». Me casé con Berta y nos instalamos en la Scalera. Orán es muy bonita ciudad.

—Sí —dijo Germaine con tono lastimero—. Es una ciudad muy, muy bonita.

El conductor dio un volantazo para sortear una pareja de burros plantada en medio de la calzada. Los muebles crujieron ruidosamente en la parte trasera y ambos mozos soltaron unos cuantos tacos en su elástica jerigonza.

El conductor enderezó el camión y aceleró hasta casi reventar las duritas bajo el capó.

—Coco, a ver si vigilas la carretera en vez de tanto palique —le gritaron desde atrás.

El conductor asintió con la cabeza y se calló.

Volvieron a desfilar huertas. Naranjales y viñedos se hacían un hueco a codazos sobre las colinas y llanuras. Aquí y allá se veían magníficas granjas, las más de las veces sobre un promontorio para dominar el entorno, rodeadas de árboles majestuosos y jardines. Los caminos que conducían hasta ellas estaban jalonados por olivos o esbeltas palmeras. A veces, se veía a un colono regresar de sus sembrados a pie o a pleno galope de caballo hacia una ignota ventura. Luego, sin previo aviso, como para echar a perder la magia circundante, aparecían casuchas

entre las lomas, inconcebiblemente sórdidas, aplastadas por el peso de la miseria y de los sortilegios. Algunas se parapetaban tras murallas de chumberas, por pudor —apenas se distinguía su techumbre a punto de derrumbarse sobre su mundo—; otras se agarraban a las laderas rocosas, con su puerta repelente como una boca desdentada, y el adobe de sus paredes cual máscara mortuoria.

El conductor se volvió hacia Germaine y repitió:

—Es increíble lo que se parece usted a mi prima Melisa, señora.

SEGUNDA PARTE
Río Salado

He querido mucho Río Salado, Fulmen Salsum para los romanos; hoy El-Maleh. Además, no he dejado de quererlo, incapaz de imaginarme envejeciendo bajo otro cielo que no sea el suyo o muriendo lejos de sus fantasmas. Era un soberbio pueblo colonial de calles verdecidas y casas señoriales. La plaza, en la que se organizaban los bailes y por la que pasaban los conjuntos musicales más prestigiosos, estaba embaldosada hasta la misma entrada del ayuntamiento y rodeada por arrogantes palmeras unidas unas a otras por guirnaldas con farolillos. En dicha plaza habían actuado Aimé Barelli, Xavier Cugat con su famoso chihuahua en el bolsillo, Jacques Hélian, Pérez Prado, nombres y orquestas legendarias que Orán, con sus aires de grandeza y su condición de capital del Oeste, no se podía permitir. A Río Salado le gustaba dar el pego, desquitarse de los pronósticos que lo habían condenado a ser un perdedor absoluto. Esas casas solariegas que exhibía con total descaro en su avenida principal eran su manera de decir a los viajeros que transitaban por allí que la ostentación es una virtud cuando se trata de poner en su sitio las sentencias arbitrarias y de recontar las aflicciones padecidas para descolgar la luna. Fue en otro tiempo un territorio siniestrado, pasto de lagartos y pedruscos, por el que sólo se aventuraba algún que otro pastor una vez en su vida; un territorio de maleza y de ríos secos cuyos amos absolutos eran las hienas y los jabalíes; o sea, un territorio del que renegaban hombres y ángeles y que los peregrinos cruzaban a la carrera como si se tratara de un cementerio maldito. Hasta que unos pobres infelices y unos vagabundos que no tenían donde caerse muertos, en su mayoría españoles, echaron el ojo a esa comarca infecta que identificaban con su miseria. Se arremangaron la camisa y se empeñaron en domesticar las llanuras salvajes, y no arrancaban un lentisco como no fuera para sustituirlo por una cepa, no escarbaban un descampado como no fuera para deslindar una granja. Y Río Salado nació de aquella asombrosa apuesta al igual que florecen los cementerios.

Asentado entre sus viñedos y bodegas vinícolas —un centenar tenía—, Río Salado se dejaba catar como se hacía con sus caldos, acechando entre cosecha y cosecha la ebriedad de un nuevo amanecer. A pesar de un mes de enero tirando a fresco, con su cielo de clara batida, una permanente fragancia estival emanaba de su ser. La gente era laboriosa y animada y, al anochecer, se reunía en sus pequeñas tiendas en torno a una copa o a un suceso; sus carcajadas o enfados podían oírse a leguas a la redonda.

—Te va a gustar vivir en este pueblo —me prometió mi tío al recibirnos, a Germaine y a mí, en el umbral de nuestra nueva vivienda.

La mayoría de los habitantes de Río Salado eran españoles y judíos orgullosos de haber edificado con sus manos cada edificio y arrancado a esa tierra acribillada de madrigueras unos racimos de uva idóneos para emborrachar a los dioses olímpicos. Era gente agradable, espontánea e íntegra; les encantaba llamarse de lejos haciendo embudo con las manos alrededor de la boca. Daban la impresión de proceder de la misma hornada por lo mucho que parecían conocerse. Aquello no tenía nada que ver con Orán, donde se tenía la sensación de cambiar de época y de planeta al pasar de un barrio a otro. Río Salado rezumaba convivencia, alegre hasta detrás de las vidrieras de su iglesia situada a la derecha del ayuntamiento, un poco retranqueada para no indisponer a los juerguistas.

Mi tío tenía razón. Río Salado era un buen lugar para rehacer su vida. Nuestra casa daba al flanco este del pueblo, y tenía un jardín precioso y un balcón que se abría a un océano de viñas. Era una casa grande, amplia y bien ventilada, con una planta baja de techo alto reconvertida en farmacia con una misteriosa rebotica atestada de estanterías y de armarios empotrados ocultos. Una escalera de caracol conducía al piso superior y daba a un inmenso salón a cuyo alrededor se articulaban tres habitaciones grandes y un cuarto de baño cubierto de azulejos con una bañera de hierro posada sobre bronceíneas patas de león. Me sentí en mi elemento a partir del momento en que, apoyado en la balaustrada a pleno sol, se me quedó la mirada presa en el vuelo de una perdiz y a punto estuvo de no regresar.

Estaba deslumbrado. Nacido en pleno campo, recuperaba una de mis antiguas referencias: el olor de la labranza y el silencio de los cerros. Renacía en mi piel de campesino, comprobando feliz que mi ropa de ciudad no me había pervertido el alma. Si la ciudad era una ilusión, el campo sería una emoción cada vez mayor; cada nuevo día evoca el amanecer de la humanidad, cada noche llega como una paz definitiva. Amé Río de entrada. Era una tierra agraciada. Podía jurarse que dioses y titanes hallarían solaz en aquellos parajes. Todo parecía sosegado, libre ya de sus viejos demonios. Y de noche, cuando los chacales acudían a trastornar el sueño de los hombres, entraban ganas de seguirlos hasta el fondo de los bosques. A veces me daba por salir al balcón para intentar entrever sus siluetas furtivas entre el rizado follaje de los viñedos. Pasaba horas tendiendo el oído al menor murmullo y contemplando la luna, acariciándola con mis pestañas...

... Luego vino Émilie.

La primera vez que la vi, estaba sentada en la puerta cochera de nuestra farmacia, oculta bajo la capucha de su abrigo, triturando con sus dedos los cordones de sus botines. Era una niña preciosa con ojos timoratos de color carbón. De buena gana la habría tomado por un ángel caído del cielo si su carita, de una

palidez marmórea, no hubiese revelado la huella de una fea enfermedad.

—Hola —la saludé—. ¿Puedo ayudarte?

—Estoy esperando a mi padre —dijo, echándose a un lado para dejarme pasar.

—Puedes esperarlo dentro. Hace mucho frío en la calle.

Dijo que no con la cabeza.

Pocos días después, regresó escoltada por un coloso esculpido en un menhir. Era su padre. La confió a Germaine y esperó ante el mostrador, dentro de la farmacia, tieso e impenetrable como una baliza. Germaine se llevó a la niña a la rebotica y la devolvió a su padre a los pocos minutos. El hombre dejó un billete sobre el mostrador, cogió a la niña de la mano y ambos salieron a la calle.

—¿Qué le has hecho? —pregunté a Germaine.

—Le he puesto su inyección, como todos los miércoles.

—¿Es grave su enfermedad?

—Vaya Dios a saber.

El miércoles siguiente, me di prisa al salir de clase para verla. Allí estaba, dentro de la farmacia, sentada sobre una banqueta frente al mostrador atestado de tarros y cajetines. Hojeaba distraídamente un libro de tapa dura.

—¿Qué estás leyendo?

—Un libro ilustrado sobre Guadalupe.

—¿Qué es Guadalupe?

—Una gran isla francesa en el Caribe.

Me acerqué a ella, de puntillas para no incomodarla. Parecía tan frágil y vulnerable.

—Me llamo Younes.

—Yo Émilie.

—Cumpliré trece años dentro de tres semanas.

—Yo cumplí nueve en noviembre pasado.

—¿Sufres mucho?

—No demasiado, pero es molesto.

—¿Qué tienes?

—No lo sé. En el hospital no lo entienden. Los medicamentos que me han prescrito no sirven de nada.

Germaine acudió a buscarla para ponerle su inyección. Émilie dejó su libro ilustrado sobre la banqueta. Había un florero sobre la cómoda de al lado; cogí una rosa y la metí dentro del libro antes de subir a mi habitación.

Cuando regresé, se había ido.

El miércoles siguiente, Émilie no regresó para su inyección. Tampoco los

miércoles siguientes.

—Puede que la hayan hospitalizado —supuso Germaine.

Al cabo de unas semanas, como Émilie no había vuelto a dar señales de vida, perdí la esperanza de verla de nuevo.

Luego conocí a Isabelle, sobrina de Pepe Rucillio, la mayor fortuna de Río. Isabelle era una niña bonita con grandes ojos celestes y un pelo largo y liso que le llegaba hasta la cintura. ¡Pero qué sofisticada era, Dios mío! Vivía en las alturas. Sin embargo, cuando me ponía los ojos encima, se volvía muy menuda, y pobre de la imprudente que se me acercara. Isabelle me quería para sí sola. Sus padres, unos temibles vinateros, trabajaban para Pepe, que era en cierto modo el patriarca. Vivía en una gran casa no lejos del cementerio judío, en una calle por cuyas fachadas caían en cascada las buganvillas.

Isabelle no había heredado gran cosa de su madre, una francesa complicada — que al parecer procedía de una familia venida a menos y que no perdía una oportunidad de recordar a sus detractores que por sus venas corría sangre azul—, salvo quizás un gusto evidente por el orden y la disciplina; en cambio, era clavada a su padre, un catalán de piel bronceada, casi curtida. Tenía los pómulos pronunciados, una boca incisiva y la mirada aguda. De porte altivo y gesto soberano con sólo trece años, sabía exactamente lo que quería y cómo conseguirlo, cuidando de sus frecuentaciones con el mismo rigor que de la imagen que quería ofrecer de sí misma. Me contó que había sido dueña de un castillo en una vida anterior.

Fue ella la primera en verme en la plaza un día de festividad patronal. Se me acercó y me preguntó: «¿Es usted Jonas?». Hablaba de usted a todo el mundo, a mayores y a pequeños, y estaba empeñada en que se comportaran con ella del mismo modo... Prosiguió con firmeza sin esperar mi respuesta: «El jueves es mi cumpleaños. Está usted cordialmente invitado». Era difícil saber si se trataba de un ruego o una orden. El jueves, en un patio repleto de primos y primas, algo perdido entre tanto jaleo, Isabelle me agarró por el codo y me presentó a los suyos: «¡Es mi compañero preferido!».

A ella le debo mi primer beso. Nos encontrábamos en el salón grande de su casa, al fondo de una alcoba encajonada entre dos puertas vidrieras. Isabelle estaba tocando el piano, con la espalda muy tiesa y la barbilla recta. Sentado a su lado sobre la banqueta, contemplaba sus dedos alargados desplazarse como fuegos fatuos sobre el teclado. Tenía un gran talento. De repente, se detuvo y, con una delicadeza infinita, bajó la tapa del piano. Tras una breve tergiversación, o quizás una corta meditación, se volvió hacia mí, me cogió la cara con ambas manos y puso

sus labios sobre los míos cerrando los ojos con aire inspirado.

El beso me resultó interminable.

Isabelle reabrió los ojos antes de retirarse.

—¿Ha sentido usted algo, señor Jonas?

—No —le contesté.

—Yo tampoco. Es curioso, en el cine me ha parecido grandioso. Supongo que habrá que esperar a ser adultos para sentir algo de verdad. —Clavó sus ojos en los míos y decretó—: ¡Qué más da! Esperaremos el tiempo que haga falta.

Isabelle tenía la paciencia de quienes están convencidos de que el futuro les pertenece. Decía que yo era el chico más guapo del mundo, que seguro que había sido un príncipe encantado en otra vida, y que si me había elegido por novio, era porque *me lo merecía*.

No volvimos a besarnos, pero nos veíamos casi a diario para montar, al amparo del mal de ojo, proyectos faraónicos.

Y, de repente, sin previo aviso, nuestro amorío se acabó como por efecto de un sortilegio. Era un domingo por la mañana; me moría de aburrimiento en casa. Mi tío, que había vuelto a encerrarse en su habitación, se hacía el muerto, y Germaine había ido a misa. No paraba de dar vueltas, pasando sin entusiasmo de hacer solitarios a coger un libro. Hacía bueno. La primavera se anunciaba brillante. Las golondrinas se habían adelantado, y Río, famoso por sus flores, olía a jazmín por doquier.

Salí a dar una vuelta, con las manos a la espalda y la cabeza en otra parte. Sin darme cuenta, me vi frente a la casa de Rucillio. Llamé a Isabelle por la ventana, como de costumbre. Ella no bajó a abrirme. Tras haberme espiado largo rato por las persianas, abrió los postigos con un chasquido de enojo y me gritó:

—¡Mentiroso!

Por la sequedad de su tono y la incandescencia de su mirada, supe que estaba muy enfadada conmigo. Isabelle recurría siempre a ese tono y esa mirada cuando se disponía a abrir las hostilidades.

Como ignoraba lo que me reprochaba y no esperaba ser acogido con aquella sequedad, me quedé sin voz.

—No quiero volver a verte —me anunció solemnemente.

Era la primera vez que la oía tutear a alguien.

—¿Por qué? —me gritó, horripilada ante mi perplejidad—. ¿Por qué me has mentado?

—Jamás le he mentado.

—¿Que no? Te llamas Younes, ¿verdad? ¿You-nes?... Entonces, ¿por qué te

haces llamar Jonas?

—Todo el mundo me llama Jonas... ¿Qué cambia eso?

—¡Todo! —gritó casi ahogándose. Su rostro congestionado se estremecía de despecho—. ¡Lo cambia todo!...

Tras recuperar el aliento, me dijo tajantemente:

—No pertenecemos al mismo mundo, don *Younes*. Y no basta con tus ojos azules.

Antes de cerrar con un golpe seco los postigos de su ventana, hipó despectivamente y añadió:

—¿Has olvidado que soy una Rucillio? ¿Me imaginas casada con un árabe? ¡Antes muerta!

A una edad en que el despertar es tan doloroso como las primeras reglas en una chica, esto es algo que estigmatiza al rojo vivo. Estaba conmocionado, trastornado como si despertara de un sueño artificial. Ya no volvería a percibir las cosas de la misma manera. Algunos detalles, mitigados por la ingenuidad de la infancia hasta quedar ocultos, se vigorizan y arrastran a uno hacia abajo, lo acosan sin descanso, de modo que, cuando cierra con fuerza los párpados, resurgen con fuerza, tenaces y voraces, como si fueran remordimientos.

Isabelle me había sacado de una jaula dorada para tirarme al fondo de un pozo.

Seguro que Adán no se sintió tan extrañado como yo cuando se vio expulsado de su paraíso, y que la manzana de Eva no se le quedó tan atravesada como el coágulo que se me formó a mí en la garganta.

A partir de aquella llamada de atención, tuve mayor cuidado con dónde ponía los pies. Más que nada, me percaté de que no se veía flotar ninguna almalafa moruna por las calles de nuestro pueblo, que los andrajosos con turbante que trabajaban como bestias de sol a sol en las huertas ni siquiera se atrevían a acercarse a la periferia de un Río celosamente colonial, en el que sólo mi tío —a quien muchos tomaban por un turco de Tlemcen— había conseguido integrarse por algún que otro descuido.

Isabelle me dejó fulminado.

Nuestros caminos se cruzaron varias veces. Pasaba delante de mí sin verme, con la nariz más alta que un gancho de carnicero, como si jamás hubiese existido para ella. Y eso no fue todo. Isabelle tenía el defecto de imponer a los demás sus gustos y acritudes. Cuando no sentía aprecio por alguien, exigía que todo su círculo lo aborreciera. Por tanto, vi cómo se reducía mi espacio lúdico, cómo mis compañeros de clase me evitaban ostensiblemente... De hecho, fue para vengarla que Jean-Christophe Lamy me buscó las cosquillas en el patio del colegio y me dejó

la cara hecha un cromo.

Jean-Christophe me llevaba un año. Hijo de un matrimonio de porteros, su condición social no le permitía dárselas de nada, pero estaba locamente enamorado de la inexpugnable sobrina de Pepe Rucillio. Si me atizó con ganas, fue para demostrarle hasta qué punto la quería y lo que era capaz de hacer por ella.

El maestro se quedó horrorizado al verme la cara y me hizo subir al estrado para que le señalara al «salvaje» que me había dado esa paliza. Al no conseguir una confesión, me hizo polvo los dedos con su regla y me mandó al rincón, cara a la pared, hasta el final de la clase. No me dejó salir con los demás alumnos para intentar sonsacarme el nombre del bruto. Tras unas cuantas amenazas, comprendió que yo no iba a ceder y me dejó ir prometiendo contárselo a mis padres.

A Germaine por poco le dio un ataque al verme regresar del colegio con la cara hecha papilla. También quiso saber quién me había dejado así y sólo consiguió de mí un resignado mutismo. Decidió llevarme de vuelta al colegio inmediatamente para aclarar el asunto. Mi tío, que se iba marchitando en un rincón del salón, la disuadió: «No lo vas a llevar a ninguna parte. Ya va siendo hora de que aprenda a defenderse solo».

Unos días después, estaba paseando por las lindes de los viñedos cuando Jean-Christophe Lamy, así como Simon Benyamin y Fabrice Scamaroni, sus dos inseparables compinches, cortaron campo a través para interceptarme. No tenían pinta agresiva, pero me asusté. Nunca merodeaban por la zona, lo suyo era el bullicio de la plaza municipal y el griterío de los descampados donde jugaban al fútbol. Su presencia por aquel paraje me daba mala espina. Conocía un poco a Fabrice, que estaba en un curso superior al mío y al que siempre veía durante el recreo leyendo un libro con ilustraciones. Era un chaval tranquilo, aunque siempre dispuesto a servir de coartada al golfillo de Jean-Christophe. Tampoco podía descartarse que le echara una mano en caso de bronca. Jean-Christophe no necesitaba ayuda, era hábil golpeando y esquivando; como nadie lo había tumbado, yo no estaba seguro de que su compañero se abstuviera de intervenir si las cosas se ponían feas para él. En cuanto a Simon, no me inspiraba la menor confianza. Imprevisible, era capaz de dar un cabezazo sin previo aviso a un compañero para que cortara el rollo. Estaba en mi clase, y se dedicaba a hacer el payaso desde la última fila y a chincar a los empollones y a los alumnos demasiado tranquilos. Era uno de los escasos estudiantes calamitosos en protestar cuando el maestro les ponía una mala nota, y sentía una clara aversión por las chicas, sobre todo si eran bonitas y trabajadoras. Tuve que vérmelas con él nada más llegar al colegio. Reunió a todos los chicos malos a mi alrededor y se mofó abiertamente de mis rodillas desolladas,

de mi cara de «estúpida niñata» y de mis zapatos, sin embargo nuevos, que para él tenían algo de batracio. Como no reaccioné ante sus burlas, me trató de «cara bonita» y me ignoró.

Jean-Christophe llevaba un paquete debajo del brazo. No aparté la vista de su mirada, por si hacía alguna señal a sus compañeros. No se las daba de listo, como de costumbre, ni se le notaba esa tensión que le endurecía los rasgos cuando se disponía a zurrar a alguien.

—No queremos hacerte nada —me tranquilizó Fabrice de lejos.

Jean-Christophe se acercó a mí. Algo cortado. Se le veía confuso, incluso compungido, y sus hombros parecían cargar con un peso invisible.

Me tendió el paquete con humildad.

—Te pido perdón —me dijo.

Como dudaba en coger el paquete, temiéndome una broma, me lo colocó entre las manos.

—Es un caballo de madera. Para mí tiene un gran valor. Hoy, te lo regalo. Acéptalo si me perdonas.

Fabrice me animó con la mirada.

Cuando Jean-Christophe retiró la mano y comprobó que su regalo permanecía en la mía, me susurró:

—Y gracias por no haberme delatado.

Acabábamos de sellar, los cuatro, una de las amistades más bonitas que he tenido oportunidad de compartir.

Más adelante, me enteré de que había sido Isabelle, indignada por la desgraciada iniciativa de Jean-Christophe, quien le exigió que se excusara ante mí, y con testigos.

Nuestro primer verano en Río Salado empezó mal. El 3 de julio de 1940, el país quedó conmocionado por la operación Catapult, por la que la escuadra inglesa «Force H» bombardeó los buques de guerra franceses anclados en la rada de la base naval de Mers el-Kébir. Tres días después, sin darnos siquiera tiempo para evaluar la amplitud del desastre, los aviones de Su Majestad regresaron para rematar su trabajo de zapa.

El sobrino de Germaine, cocinero en el acorazado *Dunkerque*, se encontraba entre los mil doscientos noventa y siete marinos muertos en aquellas incursiones aéreas. Mi tío, cada vez más sumido en una especie de autismo crónico, se negó a acompañarnos a los funerales, de modo que Germaine y yo tuvimos que ir sin él.

Nos encontramos con Orán en estado de *shock*. Toda la ciudad estaba aglutinada en el paseo marítimo, pasmada ante aquella infernal agitación alrededor de la base en llamas. Algunos barcos y edificios llevaban ardiendo desde el primer ataque; sus negras humaredas asfixiaban la ciudad y ahogaban la montaña. La gente estaba horrorizada e indignada, tanto más cuanto los buques alcanzados estaban siendo desarmados en virtud del convenio de armisticio firmado dos semanas antes. La guerra, que no se pensaba que llegaría a las costas mediterráneas, se encontraba ya a las puertas de la ciudad. Tras el espanto y la emoción, el delirio. Las especulaciones se dispararon y dieron libre curso a las elucubraciones más alarmantes. Se empezó a hablar de incursión alemana, de operaciones con paracaídas llevadas a cabo en el interior del país, de desembarcos inminentes, de bombardeos masivos, esta vez contra la población civil, que harían caer Argelia en la tormenta abisal que estaba devolviendo a Europa a la edad de piedra.

Tenía prisa por volver a Río.

Tras los funerales, Germaine me dio algo de dinero y me permitió que fuera a Jenane Jato, acompañado por Bertrand, uno de sus sobrinos, que debía traerme sano y salvo de vuelta de la «expedición».

De entrada, Jenane Jato me pareció cambiado. Al extenderse, la ciudad había ido desplazando hacia Petit Lac las chabolas y los campamentos de nómadas. La maleza retrocedía ante el avance del cemento armado, y lo que habían sido grandes vertederos y peligrosas ratoneras a cielo abierto ahora eran obras públicas con su arsenal tentacular. Allá donde estuvo el zoco ahora emergían, entre matorrales, los muros de un cuartel militar o una cárcel civil. Los puntos de contratación estaban asediados por un gentío inextricable, y algunos de ellos se limitaban a una mesa coja sobre un montón de chatarra. Sin embargo, la miseria seguía allí, inmovible, plantando cara a todo, incluso a los proyectos municipales más entusiastas. Allí seguían las mismas siluetas cacoquímicas rozando las paredes, los mismos andrajosos pudriéndose entre sus cartones; los más deteriorados se plantaban ante unos chiringos hediondos para untar en su pan desnudo los olores de la cocina, con el rostro ceniciento, la mirada coagulada, ceñidos en sus albornoces como momias. Nos miraban pasar como si fuésemos el tiempo en persona, como si procediésemos de un mundo paralelo. Bertrand, que era aguerrido, apretaba el paso cada vez que nos apuntaba una mofa o una mirada torva se detenía en nuestra vestimenta. Se veía a algunos rumies yendo de aquí para allá, a musulmanes con atuendo europeo y el fez ladeado, pero en el aire flotaba la inexorable fermentación de tormentas venideras. De cuando en cuando, nos topábamos con algazaras que derivaban en peleas o se detenían de repente, dando paso a un incómodo silencio.

Había un malestar enorme, y las expectativas eran presa del desaliento. El cascabeleo de los aguadores pirueteando con su atavío multicolor salpicado de campanillas no alcanzaba a conjurar los insanos influjos.

Había mucho, demasiado sufrimiento...

A Jenane Jato lo abrumaba el peso de los sueños destrozados. Chavales entregados a sí mismos se bamboleaban a la sombra de sus mayores, ebrios de hambre y de insolación; eran dramas nacientes sueltos por el mundo, repelentes de suciedad y agresividad, que corrían descalzos a asirse de la caja de los camiones, haciendo eslalon con sus rudimentarias planchas con ruedas entre las carretas, risueños e inconscientes, flirteando con la muerte a merced del menor acelerón. Otros se agrupaban en torno a una pelota de trapo o a una pelea concertada; en sus tremendos juegos se producían arrebatos de exaltación vertiginosamente suicidas.

—Menuda diferencia con Río, ¿verdad? —me dijo Bertrand para darse ánimos.

Su sonrisa era inequívocamente forzada; chorreaba miedo por la cara como si se la acabara de enjuagar. Yo también estaba asustado, pero la bola que ardía en mis tripas se desvaneció cuando reconocí a Patapalo en la puerta de su tienda. El pobre diablo había adelgazado y envejecido un montón.

Al verme, frunció el ceño del mismo modo que cuando me vio en mi última visita, asombrado a la vez que maravillado.

—¿Por qué no me das la dirección de tu buena estrella, ojitos azules? —me soltó, apoyándose en un codo—. Si de verdad hay un dios, ¿por qué nunca se asoma por aquí?

—No blasfemes —apostilló el barbero, en quien no me había fijado por lo integrado que estaba con sus míseros trastos—. Puede que nos esté dando la espalda por culpa de tu asquerosa jeta.

En cuanto al barbero, no había cambiado. Salvo que un tajo le cruzaba la cara.

No se fijó en mí.

Jenane Jato se movía, pero ignoraba en qué dirección. Habían desaparecido las barracas de cinc emboscadas tras las hileras de azufaifos. En su lugar, en medio de un amplio espacio pelado y de color rojo oscuro, habían cavado unos hoyos enrejados. Se trataba de los cimientos de un puente grande que pronto pasaría por encima del ferrocarril. Detrás de nuestro patio, donde acababan de desmigajarse las ruinas de una centenaria caseta de peón caminero, empezaba a elevarse hacia el cielo una gigantesca fábrica, apuntalada en las empalizadas de su recinto.

Patapalo me señaló con el pulgar su tarro de caramelos.

—¿Quieres uno, chico?

—No, gracias.

Agazapado bajo un farol de gas antediluviano, con su barquillera terciada, un vendedor de barquillos chasqueaba sus especies de chapaletas metálicas. Nos ofreció sus gofres con forma de cucurucho; el fulgor de su mirada nos dio repelús.

Bertrand me empujó prudentemente delante de él. No había una cara alrededor, ni una sombra, que le resultara digna de confianza.

—Te espero fuera —me dijo cuando llegamos a la altura del patio—. Y, sobre todo, tómate el tiempo que necesites.

Frente al patio, donde en su día estuvo la pajarera de Ouari, ahora había una casa de obra con una tapia de piedra que corría por su costado izquierdo y seguía por el sendero que hacía las veces de calleja para acceder al descampado en el que unos pillos estuvieron una vez a punto de lincharme.

El recuerdo de Ouari me vino a la mente. Lo evoqué iniciándome en la caza del jilguero y me pregunté qué habría sido de él.

Badra arrugó el entrecejo al verme entrar en el patio. Estaba tendiendo la ropa, con el vestido recogido y sujeto por la soga abigarrada que usaba a modo de cinturón, enseñando las piernas hasta el nacimiento de los muslos. Se llevó las manos a sus anchísimas caderas y separó las piernas como haría un policía cerrando el paso a un edificio.

—¡Ahora recuerdas que tienes una familia!

Badra estaba metamorfoseada. Se le había reblandecido la obesidad y el rostro, antaño voluntarioso, se le había derretido hasta la barbilla. Ya no era sino un amasijo de flacidez, sin vigor ni relieve.

No supe si me estaba pinchando o increpando.

—Tu madre ha salido con tu hermana —me informó, señalándome la puerta cerrada de nuestro cuchitril—. Pero no tardará en regresar.

Apartó con el pie el barreño lleno de agua de la colada para liberar un taburete y empujarlo hacia mí.

—Siéntate —me indicó—. Todos los hijos sois iguales. Os damos de mamar hasta quedarnos secas, y una vez que habéis aprendido a manteneros en pie, desaparecéis y nos dejáis a dos velas. Al igual que vuestros padres, os largáis de puntillas sin importaros un bledo qué será de nosotras.

Me dio la espalda para colgar su ropa. Sólo veía sus hombros caídos moviéndose pesadamente. Se detuvo para sonarse o limpiarse una lágrima, meneó la cabeza y siguió tendiendo la ropa escurrida en una vieja cuerda de cáñamo que cruzaba el patio de punta a punta.

—Tu mamá no se encuentra bien —me dijo—. Nada bien. Estoy segura de que le ha ocurrido una desgracia a tu padre, pero ella se niega a aceptarlo. Es cierto que

hay muchos hombres que abandonan a su familia para establecerse en otra parte y rehacer su vida, pero eso no es todo. Hoy en día las agresiones son el pan de cada día. Para mí que a tu pobre padre se lo han cargado en alguna parte y lo han tirado por un barranco. Tu padre era buena gente. No era su estilo abandonar a sus hijos. Seguro que se lo han cargado. Como a mi pobre marido. Muerto por tres *soldies*, tres míseros céntimos. En plena calle. ¡Zas! Una cuchillada en el costado. Una sola bastó para que todo se detuviera. Todo. ¿Cómo se puede morir tan fácilmente cuando se tiene una porrada de bocas que alimentar? ¿Cómo puede uno dejarse engañar por un chaval apenas más alto que un espárrago...?

Badra hablaba y hablaba... sin recobrar el aliento. Era como si la caja de Pandora se hubiese abierto de repente dentro de ella. Hablaba como si ya no pudiese hacer otra cosa, saltaba sin transición de un drama a otro, esbozando un gesto de hastío, o bien callándose de pronto. Yo veía sus hombros vibrar tras la primera cuerda de ropa tendida, sus pantorrillas desnudas y, a ratos, sus michelines deformes por entre la ropa. Me informó de que Bliss el comisionista había echado del patio a la bella Hadda, con sus dos mocosos a cuestas y un simple hatillo al hombro; me contó cómo, una noche de tormenta, tras una brutal paliza del borracho de su marido, la infeliz Yezza se tiró al pozo para acabar con todo; Batoul la vidente había sonsacado a los infelices que acudían a su consulta lo bastante como para comprarse un baño público y una casa en el *Village nègre*; la nueva inquilina, procedente de vaya uno a saber qué infierno, abría su puerta a los depravados cuando todos los postigos estaban cerrados; y ahora que no quedaban hombres en el patio, Bliss no paraba de hacerse el chulo.

Cuando acabó, vació el barreño en el desagadero, se soltó el pico del vestido que tenía recogido en la cintura y regresó a su casa. Siguió tronando e indignándose desde su ratonera hasta el regreso de mi madre.

No se sorprendió al verme sentado sobre el taburete en el patio. Le costó reconocerme. Cuando me levanté para abrazarla, retrocedió levemente. Sólo cuando me acurruqué con fuerza contra ella consintieron sus brazos en arroparme tras quedarse flotando en el vacío.

—¿Por qué has regresado? —me preguntaba una y otra vez.

Saqué el dinero que me había dado Germaine para ella y no me dio tiempo a tendérselo. La mano de mi madre salió disparada como el rayo y eclipsó los billetes con la rapidez de un prestidigitador. Me metió dentro de nuestro cuchitril y, ya segura, volvió a sacar el dinero de su regazo para asegurarse de que no estaba soñando. Me avergonzaba su febrilidad, su pelo hirsuto por el que, con toda evidencia, no se había pasado un peine desde hacía lustros; me avergonzaba su

almalafa raída que colgaba de sus hombros endeblés como si fuera una cortina vieja, el hambre y los padecimientos que la desfiguraban, a ella que fue bella como el alba.

—Es mucho dinero —me dijo—. ¿Te lo ha dado tu tío para mí?

Mentí por temor a una reacción impropia como las de mi padre.

—Son mis ahorros.

—¿Trabajas?

—Sí.

—¿Ya no vas al colegio?

—Sí.

—No quiero que dejes el colegio. Quiero que seas un sabio, que vivas tranquilo durante toda tu vida. ¿Te has enterado? No quiero que tus hijos tengan que malvivir como cachorros. —Sus ojos chispearon cuando me agarró por los hombros—. Prométemelo, Younes, prométeme que tendrás tantos diplomas como tu tío, y una casa de verdad, y un oficio respetable.

Sus dedos se me clavaban con tanta fuerza en la carne que me trituraron los huesos.

—Te lo prometo. ¿Dónde está Zahra?

Dio un paso atrás, a la defensiva, luego recordó que yo sólo era su hijo y no una vecina envidiosa y malvada, y me susurró al oído:

—Está aprendiendo un oficio: será pantalonera. La he llevado a una costurera de la ciudad europea. Quiero que ella también llegue a ser algo.

—¿Está curada?

—No estaba enferma. No estaba loca. Sólo es sordomuda. Pero la costurera me ha dicho que comprende y aprende rápido. Esa costurera es una buena mujer. Trabajo en su casa tres veces por semana. Hago la limpieza. Qué más da hacerla aquí o en casa de otra gente. Además, hay que seguir adelante.

—¿Por qué no vienes a vivir con nosotros a Río Salado?

—No —gritó como si acabara de proferir una obscenidad—. No me moveré de aquí hasta que haya regresado tu padre. Imagina que volviera y no nos encontrara donde nos dejó. ¿Cómo nos iba a encontrar? No tenemos familia ni amigos en esta ciudad malvada. Además, ¿dónde está Río Salado? A tu padre no se le ocurriría pensar que nos hemos ido de Orán. No, me quedaré en este patio hasta que regrese.

—Puede que haya muerto...

Su mano me agarró por el cuello y me golpeó la cabeza contra la pared que tenía a mi espalda.

—¡Pobre loco! ¿Cómo te atreves? Batoul la vidente ha sido muy clara. Lo ha

leído varias veces en las líneas de mi mano y en los rayados del agua. Tu padre está vivo y coleando. Está enriqueciéndose y vendrá a buscarnos cuando sea rico. Tendremos una casa bonita, con una escalinata y un huerto, además de un garaje para el coche, y nos resarcirá de las miserias de ayer y hoy. Vaya uno a saber. Puede que regresemos a nuestra tierra y recuperemos palmo a palmo todas las alegrías que nos obligaron a hipotecar.

 Mi madre hablaba con rapidez. Hablaba muy, muy rápido. Con voz temblona. Y un extraño chisporroteo en los ojos. Sus enfebrecidas manos dibujaban en el aire inmensas ilusiones. De haber sabido que era la última vez que me hablaba en la vida, me habría creído todas sus quimeras y habría permanecido a su lado. Pero ¿cómo iba yo a saberlo?

 Fue nuevamente ella quien me acució para que me fuera y volviera sin tardanza junto a mis padres adoptivos.

Nos llamaban las puntas de la horquilla.

Éramos inseparables.

Estaba Jean-Christophe Lamy, ya un gigante con dieciséis años. Como era el mayor, era el jefe. Rubio como una paca de heno, con esa sonrisa de ligón empedernido, la mayoría de las chicas de Río Salado fantaseaban con él. Pero desde que Isabelle Rucillio accedió a aceptarlo provisionalmente como «novio», se comportaba.

Estaba Fabrice Scamaroni, dos meses menor que yo, un chaval sublime, que tenía el corazón en la mano y la cabeza en las nubes; ambicionaba convertirse en novelista. Su madre, una joven viuda un tanto informal, poseía boutiques en Río y en Orán. Vivía su vida como le parecía y era la única mujer de la comarca que conducía un coche. Las malas lenguas se ensañaban con ella a más no poder; a la señora Scamaroni le importaba un bledo. Era guapa. Rica. Independiente. ¿Qué más podía pedir? En verano, nos apretujaba a los cuatro en el asiento trasero de su cochazo de seis cilindros y quince caballos y nos llevaba a la playa de Terga. Después de bañarnos, improvisaba una barbacoa y nos atiborraba de aceitunas negras, de pinchitos de cordero y de sardinas al espeto.

Y luego estaba Simon Benyamin, judío autóctono, como yo de quince años; paticorto, tripudo, incluso regordete, y más malo que la tiña. Era un gracioso, algo desengañado tras sus fracasos amorosos, pero afectuoso cuando se dignaba serlo. Soñaba con dedicarse al teatro o al cine. Su familia no estaba muy bien vista en Río. Su padre tenía mal fario: negocio que montaba, negocio que se estrellaba, de modo que debía dinero a todo el mundo, incluso a los temporeros.

Simon y yo íbamos casi siempre juntos. Vivíamos a un tiro de piedra el uno del otro, y pasaba a diario a recogerme antes de reunimos con Jean-Christophe en la colina. Esta era nuestro cuartel. Nos gustaba citarnos debajo del olivo centenario que remataba su cumbre y ver cómo Río espejeaba por el calor a nuestros pies. Fabrice era el último en unirse a nosotros, con un capacho lleno de bocadillos de salchichón kasher, de guindillas a la vinagreta y de fruta de temporada. Allí nos quedábamos hasta avanzada la noche, ideando proyectos improbables y escuchando a Jean-Christophe contarnos con todo detalle las faenas que no paraba de hacerle Isabelle Rucillio. En cuanto a Fabrice, nos embriagaba con sus poemas y su prosa diarreica, alineando vocablos que era el único capaz de encontrar en el diccionario.

A veces, según nos daba, tolerábamos la intrusión de otros camaradas, especialmente los primos Sosa: José, el pariente pobre del clan, que compartía un

cuarto de criada con su madre y que se alimentaba a todas horas de gazpacho, y André, llamado Dédé, digno hijo de su padre, el inflexible Jaime Jiménez Sosa, propietario de una de las granjas más importantes del país. André era el típico tirano, muy duro con sus empleados aunque cariñoso con los amigos. Como niño mimado que era, soltaba a menudo burradas cuyo alcance no medía. Nunca se lo tuve en cuenta, a pesar de las palabras hirientes que soltaba contra los *árabes*. Conmigo era más bien comedido. Me invitaba a su casa tantas veces como a sus demás amigos, sin hacer distinciones, aunque no se cortaba al meterse con los árabes en mi presencia, como si fuera algo normal. Su padre hacía y deshacía en su feudo, donde tenía agrupadas, como si fuera ganado, a las incontables familias musulmanas que apencaban por él. Con el casco colonial ajustado a la cabeza, la fusta golpeando la caña de la bota de montar, Jaime Jiménez Sosa, cuarta generación del apellido, era el primero en levantarse y el último en acostarse; hacía trabajar a sus «esclavos» hasta la inanición, y ¡ay del que fingiera! La veneración que profesaba a sus viñedos era absoluta y consideraba toda intrusión en sus propiedades como una profanación. Se decía que mató a una cabra que se había atrevido a mordisquear sus cepas, y que disparó contra la atolondrada pastora que intentaba recuperarla.

Así eran aquellos tiempos.

En lo que a mí se refería, el destino seguía su curso. Me iba haciendo hombre: había crecido unos treinta centímetros y empezaba a notar una cierta pelusa bajo mi lengua cuando me relamía.

El verano de 1942 nos pilló en la playa, tostándonos al sol. El mar estaba espléndido y el horizonte tan claro que podían verse las islas Habibas. Fabrice y yo estábamos cómodamente tumbados bajo la sombrilla mientras que Simon, orgulloso de su grotesco *short*, divertía a los allí presentes zambulléndose a lo loco en el agua. Esperaba que así se fijara en él alguna chica, pero sus gritos de apache espantaban a los críos e irritaban a las señoras mayores tendidas sobre sus tumbonas. En cuanto a Jean-Christophe, iba y venía por la playa contoneándose, metiendo la tripa y sacando pecho, las manos en la cadera para destacar la «V» de su espalda. Cerca de nosotros, los primos Sosa habían plantado una tienda. A André le encantaba exhibirse. Cuando los demás traían sillas plegables, él se traía una tienda de campaña; si los demás hacían lo mismo, él montaba un caravasar. A sus dieciocho años, disponía de dos coches, uno de ellos descapotable, con el que le gustaba vacilar en Orán, eso cuando no atravesaba Río haciendo rugir el motor en plena hora de la siesta. Aquel día, no tuvo otra ocurrencia que maltratar a Jelloul, su factótum. Lo mandó tres veces al pueblo bajo un sol de castigo. La primera para que

le comprara cigarrillos; la segunda, cerillas; la tercera porque el señorito había pedido Bastos y no la marca La Pava. Había un trecho hasta el pueblo. El pobre Jelloul se estaba derritiendo como un cubito de hielo.

Fabrice y yo seguimos todo aquel tejemaneje desde el principio. André intuía que su manera de tratar a su sirviente nos molestaba y se regodeaba fastidiándonos. Apenas regresó Jelloul, lo mandó por cuarta vez al pueblo para que le trajera un abrelatas. El factótum, un adolescente enclenque, se dio estoicamente la vuelta y volvió a subir la cuesta incandescente a aquella hora de la tarde.

—Dale un respiro, Dédé —protestó su primo José.

—Es la única manera de tenerlo despierto —contestó André, cruzando las manos detrás de la nuca—. Si le das cuartel un rato, lo tendrás roncando al minuto.

—Estamos al menos a 37 grados —intervino Fabrice—. El pobre diablo es de carne y hueso como tú y yo. Va a pillar una insolación.

José se levantó y se dispuso a llamar a Jelloul. André lo agarró por la muñeca y lo obligó a sentarse.

—No te metas, José. Tú no tienes sirvientes y no sabes de qué va esto. Los árabes son como los pulpos: hay que apalearlos para ablandarlos. —Al caer en la cuenta de que yo era uno de ellos, rectificó—. Bueno... algunos árabes.

Y percatándose de la intolerable abyección de sus palabras, dio un bote y corrió a zambullirse en el mar.

Nos quedamos mirando cómo nadaba, dejando una estela de revoltosa espuma tras de sí. En la tienda todos se sentían molestos. A José le costaba contener su indignación; su mandíbula rumiaba con furia. Fabrice cerró el libro que estaba leyendo y me miró con severidad.

—Debiste cerrarle el pico, Jonas.

—¿A santo de qué? —pregunté con cara de asco.

—De los árabes. Sus palabras me resultan inadmisibles y esperaba que lo pusieras en su sitio.

—Él ya está en su sitio, Fabrice. Soy yo quien ignoro cuál es el mío.

Tras lo cual recogí mi toalla y fui hasta la carretera, donde apunté el pulgar hacia Río. Fabrice acudió detrás de mí. Intentó disuadirme de que regresara tan temprano. Yo estaba asqueado, y la playa me pareció de repente tan inhóspita como una isla salvaje. Fue en aquel momento cuando un avión cuatrimotor dio al traste con la tranquilidad de los bañistas al rozar la colina. Le salía humo por un costado.

—Está ardiendo —gritó José con espanto—. Se va a estrellar...

El avión siniestrado desapareció tras las cumbres. Todo el mundo permanecía de pie en la playa, haciendo visera con la mano. Esperaban una deflagración, o una

nube de fuego que indicara dónde había caído. Nada. El avión prosiguió su deriva con los motores traqueando, pero no se estrelló, para alivio general.

¿Sería un mal presagio?

A los pocos meses, el 7 de noviembre, cuando ya atardecía en la playa solitaria, del horizonte emergieron unas sombras monstruosas. Acababa de iniciarse el desembarco en las costas oranesas.

—Sólo han pegado tres disparos —tronaba Pepe Rucillio de pie en la plaza municipal, y eso que apenas se dejaba ver en público—. ¿Adónde ha ido a parar nuestro valiente ejército?

En Río Salado, la noticia del desembarco cayó como el granizo sobre los viñedos. Todos los hombres del pueblo se habían citado en la escalinata del ayuntamiento. En los rostros se apreciaba incredulidad y cólera. Los más asustados estaban sentados en el bordillo de la acera y daban palmadas de desesperación. El alcalde había regresado a la carrera a su despacho, y sus colaboradores más cercanos aseguraban que estaba en contacto telefónico permanente con las autoridades militares de la guarnición de Orán.

—Los norteamericanos nos han tomado el pelo —soltó airado el ricachón de la comarca—. Mientras nuestros soldados esperaban en los búnkeres, los barcos enemigos rodearon nuestras líneas de defensa por la montaña de los Leones y desembarcaron en las playas de Arzew sin dificultad. Luego se abrieron paso hasta Tlélat sin toparse con bicho viviente, y de ahí fueron directamente a Orán desde el interior. Los norteamericanos estaban desfilando por el bulevar Mascara mientras los nuestros los seguían acechando desde los acantilados. ¡Y ni la menor escaramuza! El enemigo ha entrado en Orán como Pedro por su casa... ¿Y ahora qué va a ser de nosotros?

Las noticias y comentarios se fueron confirmando y desmintiendo a velocidad de vértigo a lo largo del día. La noche cayó sin que nadie se percatara de ello, y muchos no regresaron a sus hogares hasta el amanecer, desnortados. Algunos hasta juraron haber oído tanques rugiendo entre los viñedos.

—¿Cómo se te ha ocurrido permanecer en la calle hasta esas horas? —me sermoneó Germaine al tiempo que me abría la puerta—. Estaba muy preocupada. ¿Dónde te habías metido? El país está asolado, y tú callejeando.

Mi tío había salido de su habitación. Estaba en el salón sentado en un sillón, y no sabía qué hacer con sus dedos.

—¿Es cierto que han desembarcado los alemanes? —me preguntó.

—Los alemanes no, los norteamericanos...

Frunció el ceño.

—¿Por qué los norteamericanos? ¿Qué se les ha perdido aquí?

Se levantó de un bote, encogió la nariz con un desprecio inconmensurable y dijo a voz en grito:

—Me voy a mi habitación. Cuando estén aquí, decidles que no los quiero ver y que por mí le pueden pegar fuego a la casa.

Nadie vino a pegar fuego a nuestra casa, y ninguna incursión aérea perturbó la quietud de nuestros campos. Sólo en una ocasión fueron vistos en Bouhdjar, un pueblo vecino, dos motoristas que se habían equivocado de carretera. Regresaron por el mismo camino tras haber dado unas vueltas. Algunos hablaron de soldados alemanes, otros de patrulla americana; como ni un solo especulador había visto de cerca ambos ejércitos enemigos, se dio por cerrado el asunto y cada cual regresó a su tarea.

André Sosa fue el primero en ir a Orán.

Regresó completamente trastornado.

—Esos norteamericanos lo compran todo —declaró—. Haya o no guerra, se comportan como turistas. Están en todas partes: en los bares, en los prostíbulos, en los barrios judíos y hasta en el *Village nègre*, a pesar de la prohibición de sus superiores. Les interesa todo: alfombras, esterillas, chechias, albornoces, telas pintadas, y sin regateos. He visto a uno soltar la pasta para sacarle a un veterano del ejército colonial una vieja bayoneta oxidada de la Primera Guerra Mundial.

Se sacó, a modo de argumento, un billete del bolsillo trasero de su pantalón y lo extendió sobre la mesa.

—Fijaos cómo tratan su moneda. Es un billete de cien dólares. ¿Habéis visto alguna vez un billete francés tan garabateado? Son firmas. Es una tontería, pero también el pasatiempo favorito de estos americanos. Lo llaman *Short Snorter*. Puedes añadir billetes de países distintos. Algunos tienen fajos enteros de billetes así. No para enriquecerse sino sólo para coleccionarlos. ¿Veis estos dos autógrafos? Son de Laurel y Hardy. Os juro que es verdad. Y este es de Errol Flynn, nuestro Zorro planetario... Joe me lo regaló a cambio de una caja de vinos de los nuestros.

Recogió su billete, se lo volvió a meter en el bolsillo y, frotándose las manos, prometió regresar a Orán antes del fin de semana para hacer negocios con los militares norteamericanos.

Cuando la desconfianza se redujo y se vio que los norteamericanos no habían venido como conquistadores sino como salvadores, otra gente de Río fue a Orán

para ver cómo iba la cosa. Los últimos focos de tensión se fueron aplacando y cada vez había menos vigilancia en torno a las granjas y las casas.

André estaba sobreexcitado. Cogía a diario el coche y ponía rumbo a nuevos trueques. Después de cada gira por los restaurantes de oficiales, regresaba con su botín para impresionarnos. También nosotros teníamos que ir a Orán para comprobar con nuestros ojos la veracidad de los chismes que corrían por el pueblo sobre esos famosos yanquis. Jean-Christophe insistió ante Fabrice, y este ante su madre para que nos llevara a Orán. La señora Scamaroni se resistió pero acabó cediendo.

Salimos al amanecer. El sol apenas empezaba a despuntar cuando llegamos a Misserghine. Junto a la carretera surcada por *jeeps* nerviosos, unos soldados desaliñados se aseaban en pleno campo, con el pecho descubierto y cantando a voz en grito; había camiones averiados en el arcén, con el capó levantado, rodeados por mecánicos indolentes; unos convoyes esperaban a las puertas de la ciudad. Orán había cambiado. El fervor guerrero que se había apoderado de sus barrios le daba una apariencia de ferial. André no había exagerado; los norteamericanos pululaban por doquier, tanto en los bulevares como en las zonas de obras, paseando sus *half-tracks* entre dromedarios y carretas, desplegando sus unidades cerca de los aduares de nómadas, saturando la atmósfera de polvo y barullo. Sus oficiales, relajados a bordo de sus minúsculos *jeeps*, se abrían paso entre el gentío a bocinazo limpio. Otros, maqueados como dioses, se solazaban en las terrazas en buena compañía mientras un fonógrafo difundía música de Dina Shore. Orán estaba en la onda americana. El Tío Sam no se había limitado a desembarcar sus tropas, también se había traído su cultura: paquetes de raciones con leche concentrada, barras de chocolate y carne en conserva; chicles, Coca-Cola, caramelos Kindy, queso rojo, tabaco rubio, pan de molde. Los bares se iniciaban en la música yankee, y los *yaouled*, niños limpiabotas reconvertidos en vendedores de prensa, corrían de la plaza pública a la parada de tranvía voceando *Stars and Stripes* en un idioma indescifrable. Sobre las aceras crujían, hojeadas por el viento, revistas y semanarios como *Esquire*, *New Yorker* y *Life*. Los aficionados al cine de Hollywood ya habían empezado a identificarse con sus actores fetiches adoptando sus maneras y torciendo la boca a un lado; y los comerciantes, a mentir sin rubor en inglés sobre los precios...

De repente, Río Salado nos pareció insignificante. Orán acababa de hacerse con nuestra alma. Su ajeteo vibraba en nuestras venas, su desparpajo nos revigorizaba. Nos sentíamos ebrios, literalmente embalados por la vitalidad de las avenidas, con sus negocios rutilantes y sus bares abarrotados. Las calesas, los coches, los tranvías

que caracoleaban hacia todas partes nos aturdían, y las chicas de hechizante zancada, descaradas sin ser frívolas, revoloteaban a nuestro alrededor como si fueran huríes.

No era cosa de regresar a Río aquella noche. La señora Scamaroni volvería sola al pueblo. Nos dejó las llaves de un cuarto encima de una de sus tiendas, en el bulevar de los Cazadores, y nos hizo jurar que no cometeríamos tonterías durante su ausencia. Tomamos la ciudad por asalto apenas su coche desapareció a la vuelta de la esquina. Tomamos la plaza de Armas, con su teatro de estilo rococó y su ayuntamiento flanqueado por dos leones de bronce hieráticos y colosales; el paseo del Estanque; la plaza de la Bastilla; el pasaje Clauzel, donde se citaban los amores en ciernes; los quioscos de helados donde servían las limonadas más refrescantes del mundo; los cines fastuosos y los grandes almacenes Darmon... Orán lo tenía todo: encanto y audacia. Se lo pasaba en grande, convirtiendo una ocurrencia en un clamor y una curda en un motivo de alborozo. Generosa y espontánea, no se le habría ocurrido tener un motivo de alegría y no compartirlo. Orán detestaba todo lo que no la divertía. Los semblantes descompuestos ofendían su orgullo, los aguafiestas le chafaban el humor; no soportaba que una nube le restara campechanía. Ambicionaba buenaventura en cada esquina y kermés en cada explanada, y el himno a la vida florecía hasta donde llegaba su voz. Para ella, la jovialidad era cosa de mentalidad, una regla fundamental, la condición sin la cual todo en este mundo se echaría a perder. Bella, coqueta, consciente de la fascinación que ejercía en los extranjeros, se iba aburguesando a hurtadillas, sin aspavientos, convencida de que ninguna borrasca —ni siquiera la guerra que la estaba salpicando— sería capaz de frenar su desarrollo. Nacida de una necesidad de seducir, Orán era ante todo *el faroleo*. La llamaban «la ciudad americana», y es que se acoplaba a todas las fantasías que le echaran. Erguida sobre su acantilado, miraba el mar con fingida languidez, al igual que una bella cautiva acechando desde su torre a su príncipe encantado. Y eso que Orán no creía demasiado en el mar ni en los príncipes encantados. Miraba el mar sólo para mantenerlo a distancia. Llevaba en sí la felicidad y todo le salía bien.

Nos tenía hechizados.

—¡Eh, catetos! —nos gritó André Sosa.

Estaba sentado en la terraza de una heladería con un soldado norteamericano. Por sus gestos exagerados nos dimos cuenta de que pretendía impresionarnos. Iba de guapo, con el pelo peinado hacia atrás y pegado a las sienes por una gruesa capa de brillantina, los zapatos recién cepillados y las gafas de sol cubriéndole media

cara.

—Uníos a nosotros —nos dijo, levantándose para traer más sillas—. Aquí hacen el mejor chocolate malteado y los caracoles con salsa picante más deliciosos.

El soldado se movió para hacernos sitio y se dejó rodear confiadamente.

—Es mi amigo Joe —dijo André, encantado de presentarnos a su yanqui, al que iba exhibiendo por todas partes como si fuera una pieza de museo—. Nuestro primo de América. Viene de un poblacho muy parecido al nuestro. Salt Lake City, que significa Lago Salado. Como nosotros, Salt River, Río Salado.

Y echó la cabeza hacia atrás forzando una risotada, en exceso complacido por su «descubrimiento».

—¿Habla francés? —le preguntó Jean-Christophe.

—Vagamente. Joe dice que su bisabuela era una francesa de la Alta Saboya, pero nunca ha practicado nuestra lengua. Ha aprendido de oídas desde que está en el norte de África. Joe es cabo. Ha estado en todos los frentes.

Joe asentía con la cabeza para subrayar las palabras entusiásticas de su amigo, divertido por el meneo admirativo de nuestras cejas. Nos dio la mano a los cuatro a la vez que André nos presentaba como sus mejores amigos, además de los sementales más guapos de Salt River. A pesar de sus treinta años y de las secuelas de las batallas, Joe conservaba un rostro juvenil con labios y pómulos demasiado finos para un grandullón como él. Su mirada vivaz, aunque de escasa agudeza, le daba un aspecto de simplón cuando sonreía de oreja a oreja; y sonreía cada vez que lo miraban.

—Joe tiene un problema —nos anunció André.

—¿Ha desertado? —preguntó Fabrice.

—Joe no es un cagón. Lo suyo es dar leña, lo que le pasa es que lleva seis meses sin echar un polvo y tiene los testículos tan llenos de leche que le cuesta dar un paso.

—¿Por qué? —preguntó Simon—. ¿Ya no les reparten jabón en el regimiento?

—No es eso —dijo André dando una cordial palmada a la muñeca del cabo—. Lo que quiere Joe es una auténtica cama, con lámparas rojas a ambos lados de la cama y una hembra rellenita que sepa decirle guarradas al oído.

Soltamos una carcajada, y Joe hizo otro tanto mientras asentía reiteradamente con la cabeza. La risa le dividía la cara en dos.

—Así que he decidido llevarlo a un picadero —declaró André, abriendo los brazos en señal de generosidad extrema.

—No te dejarán entrar —le advirtió Jean-Christophe.

—¿Quién se va a atrever a impedir que André Jiménez Sosa vaya adonde quiera? En el Camelia poco les faltó para recibirme con alfombra roja. La

encargada es una amiga. La he untado tanto que se derrite como la mantequilla cada vez que me ve. Voy a llevar allí a mi amigo Joe, y vamos a pastar en los toisones de oro hasta hartarnos, ¿verdad, Joe?

—¡Yeah! ¡Yeah! —dijo Joe, retorciendo su gorra entre sus manos rechonchas.

—Me encantaría ir con vosotros —se envalentonó Jean-Christophe—. Todavía no he metido mano en serio a ninguna mujer. ¿Crees que podrás arreglarlo?

—¿Estás chalado? —se asombró Simon—. ¿Serías capaz de ir a uno de esos revolcaderos, con la cochinateda de enfermedades que tienen esas mujeres?

—Estoy de acuerdo con Simon —intervino Fabrice—. Ese no es sitio para nosotros. Además, hemos prometido a mi madre portarnos bien.

Jean-Christophe se encogió de hombros. Se inclinó hacia André y le susurró algo al oído. Este arrugó la nariz esbozando una altiva mueca y le dijo:

—Yo te meto hasta en el infierno, si es lo que te apetece.

Jean-Christophe se volvió hacia mí, ya aliviado y con entusiasmo.

—¿Te apuntarías, Jonas?

—¡Por supuesto!

Fui el primero en sorprenderme de mi espontaneidad.

La zona de prostíbulos de Orán estaba detrás del teatro, en la calle del Acueducto, una calleja de mala muerte a la que se accedía por dos escaleras que apestaban a orina y en las que se acomodaban los borrachos. Apenas metido en la «boca del lobo», me sentí a disgusto y tuve que violentarme para no dar media vuelta. Joe y André iban embalados, locos por llegar. Jean-Christophe les pisaba los talones, estaba cohibido y la desenvoltura que exhibía no resultaba convincente. Se volvía de cuando en cuando para soltarme un guiño medio engallado que yo devolvía con una sonrisa crispada, pero cada vez que nos cruzábamos con un fulano sospechoso, nos echábamos a un lado, prestos a salir por piernas. Los burdeles se alineaban en una misma acera, uno tras otro, detrás de cocheras pintarrajeadas con colores chillones. Había gente en la calle del Acueducto: soldados, marineros, árabes furtivos temerosos de ser reconocidos por allegados o vecinos, chavales descalzos de mirada huidiza, a la caza de la comisión, americanos y senegaleses, chulos de mirada intensa paciando su rebaño, la navaja de muelle oculta tras el cinturón, soldados de las tropas indígenas con sus chechias rojos; una agitación febril a la vez que extrañamente amortiguada.

La encargada del Camelia era una señora gigantesca de voz sísmica. Regentaba su local con mano de hierro, igual de inflexible con sus clientes habituales que con

sus chicas. Cuando llegamos, estaba precisamente abroncando a un cliente poco delicado en la misma puerta del prostíbulo.

—Has vuelto a cagarla, Gegé, y eso no está bien. ¿Quieres volver a acostarte con mis chicas? De ti depende, Gegé, y lo sabes. Sigue comportándote como un estúpido y no volverás a pisar mi casa. Ya me conoces, Gegé. Cuando le pongo una cruz a alguien, para mí es como si estuviese enterrado. ¿Lo captas, Gegé, o tengo que hacerte un dibujo?

—No me estás regalando nada —protestó Gegé—. Aquí vengo con mi pasta, y tu golfa tiene que hacer lo que le pidan.

—Ya puedes limpiarte el culo con tu pasta, Gegé. Esto es una casa de trato, no una sala de tortura. Si el servicio no te gusta, busca en otra parte. Porque como se te ocurra volver a hacerlo, te arranco el corazón con las manos.

Gegé, que casi era un enano, se puso de puntillas para afrontar la mirada de la encargada, infló los carrillos, se contuvo; el rostro enrojecido le temblaba de ira. Recuperó su estatura y, furioso de verse reprendido en público por una mujer, nos arrolló y salió pitando hasta disolverse entre la muchedumbre que deambulaba por la calle.

—Él se lo ha buscado —gritó un soldado—. Si el servicio no le va, que se largue a otra parte.

—Eso también vale para ti, sargento —le soltó la encargada—, que hueles tanto a santidad como un ojo de culo, y bien que lo sabes.

El sargento hundió la cabeza entre los hombros y se encogió todo lo que pudo.

Como la encargada estaba de mal humor, André comprendió que las negociaciones no lo iban a favorecer. Consiguió que admitiera a Jean-Christophe contando con su elevada estatura, pero nada pudo hacer por mí.

—No es más que un niño, Dédé —le soltó ella, intransigente—. Ni siquiera se le han caído los dientes de leche. Hago la vista gorda con el rubio, pero con este querubín de ojos azules, ni hablar. Lo violarían en el pasillo antes de llegar a la primera habitación.

André no insistió. La encargada no era de las que cambiaban de opinión. Aceptó que me quedara esperando a mis amigos tras el mostrador y me ordenó que no tocara nada ni hablara con nadie. Me sentí aliviado. Ahora que sabía lo que era un prostíbulo, no me apetecía ir a ninguno más. Tenía el estómago revuelto.

En la gran sala llena de humo de tabaco, algunos clientes acechaban a sus presas, encogidos como animales. Algunos estaban borrachos y no paraban de refunfuñar o de empujarse. Las prostitutas se exhibían sobre una banqueta acolchada, en el fondo de una alcoba que daba directamente al pasillo que llevaba a

las habitaciones. Quedaban frente a frente con los clientes, algunas ligeras de ropa, otras embutidas en chales transparentes. Parecía una escena de odaliscas venidas a menos pintadas por un Delacroix depresivo. Las había gordas llenas de michelines, con el pecho metido en sostenes grandes como hamacas; flacas de ojos tenebrosos recién salidas de un cementerio; morenas con vulgares pelucas rubias; rubias maquilladas como payasos que revelaban con descuido la punta de un seno; todas fumaban en silencio y, rascándose pacientemente la entrepierna, miraban de hito en hito al ganado que tenían en frente.

Sentado tras el mostrador, yo contemplaba aquel universo lamentando haberme aventurado en él. Parecía una guarida de bandidos. Apestaba a vino peleón y a efluvios de cuerpos en celo. Una tensión insondable oprimía aquel lugar como un relente funesto. Bastaba con una chispa, una palabra mal dicha, quizás una simple mirada para que todo estallara. Ello a pesar de que la decoración, artificial y bastante simplona, aspiraba a ser relajante con sus leves colgaduras, casi vaporosas, flanqueadas por cortinas de terciopelo, sus espejos dorados, sus cuadros baratos representando a ninfas desnudas, sus apliques a juego con los mosaicos que cubrían las paredes, sus pequeños asientos en todas las esquinas. Pero los clientes no parecían muy exigentes en ese sentido. Sólo tenían ojos para las chicas desnudas sobre la banquetta acolchada y relinchaban de impaciencia por lanzarse al abordaje, con sus estremecidas venas surcándoles el cuello.

La espera se me estaba haciendo eterna. Jean-Christophe se había ido con una enorme mujerona, Joe con dos chicas que exudaban maquillaje y André se había eclipsado.

La encargada me ofreció un plato de almendras tostadas y me prometió su mejor chica para cuando festejara mi mayoría de edad.

—¿Sin rencor, chico?

—Sin rencor, señora.

—Qué bien. Pero deja ya de darme coba con tanta «señora», que me da estreñimiento.

Ya calmada, la patrona se volvió conciliadora; yo empecé a temer que pretendiera hacerme un favor permitiéndome elegir entre el *montón de carne* expuesto sobre la banquetta.

—¿Seguro que no me lo tienes en cuenta?

—Para nada —exclamé, aterrado ante la idea de que pasara por alto mi edad y me asignara una chica—. Para serle sincero —me apresuré a añadir para prevenir cualquier eventualidad—, yo no quería venir. No estoy preparado.

—Tienes razón, chico. Nunca se está preparado cuando se trata de enfrentarse a

una mujer. Si tienes sed, hay limonada detrás de ti. Invito yo.

Me abandonó a mi suerte y se fue por el pasillo a comprobar que todo iba bien.

Entonces fue cuando *la vi*. Acababa de soltar a un cliente y de reunirse con sus compañeras en la banqueta. Su regreso al escenario alborotó de inmediato la sala de espera. Un soldado hercúleo recordó a los demás que estaba allí antes que nadie, provocando una oleada de gruñidos. No me fijé en la agitación que se había apoderado de los clientes. De repente el barullo se detuvo y todo se desvaneció en la sala. Sólo la veía a *ella*. Como si un haz de luz, surgido vaya uno a saber de dónde, la enfocara omitiendo todo lo demás. La reconocí de inmediato, a pesar de encontrármela donde menos imaginaba. No le había salido ni una sola arruga, con su cuerpo de adolescente enfundado en un chal escotado, su pelo negro como el azabache cayéndole en cascada sobre el pecho y los dos hoyuelos picoteándole las mejillas: ¡Hadda! La bella Hadda; mi amor secreto de antaño, mi primera fantasía de mocososo... ¿Cómo había podido acabar en tan repugnante cloaca, ella que al salir al patio lo iluminaba como el sol?

Me sentía conmocionado, impactado, petrificado de incredulidad.

Aquella fortuita aparición me catapultó al pasado y aterricé en el patio interior de nuestra vivienda, en Jenane Jato, entre las vecinas que reían a carcajadas en medio del jaleo de la chiquillería. Hadda no reía aquella mañana. Estaba triste. La volví a ver tendiendo de pronto la mano por encima de la mesa baja, con la palma hacia arriba. «Dime lo que lees en ella, querida vecina. Necesito saber. Ya no puedo más». Y Batoul la vidente: «Veo a muchos hombres a tu alrededor, Hadda. Pero muy poca alegría. Parece un sueño, pero no lo es».

Batoul había acertado. Había demasiados hombres alrededor de la bella Hadda y muy poca alegría. Su nuevo patio, con sus lentejuelas de pacotilla, sus luces tamizadas, su fantasmagórica decoración, sus borracheras, parecía un sueño, pero no lo era. Caí en la cuenta de que estaba de pie tras el mostrador, con los brazos caídos, boquiabierto, incapaz de definir esa cosa terrible que me iba envolviendo como una bruma y me impulsaba a salirme de mí mismo.

En la sala, un gigantón de cabeza rapada agarró a dos hombres por el pescuezo y los aplastó contra la pared, generando una repentina calma entre los demás. Paseó su mirada de ogro por la asistencia frunciendo la nariz. Cuando comprobó que ninguno de los clientes impugnaba la irregularidad de sus modales, soltó a los dos infelices y se dirigió con paso firme hacia Hadda. La agarró brutalmente por el codo y la hizo caminar a empujones delante de él. El silencio que los acompañó por el pasillo podía cortarse con cuchillo.

Me apresuré a salir a la calle para respirar un aire menos viciado y recobrar un

poco el aliento.

André, Jean-Christophe y Joe me pillaron derrumbado sobre un escalón. Pensaron que se debía a la negativa de la encargada, por lo que no vieron motivo para preocuparse. Jean-Christophe estaba rojo como un tomate. Aparentemente, la cosa no había ido bien. André sólo tenía ojos para su yanqui y estaba dispuesto a satisfacer todos sus deseos. Nos propuso a Jean-Christophe y a mí que fuéramos a recoger a Simon y a Fabrice para reunimos todos en el Majestic, una de las cervecerías más puestas de la ciudad europea.

Los seis acabamos la velada en un restaurante espacioso y elegante, invitados por un André demasiado generoso. A Joe no le sentaba bien la bebida. Después de la cena, se puso a hacer tonterías. Empezó molestando a un periodista americano que remataba tranquilamente su noticia al fondo de la sala. Joe se acercó a él para contarle sus hazañas y describirle con todo detalle los frentes donde se había jugado el pellejo. El periodista, hombre cortés, esperó amablemente antes de proseguir su trabajo, muy contrariado pero demasiado tímido para confesarlo, y respiró de alivio cuando André acudió a rescatar a su militar. Joe regresó junto a nosotros, agitado y espeso como el oleaje; de cuando en cuando se volvía hacia el periodista y le gritaba por encima de las mesas y las cabezas: «Intenta sacarme en primera plana, John. Quiero leer mi apodo en la primera página. Si quieres mi foto, no hay problema. ¿Vale, John? Cuento contigo». El periodista se dio cuenta de que no conseguiría acabar su noticia con tamaño energúmeno encima, de modo que recogió su borrador, dejó un billete sobre la mesa y salió del restaurante.

—¿Sabéis quién es? —nos dijo Joe, señalando con el pulgar por encima de su hombro—. Es John Steinbeck, el novelista. Está ejerciendo de reportero de guerra para el *Herald Tribune*. Ya ha escrito un artículo sobre mi regimiento.

Una vez se hubo marchado el periodista, Joe se buscó otras víctimas. Se abalanzó sobre el mostrador y exigió música de Glenn Miller; luego, cuadrado sobre una silla, entonó el *Home on the Range*, tras lo cual, animado por unos soldados americanos que cenaban en la terraza, obligó a un camarero a repetir tras él la canción *You'd Be So Nice To Come Home To*. Poco a poco, las risas que provocaba se fueron mudando en sonrisas, las sonrisas en muecas, y la gente, exasperada, pidió al fin a André que se llevara a su yanqui a otra parte. Joe había dejado de ser el hombre afable de la mañana. Borracho hasta las cejas, con los ojos inyectados en sangre y chorreando espuma por la comisura de los labios, se pasó de la raya y se subió directamente sobre la mesa para marcarse unos pasos de claqué. Dio una patada a los cubiertos y mandó por los aires platos, vasos y botellas, que fueron a parar al suelo. El gerente de la cervecería acudió a pedirle educadamente

que detuviera su numerito; Joe no se lo tomó a bien y estrelló su puño contra la nariz del gerente. Dos camareros acudieron para echar una mano a su jefe y acabaron de inmediato contra las cuerdas. Las mujeres se levantaron chillando. André agarró por la cintura a su protegido y le suplicó que se calmara. Joe ya no estaba en condiciones de oír nada. Los puños se le disparaban en todas direcciones. La pelea se propagó entre los clientes, luego se metieron los militares de la terraza y las sillas volaron por los aires en medio de un follón indescriptible.

La policía militar tuvo que emplearse a fondo para neutralizar a Joe.

El restaurante no empezó a recobrar algo de calma hasta que el *jeep* de la Military Police se perdió en la noche, con Joe placado con dureza contra el suelo.

Al regresar a nuestro cuarto del bulevar de los Cazadores, no conseguí dormirme. Me pasé la noche removiéndome bajo mi sábana, sin poder sacarme de la cabeza la imagen de Hadda ejerciendo de prostituta. La voz espectral de Batoul rebotaba entre mis sienes, obsesiva, se entrometía en mis pensamientos, atizaba mis angustias, desterraba los silencios ocultos en lo más hondo de mi ser. Tenía la impresión de estar asistiendo al nacimiento de un mal presagio que pronto me alcanzaría de lleno. Por mucho que me ocultara bajo la almohada, que me asfixiara con ella, la imagen de Hadda desvestida en la alcoba del lupanar giraba sobre sí misma, como una bailarina de una caja de música, mientras la voz de la vidente soplabla hacia ella cual maléfica brisa.

Al día siguiente, pedí a Fabrice que me prestara algo de dinero y fui solo a Jenane Jato, la otra cara de la ciudad, donde no se veían uniformes y las oraciones y los suspiros apestaban a cuál más. Quería ver a mi madre y a mi hermana, tocarlas con mis manos con la esperanza de librarme del presentimiento que me había tenido en vela hasta la mañana y que seguía pisándome los talones.

No me había fallado la intuición. Habían pasado muchas cosas en Jenane Jato desde mi última visita. El patio estaba vacío. Como si una borrasca lo hubiera arrasado llevándose consigo a sus ocupantes. Tenía la entrada sellada por una alambrada de púas, pero unas manos temerarias habían conseguido abrir una brecha por la que pude deslizarme hasta el interior de la vivienda. El patio estaba lleno de restos calcinados, de excrementos de aves y de gatos. La tapa del pozo estaba posada sobre el brocal, retorcida. Las puertas y ventanas de los cuartuchos habían desaparecido. El fuego había destruido por completo el ala izquierda del patio; las paredes se habían venido abajo y sólo algunas vigas renegridas permanecían colgadas del techo abierto a un cielo desesperantemente azul. Nuestro cuchitril ya no era sino un montón de ruinas entre las cuales yacían esparcidos utensilios de cocina rotos y patates medio calcinados.

—No hay nadie —restalló una voz a mi espalda.

Era Patapalo. Se tambaleaba detrás de mí, envuelto en una gandura demasiado corta, la mano apoyada a la pared. Su desdentada boca se hundía en su rostro demacrado, formando un feo agujero apenas oculto por una barba blanca. Le temblaba el brazo y le costaba mantenerse erguido sobre su pierna blancuzca picada de manchas cobrizas.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté.

—Cosas tremendas...

Se acercó renqueando hasta mí, recogió de pasada un bidón y le dio la vuelta para comprobar si tenía algo aprovechable antes de lanzarlo por encima de su hombro.

Su brazo dibujó un arco.

—Fíjate qué estropicio... ¡Menuda desgracia! —Como permanecí callado, en espera de alguna explicación, prosiguió—: Mira que puse a Bliss sobre aviso. Le dije que este era un patio honorable. No metas a esa puta con las mujeres decentes, esto acabará mal. Bliss no me hizo caso. Una noche, dos borrachos acudieron a echar su polvo. Como la puta estaba con un cliente, se fueron a la habitación de Badra. ¿Para qué contarte? Fue una auténtica carnicería. Los dos borrachos no llegaron a enterarse de su desgracia. Los hijos de la viuda los rajaron. Luego, fueron a por la puta. Se defendió mejor que sus clientes a pesar de no dar la talla. Alguien volcó el quinqué sobre sus cosas y el fuego prendió como la pólvora. Suerte que no se extendió a las demás viviendas... La policía detuvo a Badra y a sus dos hijos, luego selló el patio. Lleva dos años cerrado. Algunos creen que hay un fantasma.

—¿Y mi madre?

—Ni idea. Lo que es seguro es que se libró del fuego. La vi al día siguiente con tu hermanita en la esquina de la calle. No estaban heridas.

—¿Y Bliss?

—Se esfumó.

—Había otros inquilinos. Ellos podrían informarme.

—No sé adonde fueron a parar. Lo siento.

Regresé desconsolado al bulevar de los Cazadores. Mis compañeros no hicieron sino exasperarme con sus preguntas. Harto ya, volví a salir a la calle y caminé sin rumbo. Me detuve mil veces en medio de la calzada para cogerme las sienes con ambas manos, y mil veces intenté convencerme de que mi madre y mi hermana estaban sin duda mejor que antes. Batoul la vidente no se equivocaba. Poseía auténticos poderes. ¿Acaso no había previsto el destino de Hadda? Mi padre iba a

regresar, estaba escrito en los rayados del agua, y mi madre dejaría de estar corroída por la incertidumbre.

Estaba diciéndome todo aquello cuando creí verlo.

¡*Mi padre!*

Era él. Lo habría reconocido entre mil espectros en la noche, entre cien mil pobres diablos corriendo hacia su perdición... ¡*Mi padre!* Había regresado. Estaba cruzando la plaza del *Village nègre*, en medio del gentío, encorvado por el peso de un abrigo a pesar de la canícula. Caminaba mirando hacia delante, renqueando. Corrí tras él por entre una maraña de brazos y de piernas. Para cada paso que daba adelante retrocedía dos, luchando para abrirme camino, clavando los ojos en su silueta que se iba alejando inexorablemente, encorvada en su abrigo verde. No le quitaba el ojo de encima por temor a perderlo. Cuando conseguí sustraerme al gentío y alcanzar la otra punta de la explanada, mi padre se había volatilizado.

Lo estuve buscando en los chiringos, en los cafés, en los baños públicos. En vano.

Nunca he vuelto a ver a mi madre ni a mi hermana. Ignoro lo que ha sido de ellas, si siguen en este mundo o si ya no son más que polvo en medio del polvo. Pero he visto varias veces a mi padre. Más o menos cada diez años. Bien fuera en medio de un zoco o junto a una obra; a veces solo, en la esquina de una calleja o en la entrada de un almacén abandonado. Jamás he conseguido acercarme a él. Una vez, lo seguí hasta un callejón sin salida, seguro de pillarlo, y cuál no sería mi estupor al no encontrar a nadie al pie de la empalizada. Acabé comprendiendo que no era de carne y hueso, porque siempre llevaba el mismo abrigo verde, que se libraba del desgaste del tiempo y de las inclemencias de las estaciones.

Todavía hoy, cuando mi vida está próxima a su fin, a veces lo entreveo a lo lejos, con la espalda encorvada bajo su eterno abrigo verde, cojeando lentamente hacia su propia desaparición.

10

El mar estaba tan calmo que se podría haber caminado sobre él. Ni la menor ola chapoteaba sobre la arena, ni un escalofrío arrugaba la superficie del agua. Era un día entre semana y la playa pertenecía a nuestra pandilla. Fabrice dormitaba a mi lado, tumbado boca arriba, con una novela abierta sobre la cara. Jean-Christophe se contoneaba por la orilla en plan Narciso que se ahoga en un vaso. André y su primo José habían levantado su tienda y su barbacoa a un centenar de metros de donde nos encontrábamos; esperaban tranquilamente a unas amigas de Lourmel. Algunas familias se calentaban al sol como lagartos, dispersas a lo largo de la bahía. De no haber sido por las payasadas de Simon, aquello parecía una isla perdida.

Los rayos del sol caían a pique, como una colada de plomo. Por el cielo lustral revoloteaban unas gaviotas, ebrias de espacio y libertad. De cuando en cuando se lanzaban en picado sobre el agua, se perseguían en vuelo rasante y volvían a subir flechadas hasta confundirse con el tejido celeste. A lo lejos, un arrastrero regresaba a puerto con una bandada de aves tras su estela, señal de que había habido buena pesca.

Era un bonito día.

Una señora solitaria contemplaba el horizonte, sentada bajo una sombrilla. Llevaba una pabela con cinta roja y gafas de sol. El bañador blanco se amoldaba como una segunda piel a su cuerpo bronceado.

La cosa no habría pasado de ahí de no haber sido por aquella ráfaga de viento.

Si me hubiesen dicho que una simple ráfaga de viento podía cambiar el curso de mi vida, quizás habría intentado remediarlo. Pero, con diecisiete años, uno cree que va a poder con todo, sea lo que sea.

La brisa de mediodía acababa de manifestarse y, emboscada tras ella, la ráfaga aprovechó para abalanzarse sobre la playa. Levantó unos cuantos remolinos, llevándose de paso la sombrilla de la señora, a la que apenas dio tiempo a llevarse la mano a la pabela para que no saliera volando. La sombrilla pirueteó en el aire, rodó por la arena y dio una serie de vueltas de campana. Jean-Christophe intentó agarrarla sin éxito. De haberlo conseguido, mi vida habría seguido su curso. Pero la decisión del destino fue otra: la sombrilla se detuvo a mis pies y tendí la mano para recogerla.

La señora apreció el gesto. Se me quedó mirando mientras yo iba hacia ella con la sombrilla bajo el brazo, y se levantó para dirigirse a mí.

—Gracias —me dijo.

—De nada, señora.

Me arrodillé a sus pies, ensanché el agujero donde se encontraba la sombrilla antes de salir volando, lo ahondé con mis vigorosas manos, volví a clavar el palo y apisoné con los pies la arena alrededor por si se producía otra ráfaga de viento.

—Es usted demasiado amable, señor Jonas —me dijo—. Lo siento —añadió—, he oído a sus compañeros llamarlo así. —Se quitó las gafas; tenía unos ojos esplendorosos—. ¿Es usted de Tergapueblo?

—De Río Salado, señora.

Su intensa mirada me turbaba. Vi cómo mis compañeros reían solapadamente mientras me observaban. Debían de estar tomándome el pelo. Me apresuré a despedirme de la señora para reunirme con ellos.

—Estás colorado como un tomate —me pinchó Jean-Christophe.

—Haz el favor —le dije.

Simon, que había salido del agua, se estaba secando enérgicamente con una toalla, con una mueca picara en los labios. Esperó que me dejara caer sobre mi asiento para preguntarme:

—¿Qué quería de ti la señora Cazenave?

—¿La conoces?

—¡Y tanto! Su marido fue director de un penal en Guyana. Al parecer, desapareció en la selva durante una batida tras unos presidiarios en fuga. Como no volvió a dar señales de vida, ella ha regresado al hogar. Es amiga de mi tía, que opina que puede que el señor director se dejara tentar por una bella amazona con buen culo y se perdiera con ella.

—No me gustaría tener a tu tía por amiga.

Simon soltó una carcajada. Me tiró la toalla a la cara, se golpeó el pecho con los puños como un gorila y echó nuevamente a correr hacia el mar soltando un horrible grito de guerra.

—Está chiflado del todo —suspiró Fabrice al tiempo que se erguía sobre sus codos para mirar cómo se zambullía haciendo el payaso.

Las amiguitas de André llegaron a eso de las doce. La más joven debía de tener cuatro o cinco años más que el mayor de los dos. Besarón a los primos Sosa en las mejillas y se acomodaron en las sillas de tela que las esperaban. El factótum Jelloul andaba atareado alrededor de la barbacoa; había encendido el fuego y abanicaba las brasas mientras una nube de humo blanco se extendía sobre las dunas circundantes. José cogió una caja de entre un montón de sacos que había alrededor del palo mayor de la tienda, sacó unas cuantas ristras de merguez y las colocó sobre la parrilla. El olor a grasa quemada no tardó en expandirse por la playa.

Ignoro por qué me levanté y me dirigí hacia la tienda de campaña de André.

Puede que sólo pretendiera que la señora se fijara en mí, volver a ver sus preciosos ojos. Ella dio la impresión de leerme el pensamiento. Cuando llegué a su altura, se quitó las gafas y tuve de repente la impresión de estar caminando sobre arenas movedizas.

La volví a ver a los pocos días por la avenida principal de Río. Salía de una tienda, con su sombrero blanco coronándole el bello rostro. La gente se daba la vuelta para mirarla; ella ni siquiera se fijaba en ellos. Refinada, de porte noble, no caminaba sino que apuntaba la cadencia del tiempo.

Yo estaba hipnotizado.

Me recordaba a esas heroínas misteriosas que llenaban con su carisma las salas de cine, tan creíbles que nuestra propia realidad nos resultaba ilusoria.

Estaba yo sentado en la terraza de un café de la plaza con Simon Benyamin. Pasó a nuestro lado sin vernos, y nos legó su perfume a modo de consuelo.

—¡Controla, Jonas! —me susurró Simon.

—¿Qué?

—Hay un espejo en el bar. Ve a echar una ojeada a la remolacha que tienes por cara. ¿No estarás enamorado de esa respetable madre?

—¿Qué me estás contando?

—Lo que veo. Estás a punto de que te dé un ataque.

Simon exageraba. No era amor; lo que sentía por la señora Cazenave era una profunda admiración. Pensaba en ella sin segundas intenciones.

Al final de la semana, se presentó en nuestra farmacia. Yo estaba atareado tras el mostrador, ayudando a Germaine a despachar los incontables pedidos que tenía desde que se produjo en el pueblo una epidemia gástrica. Al levantar la cabeza y descubrirla frente a mí, por poco me caigo de espaldas.

Esperaba que se quitara sus gafas de sol; se las dejó sobre su bonita nariz, y no supe si me estaba mirando al amparo de sus cristales opacos, o si me estaba ignorando.

Tendió una receta a Germaine. Con gesto gracioso, como si fuera a hacer un besamanos.

—Este preparado requiere tiempo —le explicó Germaine tras descifrar el garabato del médico sobre el papel—. Ahora mismo estoy un poco desbordada —añadió, señalando los paquetes amontonados sobre el mostrador.

—¿Cuándo lo tendrá?

—Con un poco de suerte, por la tarde. Pero no antes de las tres.

—No pasa nada, aunque no podré volver a buscarlo. He estado una temporada fuera y tengo limpieza general en casa. ¿Sería tan amable de mandarme el medicamento con un recadero? Le daré una propina.

—No es por dinero, ¿señora...?

—Cazenave.

—Encantada. ¿Vive lejos?

—Detrás del cementerio judío, la casa que está retranqueada en el camino del morabito.

—Ya sé dónde es. No hay ningún problema, señora Cazenave. Le entregaremos su medicamento esta tarde, entre las tres y las cuatro.

—Me viene perfecto.

Se retiró tras menear imperceptiblemente la cabeza en mi dirección.

No cabía de impaciencia mientras acechaba a Germaine trajinando tras la puerta oculta que daba a la rebotica que hacía de laboratorio. Las agujas del reloj de pared se negaban a avanzar; temía que cayera la noche antes de la hora de la liberación. Pero al final llegó como una bocanada de aire tras una apnea. Germaine salió de su laboratorio a las tres en punto, con un frasco envuelto en un trozo de papel. No le dio tiempo a entregármelo, aún menos a darme las instrucciones de uso; se lo arranqué de las manos y me subí a mi bicicleta.

Agarrado al manillar, con la camisa henchida por el viento, no pedaleaba, volaba. Rodeé el cementerio judío, atajé por un huerto y alcancé el camino del morabito a toda velocidad, sorteando los hoyos.

La casa de los Cazenave se hallaba sobre un terreno elevado, a trescientos metros del pueblo. Grande y pintada de blanco, dominaba la llanura, orientada hacia el sur. A su izquierda, la cuadra estaba desierta y algo deteriorada, pero la casa conservaba todo su empaque. Un corto repecho llevaba hasta ella desde la pista, bordeado por palmeras enanas. La verja de fundición se apoyaba en una tapia de piedras cuidadosamente talladas, medio encordelada por una parra varicosa. En el frontón abovedado y montado sobre dos columnas revestidas, había grabada una gran «C» y el año 1912, fecha del final de las obras de construcción.

Me bajé de la bici, la dejé junto a la entrada de la propiedad y empujé la verja, que chirrió con fuerza. No había nadie en el pequeño patio adornado con una fuente. Los jardines de alrededor estaban descuidados.

—Señora Cazenave —llamé.

Los postigos de las ventanas estaban cerrados, al igual que la puerta de madera que daba acceso a la vivienda. Esperé cerca de la fuente, a la sombra de una Diana de estuco, con el medicamento en la mano. Allí no había un alma. Sólo se oía el

gemido de la brisa en la parra.

Al cabo de una larga espera, decidí llamar a la puerta. Mis golpes con el puño retumbaron en el interior de la casa como si esta fuera subterránea. Estaba claro que no había nadie, pero me negaba a admitirlo.

Volví a sentarme en el borde de la fuente, pendiente del menor crujido de la gravilla. Impaciente por verla surgir de la nada. Cuando empezaba a perder toda esperanza, escuché un «¡Hola!», a mi espalda.

Estaba detrás de mí, enfundada en un vestido blanco, con su sombrero de cinta roja levemente echado hacia atrás.

—Estaba abajo, en la huerta. Me gusta caminar entre el silencio de los árboles. ¿Lleva mucho tiempo aquí?

—No, no —mentí—, acabo de llegar.

—Al subir no lo he visto por la pista.

—Aquí tiene su medicamento, señora —le dije, tendiéndole el paquete.

Vaciló antes de cogerlo, como si hubiese olvidado su paso por nuestra farmacia, quitó con elegancia el envoltorio del frasco, lo destapó y olió su contenido, que daba la impresión de ser un producto cosmético.

—El bálsamo huele bien. Ojalá me alivie las agujetas. He encontrado tal desorden en la casa que me paso la mayor parte del día intentando devolverle su apariencia anterior.

—Si tiene cosas que cargar o reparar, me tiene a su disposición.

—Es usted adorable, señor Jonas.

Me señaló una silla de mimbre junto a una mesa, en la veranda, esperó que me sentara y ocupó el asiento frente al mío.

—Supongo que tendrá sed, con este calor —me dijo, señalándome una jarra llena de limonada.

Me sirvió un vaso grande y lo empujó despacio hacia mí. El movimiento de su brazo le produjo un gesto de dolor; se mordió el labio deliciosamente.

—¿Le duele, señora?

—He debido de levantar algo muy pesado.

Se quitó las gafas.

Sentí cómo se me licuaban las tripas.

—¿Qué edad tiene usted, señor Jonas? —me preguntó, clavando su mirada soberana en lo más hondo de mi ser.

—Diecisiete años, señora.

—Supongo que ya tendrá novia.

—No, señora.

—¿Cómo que «No, señora»? Con esa carita tan mona y esos ojos tan límpidos. Me niego a creer que no tiene todo un harén languideciendo por usted en este preciso instante.

Su perfume me embriagaba.

Se volvió a morder el labio y se llevó la mano al cuello.

—¿Sufre usted mucho, señora?

—Es una lata. —Me cogió la mano—. Tiene usted dedos de príncipe. Me avergonzaba que notara el rubor que se estaba apoderando de mí.

—¿A qué piensa dedicarse en la vida, señor Jonas?

—Boticario, señora.

Meditó mi elección antes de asentir.

—Es un noble oficio.

Sintió una tercera punzada en el cuello y casi se dobló de dolor.

Se levantó. Con mucha dignidad.

—Si usted quiere, señora, puedo... puedo masajearle los hombros...

—Cuento con ello, señor Jonas.

No sé por qué, de repente, algo rompió la solemnidad del lugar. Pero sólo duró una fracción de segundo. Cuando sus ojos se posaron de nuevo sobre mí, todo volvió a la normalidad.

Permanecimos de pie a ambos lados de la mesa. El corazón me latía con tal fuerza que me pregunté si ella lo estaría oyendo. Se quitó el sombrero y su cabello cayó en cascada sobre sus hombros, dejándome casi petrificado.

—Venga conmigo, joven.

Empujó la puerta de su casa y me pidió que la siguiera a su interior. Una leve penumbra envolvía el vestíbulo. Tuve la impresión de estar reviviendo algo, de que el pasillo que tenía ante mí no me era ajeno. ¿Lo habría soñado, o era yo quien estaba perdiendo el hilo de la historia? La señora Cazenave caminaba delante. Por el espacio de un fulgor, la confundí con mi destino.

Subimos una escalera. Mis pies tropezaban con los escalones. Me agarré a la barandilla, pues ya sólo veía ante mí las ondulaciones de su cuerpo, majestuoso, hechizante, casi irreal de tan arrebatadora gracia. Cuando alcanzó el rellano, pasó ante la deslumbradora claridad de un tragaluz; fue como si se le desintegrara el vestido, mostrándome hasta en sus menores detalles la perfecta configuración de su silueta.

Se volvió de repente y me pilló conmocionado. Se percató de inmediato de que no estaba en condiciones de seguirla más, de que las piernas me flaqueaban de tanto vértigo, de que era como un jilguero atrapado en una trampa. Su sonrisa me remató.

Se acercó a mí con paso leve, aéreo; me dijo algo que no oí. La sangre me golpeaba las sienes, impidiéndome recobrar el sentido. «¿Qué le ocurre, señor Jonas?». Su mano me cogió la barbilla, me levantó la cabeza... «¿Se encuentra bien?». El eco de su voz se perdió en el barullo de mis sienes... «¿Soy yo quien lo pone así?». Quizá no fuera ella la que me hablaba así. Quizá fuera yo, aunque no reconociera mi voz. Sus dedos recorrieron mi cara. Sentí la pared contra mi espalda cual muralla cortándome la retirada. «¿Señor Jonas?». Sus ojos me envolvieron, me escamotearon como por ensalmo. Me diluí en su mirada. Su aliento revoloteó alrededor de mi jadeo, lo aspiró; ya se fusionaban nuestros rostros. Cuando sus labios rozaron los míos, creí romperme en mil pedazos; era como si me estuviese borrando para reinventarme con la punta de sus dedos. No era todavía un beso, apenas una caricia, furtiva, cautelosa, puede que tanteando el terreno. Retrocedió; para mí fue como una ola que, al retirarse, desvelara mi desnudez y mi emoción. Su boca regresó, más segura, más invasiva; ninguna fuente me hubiera saciado la sed de ese modo. Mi boca se entregó a la suya, se fundió en la suya, se hizo a su vez agua, y la señora Cazenave me apuró hasta las heces, de un trago que no acababa nunca. Yo tenía la cabeza en una nube y los pies sobre una alfombra voladora. Espantado ante tamaña dicha, puede que intentara sustraerme a su dominio, pues su mano me retuvo con firmeza por la nuca. Entonces la dejé hacer. Sin oponer la menor resistencia. Encantado de haber caído en la trampa, febril y consentidor, y, pasmado ante mi rendición, me hice uno con la lengua que estaba absorbiendo la mía. Me desabrochó la camisa con una ternura infinita, la dejó caer en alguna parte. Yo ya sólo respiraba por su aliento, sólo vivía a través de su pulso. Tenía la vaga sensación de que me estaban deshojando, de que me metían en una habitación, me tumbaban sobre una cama profunda como un río. Mil dedos se dispersaron por mi carne como otros tantos fuegos artificiales; yo era la fiesta, era la alegría, era el éxtasis en su más absoluta ebriedad; me sentía morir y renacer a la vez.

—A ver si vuelves a este mundo —me reprendió Germaine en la cocina—. Te has cargado la mitad de mi vajilla en dos días.

Me di cuenta de que el plato que estaba lavando en el fregadero se había escapado de mis manos y roto a mis pies.

—Estás demasiado distraído.

—Lo siento.

Germaine se me quedó mirando con curiosidad, se secó las manos en su delantal y me las puso sobre los hombros.

—¿Qué te ocurre?

—Nada. Se me ha escapado.

—Sí. El problema es que no paras.

—¡Germaine! —gritó mi tío desde su habitación.

Salvado por chiripa. Germaine se olvidó de mí de inmediato y salió disparada hacia la habitación del final del pasillo.

No me reconocía a mí mismo. Desde mi aventura con la señora Cazenave, no daba pie con bola; erraba por los meandros de una euforia que se negaba a amainar. Había sido mi primera experiencia como hombre, mi primer descubrimiento íntimo, y eso me tenía extasiado. Apenas me encontraba a solas un segundo, me asaltaba el exquisito tormento del deseo. El cuerpo se me arqueaba; sentía los dedos de la señora Cazenave corretear por mi carne, sus caricias como mordiscos redentores sustituir a mis fibras, mudarse en estremecimientos, convertirse en la sangre que latía en mis sienes. Al cerrar los ojos, percibía hasta su jadeo, y mi universo se llenaba con su embriagador aliento. Por la noche, me resultaba imposible conciliar el sueño. Mi cama repleta de platónicos retozos me tenía en trance hasta la mañana.

Para Simon, me había vuelto aburrido. Sus ocurrencias no me hacían gracia. Al contrario que Jean-Christophe y Fabrice, que se partían de risa con cada chiste suyo, yo permanecía impávido. Los veía desternillarse y no me enteraba de nada. ¿Cuántas veces agitaría Simon la mano delante de mis ojos para comprobar si seguía en este mundo? Me despejaba un momento y volvía a caer en una especie de catalepsia en la que de repente los ruidos a mi alrededor se difuminaban.

Ya fuera en la colina, al pie del secular olivo o en la playa, yo no era más que una ausencia entre mis compañeros.

Esperé dos semanas antes de echarle valor y regresar a la gran casa blanca, camino del morabito. Era tarde, el sol estaba de retirada. Dejé mi bicicleta contra la verja y entré en el patio. Ahí estaba ella, acuclillada ante un árbol, con unas tijeras de jardinero, adecentando su jardín.

—Señor Jonas —dijo al tiempo que se levantaba.

Dejó las tijeras sobre un montón de piedras y se sacudió las manos para quitarles el polvo. Llevaba el mismo sombrero con cinta roja y el mismo vestido blanco que, con la luz crepuscular, destacaba con generosa fidelidad los hechizantes contornos de su silueta.

Nos miramos sin decir nada.

Era tan opresivo el silencio que las cigarras me agrietaban las sienes con sus chirridos.

—Buenas tardes, señora.

Sonrió con sus ojos más anchos que el horizonte.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Jonas?

Algo en su voz me hizo temer lo peor.

—Pasaba por aquí —mentí—. Me apetecía saludarla.

—Muy amable.

Su laconismo me dejó atónito.

Me miraba con fijeza. Como si me tocara justificar mi presencia en aquel lugar. No parecía hacerle gracia mi *intrusión*. Era como si la estuviese molestando.

—¿No necesita usted...? Me dije que... Bueno, que si hay algo que pueda arreglar o mover de sitio...

—Para eso están los criados.

Sin coartada, ridículo, me arrepentí de mi iniciativa. ¿No estaría metiendo del todo la pata?

Se acercó a mí, se detuvo a mi altura y, sin abandonar su sonrisa, me aplastó con la mirada.

—Señor Jonas, no se puede presentar uno en casa de la gente así porque sí.

—Pensé...

Me puso un dedo en la boca para interrumpirme.

—Hay que pensar bien las cosas.

Mi incomodidad derivó en oscuro enojo. ¿Por qué me trataba así? ¿Cómo podía pretender que no había pasado nada entre nosotros? Sabía muy bien por qué había venido a verla.

Como si me estuviera leyendo el pensamiento, me dijo:

—Ya lo avisaré cuando lo necesite. Hay que dejar que las cosas ocurran por sí solas, ¿lo entiende? Las prisas lo estropean todo.

Su dedo siguió con delicadeza la línea de mis labios, los separó y se deslizó entre mis dientes. Se detuvo en la punta de mi lengua, luego se retiró suavemente y volvió a presionarme la boca.

—Hay algo que debe usted saber, Jonas: las mujeres hacen estas cosas con la cabeza. Sólo están listas cuando todo está en orden en su mente. Son dueñas de sus emociones.

Me miraba de hito en hito, inflexible y soberana. Tenía la impresión de no ser para ella sino el fruto de su imaginación, un objeto entre sus manos, un cachorro al que iba a poner patas arriba para acariciarle el vientre con la punta del dedo. No pretendía *andarme con prisas*, ni echar a perder mi oportunidad de *pasar por su cabeza*. Cuando retiró su mano, comprendí que era el momento de irme... y de

esperar que me hiciera una señal.

No me acompañó hasta la verja.

Estuve semanas esperando. El verano de 1944 estaba acabando, y ni la menor señal. La señora Cazenave no bajaba siquiera al pueblo. Cuando Jean-Christophe nos reunía en lo alto de la colina, mientras Fabrice nos leía sus poemas, no dejaba de mirar el caserón blanco en el camino del morabito. A veces me parecía verla atareada en el patio, reconocer su vestido blanco entre las reverberaciones de la llanura. Por la noche, ya en casa, salía al balcón y me ponía a escuchar el aullido de los chacales con la esperanza de acallar el silencio de ella.

La señora Scamaroni llevaba con regularidad a nuestra pandilla a Orán, al bulevar de los Cazadores, a pesar de lo cual no recordaba ni las películas que había visto ni a las chicas que había conocido allí. Simon ya estaba harto de verme siempre despistado. Un día, en la playa, me echó un cubo de agua en el traje por ver si espabilaba. De no ser por Jean-Christophe, la broma habría acabado en bronca.

Molesto con mi irascibilidad, Fabrice se presentó en casa para enterarse de qué era lo que no iba bien. No obtuvo respuesta.

Al final, exasperado por tanta espera, un domingo a mediodía cogí mi bicicleta y fui directamente al caserón blanco. La señora Cazenave había contratado a un viejo jardinero y a una sirvienta, a los que sorprendí almorzando bajo un algarrobo. Esperé en el patio con la bicicleta pegada a mí. Temblando de pies a cabeza. La señora Cazenave se sobresaltó imperceptiblemente al encontrarme junto a la fuente. Buscó con la mirada a sus dos empleados, los vio en la otra punta del jardín y se volvió hacia mí. Se me quedó mirando en silencio. La sentí irritada tras su sonrisa.

—No he podido —le confesé.

Bajó la pequeña escalinata y caminó tranquilamente hacia mí.

—Pues hay que poder —me dijo con firmeza.

Me pidió que la siguiera hasta la verja de entrada. Y allí, sin cortarse en absoluto, como si estuviésemos solos en el mundo, me agarró por la nuca y me besó con fuerza en los labios. La voracidad de su beso fue tal que vi en ello algo definitivo, como una despedida irrevocable.

—Usted ha soñado, Jonas —me dijo—. Sólo fue un sueño de adolescente. —Aflojó los dedos y retrocedió—. Nunca ha habido nada entre nosotros... Ni siquiera este beso. —Sus ojos me acosaban—: ¿Me entiende usted?

—Sí, señora —me oí farfullarle.

—Bien. —Me dio una palmada en la mejilla, repentinamente maternal—: Ya sabía yo que era usted un buen chico.

Debí esperar a la noche para regresar a mi casa.

11

Me atreví a esperar un milagro; no se produjo.

El otoño aliviaba a los árboles de sus hojas; iba siendo hora de que me diera por enterado. No era más que una alucinación. Entre la señora Cazenave y yo no había habido nada.

Volví con mis compañeros, a la comicidad de Simon y el romanticismo febril de Fabrice. Jean-Christophe padecía a Isabelle Rucillio con talento. Nos decía que lo importante era saber sacar partido de los contactos, que la vida era una inversión a largo plazo y que el éxito nunca dejaba de sonreír a quienes sabían apostar por la paciencia. Parecía saber lo que quería, y, aunque no argumentara demasiado sus teorías, confiábamos plenamente en él.

El año 1945 trajo sus oleadas de noticias contradictorias y elucubraciones. A la gente de Río Salado le encantaba fabular mientras saboreaba su anisete. La menor escaramuza se amplificaba, se trocaba en hazaña rocambolesca y se atribuía a protagonistas que a menudo no habían participado en ella. En las terrazas de los cafés, los diagnósticos arreciaban. Los nombres de Stalin, Roosevelt y Churchill resonaban como las cornetas de las últimas cargas; algunos bromistas, afligidos por la silueta filiforme del general De Gaulle, prometían mandarle el mejor cuscús del país para que echara esas carnes sin las cuales su carisma carecería de credibilidad ante los argelinos, incapaces de disociar la autoridad de un buen tripón. Reían y se emborrachaban hasta confundir un asno con un unicornio. El optimismo estaba en alza. Las familias judías, que habían buscado amparo en otras latitudes tras las deportaciones masivas de que había sido objeto su comunidad en Francia, empezaban a regresar al hogar. Se procedía de manera progresiva y segura al regreso a la normalidad. La vendimia fue extraordinaria, y faraónico el baile que clausuró la temporada. Pepe Rucillio casó al pequeño de sus retoños, y el pueblo vibró durante siete días y siete noches al son de las guitarras y castañuelas de un grupo famoso que hizo venir de Sevilla. Hasta se nos gratificó con una grandiosa cabalgata en la que los mejores jinetes de la región se midieron sin complejos con los fabulosos guerreros de los Ouled N'har.

En Europa, el imperio hitleriano se iba a pique. Las noticias del frente anunciaban su naufragio a diario, y a diario los torpedos respondían a las bombas. Ciudades enteras desaparecían bajo diluvios de llamas y cenizas. El cielo estaba desfigurado por los combates aéreos y las trincheras se desmoronaban bajo las orugas de los tanques. En Río Salado, la sala de cine estaba siempre de bote en bote. Muchos sólo iban por las noticias que daba *Pathé Actualités* y que siempre se

proyectaban al principio de la sesión. Los aliados habían liberado buena parte de los territorios ocupados y avanzaban inexorablemente hacia Alemania. Italia no era más que la sombra de sí misma. Los resistentes y los partisanos confundían a un enemigo atezado entre el rodillo del Ejército Rojo y la marejada norteamericana.

Mi tío se pasaba el día pegado a su radio. Embutido en una camiseta que evidenciaba su delgadez extrema, se había hecho una con su silla. Permanecía desde la mañana hasta la noche inclinado sobre la radio, toqueteando el botón en busca de alguna emisora con menos interferencias. El ruido de la fritura y los estridentes pitidos de las ondas llenaban la casa de rumores galácticos. Hacía tiempo que Germaine se había resignado. Su marido hacía lo que le venía en gana; exigía que le sirvieran las comidas en el salón, junto a la radio, para no perderse un fragmento de información.

Hasta que llegó el 8 de mayo de 1945. Mientras el planeta festejaba el final de la Pesadilla, en Argelia se declaraba otra pesadilla, fulminante como una pandemia, monstruosa como el Apocalipsis. El regocijo popular derivó en tragedia. Muy cerca de Río Salado, en Aïn Témouchent, las marchas a favor de la independencia de Argelia fueron reprimidas por la policía. En Mostaganem, los disturbios se extendieron a los adueros limítrofes. Pero el horror alcanzó su paroxismo en los Aurès y en el norte de Constantina, donde miles de musulmanes fueron masacrados por los servicios de orden apoyados por colonos organizados en milicias.

—No es posible —decía mi tío con voz trémula a la vez que temblaba dentro de su pijama de enfermo—. ¿Cómo se han atrevido? ¿Cómo se puede masacrar a un pueblo que todavía llora a sus hijos muertos por la liberación de Francia? ¿Por qué nos matan como ganado sólo por reclamar nuestra parte de libertad?

Estaba fuera de sí. Lívido, con el vientre pegado a la columna vertebral, se enredaba en sus pantuflas mientras iba y venía por el salón.

Una emisora de radio árabe relató la sangrienta represión contra los musulmanes de Guelma, Kherrata y Sétif, los cementerios en los que se pudrían miles de restos, la caza del *árabe* por campos y huertas, el acoso de los perros de presa y el linchamiento en las plazas públicas. Dichas noticias eran tan espantosas que ni yo ni mi tío tuvimos la fuerza de solidarizarnos con la marcha pacífica que desfiló por la avenida principal de Río Salado.

La amplitud de la catástrofe que había enlutado al pueblo musulmán acabó venciendo a mi tío. Una noche, se llevó la mano al corazón y se desmoronó boca abajo. La señora Scaroni nos ayudó a llevarlo en su coche al hospital y lo dejó en manos de un médico amigo suyo. Ante el creciente pánico de Germaine, estimó prudente permanecer junto a ella en la sala de espera. Fabrice y Jean-Christophe

acudieron a hacernos compañía ya muy adelantada la noche, y Simon tuvo que pedir prestada la motocicleta a su vecino para unirse a nosotros.

—Su marido ha tenido un ataque al corazón, señora —explicó el médico a Germaine—. No ha recobrado el conocimiento.

—¿Va a salir de esta, doctor?

—Hemos hecho lo necesario. Lo demás dependerá de él.

Germaine no sabía qué decir. No había abierto la boca desde que ingresaron a su marido. Sus alhelados ojos daban vueltas en su rostro desencajado. Juntó las manos bajo la barbilla y se puso a rezar cerrando los párpados.

Mi tío salió del coma al amanecer del día siguiente. Pidió agua y exigió que lo llevaran a su casa de inmediato. El médico lo mantuvo en observación unos días antes de consentir en devolvérselo. La señora Scamaroni nos propuso una enfermera conocida suya para que atendiera permanentemente a nuestro paciente. Germaine se negó con cortesía, dijo que se encargaría ella personalmente y le agradeció todo lo que había hecho por nosotros.

Dos días después, mientras estaba junto a la cama de mi tío, oí que alguien me llamaba desde fuera. Me acerqué a la ventana y vi una silueta acurrucada tras un montículo. Se levantó y me hizo una señal. Era Jelloul, el factótum de André.

Salió de su escondrijo justo cuando alcancé la pista que separaba nuestra casa del viñedo.

—¡Dios mío! —exclamé.

Jelloul cojeaba. Tenía la cara tumefacta, los labios reventados y un ojo a la funerala. La camisa estaba veteada por rayas rojizas, probablemente marcas de latigazos.

—¿Quién te ha hecho esto?

Jelloul miró a su alrededor como si temiese que alguien lo oyera; luego, mirándome directamente a los ojos, me dijo con sequedad:

—André.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho?

Sonrió ante la ridiculez de mi pregunta.

—Con él no necesito hacer nada mal. Siempre encuentra un motivo para pisotearme. Esta vez ha sido por la bronca de los musulmanes en los Aurès. Ahora, André desconfía de los árabes. Anoche regresó borracho de la ciudad y me dio una paliza.

Levantó su camisa y se dio la vuelta para mostrarme las desolladuras de su espalda. André no se había andado con chiquitas.

Volvió a mirarme de frente, remetiéndome los picos de su camisa dentro de su

polvoriento pantalón, resopló con fuerza y añadió:

—Me dijo que era para que tomara nota de las ideas falsas, para que me quedara claro por siempre que aquí el amo es él y que no tolerará que los lacayos se le insubordinen.

Jelloul esperó de mí algo que no se produjo. Se quitó la chechia y se puso a retorcerla con sus manos negruzcas.

—No he venido a contarte mi vida, Jonas. André me ha echado sin darme un céntimo. No puedo volver tieso a mi casa. Mi familia sólo me tiene a mí para no morir de hambre.

—¿Cuánto necesitas?

—Como para comer durante tres o cuatro días.

—Espera un par de minutos.

Subí a mi habitación y regresé con dos billetes de cincuenta francos. Jelloul los cogió con parsimonia, les dio varias vueltas con los dedos, vacilante.

—Es demasiado dinero. No te lo podré devolver.

—No tienes por qué devolvérmelo.

Mi generosidad lo desconcertó. Meneó la cabeza, reflexionó y dijo, retorciendo los labios de apuro:

—En ese caso, me conformaré con un solo billete.

—Coge los dos, de verdad, lo hago con gusto.

—No lo dudo, pero no es necesario.

—¿Tienes algún trabajo a la vista?

Su mueca se convirtió en sonrisa enigmática.

—No, pero André no puede prescindir de mí. Irá a buscarme antes del fin de semana. No va a encontrar mejor perro que yo en el mercado.

—¿Por qué eres tan duro contigo mismo?

—Tú no puedes entenderlo. Eres de los *nuestros*, pero llevas la vida de *ellos*... Cuando uno es el único ganapán de una familia formada por una madre medio loca, un padre con ambos brazos amputados, seis hermanos y hermanas, una abuela, dos tías repudiadas con su prole y un tío achacoso, deja de ser un ser humano... A medias perro y a medias chacal, el animal disminuido elige tener un amo.

La violencia de sus palabras me dejó estupefacto. Jelloul no tenía veinte años pero ya emanaba de su persona una fuerza secreta y una madurez que me impresionaban. Aquella mañana, había dejado de ser el criado rampante a que nos tenía acostumbrados. El chico que tenía delante de mí era otra persona. Curiosamente, le descubrí unos rasgos en los que jamás había reparado. Tenía un rostro sólido con pómulos marcados, una mirada que incomodaba, y mostraba una

dignidad que no esperaba en él.

—Gracias, Jonas —me dijo—. Sabré agradecértelo algún día.

Se dio la vuelta y se alejó cojeando, dolorido.

—Espera —le grité—. No irás muy lejos con un pie tan herido.

—Pues he conseguido llegar hasta aquí.

—Es posible, pero sólo has conseguido empeorar tu herida. ¿Dónde vives exactamente?

—No muy lejos, te lo aseguro. Detrás de la colina de los dos morabitos. Ya me las arreglaré.

—No voy a permitir que te destruyas el pie. Voy en busca de mi bici y vuelvo.

—¡Que no, Jonas! Tienes mejores cosas que hacer que acompañarme hasta mi casa...

—¡Insisto!

Yo creía haber tocado el fondo de la miseria en Jenane Jato, pero estaba equivocado. La miseria del aduar en el que vivía Jelloul y su familia iba más allá de lo concebible. Era una aldehuela de una decena de sórdidas chozas levantadas y cercadas en el lecho de un río seco, entre las que languidecían unas cuantas cabras famélicas. Aquel lugar repelía tanto que no podía creer que hubiese gente capaz de sobrevivir allí metida más de dos días seguidos. Incapaz de seguir adelante, detuve mi bicicleta a un lado de la pista y ayudé al factótum a bajar de ella. La colina de los dos morabitos se encontraba a unos cuantos cientos de metros de Río Salado; sin embargo, no recordaba haber llegado tan adelante por aquel camino. La gente evitaba acercarse por allí. Como si se tratara de un territorio maldito. De repente, sentí miedo de hallarme en aquel lado de la colina; miedo de no salir entero de allí, seguro de que si algo me ocurriera, nadie vendría a buscarme adonde no había motivo para buscarme. Aunque absurdo, el temor era grande y muy real. La aldehuela me resultó de repente horrible. ¡Y ese olor infernal, casi a podrido!

—Ven —me dijo Jelloul—. Te voy a presentar a mi padre.

—No —exclamé, espantado por la invitación—. Tengo que regresar junto a mi tío. Está muy enfermo.

Unos críos jugaban desnudos en medio del polvo, con el vientre hinchado y las narices asediadas por las moscas. Sí, eso era, además del hedor estaba el zumbido de las moscas, voraz, obsesivo; preñaba constantemente el aire viciado con una letanía funesta, como un aliento diabólico que sobrevuela un desamparo humano tan antiguo como el mundo, y no por ello menos aflictivo. Al pie de una tapia de tierra,

cerca de una burra adormecida, un grupo de ancianos dormitaba con la boca abierta. Un loco, con sus descarnados brazos apuntando hacia el cielo, se dirigía a un árbol morabito repleto de cintas talismánicas y de regueros de cera. Y nada más; era como si los habitantes válidos del aduar hubieran desertado y lo hubieran entregado a los mocosos faunescos y a los moribundos.

Una jauría de perros nos localizó y se me acercó ladrando. Jelloul los repelió a pedradas. Cuando se callaron, se volvió hacia mí y me sonrió de un modo extraño.

—Así es como viven los nuestros, Jonas. Los nuestros también son los tuyos. Salvo que ellos no evolucionan mientras que tú estás montado... ¿Qué te pasa? ¿Porqué no dices nada? ¿Te sientes violento? Te cuesta creerlo, ¿verdad? Supongo que ahora me entiendes cuando te hablo de que soy un perro. Ni los animales se prestan a caer tan bajo.

Yo estaba pasmado. La pestilencia me revolvía las tripas, el zumbido de las moscas me taladraba el cerebro. Tenía ganas de vomitar, pero temía que Jelloul se ofendiera.

Él se reía; mi malestar le hacía gracia.

Me señaló el aduar.

—Mira bien este inmundo agujero. Este es nuestro lugar en este país, el país de nuestros antepasados. Mira bien, Jonas. Ni Dios se ha perdido jamás por aquí.

—¿Por qué dices cosas tan terribles?

—Porque lo pienso. Porque es la verdad.

Mi miedo se avivó. Esta vez, el que me aterraba era Jelloul, con su mirada afilada y su mueca sardónica.

Volví a montar en bicicleta y di media vuelta.

—Eso es, *Younes*. Da la espalda a la verdad de los tuyos y corre a reunirte con tus amigos. *Younes*... Espero que aún recuerdes tu nombre. ¡Eh! *Younes*... gracias por el dinero. Prometo devolvértelo pronto. El mundo está cambiando, ¿acaso no te has fijado?

Me puse a pedalear como un loco; los gritos de Jelloul silbaban en mis oídos como disparos de aviso.

Jelloul tenía razón. Las cosas estaban cambiando, pero para mí lo hacían en un mundo paralelo. Contemporizaba, dividido entre la fidelidad a mis amigos y la solidaridad con los míos. Era evidente que, tras lo ocurrido en la provincia de Constantina y la concienciación de las masas musulmanas, antes o después me vería obligado a elegir un bando. Aunque me negara a decidirme, los acontecimientos

acabarían eligiendo por mí. La ira se había puesto en marcha; había desbordado los lugares secretos en los que conspiraban los militantes para extenderse por las calles, ramificarse entre las capas desfavorecidas y colarse en los barrios indígenas y en los aduarens enclavados.

Los componentes de la pandilla de Jean-Christophe permanecíamos ajenos a esas mutaciones. Nos habíamos convertido en jóvenes encantados de tener veinte años, y si bien la pelusa que teníamos sobre los labios no merecía aún el nombre de bigote, subrayaba nuestra clara voluntad de ser adultos y dueños de nuestras decisiones. Inseparables como las puntas de una horca, vivíamos para nosotros mismos y los cuatro conformábamos el mundo.

Fabrice obtuvo el primer premio en el Concurso Nacional de Poesía. La señora Scamaroni nos llevó a los cuatro a Argel para la ceremonia. El galardonado estaba en la gloria. Además de una sustanciosa retribución, el jurado se encargaría de publicar el libro de poemas premiado en la importante editorial Edmond Charlot, de Argel. La señora Scamaroni nos alojó en un hotelito muy limpio, no lejos de la calle Isla. Tras la entrega del premio, que Fabrice recibió de manos del propio Max-Pol Fouchet, la madre del galardonado nos invitó a una soberbia cena a base de pescado y marisco, en un estupendo restaurante de La Madrague. Al día siguiente, impacientes por regresar a nuestro querido Río Salado, donde el alcalde había organizado un refrigerio en honor del joven portento local, tomamos la carretera de vuelta, con una parada corta en Orléansville para comer algo y una segunda en Perrigault, donde nos aprovisionamos de naranjas, las mejores del mundo.

Unos meses después, Fabrice nos invitó a casa de un librero de Lourmel, un pueblo colonial próximo a Río. Su madre nos estaba esperando, preciosa con su traje de chaqueta. Llevaba un sombrero ancho con plumas que le sentaba muy bien. El librero y algunas personalidades locales se hallaban en una de las esquinas de una larga mesa de ébano, en solemne actitud protocolaria, con sonrisa condescendiente. Sobre la mesa, montones de libros muy nuevos, recién salidos de sus cajas. En la cubierta, sobre un bonito título en letra itálica, se leía «Fabrice Scamaroni».

—¡Jolín! —exclamó Simon, siempre dispuesto a echar por tierra la solemnidad de una ceremonia.

Tras las presentaciones y el discurso, Simon, Jean-Christophe y yo agarramos uno de los libros y nos pusimos a hojearlo, a acariciarlo y a toquetearlo con deleite una y otra vez, tan maravillados que a la señora Scamaroni no le dio tiempo a recoger con el dedo la lagrimita que rodó por su mejilla con un hilillo de rímel.

—He leído con sumo placer su obra, señor Scamaroni —declaró un

sexagenario—. Tiene usted un auténtico talento y todas las posibilidades de devolver sus credenciales de nobleza a la poesía, que siempre ha sido el alma secreta de nuestra querida región.

El librero tendió a nuestro autor una carta de felicitación firmada por Gabriel Audisio, el fundador de la revista *Rivages*, en la que le proponía una colaboración.

En Río Salado, el alcalde prometió abrir una biblioteca en la avenida principal y Pepe Rucillio compró por su cuenta un centenar de ejemplares del libro de poemas de Fabrice, que remitió a sus amistades de Orán —quienes, según sospechaba, lo trataban de cateto endomingado a sus espaldas— para demostrarles que en su pueblo no sólo había borrachos y viñadores adinerados y obtusos.

Una noche, el invierno se retiró de puntillas y dejó el terreno despejado para la primavera. Por la mañana, las golondrinas dentellaron los cables de la luz y las calles de Río Salado se llenaron de olores. Mi tío volvía progresivamente a la vida. Recuperó parte de su color y alguna de sus costumbres, como su pasión por los libros. Los consumía sin parar, con bulimia, cerrando una novela para hincar el diente a un ensayo. Leía en ambas lenguas, pasando sin previo aviso de El Akkad a Flaubert. Todavía no salía de casa, pero volvía a afeitarse a diario y a vestirse correctamente. Comía con nosotros en el comedor, y a veces intercambiando fórmulas de cortesía con Germaine. Ya no se andaba con tantas exigencias, ni tampoco daba voces por nada y menos. Puntual como un reloj, se levantaba de madrugada, rezaba su primera oración y se sentaba a desayunar a las siete en punto; luego se retiraba a su despacho hasta que yo le traía su periódico. Tras las noticias, abría sus cuadernos de espiral, mojaba su pluma en un tintero y escribía hasta mediodía. A la una de la tarde se permitía una pequeña siesta, luego cogía un libro y se sumía en él hasta el anochecer.

Un día se metió en mi habitación.

—Tienes que leer a este autor. Se llama Malek Bennabi. No es que sea muy claro como persona, pero su mente sí lo es.

Dejó el libro sobre mi mesilla de noche y esperó a que yo mismo lo cogiera; así lo hice. Era un libro de un centenar de páginas titulado *Las condiciones para el renacimiento argelino*.

—No olvides lo que dice el Corán —me dijo antes de retirarse—: «Quien mata a una persona habrá matado a la humanidad entera».

No regresó a preguntarme si había leído el libro de Malek Bennabi, y menos aún lo que opinaba de él. Durante las comidas, sólo se dirigía a Germaine.

La casa iba recobrando un cierto equilibrio. No es que hubiera alegría, pero el simple hecho de ver a mi tío arreglándose la corbata ante el espejo del armario era, por sí solo, una maravilla. Esperábamos que cruzase el umbral de la puerta de la calle y que regresara al mundo de los vivos. Necesitaba reconciliarse con los ruidos de la calle, ir a un café o sentarse en un banco en un jardín público. Germaine abría expresamente de par en par las puertas vidriera. Soñaba con verlo ajustándose el fez, alisándose el chaleco por delante, echando una ojeada a su reloj de bolsillo y apresurándose a unirse a un grupo de amigos para ventilarse las ideas. Pero mi tío temía a la multitud. Sentía un temor mórbido por la promiscuidad y hasta le daba pánico cruzarse con gente al caminar. Sólo se sentía seguro en su casa.

Germaine estaba convencida de que su marido haría esfuerzos titánicos para reconstruirse a sí mismo.

Por desgracia, un domingo, al acabar de almorzar, mi tío dio de repente un puñetazo en la mesa y tiró de un manotazo platos y vasos, que se rompieron en el suelo. Temimos que hubiera tenido otro ataque al corazón; pero no era el caso. Mi tío se levantó volcando la silla tras él, retrocedió hasta la pared y, apuntándonos con el dedo, gritó:

—¡Nadie tiene derecho a juzgarme!

Germaine me miró, estupefacta.

—¿Le has dicho algo? —me preguntó.

—No.

Miró detenidamente a su marido como si fuera un extraño.

—Nadie te está juzgando, Mahi.

Mi tío no se dirigía a nosotros. Aunque nos dirigiera la mirada, no nos veía. Frunció el ceño como si despertara de un mal sueño, volvió a colocar la silla en su sitio, se sentó, se agarró la cabeza con ambas manos y se quedó así.

Por la noche, hacia las tres de la mañana, una bronca nos hizo saltar de la cama a Germaine y a mí. Mi tío se las estaba viendo con un intruso en su despacho, cerrado con llave por dentro. Bajé corriendo para ver si la puerta de la calle estaba abierta, si había alguien allí. La puerta estaba cerrada, y el pestillo, corrido. Subí de nuevo al piso superior. Germaine intentaba ver lo que ocurría en el despacho, pero la llave de la cerradura se lo impedía.

Mi tío estaba fuera de sí.

—No soy un cobarde —gritaba—. No he traicionado a nadie, ¿me entiendes? No me mires así. No te tolero esa risita. Yo no he denunciado a nadie, a nadie, a nadie.

La puerta del despacho se abrió. Mi tío salió, lívido de ira, babeando por la comisura de los labios. Nos empujó y fue directamente a su dormitorio sin fijarse

en nosotros.

Germaine entró la primera en el despacho; luego yo. No había nadie.

Volví a ver a la señora Cazenave al principio del otoño. Llovía y Río estaba desangelado. Los cafés, ya retiradas las mesas de sus terrazas, parecían hogares para desocupados. La señora Cazenave seguía exhibiendo su etérea apostura, pero el corazón no me brincó dentro del pecho. ¿Estaría la lluvia templando las pasiones o la grisalla desmitificando los recuerdos? No intenté descubrirlo. Cambié de acera para no cruzarme con ella.

En Río Salado, que sólo vivía de su sol, el otoño era una temporada muerta. Las máscaras caían como las hojas de los árboles, y los amores adolecían de una tediosa pusilanimidad. Jean-Christophe pagó por ello. Me encontró en casa de Fabrice, donde esperábamos el regreso de Simon, que había ido a Orán. Se sentó sobre una banqueta en la veranda y siguió amuermándose.

Simon Benyamin regresó con las manos vacías de Orán, adonde había ido a poner a prueba sus dotes de cómico. Había leído en la prensa que buscaban a jóvenes humoristas y creyó ver la oportunidad de su vida. Se vistió de punta en blanco y, con el anuncio en el bolsillo, tomó el autocar hacia la gloria. Por la caída de sus labios, nos dimos cuenta de que las cosas no habían ido tal como deseaba.

—¿Y qué? —le soltó Fabrice.

Simon se dejó caer sobre una silla de mimbre y cruzó los brazos sobre su vientre, de un humor de perros.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada —replicó, tajante—. No ha ocurrido nada. Esos cabrones no me han dado la menor oportunidad. Sabía desde el principio que no era mi día. Me he tirado cuatro horas esperando entre bambalinas antes de subir al escenario. Primera sorpresa: la sala estaba requetevacía. Sólo había un abuelote sentado en primera fila y una arpía deshidratada a su lado, cual lechuga tras sus gafas con montura. Y un enorme proyector que me apuntaba directamente a la cara. Aquello parecía un interrogatorio. «Le toca a usted, señor Benyamin», me ha dicho el abuelote. Os juro que me parecía estar oyendo a mi tatarabuelo llamarme desde su tumba. Era gélido, impenetrable; a ese no lo emocionaba ni una capilla ardiente. Me ha interrumpido apenas he empezado. «¿Cuál es la diferencia entre un payaso y un bufón, señor Benjamín?», me ha escupido. «Pues te lo voy a decir yo. Un payaso da risa porque es patético y gracioso; un bufón da risa porque es ridículo». Tras lo cual ha hecho una señal para que pasaran al siguiente.

Fabrice se partía.

—He tardado dos horas en calmarme en los vestuarios. Si ese jodido abuelote llega a aparecer para excusarse, me lo como crudo. Había que verlos a los dos, en aquella inmensa sala vacía, con sus jetas terrosas.

A Jean-Christophe lo enfurecía vernos reír.

—¿Hay algún problema? —le preguntó Fabrice.

Jean-Christophe dobló la nuca y soltó con un suspiro:

—Empiezo a estar harto de Isabelle.

—¿Y ahora te enteras? —le dijo Simon—. Mira que te dije que esa no era chica para ti.

—El amor es ciego —respondió Fabrice con filosofía.

—Vuelve ciego —lo corrigió Simon.

—¿Va en serio? —pregunté a Jean-Christophe.

—¿Por qué? ¿Te sigue interesando? —Me lanzó una mirada extraña y añadió—: Entre vosotros dos siempre se mantuvo la llama, ¿verdad, Jonas? Pues ya estoy harto de esa tonta. Te la dejo.

—¿Quién te ha dicho que me interesa?

—Es a ti a quien quiere —gritó, dando un puñetazo en la mesa.

Se hizo el silencio en la sala. Fabrice y Simon nos miraron alternativamente. Jean-Christophe estaba muy enojado conmigo.

—¿Qué me estás contando? —le pregunté.

—La verdad. Cuando se entera de que estás por medio, no hay quien la controle. Te busca con la mirada y sólo se calma cuando te tiene localizado. ¡Si la hubieses visto en el último baile! Estaba colgada de mi brazo, luego llegaste y se puso a hacer tonterías para llamar tu atención. Estuve a punto de darle una bofetada para ponerla en su sitio.

—Puede que el amor vuelva ciego, Chris, pero los celos hacen alucinar —le dije.

—Es verdad que estoy celoso, pero no alucino.

—¡Ya está bien! —intervino Fabrice, que empezaba a oler a chamusquina—. A Isabelle le encanta manipular a la gente, Chris. Te está poniendo a prueba, eso es todo. Si no te quisiera, ya te habría largado.

—En cualquier caso, ya estoy harto. Si la que mi corazón ha elegido es capaz de mirarme por encima del hombro, lo mejor será que me quite de su vista. Además, con toda sinceridad, no creo quererla tanto.

Me sentía molesto. Era la primera vez que se producía este tipo de malestar entre nosotros. Para gran alivio mío, Jean-Christophe me apuntó con el dedo y me

soltó:

—¡Pum! Te la he pegado bien, ¿eh? ¿A que te lo has tragado?

La broma no le hizo gracia a nadie. Estábamos convencidos de que Jean-Christophe iba en serio.

Al día siguiente, al subir la calle con Simon para ir a la plaza, vimos a Isabelle del brazo de Jean-Christophe. Iban al cine. No sé por qué, pero me oculté de inmediato en una puerta cochera para que no me vieran. A Simon le sorprendió mi reacción, pero me comprendió.

TERCERA PARTE
Émilie

André invitó a todos los jóvenes de Río Salado a la inauguración de su bar. Nadie hubiese imaginado al hijo de Jaime J. Sosa en aquel lugar. Lo suyo era andar muy tieso dentro de sus botas de feudal, con la fusta pegada a la pierna, dando órdenes cuando no patadas en el culo a los temporeros y decidido a quedarse con el Olimpo para sí solo. Nos quedamos atónitos al verlo regentar un bar y abrir botellas de cerveza. Lo cierto era que André había cambiado desde su regreso de Estados Unidos, donde había llevado a cabo una asombrosa peregrinación junto con su amigo Joe. En América había tomado conciencia de una realidad que se nos escapaba y que llamaba, con vago fervor místico, el *sueño americano*. Cuando se le preguntaba qué entendía exactamente por «sueño americano», inflaba las mejillas, se contoneaba sin moverse del sitio y contestaba ladeando la boca: «Vivir la vida como a uno le parece, aunque haya que mandar a paseo tabúes y convencionalismos». André debía de tener una idea clara de lo que intentaba transmitirnos, sólo que le fallaba la pedagogía. No obstante, lo que sí se apreciaba en él era la voluntad de poner al día nuestras pequeñas costumbres provincianas, practicadas a la sombra de nuestros mayores. Obedecer sin discusión, relajarse sólo cuando te lo permitían, tener que esperar a los días señalados para salir de nuestras madrigueras: todo aquello resultaba inadmisibile para André. Según él, una sociedad despunta gracias al ímpetu de su juventud, se renueva gracias al frescor e insolencia de la misma; pero aquí la juventud no era sino un adorable rebaño entrañablemente sujeto a los automatismos de una era ya pasada e incompatible con una modernidad conquistadora y con un desparpajo que reclamaba audacia y exigía que se superara todo aquello o, en caso contrario, que se dinamitara; como en Los Ángeles, San Francisco o Nueva York, donde, desde el final de la guerra, los jóvenes estaban abandonando esa sacrosanta piedad filial para liberarse del yugo familiar y volar con sus propias alas, aun a riesgo de estrellarse como Ícaro.

André estaba convencido de que todo esto iba a cambiar y de que los vientos soplaban a favor del sentido que los americanos daban a las personas y las cosas. Para él, la buena salud de un país se ponía de manifiesto en su sed de conquistas y de revoluciones. Y en Río Salado, las generaciones se sucedían sin el menor cambio. Urgía introducir reformas en las mentalidades. Para empezar, no se le ocurrió nada mejor que montar una cafetería de estilo californiano para sustraernos a esa grosera obsolescencia en que se había convertido nuestra subordinación gregaria y lanzarnos de cabeza a la furia vital.

La cafetería se encontraba detrás de la bodega R. C. Kraus, en el descampado en

que jugábamos al fútbol de niños, a las afueras del pueblo. Sobre la gravilla había una veintena de mesas con sillas blancas y sombrillas. Nos relajamos un poco al ver las cajas de vino y de limonada, las banastas de fruta, así como las barbacoas instaladas en los cuatro rincones del patio.

—Vamos a ponernos tibios de comida —se entusiasmó Simon.

Jelloul y algunos empleados no paraban de moverse alrededor de las mesas; las cubrían con manteles y colocaban encima jarras y ceniceros. André y su primo José sacaban pecho en la entrada del local, con un sombrero de vaquero echado hacia atrás con garbo, las piernas separadas, los pulgares tras la hebilla del cinturón.

—Deberías hacerte con un rebaño de bueyes —soltó Simon a André.

—¿Qué pasa, no te gusta mi cafetería?

—Siempre que haya de beber y de comer...

—Entonces, ponte morado y corta el rollo.

Bajó el escalón para darnos un abrazo y aprovechó la oportunidad para toquetearle a Simon la entepierna.

—Deja las joyas de la familia —protestó Simon, retrocediendo.

—¡Menudo tesoro! Apuesto que en el mercadillo no te darían por ellas ni un trozo de chatarra —se burló André mientras nos conducía a los tres hacia el bar.

—¿Qué apostamos?

—Lo que quieras. Mira, esta noche van a aparecer por aquí unas señoritas. Si consigues llevarte al huerto a cualquiera de ellas, yo te pagaré la habitación del hotel. Y nada menos que en el Martínez.

—¡A que no!

—Dédé es como una bala —creyó oportuno recordarnos solemnemente José, para quien su primo era un dechado de rectitud y valentía—. Cuando se dispara, no hay quien lo pare.

Tras lo cual, consciente de haber tocado la fibra más sensible de su primo mayor, se apartó para dejarnos pasar.

André nos hizo visitar su «revolución». Nada que ver con los cafés de la región. Era un local de mucho colorido, con un gran espejo detrás del mostrador en el que se adivinaba en filigrana la fantasmagórica silueta del Golden Gate Bridge y altos taburetes acolchados delante. Los estantes de latón estaban abarrotados de botellas y chirimbolos, así como de cartelitos luminosos y cachivaches funcionales. De las paredes colgaban grandes retratos de actores y actrices de Hollywood. Las lámparas del techo difundían una luz tamizada por la sala, sumida ya en una suave penumbra por los visillos de las ventanas, mientras en los rincones unos apliques rojizos abigarraban el entorno con sombras sanguinolentas. Los asientos estaban fijados al

suelo y dispuestos en compartimentos parecidos a los de los vagones con bancos y, entre ellos, mesas rectangulares sobre las que se podían admirar paisajes de la América salvaje.

En pleno centro de una sala concomitante reinaba una mesa de billar. Ningún café de Río, o de Lourmel, estaba equipado con un billar. El que ahora ofrecía André a su clientela era una verdadera obra de arte, muy bien iluminado por una lámpara tan baja que casi tocaba la mesa.

André cogió un taco cuya boca frotó con un trozo de tiza, se inclinó sobre el borde del billar, ajustó el palo sobre su puño a modo de soporte, apuntó hacia un triángulo de bolas multicolores colocado en el centro del tapete verde y dio una tacada seca acertando de lleno. El triángulo restalló, las bolas salieron disparadas en todas direcciones y rebotaron contra los bordes de la mesa.

—A partir de hoy —declaró— ya no iremos al bar a emborracharnos. Primero vendremos a mi casa a jugar al billar. Y ojo, que esto es sólo la primera entrega; espero otras tres antes de fin de mes. Me estoy planteando organizar un campeonato regional.

José nos ofreció cervezas y una soda para mí, y nos propuso sentarnos en el patio mientras iban llegando los invitados. Eran cerca de las cinco. El sol se escurría despaciosamente tras las colinas, clavando su luz rasante en los viñedos. Desde el patio se tenía una vista amplia sobre la llanura y la carretera que conducía en línea recta hasta Lourmel. Un autocar soltaba a sus pasajeros en la entrada del pueblo: gente de Río que volvía de Orán y campesinos árabes que regresaban de las obras de la ciudad. Estos, extenuados, cortaban campo a través para alcanzar la pista que llevaba a sus aldehuelas, con su petate al hombro.

Jelloul siguió mi mirada; cuando el último obrero desapareció al final de la pista, se volvió hacia mí y se quedó mirándome con una agudeza que me indispuso.

El clan de los Rucillio acudió justo cuando el sol se emboscaba detrás de las colinas. Lo formaban los dos hijos más pequeños de Pepe, dos de sus primos y su cuñado Antonio, cantante de cabaré en Sidi Bel-Abbès. Llegaron en un colosal Citroën rugiente, recién salido de la fábrica, que aparcaron en la entrada del patio para que todos lo vieran.

André los acogió con palmaditas en los hombros y risotadas de ricachón antes de acomodarlos en el mejor sitio.

—Se puede estar sobrado de pasta y oler a boñiga de caballo a leguas a la redonda —masculló Simon, a quien no sentó bien que los Rucillio pasaran delante de nosotros sin saludarnos.

—Ya sabes cómo son —le dije para que se serenara.

—Sí, pero al menos podrían saludar. ¿Qué trabajo les cuesta ser amables? Tampoco somos unos don nadie. Tú eres farmacéutico, Fabrice es poeta y periodista, y yo soy agente de la administración.

Antes de que oscureciera del todo, el patio se llenó de chicas radiantes y chicos muy peripuestos. Llegaron otras parejas, menos jóvenes, en coches rutilantes, señoras ataviadas como reinas y señores trajeados, con la pajarita atravesada en la garganta como un cuchillo. André había invitado a la crema de Río y a la burguesía de mayor relumbrón de la comarca. Entre tan ostentoso tropel destacaba el hijo de la mayor fortuna de Hammam Bouhdjar —cuyo padre disponía de avión privado—, con una estrella en ascenso de la canción judeo-oranesa cogida de su brazo y a la que una jauría de admiradores asediaba con cumplidos cuando no entrecruzaban sus manos tendiéndole un mechero o un paquete de tabaco.

Encendieron los lampiones que cubrían el patio. José dio unas palmadas para reclamar silencio; el jaleo fue amainando hasta convertirse en un silencio total. André subió al estrado para agradecer a sus invitados su presencia en la inauguración de su cafetería. Empezó con una anécdota salaz que pilló desprevenida a gente acostumbrada a más comedimiento, lamentó que las mentes no estuvieran todo lo alertas que debieran para animarlo a proseguir su discurso en ese plan, abrevió su intervención y presentó a un grupo de músicos.

La velada comenzó con un concierto de una música hasta entonces desconocida, a base de trompetas y de bajos, a la que el público no hizo el menor caso.

—¡Dios santo, si es jazz! —tronó André—. ¿Cómo se puede ser insensible al jazz sin pasar por troglodita?

Los jazzistas acabaron rindiéndose ante la evidencia: sólo sesenta kilómetros separaban Río Salado de Orán, pero la distancia entre ambas mentalidades resultaba asombrosa. Como profesionales que eran, siguieron tocando para nadie y, ya para despedirse, interpretaron una pieza con pretensiones de anatema, entre la indiferencia general.

Se retiraron sin que nadie se percatara de ello.

André no había descartado esa debacle, aunque esperaba de sus invitados un mínimo de corrección con el grupo de jazz más aclamado del país. Se le vio deshaciéndose en excusas ante el trompetista que, indignado, parecía jurar que jamás volvería a pisar un poblacho con un nivel cultural de corral de granja.

Mientras aquello ocurría entre bastidores, José pidió a una segunda orquesta —esta vez local— que subiera a la tribuna. Apenas apuntado el compás, el auditorio se embolsó como por ensalmo entre gritos de alivio, y un revuelo de contoneos frenéticos inundó la pista de baile.

Fabrice Scamaroni pidió a la sobrina del alcalde que le concediera un baile y se la llevó alegremente hasta la pista. Yo me llevé una amable negativa por parte de una señorita petrificada por la timidez antes de convencer a su amiga de que me aceptara como acompañante. En cuanto a Simon, estaba en las nubes. Con sus mejillas de bebé regordete entre ambas manos, miraba fijamente una mesa vacía en la otra punta del patio.

Cuando hubo una pausa en la música, acompañé a mi pareja y regresé a mi sitio. Simon no se fijó en mí. Sonreía vagamente sin dejar de agarrarse la cara con las manos, con la expresión relajada. Agité la mano ante sus ojos; no reaccionó. Seguí su mirada y... *la vi*.

Estaba sentada sola, en una mesa apartada —recién instalada ya que no tenía mantel ni cubierto— que el continuo meneo de los bailarines ocultaba a ratos. Comprendí lo que mantenía a Simon tan tranquilo, a él con quien solía uno partirse de risa en los bailes: ¡la chica era tan guapa que quitaba el hipo!

Embutida en un vestido lactescente, con su cabello negro recogido en un moño y una sonrisa leve como una voluta de humo, contemplaba a los bailarines sin verlos. Daba la impresión de estar absorta en sus pensamientos, con el mentón posado con delicadeza sobre sus manos enguantadas de blanco hasta los codos. De cuando en cuando, desaparecía tras el contoneo de las sombras y reaparecía en toda su majestad, cual ninfa saliendo de un lago.

—¿Verdad que es sublime? —jadeó un subyugado Simon.

—Es magnífica.

—Fíjate en el misterio de esos ojos, apuesto a que son tan negros como su pelo. ¡Y su nariz! Mira bien esa nariz, parece un trozo de eternidad.

—¡No te embales, chaval!

—Y su boca, Jonas. ¿Has visto esa rosita que tiene por boca? ¿Cómo habrá hecho para alimentarse?

—Cuidado, Simon, que estás despegando. Vuelve a aterrizar, amigo.

—¿Para qué?

—Las nubes tienen sus baches.

—Me da igual. Una maravilla así se merece que te partas la cara por ella.

—¿Y con qué piensas seducirla luego?

Por fin me dirigió una mirada y me dijo, a la vez que una sombra de tristeza le crispaba los rasgos:

—Sabes muy bien que no tengo la menor oportunidad.

Ese súbito decaimiento de su tono me partió el corazón.

Se repuso de inmediato.

—¿Crees que es de Río?

—Hace tiempo que nos habríamos fijado en ella.

Simon sonrió.

—Tienes razón. Hace tiempo que nos habríamos fijado en ella.

Curiosamente, ambos contuvimos nuestra respiración y nos pusimos tensos cuando un joven se acercó a la solitaria chica para invitarla a bailar. Cuál fue nuestro alivio cuando ella declinó cortésmente la proposición.

Fabrice regresó sudando de la pista de baile, recuperó su sitio y, secándose con un pañuelo, se inclinó hacia nosotros y nos susurró:

—¿Os habéis fijado en esa maravilla solitaria, a la derecha, al final del patio?

—¡Y tanto! —le dijo Simon—. Parece que aquí no haya más que ella.

—Me acaban de largar por su culpa —nos confesó Fabrice—. Mi pareja por poco me salta los ojos cuando se ha dado cuenta de que se me iban hacia otra parte. ¿Tenéis idea de quién puede ser?

—Seguramente una chica de ciudad de paso en casa de unos familiares —aventuré—. Por su manera de vestir y de comportarse, parece de ciudad. Jamás he visto a una de nuestras chicas estar así en la mesa.

La desconocida miró de repente hacia nosotros, dejándonos temblando como si acabara de pillarnos con las manos en la masa. Se le ensanchó la sonrisa y el medallón que adornaba su escote pareció un faro en lo más oscuro de la noche.

—Está que quita el hipo —reconoció Jean-Christophe, surgido de la nada.

Dio la vuelta a una silla libre y se sentó a horcajadas.

—Por fin llegas —le reprendió Fabrice—. ¿Dónde te habías metido?

—¿Tú qué crees?

—¿Te has vuelto a pelear con Isabelle?

—Digamos que, por una vez, la he mandado a paseo. ¡No os lo vais a creer! No sabía qué joya ponerse. Estuve esperando en el salón, esperando en el vestíbulo, esperando en el patio, y la señorita seguía sin haber elegido su trozo de chatarra.

—¿La has dejado en su casa? —preguntó Simon, incrédulo.

—¡Faltaba más!

Simon se levantó y se cuadró como un militar.

—¡Enhorabuena, grandullón! Has mandado a paseo a esa tonta estreñida, y por tanto te debo un respeto. Estoy orgulloso de ti.

Jean-Christophe agarró a Simon por el brazo para que volviera a sentarse.

—Que me tapas la máxima atracción del espectáculo, gordinflón —le dijo, aludiendo a la bella incógnita—. ¿Quién es?

—¿Por qué no vas a preguntarle?

—¿Con el clan de los Rucillio por medio? Soy temerario, pero no estoy loco. Fabrice arrugó su servilleta, respiró hondo y echó su silla hacia atrás.

—Pues iré yo.

No le dio tiempo a dejar la mesa. Un coche se detuvo en el patio.

La chica se levantó y caminó hacia él. La miramos mientras se sentaba al lado del conductor y los cuatro nos sobresaltamos cuando cerró dando un portazo.

—Sé que no tengo ninguna posibilidad —dijo Simon—, pero seguro que merece la pena intentarlo. Mañana, a primera hora, voy a dar mi número de pie a todas las chicas del pueblo, a ver si consigo calzarme a alguna.

Soltamos una carcajada.

Simon cogió una cuchara que había sobre la mesa y se puso a remover su café maquinalmente. Era la tercera vez que lo removía de aquella manera, sin haberlo probado. Estábamos sentados en la terraza de un café de la plaza, disfrutando del buen tiempo. El cielo estaba límpido y el sol de marzo apuntaba sus luces plateadas hacia la avenida. No corría el menor aire entre las hojas de los árboles. En el silencio de la mañana, apenas rasgado por el arrullo de la fuente municipal o el chirrido entrecortado de alguna carreta, el pueblo se escuchaba vivir.

Con la camisa arremangada hasta los hombros, el alcalde vigilaba a un grupo de empleados que pintaban en rojo y blanco el borde de las aceras. Delante de la iglesia, el cura ayudaba a un carretero a descargar sacos de carbón que un chaval amontonaba contra el muro de un patio. Al otro lado de la explanada, unas amas de casa charlaban alrededor de los tenderetes de un verdulero, ante la mirada divertida de Bruno, un policía casi adolescente.

Simon soltó la cuchara.

—No he vuelto a pegar ojo desde la otra noche, en la cafetería de Dédé —declaró.

—¿Por culpa de la chica?

—No se te puede ocultar nada. Creo que me he encaprichado en serio con ella.

—¿De verdad?

—¿Cómo te lo podría contar? Jamás he sentido lo que estoy sintiendo por esa morena de ojos misteriosos.

—¿La has localizado?

—¡Qué va! Al día siguiente me puse a buscarla. El problema es que no tardé en comprobar que no era el único en ir detrás de ella. Hasta ese capullo de José se ha apuntado. ¿Te das cuenta? Ya ni siquiera puede uno fantasear con un trozo de carne

sin que se le venga encima un montón de cretinos.

Cazó una mosca invisible; de su gesto emanaba una gélida animosidad. Volvió a coger la cuchara y a menear su café.

—¡Ay, Jonas, si tuviera tus ojos azules y tu cara de ángel!

—¿Para qué?

—Para intentarlo, naturalmente. Mira el careto que tengo, y este tripón que me temblequea sobre las rodillas como un bloque de gelatina, y estas patas cortas que ni siquiera saben caminar derecho, y mis pies planos...

—Las chicas no miran sólo eso.

—Puede ser, pero resulta que tampoco tengo gran cosa que ofrecerles. No tengo viñedos, ni bodegas ni cuenta en el banco.

—Tienes otras cualidades. Por ejemplo, tu humor. A las tías les encanta que las hagan reír. Además, eres un tipo formal. No eres ni un borracho ni un falso. Y eso también cuenta.

Simon barrió de un manotazo mis palabras.

Tras un largo silencio, retorció los labios en señal de confusión antes de murmurar:

—¿Tú crees que el amor es más importante que la amistad?

—¿En qué sentido?

—Anteayer vi a Fabrice cortejar a nuestra vestal. Te aseguro que es verdad. Lo vi como te estoy viendo a ti, cerca de la bodega Cordona. No parecía un encuentro casual. Fabrice estaba apoyado en el coche de su madre, con los brazos cruzados sobre el pecho, muy relajado... y la chica no parecía tener prisa por volver a su casa.

—Fabrice es el niño bonito de Río. Todo el mundo lo para en la calle. Tanto las chicas como los chicos. Y la gente mayor. Es normal, es *nuestro* poeta.

—Sí, salvo que esa no es la impresión que he tenido al verlos juntos. Estoy seguro de que no se trataba de una charla intrascendente.

—¡Eh, catetos! —nos soltó André mientras aparcaba su coche en la acera de enfrente—. ¿Qué pasa que no estáis en mi cafetería iniciándoos en las bondades del billar?

—Esperamos a Fabrice.

—¿Me adelanto?

—Sí, ahora vamos.

—¿Cuento con vosotros?

—Por supuesto.

André se llevó dos dedos a la sien y arrancó en tromba, erizando el pelo a un

viejo perro acurrucado en la puerta de una tienda.

Simon me agarró por la punta de los dedos.

—No he olvidado el malentendido que hubo entre Chris y tú a propósito de Isabelle. No quiero que eso ocurra con Fabrice y conmigo. Nuestra amistad es primordial para mí.

—No nos adelantemos a los acontecimientos.

—Me basta con pensarlo para avergonzarme de mis sentimientos por esa chica.

—No hay que avergonzarse de los propios sentimientos cuando estos son bellos, aunque nos resulten injustos.

—¿Lo piensas en serio?

—En amor, todas las posibilidades valen, y no tenemos derecho a renunciar a la nuestra.

—¿Crees que tengo alguna posibilidad frente a Fabrice? Es rico y famoso.

—Crees, crees, crees... No dices otra cosa. ¿Quieres saber lo que creo yo? Pues que eres un cagón. Te andas con rodeos y piensas que así vas a adelantar algo. Además, cambiemos de tema. Ahí llega Fabrice.

Había gente en el local de André y el jaleo nos impedía saborear nuestros caracoles con salsa picante. Además estaba Simon, que no se encontraba para nada a gusto. En varias ocasiones lo noté a punto de contárselo todo a Fabrice; se echaba atrás apenas había separado los labios. Aquel no se daba cuenta de nada. Sacó su cuadernillo y, entornando los ojos, garabateó un poema que no paraba de tachar. Su rubio mechón le caía sobre la punta de la nariz, haciendo de barrera entre sus ideas y lo que pensaba Simon.

André se acercó para comprobar que no nos faltaba nada. Se inclinó sobre el hombro del poeta para leer lo que escribía.

—Haz el favor —le pidió Fabrice con irritación.

—¡Un poema de amor! ¿Se puede saber quién te ha puesto el corazón patas arriba?

Fabrice cerró su cuadernillo, puso ambas manos encima y miró de hito en hito a André, que gruñó:

—¿Debo entender que echo a perder tu inspiración lírica?

—Le estás dando la lata —fulminó Simon—. Lárgate, y punto.

André echó hacia atrás su sombrero de vaquero y se llevó las manos a las caderas.

—Oye, tú. ¿Qué mosca te ha picado esta mañana? ¿A qué vienen estos modales?

—¿Acaso no ves que está en plena inspiración?

—¡Rollo barato! A las tías no se las conquista con palabras bonitas. Prueba de ello es que me basta con chasquear los dedos para que me sirvan la que yo quiera.

La grosería de André encolerizó a Fabrice, que recogió su cuadernillo y salió enfurecido de la cafetería.

André se quedó estupefacto al verlo marchar; luego, nos puso por testigos.

—Yo no le he dicho nada. ¿Se ha vuelto alérgico a mis bromas o qué?

Nos quedamos sorprendidos ante la marcha precipitada de Fabrice. No tenía por costumbre dar el portazo a nadie. Era el más cortés y el menos susceptible de los cuatro.

—Quizá se trate de los efectos secundarios del amor —dijo con amargura Simon.

En efecto, acababa de comprobar que, entre su amigo y su «fantasma de misteriosos ojos», la cosa iba más allá de una simple charla.

Por la noche, Jean-Christophe nos invitó a su casa. Tenía cosas importantes que contarnos y necesitaba nuestros consejos. Nos reunió a Fabrice, a Simon y a mí en el taller de su padre, un cuchitril en la planta baja del viejo caserón familiar, y tras dejarnos saborear nuestro zumo de frutas y mordisquear nuestras patatas fritas en silencio, nos declaró:

—Bueno, pues... ¡he roto con Isabelle!

Esperábamos ver a Simon saltar hasta el techo, vigorizado por tal noticia; pero no fue así.

—¿Creéis que he hecho mal?

Fabrice hincó la barbilla en la palma de su mano para pensar.

—¿Qué ha ocurrido? —me sorprendí preguntándole a pesar de que me había jurado no meterme en los asuntos de *ellos*.

Jean-Christophe estaba esperando un pretexto para soltarlo todo. Abrió los brazos para indicar que estaba hasta las narices.

—Es demasiado complicada. Siempre buscándole tres pies al gato, censurándome por tonterías, recordándome que no soy más que un pobretón y que ella es la que me da categoría. ¿Cuántas veces la habré amenazado con romper? «¿A que no?», me soltaba ella. Y esta mañana, ya ha sido el colmo. Estuvo a punto de lincharme. En la calle. Delante de la gente. Sólo porque miré a la chica de la otra noche mientras salía de una tienda...

Se produjo en la habitación un terremoto infinitesimal, la mesa a cuyo alrededor

estábamos sentados se estremeció. Vi cómo a Fabrice la nuez le raspaba la garganta y a Simon le palidecían los nudillos de los dedos.

—¿Qué pasa? —preguntó Jean-Christophe, sorprendido por el silencio sepulcral que acababa de hacerse en el cuarto.

Simon miró de reojo a Fabrice. Este tosió en su puño y, hundiendo su mirada en la de Jean-Christophe, le preguntó:

—¿Isabelle te ha pillado con esa chica?

—Qué va. Era la primera vez que la veía desde aquella noche. Yo estaba acompañando a Isabelle a casa de su costurera, y la chica salía de Benhammou, el droguero.

Fabrice pareció aliviado.

—Sabes, Chris —dijo, relajándose—, aquí nadie está en condiciones de decirte lo que tienes que hacer. Somos tus amigos, pero ignoramos la naturaleza exacta de vuestras relaciones. No paras de vocear que la vas a largar y, al día siguiente, la volvemos a ver colgada de tu brazo. Al final, ya nadie se lo cree. Además, es asunto vuestro. Es vuestro problema y vosotros lo tenéis que resolver. Hace años que estáis juntos, desde el colegio. Tú eres el único que sabe por dónde van las cosas y cuál es la decisión que debes tomar.

—Precisamente, nos conocemos desde el colegio y no consigo, os lo juro, no consigo ver lo bueno que he sacado de este asunto. Isabelle parece haberse apoderado de mi alma. Y a veces, a pesar de su carácter de perros y sus modales de sargento, a veces... extrañamente... me siento incapaz de separarme de ella. Os aseguro que es verdad. A veces, me da por magnificar sus malditos defectos y me sorprendo adorándola como un chiflado...

—Olvida a esa tonta —declaró Simon con la mirada ardiente—. No es para ti. Te vas a pasar la vida padeciéndola como una enfermedad crónica. Cuando se es guapo como tú, no puede uno rendirse de ese modo. Además, francamente, estoy empezando a hartarme de vuestros asuntos amorosos.

Con esto se levantó —tal como había hecho Fabrice por la mañana, en la cafetería de André— y regresó a su casa refunfuñando.

—¿He dicho alguna burrada? —preguntó Jean-Christophe, pasmado.

—No se encuentra muy bien últimamente —señaló Fabrice.

—¿Y qué le ocurre con exactitud? —me preguntó Jean-Christophe—. Tú estás siempre con él. ¿Qué le pasa?

Me encogí de hombros.

—No lo sé.

Simon estaba mal. Sus frustraciones oprimían su buen humor, lo estrujaban como un trapo. Los complejos que sepultaba bajo toneladas de payasadas afloraban a la superficie. Las evidencias que se negaba a admitir, las burlas de sí mismo tras las cuales se parapetaba contra determinadas heridas, en fin, todas esas cosillas que le amargaban secretamente la existencia —aquello de ser tripudo y paticorto, de tener una capacidad de seducción mínima, cuando no irrisoria y patética— le devolvían una detestable imagen de sí mismo. La intrusión de aquella morena en su vida, aunque fuera periféricamente, lo tenía descolocado.

Nuestros caminos se cruzaron por casualidad una semana después. Él iba a Correos a recoger unos formularios y le pareció bien que lo acompañara. Las secuelas de su despecho le seguían enturbiando el semblante; su sombría mirada revelaba un resentimiento universal.

Atravesamos medio pueblo en silencio, deslizándonos junto a los muros como dos sombras chinescas. Una vez recogidos los documentos, Simon no tenía nada que hacer. Estaba un tanto perdido. Al salir de Correos, nos topamos con Fabrice. Pero este no estaba solo. *Ella* estaba con él, e iba cogida de su brazo. El espectáculo que *ambos* nos ofrecieron, él con su traje de *tweed* y ella con un vestido amplio y plisado, nos convenció. La amargura de Simon desapareció de su rostro en una fracción de segundos. ¿Cómo no rendirse a la evidencia? ¡Estaban tan guapos!

Fabrice nos presentó, solícito:

—Ellos son Simon y Jonas, de quienes le he hablado. Mis mejores amigos.

La chica era todavía más guapa, ahora que bajo la luz del día se la veía mejor. No era de carne y hueso, era una salpicadura de sol.

—Simon, Jonas, os presento a Émilie, la hija de la señora Cazenave.

Un cubo de agua fría me empapó de la cabeza a los pies.

Incapaces de articular media palabra, cada cual por su razón personal, Simon y yo nos limitamos a sonreír.

Cuando despabilamos, *ellos* se habían ido.

Permanecemos un buen rato desconcertados en la acera frente a Correos. ¿Cómo guardarles rencor? ¿Cómo impugnar tan tierna completitud sin pasar por un vándalo o por un espantoso idiota?

A Simon le correspondía tirar la toalla, y lo hizo con clase.

La primavera seguía avanzando. Las colinas cubiertas de hierba aún tierna espejeaban al amanecer como un mar de rocío. Daban ganas de desnudarse y de zambullirse de cabeza en él, de nadar por esa pelusa hasta el agotamiento, y luego de tumbarse bajo un árbol y soñar, una por una, con todas las bellezas creadas por Dios. Resultaba embriagador. Cada mañana era una genialidad en sí misma, cada instante robado al tiempo nos entregaba un trozo de eternidad. Río con sol era pan bendito. Allá donde ponías la mano brotaba un sueño; en ninguna otra parte estaba mi alma tan cerca de la paz. Los rumores del mundo nos llegaban ya libres de las cacofonías susceptibles de falsear el murmullo terapéutico de nuestros viñedos. Sabíamos que la situación se estaba enardeciendo en el país, que la ira prendía en las capas populares; a la gente del pueblo le daba igual. Habían levantado alrededor de su felicidad una muralla a la que ni siquiera permitían poner ventanas. Sólo accedían a mirarse a sí mismos reflejados en el espejo al que le guiñaban un ojo antes de desplazarse a los viñedos a recoger sol por espuelas.

No habría prisa. La uva prometía vinos alegres, bailes arremolinados y alianzas bien regadas. El cielo conservaba intacto su azul inmaculado, y no era cosa de permitir que lo ensombrecieran las negruras del exterior. Tras el almuerzo, yo salía al balcón a olvidarme de todo durante una media hora en mi mecedora, mientras contemplaba el verde recortado que tapizaba la llanura, el ocre de las tierras ardientes que lo surcaban y los espejismos abigarrados que se contoneaban a lo lejos. Era un espectáculo encantador, de una quietud cósmica; me bastaba con dejar vagar la mirada para adormecerme. Cuántas veces me llegó a encontrar Germaine con la boca abierta y la nuca recostada sobre el respaldo de mi asiento, y a retirarse de puntillas para no despertarme...

En Río Salado acechábamos confiadamente el verano. Sabíamos que el tiempo era nuestro aliado, que pronto las vendimias y la playa nos insuflarían un alma supletoria para gozar plenamente las fiestas y las borracheras homéricas. La ociosidad propiciaba amoríos que brotaban como flores al alba. Las chicas hablaban más alto por la avenida, espléndidas con sus vestidos livianos que dejaban al descubierto sus brazos de sirena y parte de su bronceada espalda; los chicos parecían cada vez más distraídos en las terrazas de los cafés y se encendían como cerillas cuando se husmeaba en sus secretillos hechos de suspiros y de sueños tórridos.

Pero lo que hace latir a unos el corazón agarra a otros por la garganta: Jean-Christophe rompió con Isabelle. En las puertas cocheras sólo se hablaba de su

turbulento idilio. Mi pobre amigo estaba cada vez más decaído. Habitualmente, siempre se las arreglaba para llamar la atención en público. Le gustaba llamar a voces a un conocido de una punta a otra de la calle, con las manos a modo de embudo alrededor de la boca, detener a un automovilista en medio de la calzada o pedirse a grito pelado una caña antes de llegar al bar, narcisista y omnipresente, orgulloso de sentirse el ombligo del mundo. Pero ahora ya no soportaba la mirada de la gente, fingía no oír nada cuando alguien lo llamaba desde una tienda o la acera de enfrente. La más inocente de las sonrisas lo atormentaba, daba ochenta vueltas a cada palabra para comprobar que no ocultaba ninguna insinuación asesina. Irascible, distante y medio loco de pena, me tenía preocupado. Una noche, tras haber vagabundado por la colina para alejarse del cotilleo, fue a emborracharse a muerte en la cafetería de André. Después de beberse unas cuantas botellas seguidas, no conseguía mantenerse en pie. Cuando José le propuso acompañarlo a su casa, Jean-Christophe le dio un puñetazo en la cara; luego agarró una barra de hierro y se puso a espantar a la clientela. Cuando se hizo el amo, de pie entre las mesas y las sillas abandonadas, se subió en lo alto del mostrador y, dando trompicones, con las narices chorreando, separó las piernas y regó el suelo con torrenciales chorros de orina gritando que así pensaba ahogar a los «cabrones que contaran chismes a sus espaldas». Hubo que maniobrar para pillarlo por atrás, quitarle la barra, atarlo y llevarlo a su casa en una camilla improvisada. Aquel incidente produjo en Río una enorme indignación: era lo nunca visto. ¡La *jchuma*! ¡La vergüenza! Eso era algo que no se perdonaba en los pueblos argelinos. Cualquiera tenía derecho a flaquear, a tropezar, a desmoronarse, y el deber de volver a levantar cabeza, pero cuando se caía tan bajo, se perdía de oficio la estima ajena, cuando no a los propios amigos. Jean-Christophe se dio cuenta de que se había pasado. Ya no podía aparecer por el pueblo. Se fue a Orán, donde se dedicó a perder el tiempo en los tugurios.

En cuanto a Simon, volvía a asumir su destino con pragmatismo. Su puesto de subalterno que criaba mohos en un despacho maloliente y los litigios pendientes acabaron hartándolo. Su naturaleza animosa no se prestaba para nada a ese oficio. No se veía archivando documentos durante toda la vida y respirando ese olor a papel húmedo y a colilla apagada. El oficio semicarcerario de contable pobre no era lo suyo. Le faltaba para ello vocación y estoicismo. Y si se pasaba la mayor parte de la semana de mal humor, era debido en parte a esas insípidas paredes que lo comprimían y limitaban su campo de actuación a la estricta superficie de una hoja amarillenta de tacto desabrido. Simon se ahogaba en su cuchitril; se negaba a parecerse a su mesa, a su silla, a su armario metálico, a esperar que le hicieran una señal para salir de su jaula como una fiera embrutecida por la inercia, y que lo

presionaran para recordarle que era de carne y hueso y capaz de angustiarse, al contrario que los muebles impenetrables que velaban su amargura. Una mañana dimitió, tras una sonada bronca con su director, y se propuso dedicarse a los negocios, ser su propio jefe.

Ya casi no lo veía.

Por su parte, y en buena lid, Fabrice no me hacía mucho caso. Su flirteo con Émilie parecía ir viento en popa. Se encontraban todos los días detrás de la iglesia y los domingos, desde mi balcón, los veía pasear por los viñedos, a veces a pie, otras en bicicleta, él con su camisa ahuecada, ella con su abundante melena al viento. Verlos subir hacia la colina, alejarse del pueblo y compartir sus chismorreos era una delicia y, a menudo, iba tras ellos con el pensamiento.

Una mañana se produjo un milagro. Estaba yo ordenando las estanterías de nuestra farmacia cuando mi tío bajó por la escalera con cuidado, atravesó la sala grande de la planta baja, pasó delante de mí y... salió en bata a la calle. Germaine, que vigilaba cada uno de sus pasos, no se lo podía creer. Hacía años que mi tío no salía de casa por voluntad propia. Se detuvo en la escalinata, con las manos metidas en los grandes bolsillos de su bata, dejó su mirada vagar a la luz del día, rozar las viñas antes de sobrevolar las colinas en el fondo del horizonte.

—¡Bonito día! —comentó, sonriendo.

Casi se le deshicieron las comisuras de la boca al haber perdido la elasticidad propia de ese tipo de movimiento facial, y vimos cómo le surcaba la cara una multitud de arrugas parecidas a los círculos concéntricos que produce una pequeña piedra en la superficie del agua.

—¿Quieres que te traiga una silla? —se ofreció Germaine con lágrimas de emoción.

—¿Para qué?

—Para aprovechar el sol. Te la pongo ahí, bajo la ventana, junto a una mesita y una tetera llena. Así podrás beborrotear tu té mientras ves pasar a la gente.

—No —dijo mi tío—, nada de silla por hoy. Me apetece caminar un poco.

—¿En bata?

—Si por mí fuera, pasearía desnudo —observó mi tío, y terminó alejándose.

Aquello nos maravilló a Germaine y a mí más que ver a un profeta caminando sobre las aguas.

Mi tío llegó hasta la pista, sin sacarse las manos de los bolsillos y muy tieso. Andaba con paso firme, casi marcial. Se dirigió hacia un pequeño huerto, erró entre los árboles, dio media vuelta y, probablemente atraído por el vuelo de una perdiz, siguió la dirección tomada por el ave y se perdió entre las viñas. Germaine y yo

permanecimos sentados en la escalinata, cogidos de la mano, hasta su regreso.

Unas semanas después, compramos un coche de segunda mano que Bertrand, el sobrino de Germaine, mecánico de profesión, nos entregó personalmente. Era un cochecito de color verde botella, redondo como una concha de tortuga, con asientos duros y un volante apto para un camión. Bertrand nos hizo subir a Germaine y a mí, y nos dio una vuelta para que comprobáramos la robustez del motor. Aquello parecía un tanque. Más adelante, los vecinos de Río acabarían reconociéndolo de lejos. Apenas oían sus ruidos, gritaban «¡Cuidado, que llega la artillería!», y se alineaban en la acera para saludar militarmente a su paso.

André se ofreció para darme clases de conducción. Me llevó hasta un descampado, y me puso a parir cada vez que hacía una mala maniobra. Sus amonestaciones me dejaron varias veces desconcertado, y rozamos el desastre. Cuando aprendí a rodear un árbol sin darle un restregón y a arrancar cuesta arriba sin calar, André regresó a su cafetería al galope, feliz de haber salido entero de la aventura.

Un domingo después de misa, Simon me propuso que diéramos una vuelta por la costa. Había tenido una semana dura y necesitaba aire fresco. Optamos por el puerto de Bouzedjar y salimos después del almuerzo.

—¿Dónde has comprado este trasto, en un cuartel?

—Es cierto que mi coche no es muy bonito que digamos, pero me lleva a donde quiero y, hasta la fecha, no me ha dejado tirado en ninguna parte.

—¿No te duelen los oídos? Por como suena, parece una carraca camino del desguace.

—Se acostumbra uno.

Simon bajó la ventana y expuso su cara al viento de la carretera. Al enredársele en la frente, su pelo desveló un principio de calvicie. Caí en la cuenta de que mi amigo estaba haciéndose mayor y miré de reojo el retrovisor para comprobar si yo también había *envejecido*. Atravesamos Lourmel a la carrera y seguimos veloces hacia el mar. En algunos lugares, la carretera llegaba hasta la cima de las colinas, poniéndonos el cielo al alcance de la mano. Era un bonito día cuya cristalina limpidez había deseado durante todo un mes de abril que ya se iba, con horizontes olímpicos y un sentimiento de plenitud sin par. Así era como se despedía siempre la primavera por aquí; se tomaba muy a pecho lo de acabar con elegancia. Las huertas se ensimismaban en el precoz chirrido de las cigarras y los moscardones relucían por encima de los embalses como puñados de polvo de oro. De no haber sido por los míseros adueros encenagados aquí y allá, aquello habría parecido el paraíso.

—¿No es ese el coche de los Scamaroni? —preguntó Simon, señalándome un

coche aparcado bajo un eucalipto solitario al final de una zona de matorrales.

Me detuve en el arcén y vi a Fabrice de comida campestre junto con dos chicas. Intrigado por nuestra presencia, se levantó y se llevó las manos a las caderas, ostensiblemente a la defensiva.

—Ya te dije que es miope —me susurró Simon mientras abría la portezuela para apearse.

Fabrice tuvo que caminar un buen centenar de metros antes de identificar mi vehículo. Aliviado, se detuvo y nos hizo una señal para que nos uniéramos a él.

—Te hemos dado un buen susto —bromeó Simon tras darle un fuerte abrazo.

—¿Qué hacéis por aquí?

—Dando un paseo. ¿Seguro que no te molestamos?

—Lo que pasa es que no he traído comida para más gente. Pero si conseguís comportaros mientras mis amigas y yo saboreamos nuestra tarta de manzana, por mí no hay problema.

Las dos chicas se ajustaron la camisa y se bajaron el vestido hasta las rodillas para acogernos decentemente. Émilie Cazenave nos gratificó con una sonrisa benevolente; la otra prefirió preguntar con la mirada a Fabrice, que se apresuró a tranquilizarla.

—Jonas y Simon, mis mejores amigos... —y añadió presentándonos a la desconocida—. Hélène Lefèvre, periodista en el *Écho d'Oran*. Está haciendo un reportaje sobre la región.

Hélène nos tendió una mano perfumada que Simon pilló al vuelo.

La hija de la señora Cazenave posó sobre mí sus ojos negros e intensos, obligándome a desviar la mirada.

Fabrice regresó a su coche en busca de una esterilla de playa que extendió sobre el suelo para que pudiésemos sentarnos. Simon se agachó de inmediato delante de una cesta de mimbre, rebuscó dentro, encontró una rebanada de pan; luego sacó del bolsillo trasero de su pantalón una navaja con la que cortó unas cuantas rodajas de salchichón. Las chicas se miraron de reojo, divertidas con el descaro de mi compañero.

—¿Adónde ibais? —me preguntó Fabrice.

—Al puerto, a ver a los pescadores descargar su pesca —contestó Simon, masticando a doble carrillo—. Y tú, ¿qué haces en un sitio como este con unas chavalas tan monas?

Émilie volvió a mirarme con insistencia. ¿Me estaría leyendo el pensamiento? Si así era, ¿qué descifraría? ¿Le habría hablado su madre de mí? ¿Habría notado mi perfume en el dormitorio de su madre, descubierta algo que no supe borrar a

tiempo, la huella de un beso en suspenso o el recuerdo de un abrazo inacabado? ¿Por qué tuve de repente la sensación de que leía en mí como en un libro abierto? Y sus ojos, ¡Dios mío!, irresistibles, ¿cómo hacían para saturar los míos, ocupar su lugar, pasar por el tamiz cada uno de mis pensamientos, interceptar la menor de mis ocurrencias? Y sin embargo, a pesar de su indiscreción, no podía impedirme admitir que eran el mayor acierto de la Belleza. Durante un momento de flaqueza, recordé los de su madre, en aquel caserón del camino del morabito; ojos tan radiantes que ni siquiera era necesario encender la luz en la habitación para ver con claridad en lo más hondo de nuestras palabras calladas, en lo más secreto de nuestras debilidades reprimidas... Me sentía turbado.

—Tengo la sensación de que nos hemos visto en alguna parte, hace tiempo.

—No lo creo, señorita, si no, me acordaría.

—Es curioso, su rostro me suena mucho —insistió ella. Y acto seguido añadió —: ¿A qué se dedica usted, señor Jonas?

Su voz era suave como una fuente de montaña. Pronunció «señor Jonas» exactamente igual que su madre, marcando las «s», produciendo el mismo efecto en mí, removiendo las mismas fibras...

—No se mueve de su rincón —explicó Simon, celoso por el interés que me demostraba su primer flechazo—. Yo me dedico a los negocios. Acabo de montar una empresa de importación y exportación, y en menos de dos o tres años funcionará a todo trapo.

Émilie no le rio la gracia a Simon. Sentí su mirada mineral fija en mí, al acecho de mi respuesta. Era tan guapa que me resultaba imposible levantar los ojos hasta los suyos por más de cinco segundos sin sonrojarme.

—Soy farmacéutico, señorita.

Se le cayó un mechón sobre la frente; lo echó hacia atrás con estilo, como si abriera una cortina sobre su propio esplendor.

—¿Farmacéutico dónde?

—En Río, señorita.

Algo fulguró en su rostro, y las cejas se arquearon en su frente. Se le partió el trozo de tarta que tenía entre los dedos. A Fabrice no se le escapó su turbación y, confuso a su vez, se apresuró a servirme un vaso de vino.

—Sabes muy bien que no bebe —le recordó Simon.

—¡Ay, perdona!

La periodista le cogió el vaso y se lo llevó a los labios.

En cuanto a Émilie, no dejaba de mirarme.

Acudió un par de veces a la farmacia para verme. Me las arreglé para que Germaine permaneciera a mi lado. No me gustaba lo que adivinaba en su mirada; no quería perjudicar a Fabrice.

Empecé a evitarla, a mandar decir a Germaine que no estaba allí cuando me telefoneaba, que no sabía cuándo iba a regresar. Émilie comprendió que yo asumía mal su interés por mí, que el tipo de amistad que me proponía no me convenía. Dejó de importunarme.

El verano de 1950 nos llegó con el brío de un forzado de feria. Las carreteras estaban repletas de veraneantes y las playas, alborozadas. Simon consiguió su primer contrato importante y nos invitó a cenar en uno de los restaurantes más elegantes de Orán. Aquella noche, nuestro animador se superó a sí mismo. Su buen humor contaminó la sala, y las mujeres que nos rodeaban se agitaban de placer cada vez que alzaba su vaso y soltaba una de sus hilarantes parrafadas. Fue una magnífica velada. Estaban Fabrice y Émilie, y Jean-Christophe, que no paraba de invitar a Hélène a bailar. Verlo divertirse a todo gas tras tantas semanas de depresión fue un poco la guinda de la fiesta. Volvíamos a estar juntos, unidos como las puntas de la horca, encantados de conservar el mismo fervor en nuestra alegría de vivir. Todo habría seguido en el mejor de los mundos si no hubiese sido ese gesto inesperado, malhadado, desplazado, que estuvo a punto de fulminarme cuando la mano de Émilie se deslizó bajo la mesa y fue a posarse sobre mi muslo. El trago de soda se me atragantó y estuve a punto de morir asfixiado. Gateaba por el suelo mientras me golpeaban con fuerza en la espalda para desatascarme el pecho. Cuando me repuse, vi a buena parte de la clientela inclinada sobre mí; Simon exhaló un grito de alivio al ver cómo me agarraba a la pata de una mesa para incorporarme. En cuanto a los ojos de Émilie, jamás resultaron más negros de lo lívida que se puso.

Al día siguiente, a poco de salir mi tío y Germaine —que habían tomado la costumbre de pasear de mañana por los vergeles—, la señora Cazenave me pilló en la farmacia. A pesar del contraluz, reconocí su sinuosa silueta, su porte altanero, su singular manera de mantenerse erguida, con la barbilla en alto y los hombros encogidos.

Titubeé levemente en el umbral, como para cerciorarse de que estaba solo; luego inundó la sala con una difusa mezcla de sombras y de frufrús. Su perfume se impuso netamente sobre el aroma de los estantes.

Llevaba un traje de chaqueta gris que la encorsetaba como una camisa de fuerza, como para prohibir a su eufórico cuerpo echarse desnudo a la calle, y un sombrero

azul adornado con acianos e imperceptiblemente inclinado sobre su tormentosa mirada.

—Buenos días, señor Jonas.

—Buenos días, señora.

Se quitó las gafas de sol. No se produjo la magia. Me mantuve impertérrito. Sólo era una clienta más entre tantas otras, y yo había dejado de ser el chaval embobado por su sonrisa. Aquello la desconcertó un poco porque se puso a tamborilear con los dedos sobre el mostrador que nos separaba.

—¿Señora...?

No le gustó mi tono neutro.

El resplandor del fondo de sus ojos vaciló.

La señora Cazenave conservó la calma. Sólo era ella misma cuando imponía sus propias reglas. Era de ese tipo de gente que prepara minuciosamente su golpe eligiendo el terreno y el momento de actuar. Tal como la conocía, seguro que se había pasado la noche ensayando gesto a gesto y palabra a palabra nuestro encuentro, salvo que lo había hecho pensando en un chico que había dejado de existir. Mi impasibilidad la desconcertaba. No se lo esperaba. Intentó repasar su plan a la carrera, pero las cartas estaban mal dadas y la improvisación no era lo suyo.

Mordisqueó una patilla de sus gafas para disimular el temblor de sus labios. Pero no había manera de disimular aquello. El temblor se extendió por sus mejillas y todo su rostro pareció desmenuzarse como un trozo de tiza.

—Si está usted ocupado, volveré más tarde —aventuró.

¿Estaría intentando ganar tiempo? ¿Acaso se retiraba para volver a la carga mejor pertrechada?

—No tengo nada especial que hacer, señora. ¿De qué se trata?

Su malestar se acentuó. ¿Qué temía? Me daba cuenta de que no había venido para comprar medicamentos; sin embargo, no entendía qué podía volverla así de frágil.

—¡Desengáñese, señor Jonas! —dijo como si me estuviese leyendo el pensamiento—. Me encuentro en plena posesión de mis facultades. Lo que pasa es que no sé cómo empezar.

—¿Sí...?

—Lo veo muy arrogante. En su opinión, ¿por qué estoy aquí?

—Usted es quien me lo tiene que decir.

—¿No tiene la menor idea?

—No.

—¿De verdad?

—De verdad.

Contuvo la respiración durante unos segundos, alzando mucho el pecho. Luego, se armó de valor y dijo de un tirón, como si temiera ser interrumpida o que le faltara el aire:

—Es con respecto a Émilie...

Pareció un globo que se deshinchara de golpe. Vi su garganta contraerse y tragar saliva convulsivamente. Se la veía aliviada, liberada de un peso insostenible a la vez que sentía estar destinando sus últimas energías a una partida apenas entablada.

—Émilie, mi hija —precisó.

—Ya he comprendido. Pero no veo la relación, señora.

—No se ande con juguetos conmigo, joven. Sabe muy bien de qué le quiero hablar. ¿Cuáles son sus relaciones con mi hija?

—Se equivoca usted de persona, señora. No tengo relaciones con su hija.

La patilla de las gafas se retorció entre sus dedos y ni lo advirtió. Su mirada analizaba la mía, al acecho de un repliegue. No la aparté. Ya no me impresionaba. Sus sospechas apenas me rozaban, aunque despertaran mi curiosidad. Río era un pueblo pequeño en el que las paredes eran transparentes y las puertas se abrían a patadas. Los secretos mejor guardados no tardaban en ceder a la llamada de las confianzas y el cotorreo era moneda corriente. ¿Qué contarían de mí, esto es, de alguien que llevaba una vida sin historias ni interés para nadie?

—No para de hablar de usted, señor Jonas.

—Nuestra pandilla...

—No estoy hablando de su pandilla. Hablo de usted y de mi hija. Quisiera conocer la naturaleza de las relaciones entre ambos y sus perspectivas. Saber si tienen proyectos comunes, intenciones serias... *si han ocurrido cosas* entre ustedes.

—No ha ocurrido nada, señora Cazenave. Émilie está enamorada de Fabrice, y él es mi mejor amigo. No se me ocurriría echar a perder su felicidad.

—Es usted un chico sensato. Creo habérselo dicho ya. —Juntó ambas manos en el filo de su nariz, sin dejar de mirarme a los ojos. Tras una corta meditación, irguió el mentón—. Iré al grano, señor Jonas. Es usted musulmán, un buen musulmán según me han dicho, y yo soy católica. En una vida anterior, cedimos a un momento de debilidad. Me atrevo a esperar que el Señor no nos lo tenga en cuenta. No fue más que un desliz sin consecuencias... Sin embargo, hay un pecado de la carne que jamás podrá Él absolver ni tolerar: ¡el incesto!... —Sus ojos me acribillaron al soltar la palabra—. No hay peor abominación.

—No entiendo lo que me pretende decir.

—Estamos metidos de lleno en el asunto, señor Jonas. ¡No puede uno acostarse con la madre y con la hija sin ofender a los dioses, a sus santos, a los ángeles y a los demonios!

Se puso escarlata, y el blanco de sus ojos cuajó como la leche.

—Le prohíbo que se acerque a mi hija —tronó mientras me apuntaba con el dedo a modo de espada.

—Jamás se me habría ocurrido...

—Me parece que no se ha enterado usted bien, señor Jonas. Me importa un bledo lo que se le pueda a usted ocurrir o no. Es usted libre de imaginar lo que quiera. Lo que yo quiero es que se mantenga usted lo más lejos posible de mi hija. Y eso me lo va a jurar usted aquí ahora mismo.

—Señ...

—¡Júrelo!

Se le escapó. ¡Le habría gustado tanto conservar la calma, mostrarme hasta qué punto dominaba la situación! Desde que había entrado en la farmacia, no había hecho sino contener la ira y el miedo que anidaban en ella, cuidando de que ninguna de las palabras que iba soltando le fuera devuelta como un bumerán. Y, justo cuando necesitaba a toda costa ganar terreno, le dio por perder el control. Intentó serenarse; demasiado tarde: estaba ya al borde de las lágrimas.

Alzó las manos a la altura de las sienes, intentó ordenar sus ideas, se concentró en un punto fijo, esperó a que se le calmara la respiración y me dijo con voz apenas audible:

—Perdóneme. No estoy acostumbrada a levantar la voz delante de la gente. Esta historia me tiene espantada. ¡Al diablo la hipocresía! Las máscaras acaban siempre cayendo, y no quiero que me ocurra tras haber perdido la cara. Me siento totalmente perdida. Ya ni duermo... Hubiese preferido mostrarme firme, fuerte, pero se trata de mi familia, de mi hija, de mi fe y de mi conciencia. Es demasiado para una mujer a la que no se le había ocurrido imaginarse ante tal precipicio. ¡Si sólo se tratase del precipicio! Saltaría sin dudar al vacío con tal de salvar mi alma. Pero eso no resolvería el problema. Esta historia no debe ocurrir, señor Jonas. La historia entre mi hija y usted no puede ocurrir. No tiene derecho ni razón de ser. Eso lo tiene usted que saber de manera categórica, definitiva. Quiero regresar a mi casa tranquila, señor Jonas. Quiero recuperar la paz. Émilie no es más que una niña. El corazón le palpita según su humor. Es capaz de prendarse de cualquier risa, ¿lo entiende usted? Y me niego a que sucumba a la suya. Así que se lo ruego, por el amor de Dios, de Sus profetas Jesús y Mahoma, prométame que no la animará a ello. Sería horrible, amoral, increíblemente obsceno, totalmente inadmisibile.

Sus manos cayeron sobre las mías, las amasaron. No tenía nada que ver con la que fue la dama de mis sueños. La señora Cazenave había renunciado a sus encantos, a la suculencia de su embrujo, a su trono etéreo. Ya sólo quedaba ante mí una madre aterrada ante la idea de indignar al Señor, de tener que descomponerse en el oprobio hasta el final de los tiempos. Sus ojos se asían a los míos; me hubiese bastado un aleteo de pestañas para mandarla directamente al infierno. Me avergonzaba disponer de tanto poder como para condenar a un ser al que había amado sin asociar en ningún momento la nobleza de su generosidad a un innoble pecado de la carne.

—Entre su hija y yo no va a ocurrir nada, señora.

—Prométalo.

—Se lo prometo...

—Júremelo.

—Lo juro.

Sólo entonces se desmoronó sobre el mostrador, liberada a la vez que molida, se cogió la cabeza con ambas manos y se puso a llorar.

—Es para ti —me dijo Germaine, agitando el auricular del teléfono.

—¿Tienes algo que reprocharme, Jonas? —me regañó Fabrice al otro lado de la línea.

—No.

—¿Simon te ha molestado últimamente?

—No.

—¿Le has cogido manía a Jean-Christophe?

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué nos evitas? Llevas días aburriéndote en tu agujero. Ayer te estuvimos esperando. Habías prometido pasar y se nos acabó enfriando la comida.

—No tengo un momento para mí...

—Corta el rollo. No hay epidemia en el pueblo como para que tengáis tanto trabajo en la farmacia. Y haz el favor de no escudarte en la enfermedad de tu tío, porque lo he visto varias veces pasear por los huertos. Está como una rosa. —Carraspeó por el auricular y se le sosegó la voz—. Te echo de menos, viejo. Sólo vives a dos pasos de casa y tengo la impresión de que has desaparecido de la faz de la tierra.

—Estoy poniendo orden en el almacén. Tengo que actualizar unos registros y hacer inventario.

—¿Necesitas ayuda?

—Me las arreglo muy bien.

—Entonces, sal de tu agujero. Te espero esta noche en casa. Para cenar.

No me dio tiempo a rechazar la invitación: había colgado.

Simon pasó a recogerme a las siete.

Estaba de un humor execrable.

—¿Te das cuenta? La paliza de trabajar que me he dado para nada. ¡Eso no le ocurre a nadie más que a mí! Me he equivocado en todo, como el más burro de la clase. De entrada, no había más que beneficios. De salida, me tocó pagar la diferencia de mi bolsillo. No consigo entender cómo me la han podido pegar de esa manera.

—Así es el mundo de los negocios, Simon.

Jean-Christophe nos estaba esperando en la avenida, dos manzanas más allá. Iba de punta en blanco, recién afeitado, con el pelo peinado hacia atrás y pringado de brillantina, la febrilidad de un galán y un enorme ramo de flores en la mano.

—Nos pones en un apuro —le reprochó Simon—. ¿Cómo vamos a quedar

nosotros, Jonas y yo, si nos presentamos con las manos vacías?

—Es para Émilie —nos confesó Jean-Christophe.

—¿Está invitada? —exclamé, contrariado.

—¡Cómo no! —exclamó Simon—. Nuestros tortolitos ya ni se separan... Dicho esto, no veo por qué le llevas flores, Chris. Esa chica pertenece a otro. Y resulta que ese otro es Fabrice.

—En asuntos de amor, todo vale.

Simon frunció el ceño, disgustado por las palabras de Jean-Christophe.

—¿No lo dirás en serio?

Jean-Christophe echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada de disimulo.

—Qué va, cretino. Estoy bromeando.

—Pues si quieres mi opinión, no tienes la menor gracia —le dijo Simon, muy estricto en cuanto a determinados principios.

La señora Scamaroni había puesto la mesa en la veranda. Fue ella quien nos abrió. Fabrice y su Dulcinea se solazaban en sendos asientos de mimbre en medio del jardín, bajo un emparrado. A Émilie le sentaba de maravilla su vestido de gitana de línea sencilla. Con el pelo cayéndole por la espalda y los hombros al descubierto, estaba para comérsela. Me avergoncé de pensarlo y ahuyenté esa idea de mi cabeza.

La nuez de Jean-Christophe parecía un yoyó; hasta el nudo de la corbata se le deshacía. Al no saber qué hacer con su ramo, se lo ofreció a la señora Scamaroni.

—Es para usted, señora.

—¡Oh, gracias, Chris! Eres un ángel.

—Lo hemos pagado entre todos —mintió Simon, celoso.

—No es verdad —se defendió Jean-Christophe.

Nos partimos de risa.

Fabrice cerró el manuscrito que probablemente estaba leyendo a Émilie y acudió a saludarnos. Me apretó, al abrazarme, con mayor fuerza que a los demás. Sorprendí, por encima de su hombro, la mirada de Émilie acosando la mía. La voz de la señora Cazenave resonó entre mis sienes: «Émilie no es más que una niña. Es capaz de prendarse de cualquier risa, y me niego a que sucumba a la suya». Un malestar atroz, más espantoso que los anteriores, me impidió oír lo que Fabrice me estaba susurrando al oído.

Pasé la velada, mientras Simon hacía que todos se desternillaran de risa con sus chistes tontos, resistiendo las incesantes acometidas de Émilie. No porque su mano me buscara bajo la mesa o porque me dirigiera la palabra; la tenía enfrente y me ocultaba el resto del mundo.

Se comportaba, fingía estar pendiente de las gracias que hacían a su alrededor, pero le costaba reírse. Lo hacía por cumplir, por pura cortesía. La veía cruzar los dedos, apretárselos, nerviosa y descolocada, como una colegiala que esperara con desazón su turno para pasar a la pizarra. De cuando en cuando, en medio de la hilaridad, alzaba la mirada hacia mí para ver si me reía como los demás. Yo sólo oía a medias las carcajadas de mis amigos. Al igual que Émilie, reía por cumplir. Al igual que ella, mis pensamientos se hallaban en otra parte, y aquella situación me incomodaba. No me gustaban las cosas que se me estaban ocurriendo, las ideas que nacían en mi cabeza como flores venenosas. Había *prometido*; había *jurado*. Curiosamente, los escrúpulos me oprimían la garganta sin ahogarme. Me estaba dejando tentar por un malicioso placer. ¿En qué avispero me estaría metiendo? ¿Por qué, de repente, habían dejado los juramentos de tener valor para mí? Me recompuse; me agarré a las historietas de Simon, me concentré en ellas sin conseguirlo. Al cabo de algunas palabras sueltas, de algunos hipos, perdía el hilo y me veía nuevamente enfrentado a la mirada de Émilie. Un silencio sideral me sustraía a los rumores de la noche y de la veranda; estaba como suspenso en una infinita nada, con los ojazos de Émilie como única referencia. Esto no podía seguir así. Estaba trampeando, traicionando, apestando hasta la punta de las uñas, hasta la raíz del cabello. Tenía que levantarme de la mesa, regresar a casa cuanto antes; temía que Fabrice se percatara de algo. No lo soportaría. Como tampoco la mirada de Émilie. Cada vez que se posaba sobre mí, me arrebatava un trozo de mi ser; me desmoronaba como una vieja muralla ante la acometida del ariete.

Aproveché un momento de descuido para ir al salón a telefonar a Germaine y pedirle que me llamara; lo que hizo pasados diez minutos.

—¿Quién era? —me preguntó Simon, intrigado por la cara que puse al regresar a la veranda.

—Germaine. Mi tío no se encuentra bien.

—¿Quieres que te deje en tu casa? —me propuso Fabrice.

—No es necesario.

—Si es grave, me das un toque.

Asentí con la cabeza y salí corriendo.

El verano de aquel año fue tórrido. Y la vendimia, mirífica. Los bailes se sucedían. Durante el día, todo el mundo iba a la playa; por la noche, se encendían lampiones y se festejaba. Las orquestas desfilaban bajo las lonas y la gente bailaba hasta no poder dar un paso más. Bodas y cumpleaños se sucedían, así como veladas

municipales y noviazgos; en Río Salado eran capaces de montar una juerga alrededor de una barbacoa rudimentaria, de superar un baile imperial con sólo poner en marcha el gramófono.

No me gustaba asistir a las fiestas, me quedaba muy poco tiempo en ellas; llegaba el último y me iba tan pronto que nadie se percataba de ello. En realidad, como todos invitaban a todos, nuestra pandilla estaba a menudo en la pista, y temía echar a perder el baile agarrado de Émilie y de Fabrice; estaban tan guapos, pese a que se notara que su felicidad fallaba por parte de uno. Los ojos pueden mentir; la mirada, no; la de Émilie estaba decaída. Apenas me localizaba, me lanzaba señales de auxilio. Por mucho que me diera la vuelta, su onda expansiva me alcanzaba, me rodeaba. ¿Por qué yo?, gritaba en mi fuero interno. ¿Por qué me acosaba de tal modo, de lejos, sin decir palabra? Émilie se movía en un terreno que no dominaba, eso era seguro. Había algo errático en ella. Sólo superaba su belleza esa pena que ocultaba tras el destello de sus ojos y el caritativo estiramiento de su sonrisa. Es cierto que no lo mostraba, que fingía estar alegre, feliz del brazo de Fabrice, pero le faltaba serenidad. No veía las estrellas cuando, de noche, sentados ambos sobre una duna, Fabrice le enseñaba el cielo. En dos ocasiones los vi en la playa acurrucados el uno contra el otro, ya adelantada la noche, apenas perceptibles en la oscuridad; aunque no podía leerles el rostro, estaba convencido de que cuando uno abrazaba al otro con fuerza, lo escamoteaba.

Además, estaba Jean-Christophe, con sus ramos de flores. Jamás había comprado tantos. Pasaba a diario por la floristería de la plaza del pueblo antes de ir directamente a casa de los Scamaroni. Simon no apreciaba esa sospechosa galantería, pero a Jean-Christophe le daba igual; parecía haber perdido el discernimiento y toda noción de saber estar. A la larga, Fabrice acabó dándose cuenta de que Jean-Christophe estaba perturbando sus flirteos con Émilie, de que era cada vez más atrevido, cada vez más pesado. Al principio no se lo tuvo en cuenta. Luego, al cabo de tanto tener que aplazar sus besos, empezó a hacerse preguntas. Jean-Christophe ya no los soltaba; parecía estar pendiente de todos y cada uno de sus gestos.

Hasta que ocurrió lo que tenía que ocurrir.

Nos encontrábamos en la playa de Terga, un domingo por la tarde. Los veraneantes brincaban como saltamontes por la arena candente antes de tirarse de cabeza al agua. Simon se estaba echando su preceptiva siesta posdigestiva, mientras el sudor le chorreaba por el ombligo; se había zampado varias ristras de merguez y soplado una botella de vino. Su peludo tripón parecía un fuelle de herrador. En cuanto a Fabrice, permanecía con los ojos muy abiertos, con un libro abierto a sus

pies. No leía para no distraerse. Estaba al acecho, como si fuera una presa. El aire estaba enrarecido. Miraba cómo Jean-Christophe y Émilie se tiraban agua riendo, jugando a ver quién aguanta más tiempo sin respirar, y luego nadaban mar adentro hasta perderse de vista; los veía brincar en medio de las olas, ponerse boca abajo, con las manos tocando la arena y los pies fuera del agua. Durante aquellos ejercicios, en sus labios flotaba una sonrisa melancólica y en sus ojos apuntaban interrogantes. Y cuando de repente los vio surgir entre la resaca y agarrarse por la cintura con un impulso cuya espontaneidad sorprendió a ambos, una arruga le surcó la frente: comprendió que los bonitos proyectos que había estado construyendo se le escurrían entre los dedos como los granos del tiempo en el reloj de arena.

No me gustó aquel verano. Fue el verano de los malentendidos, de las penas ocultas y el desistimiento; un verano canicular que espeluznaba de tanto mentir a unos y otros. Nuestra pandilla siguió yendo a la playa, pero el corazón estaba en otra parte, y la mirada también. No sé por qué más adelante llamaría aquel verano «la temporada muerta». Puede que debido al título que Fabrice dio a su primera novela, que empezaba así: «Si el amor te hace una faena, es que no te lo mereces; lo más noble consiste en devolverle su libertad; ese es el precio por querer de verdad». Valiente como siempre, noble hasta tirando la toalla, Fabrice conservó la sonrisa aunque su corazón renqueara dentro de su pecho, infeliz como un pájaro enjaulado.

A Simon no le hacía la menor gracia el cariz que estaba tomando aquel final de temporada estival. Había demasiada hipocresía, demasiada tormenta contenida. La mala fe de Émilie le resultaba repugnante. ¿Qué le reprochaba a Fabrice? ¿Su amabilidad? ¿Su excesiva cortesía? El poeta no se merecía que lo largaran a la vuelta de un chapuzón. Se había entregado en cuerpo y alma a aquella relación, y en el pueblo todo el mundo coincidía en que formaban una pareja de ensueño, que lo tenían todo para ser felices. Simon sentía lástima por Fabrice sin por ello incriminar abiertamente a Jean-Christophe, que tenía por excusa la depresión que había pasado tras perder a Isabelle, y que no parecía darse cuenta del daño que hacía a su mejor amigo. Para Simon, las cosas estaban claras: la culpa era de esa «mantis religiosa» educada en otra parte, desconocedora de los valores y de las reglas que marcaban la vida en Río Salado.

Yo tenía interés en permanecer al margen de aquel asunto. De cada cinco veces, cuatro me inventaba un pretexto para no unirme a la pandilla, para perderme una comilona o faltar a una velada.

Como ya no soportaba a Émilie, Simon empezó a su vez a quitarse de en medio; prefería mi compañía y me llevaba a la cafetería de André para jugar al billar hasta acabar con agujetas en las pantorrillas.

Fabrice se exilió en Orán. Recluido en el apartamento de su madre, en el bulevar de los Cazadores, se dedicó a pulir sus crónicas para el periódico y a apuntalar su proyecto de novela. Apenas pasaba por el pueblo. Fui a visitarlo una vez; se le veía resignado.

Como siempre que tenía que tomar una decisión importante, Jean-Christophe nos invitó a su casa a Simon y a mí. Nos confesó que estaba totalmente enamorado de Émilie y que pensaba pedirla en matrimonio. Se fijó sobre todo en la cara de desconcierto de Simon y se entusiasmó para disuadirnos de comprometer su felicidad.

—Me siento renacer... Después de lo que he pasado —añadió, aludiendo a las consecuencias de su ruptura con Isabelle—, necesitaba un milagro para recuperarme del todo. Y el milagro se ha producido. Esta chica me la ha mandado Dios.

Simon esbozó un rictus que no escapó a Jean-Christophe.

—¿Qué pasa? No te veo muy convencido.

—No tengo motivos para estarlo.

—¿A qué viene esa risita, Simon?

—Para no llorar, por si quieres saberlo. ¡Sí! Lo has oído bien: para no llorar, para no echar las tripas, para no ponerme en pelotas y tirarme a la calle.

Simon casi se incorporó, con las venas del cuello a punto de reventar.

—Adelante —le dijo Jean-Christophe—, suelta lo que llevas dentro.

—Lo que llevo no me cabría dentro aunque fuera un globo aerostático. Voy a ser sincero contigo. No sólo no estoy convencido, sino que además no estoy para nada contento. Lo que has hecho a Fabrice no tiene nombre.

Jean-Christophe acusó la embestida con calma. Comprendía que nos debía explicaciones y, aparentemente, había hecho acopio de argumentos. Nos encontrábamos en el salón, sentados alrededor de la mesa; sobre una bandeja había una jarra de zumo de limón y otra de agua manchada con leche de coco. La ventana que daba a la calle estaba abierta y la cortina henchida por la brisa. Unos perros ladraban lejos; sus aullidos se perseguían en el silencio de la noche.

Jean-Christophe esperó a que Simon se sentara para llevarse un vaso de agua a la boca. Le temblaba el pulso y le costaba tragar; cada sorbo chirriaba en su garganta como una polea.

Soltó el vaso, se secó los labios con el pico de un trapo que alisó maquinalmente extendiéndolo sobre la mesa.

Dijo con voz grave, reflexiva, sin alzar la mirada hacia nosotros:

—Se trata de amor. No he robado ni corrompido nada. Un flechazo como ocurren miles en el mundo. El flechazo es un estado de gracia; ese instante privilegio de dioses. No veo por qué no me lo voy a merecer. Tampoco tengo por qué avergonzarme. Quise a Émilie desde el momento en que la vi. No hay nada innoble en ello. Fabrice sigue siendo mi amigo. No sé cómo decir las cosas. Las voy haciendo tal como se van presentando. —De repente, sus dos puños cayeron con fuerza sobre la mesa, estremeciéndonos de pies a cabeza—. ¡Soy feliz, Santo Dios! ¿Acaso es un crimen ser feliz? —Miró a Simon con ojos llameantes—. ¿Qué mal hay en amar y ser amado? Émilie no es un objeto, una obra de arte que se adquiere en una tienda o una concesión que se negocia. Se pertenece a sí misma. Es tan libre de elegir como de renunciar. Se trata de compartir una vida, Simon. Resulta que mis sentimientos por ella no la dejan indiferente, que siente lo mismo por mí. ¿Qué hay de ignominioso en ello?

Simon no se dejó intimidar. Mantenía los puños crispados sobre la mesa, las narices dilatadas por la ira. Miró a Jean-Christophe directamente a los ojos y le dijo, articulando cada palabra:

—¿Por qué entonces nos has traído aquí si estás convencido de tu decisión? ¿Por qué estamos aquí Jonas y yo, chupándonos tu alegato, si consideras que no tienes nada que reprocharte? ¿Qué pretendes, aliviar tu conciencia o asociarnos a tus golpes bajos?

—Para nada, Simon. No tiene nada que ver. No os he invitado para que me deis vuestra bendición, y menos aún para obligaros a nada. Se trata de *mi* vida, y ya soy lo bastante mayorcito para saber lo que quiero y cómo conseguirlo. Tengo la intención de casarme con Émilie antes de Navidad. Y lo que necesito es dinero, no consejos.

Simon se dio cuenta de que había ido demasiado lejos, de que no tenía derecho a impugnar la decisión de Jean-Christophe. Se le relajaron los puños. Echó hacia atrás el respaldo de su silla y miró el techo haciendo una serie de muecas. Su aliento se oía en la sala.

—¿No te parece que vas demasiado rápido?

Jean-Christophe se volvió hacia mí.

—¿A ti te parece que voy demasiado rápido, Jonas?

No le contesté.

—¿Estás realmente seguro de que te quiere? —le preguntó Simon.

—¿Por qué? ¿Tienes motivos para dudar?

—Es una chica de ciudad, Chris. No tiene nada que ver con las nuestras. Cuando

veo de qué modo ha abandonado a Fabrice...

—No ha abandonado a Fabrice —gritó Jean-Christophe, exasperado.

Simon lo calmó con ambas manos.

—De acuerdo, retiro lo que he dicho. ¿Has contado ya a esa chica lo que pretendes hacer?

—Todavía no, pero lo haré enseguida. Mi problema es que estoy tieso. Los pocos ahorros que tenía me los he pateado en los burdeles y los bares de Orán. Por lo que había ocurrido entre Isabelle y yo.

—Precisamente —le contestó Simon—. Apenas estás levantando cabeza tras aquella ruptura. Estoy convencido de que no has recuperado del todo la lucidez y de que tu arrebató por esta chica de ciudad no es más que un fogonazo. Deberías andarte con tiento, no ponerte la soga al cuello hasta estar seguro de lo que vale. Además, hasta me pregunto si no pretendes darle celos a Isabelle.

—Isabelle es agua pasada.

—No se da carpetazo así como así a un amor de infancia, Chris.

Herido por las palabras de Simon e irritado por mi mutismo, Jean-Christophe se levantó y fue hacia la puerta del salón, que abrió con gesto seco.

—¿Nos echas, Chris? —se indignó Simon.

—Digamos que ya os tengo vistos. En cuanto a ti, Simon, si no quieres prestarme dinero, tampoco pasa nada. Pero ¡te lo suplico!, no te ampares en consideraciones que se te escapan y, sobre todo, ten la elegancia de no acusarme.

Jean-Christophe sabía que no era verdad, que Simon daría hasta su camisa por él; pero pretendía ser desagradable y ofensivo y lo consiguió, porque Simon salió disparado del salón y yo tuve que salir corriendo tras él por la calle para alcanzarlo.

Mi tío me convocó en su despacho y me pidió que me sentara en el sofá en el que le gustaba tumbarse para leer. Había recobrado algo de color y de peso, y se le veía rejuvenecido. Aún se apreciaba en sus dedos un leve temblor, pero se le había animado la mirada. En cualquier caso, me alegraba recuperar al hombre que me había encandilado antes de que lo detuviera la policía. Leía, escribía, salía con regularidad a pasear, con Germaine cogida del brazo. Me encantaba verlos caminar juntos en medio de ninguna parte, tan fundidos que apenas prestaban atención a su entorno. En la sencillez de su relación, en la fluidez de su comunión, había una ternura, una profundidad, una autenticidad que casi los santificaba. Formaban la pareja más respetable entre las que he admirado. Observarlos bastándose a sí mismos me insuflaba algo de su plenitud y me colmaba de una alegría tan bella

como su púdica ventura. Eran el amor sin concesiones, el amor perfecto. En la *charia*, es imperativo que una no musulmana se convierta al islam antes de casarse con un musulmán. Mi tío no estaba de acuerdo. Poco le importaba que su mujer fuera cristiana o pagana. Decía que cuando dos seres se quieren, se libran de imposiciones y anatemas; que el amor amansa a los dioses y no se negocia, pues todo arreglo o componenda agravia su sacralidad.

Colocó la pluma sobre el tintero y se puso a mirarme, pensativo:

—¿Qué te está pasando, hijo?

—¿Perdón?

—Germaine piensa que tienes un problema.

—No veo cuál. ¿Acaso me he quejado de algo?

—Eso no es necesario para quien considera que sus problemas sólo lo afectan a él. Que sepas que no estás solo, Younes. Y no se te ocurra pensar que me molestas. Eres la persona a la que más quiero en el mundo. Eres todo lo que queda de mi historia... Estás en la edad de las grandes preocupaciones. Piensas en tomar mujer, en tener tu casa, en llevar tu propia vida. Es normal. Antes o después, cada pájaro tiene que volar con sus propias alas.

—Germaine habla sin saber.

—No se le puede reprochar. Sabes lo que te quiere. Te tiene presente en todas sus oraciones. Así que no le ocultes nada. Si necesitas dinero o lo que sea, para eso estamos nosotros.

—No se me ocurriría ponerlo en duda.

—Eso me tranquiliza.

Antes de dejarme ir, volvió a coger su pluma y garabateó algo en un trozo de papel, que me tendió.

—¿No te importaría pasar por la librería para traerme este libro?

—Por supuesto, ahora mismo.

Me metí el trozo de papel en el bolsillo y salí a la calle preguntándome qué haría pensar a Germaine que tenía preocupaciones.

El bochorno de las semanas anteriores había aflojado. En el cielo agotado por la canícula, un nubarrón tejía su lana usando el sol a modo de rueca; su sombra se deslizaba por los viñedos como un buque fantasma. Los ancianos empezaban a salir de sus madrigueras, felices de haber sobrevivido a la ola de calor. Sentados sobre taburetes, con calzón corto y camiseta empapada de sudor, saboreaban su anisete ante la puerta de su casa, con el rostro congestionado y medio oculto por sombreros de ala ancha. La tarde estaba al caer, la brisa procedente del litoral nos refrescaba hasta el humor. Con el trozo de papel de mi tío en el bolsillo, me dirigí a

la librería de vitrinas repletas de libros y de aguadas naif firmadas por primerizos pintores locales; y cuál no sería mi sorpresa cuando, al empujar la puerta, vi a Émilie tras el mostrador.

—Hola —me saludó, tan desprevenida como yo.

Dejé por unos segundos de recordar qué había venido a hacer allí. El corazón me martilleó como un herrero enloquecido sobre su yunque.

—La señora Lambert lleva varios días enferma —me explicó—. Me ha pedido que la sustituya.

Mi mano tuvo dificultades en rescatar el trozo de papel del fondo de mi bolsillo.

—¿Puedo ayudarle?

Enmudecido, me limité a tenderle el trozo de papel.

—*La Peste*, de Albert Camus —leyó—. La edita Gallimard.

Asintió con la cabeza y se apresuró a parapetarse tras los estantes, probablemente para reponerse de la emoción. Aproveché a mi vez para serenar mi respiración. La oí empujar un taburete, rebuscar en estanterías, repetir «Camus... Camus...», bajar del taburete, ir y venir hasta exclamar:

—¡Ah! Aquí está.

Regresó, con sus ojos grandes como un prado.

—Lo tenía debajo de mis propias narices —añadió, cada vez más confusa.

Mi mano rozó la suya al coger el libro. Volvió a sacudirme el mismo rayo que me electrocutó en el restaurante de Orán, cuando *tomó contacto* conmigo bajo la mesa. Nos miramos para comprobar si estábamos sintiendo efectos similares. Se había puesto muy colorada. Supongo que no hacía sino devolverme mi propio reflejo.

—¿Cómo está su tío? —preguntó para superar su incomodidad. No entendí por qué me lo preguntaba—. Parecía usted muy preocupado, la otra noche...

—¡Ah...! Sí, sí, ya está mejor.

—Espero que no fuera grave.

—Nada importante.

—Me preocupé mucho, después de que se fuera.

—Fue más el susto que otra cosa.

—Me preocupé por usted, señor Jonas. Estaba usted tan pálido.

—Bueno, yo, ya sabe...

Se le fue aclarando la tez. Estaba superando su turbación. Sus ojos se asieron a los míos, decididos a no soltarlos.

—Habría preferido que no se produjese aquella alarma. Apenas estaba empezando a acostumbrarme a usted. Lo hemos oído tan poco.

—Soy tímido.

—Yo también lo soy. A la larga, resulta agotador. Y acaba siendo un duro castigo... Después de que usted se fuera, me aburrí mucho.

—Pues Simon estaba inspirado.

—Pero yo no.

Su mano se deslizó desde el libro y se aventuró por mi muñeca; retiré el brazo con viveza.

—¿De qué tiene usted miedo, señor Jonas?

¡Aquella voz! Ya sin temblores, se le iba afianzando, asegurando, clara, poderosa, soberana como la de su madre.

Su mano volvió a hacerse con la mía; no la rechacé.

—Hace mucho que quiero hablar con usted, señor Jonas. Pero me huye como si fuera un espejismo. ¿Por qué huye de mí?

—No huyo de usted.

—Está mintiendo. Hay fingimientos que nos delatan desde el principio. Por mucho que ocultemos nuestro juego, es algo que se transparenta mal que nos pese. Me alegraría tanto que pudiésemos disponer de un momento. Estoy segura de que tenemos un montón de cosas en común, ¿no cree?

—...

—¿Le parece que fijemos una cita?

—Es que últimamente estoy desbordado.

—Quisiera hablar con usted en privado.

—¿De qué?

—No es el lugar ni el momento. Estaría encantada de recibirlo en mi casa. Nuestra casa está en el camino del morabito. Le prometo que no tardaré mucho.

—Ya, pero no veo de qué podríamos hablar. Además, Jean-Christophe...

—¿Qué pasa con Jean-Christophe?

—Vivimos en un pueblo muy pequeño, señorita. La gente es indiscreta. A Jean-Christophe podría disgustarle...

—¿Disgustarle qué? No estamos haciendo nada reprensible. Además, no es asunto suyo. No es más que un amigo. No hay nada entre él y yo.

—Le ruego que no diga eso. Jean-Christophe está loco por usted.

—Jean-Christophe es un chico formidable. Lo quiero mucho... pero no como para compartir mi vida con él.

Me quedé sin palabras al oírla.

Sus ojos destellaban como la hoja de una cimitarra.

—No me mire así, señor Jonas. Es la verdad. No hay nada entre nosotros.

—En el pueblo, todos creen que son novios.

—Se equivocan. Jean-Christophe no es más que un compañero. Mi corazón pertenece a otro —precisó, apretando levemente mi mano contra su pecho.

—¡Bravo!

El grito sonó como una deflagración y nos dejó petrificados a Émilie y a mí: Jean-Christophe estaba de pie en el marco de la puerta, con su ramo de flores en la mano. El odio que despedía su mirada, como si fuera lava en erupción, me dejó inmolido. Asqueado, incrédulo, indignado, se estremeció en el umbral de la librería, literalmente sepultado por el cielo que acababa de caérsele encima, con los rasgos trastornados y la boca arrasada por una inconmensurable indignación.

—¡Bravo! —nos soltó. —Tiró al suelo su ramo y lo aplastó con el zapato—. Pensaba regalar estas rosas al amor de mi vida, y ya no valen más que para adornar la sepultura de mis sueños. ¡Menudo imbécil! ¡Menudo cretino soy! Y tú, Jonas, ¡menudo cabrón!

Salió a la calle dando tal portazo que la puerta vidriada se resquebrajó.

Corrí tras él. Cortó por callejas acelerando el paso, dando rabiosas patadas a todo lo que se encontraba en su camino. Cuando se dio cuenta de que me encontraba detrás de él, me plantó cara y amenazó con el dedo.

—Quédate donde estás, Jonas... No te acerques a mí si no quieres que te aplaste como una cagarruta.

—Es un malentendido. Te juro que no hay nada entre ella y yo.

—¡Que te jodan, cabrón! ¡Vete al diablo con ella! ¡No eres más que un canalla, un sucio y falso canalla de mierda!

Se puso frenético, se abalanzó sobre mí, me levantó con el impulso y me aplastó contra una empalizada. Su saliva me salpicaba mientras me insultaba. Me golpeó con violencia en el estómago. Caí de rodillas, sin aliento.

—¿Por qué tienes que entrometerte cada vez que me ves persiguiendo la felicidad? —lloriqueó a voces con los ojos ensangrentados y la boca llena de espuma—. ¿Por qué, joder? ¿Por qué te interpones en mi camino como un mal agüero?

Me dio una patada en el costado.

—¡Te maldigo! ¡Te maldigo y maldigo el día en que te cruzaste en mi camino! —gritó mientras huía—. ¡No quiero volver a verte ni a oír hablar de ti hasta el final de los tiempos, falso, miserable, ingrato!

Desarticulado en el suelo, me sentía incapaz de saber si me dolía más la pena o la violencia de mi amigo.

Jean-Christophe no regresó a su casa. André dijo haberlo visto corriendo campo a través, como loco, tras lo cual no volvió a dar señal de vida. Lo esperaron dos días, una semana; pero nada. Sus padres estaban muy preocupados. Jean-Christophe no acostumbraba a dejar sin noticias a sus familiares. Cuando cortó con Isabelle, se volatilizó igual pero no olvidaba telefonar a su madre por la noche para tenerla tranquila. Simon acudió varias veces a mi casa para que lo pusiera al tanto de la situación. No se sentía tranquilo y no ocultaba su temor. Jean-Christophe apenas estaba saliendo de una depresión. No superaría una recaída. Yo también me temía lo peor. Estaba tan asustado que las hipótesis de Simon me quitaban el sueño. Me pasaba las noches imaginando todos los dramas posibles, y a menudo me levantaba por una jarra de agua, que me bebía mientras iba y venía por el balcón. No quería decir nada de lo que había ocurrido en la librería. Me daba vergüenza; intentaba persuadirme de que aquel terrible malentendido jamás se había producido.

—Esa golfa ha tenido que soltarle alguna ofensa —mascullaba Simon, refiriéndose a Émilie—. Pondría mi mano en el fuego. Esa calentona tiene algo que ver con esto.

No me atrevía a mirarlo a los ojos.

A los ocho días, tras haber contactado a conocidos en Orán e indagado discretamente para no tener a todo el pueblo sobre ascuas, el padre de Jean-Christophe avisó a la policía.

Fabrice regresó de inmediato a Río al enterarse de la desaparición de Jean-Christophe.

—Pero, bueno, ¿qué ha pasado aquí?

—Yo no sé nada —dijo Simon con despecho.

Fuimos los tres a Orán, buscamos a nuestro amigo en las casas de citas, en los bares, en las hospederías de mala fama de la Scalera, en las que, por unos cuantos billetes, podía uno encerrarse días y noches con putas avejentadas, soplando vino peleón y fumando pipas de opio. Ni la menor pista. Enseñamos la foto de Jean-Christophe a las encargadas de los burdeles, a los gerentes de los tugurios, a los gorilas de *cabaret*, a los masajistas de los baños públicos: nadie lo había visto por allí. Tampoco en el hospital ni en las comisarías.

Émilie fue a verme a la farmacia. Quise echarla de inmediato. Su madre tenía razón: demasiadas influencias insanas, demasiados elementos demoníacos se desencadenaban cuando nuestras miradas se cruzaban. Curiosamente, cuando entró en el local, me falló la energía. Estaba enojado con ella, la consideraba responsable

de la fuga de Jean-Christophe y de lo que pudiera ocurrirle; sin embargo, sólo vi en su rostro una gran tristeza que no tardó en producirme lástima. Retorcendo un pico de pañuelo con sus deditos, con los labios exangües, se detuvo ante el mostrador, desconsolada, impotente y desesperada.

—Lo siento muchísimo.

—¡Pues anda que yo!

—Y siento haberlo mezclado en este asunto.

—Lo hecho, hecho está.

—Rezo todas las noches para que no le haya ocurrido nada grave a Jean-Christophe.

—Si al menos supiéramos dónde está.

—¿Siguen sin tener noticias?

—Así es.

Los dedos se le quedaron atados.

—Según usted, Jonas, ¿qué debía hacer? He sido muy honrada con él. Le dije desde el principio que mi corazón pertenecía a otro. No quiso creerme. O quizá pensó que tenía alguna oportunidad. ¿Qué culpa tengo si no tenía ninguna?

—No entiendo de qué me está usted hablando, señorita. Además, no es el lugar ni el momento...

—Sí —me cortó—. Es precisamente el momento de decir las cosas tal como son. He partido dos corazones por no atreverme, por pudor, a ser consecuente con mis certidumbres. No soy una rompecorazones. Nunca he tenido la intención de perjudicar a nadie.

—No la creo.

—Tiene que creerme, Jonas.

—No, no puede ser. Usted no ha respetado a Fabrice; hasta se atrevió a rozarme bajo la mesa mientras le estaba sonriendo. Luego hirió a Jean-Christophe haciéndome cómplice de su jueguito...

—No es un juego.

—Pero, bueno, ¿qué quiere usted de mí?

—Decirle que... le quiero.

De repente, todo se estremeció. Noté cómo el local, las estanterías detrás de mí, el mostrador, las paredes se desintegraban.

Émilie no se inmutó. Me miraba fijamente con sus inmensos ojos y los dedos atrapados en el pico del pañuelo.

—Le ruego, señorita, que vuelva usted a su casa.

—¿No me ha comprendido usted? Me echaba en brazos de uno y de otro para

que me viera usted, sólo me reía a carcajadas para que me oyera. No sabía cómo comportarme con usted, cómo decirle que lo amaba.

—No tiene que decirlo.

—¿Cómo callar la más bella llamada del corazón?

—No lo sé, señorita. Y no tengo interés en oírlo.

—¿Por qué?

—Se lo ruego...

—No, Jonas. No hay derecho a exigir algo así. Le quiero. Es imperativo que lo sepa. No puede imaginar lo que me cuesta, la vergüenza que me da desnudarme ante usted, insistir y pelear por un sentimiento que no lo alcanza de lleno mientras que a mí me está aniquilando, a mí que me sentiría doblemente infeliz si siguiera callando lo que mis ojos no paran de gritar: le quiero, le quiero, le quiero. Le quiero cada vez que respiro. Le he querido desde que le vi... hace más de diez años... en esta misma farmacia. Ignoro si lo recuerda, pero yo no he olvidado. Había llovido aquella mañana, y mis guantes de lana estaban completamente mojados. Yo acudía aquí todos los miércoles a que me pusieran una inyección. Y aquel día usted regresaba del colegio. Recuerdo el color de su cartera de correas claveteadas, el corte de su gabán con capucha, hasta los cordones sueltos de sus zapatos marrones. Tenía usted trece años. Hablamos del Caribe. Mientras su madre me curaba en la rebotica, cortó usted una rosa para mí y la metió en mi libro de geografía.

Un fogonazo me atravesó el cerebro y una nube de recuerdos se puso a girar en mi mente a velocidad de vértigo. Lo recordé todo de una vez: ¡*Émilie...!*, escoltada por un coloso *esculpido en un menhir*. Por fin comprendí por qué, aquel día durante el almuerzo campestre, fulguró en su rostro esa curiosa expresión cuando le dije que era farmacéutico. Había acertado: nos habíamos efectivamente *encontrado ya en alguna parte, hacía tiempo*.

—¿Lo recuerda usted?

—Sí.

—Me preguntó usted qué era Guadalupe. Le contesté que una isla francesa del Caribe. Cuando me encontré con la rosa dentro de mi libro, sentí algo por dentro, y apreté el libro contra mí. Recuerdo aquel día como si hubiese sido ayer. Había una maceta justo aquí, sobre un ancho y viejo aparador. Detrás del mostrador, a la izquierda de esta estantería, había una figurita representando a María, una figurita de yeso con colores claros...

Mientras desgranaba aquellos recuerdos que volvían a mí con una inaudita precisión, su tierna e inspirada voz me aletargaba. Tenía la sensación de que una espesa crecida me arrastraba a cámara lenta. Como si pretendiera contrarrestarla, la

voz de la señora Cazenave se alzó frente a la de su hija, se extendió por mi cabeza, suplicante, mugiente, como si fuera una letanía. A pesar de su densidad, del clamor que agitaba, la voz de Émilie me llegaba directamente, neta, límpida, penetrante como una aguja.

—¿*Younes* —me dijo—, no es así? Lo recuerdo todo.

—Yo...

Me puso un dedo sobre la boca.

—Le ruego que no diga nada ahora. Me da miedo lo que me pueda decir. Tengo que recobrar el aliento, ¿me entiende? —Me cogió la mano y la colocó sobre su pecho—. Mire cómo me late el corazón, Jonas... *Younes*...

—Lo que estamos haciendo está mal —dije sin atreverme a retirar mi mano, hipnotizado por su mirada.

—¿Y qué mal es ese?

—Jean-Christophe la ama. Está locamente enamorado de usted —dije para imponerme a las voces de la madre y de la hija enzarzadas en una lucha titánica dentro de mi cabeza—. Iba contando por todas partes que se iban a casar.

—¿Por qué me habla de él? Se trata de nosotros.

—Lo siento, señorita. Jean-Christophe cuenta mucho más para mí que un vago recuerdo de infancia.

Acusó el golpe. Con gracia.

—No he querido ser desagradable —intenté redimirme, consciente de mi grosería.

Volvió a colocarme el dedo sobre la boca.

—No tiene por qué excusarse, *Younes*. Lo comprendo. Puede que tenga razón, no es el momento. Pero quería que lo supiera. Para mí, usted es algo más que un vago recuerdo de infancia. Y tengo derecho a pensar así. En el amor no hay vergüenza ni crimen, salvo cuando se le sacrifica, incluso por una buena causa.

Tras lo cual se retiró. Sin ruido. Sin darse la vuelta. Jamás he sentido una soledad más profunda que cuando se mezcló con el rumor de la calle.

Jean-Christophe seguía vivo.

Río Salado suspiró de alivio.

Una noche, inesperadamente, telefoneó a su madre para decirle que se encontraba bien. Según la señora Lamy, su hijo estaba *lúcido*. Hablaba con tranquilidad, con palabras sencillas y justas, y su respiración era *normal*. Ella le preguntó por qué se había ido y desde dónde llamaba. Jean-Christophe se limitó a contestar vagamente, con frases hechas, arguyendo que había mucho más que Río en el mundo, otros territorios por explorar, otras vías por abrir, sorteando así la pregunta de dónde se encontraba y cómo se las arreglaba para sobrevivir día a día, tras haberse marchado sin dinero ni maletas. La señora Lamy no insistió, ya que al menos su retoño había dado señales de vida, y eso era lo principal. Ya se imaginaba ella que el trauma era profundo, que la «lucidez» fingida por su chico no era sino una manera de ocultarlo, y temía provocar una hemorragia si hurgaba demasiado en la herida.

Más adelante, Jean-Christophe escribió una larga carta a Isabelle en la que le confesaba el gran amor que sentía por ella y hasta qué punto lamentaba no haber sabido hacerlo fructificar. Era una especie de carta testamentaria; Isabelle Rucillio lloró a lágrima viva, convencida de que el «novio» al que había dado calabazas se había tirado desde lo alto de un acantilado o bajo las ruedas de una locomotora tras haber echado la carta; su matasellos era ilegible, no pudo averiguarse desde dónde la había remitido.

Tres meses después, Fabrice recibió su carta, repleta de excusas y remordimientos. Jean-Christophe reconocía haber sido egoísta y, ebrio de deseo y de posesión, haberse apartado de las normas más elementales de comportamiento así como de sus obligaciones para con alguien a quien quería desde el colegio y que seguiría siendo su gran amigo. No daba dirección.

A los ocho meses del incidente de la librería, Simon —que entretanto se había asociado con la señora Cazenave para montar un taller de alta costura en Orán— descubrió en su buzón *su* propia carta; la foto reciente de un Jean-Christophe de soldado raso, pelado a rape y con el fusil en ristre, con las siguientes palabras en su revés: «Esto sí que es vida, gracias mi Brigada». El matasellos del sobre indicaba la localidad de Themis Méliana. Fabrice decidió ir allá. Simon y yo lo acompañamos hasta el cuartel de la ciudad, donde nos indicaron que dicha escuela ya sólo acogía a «indígenas» desde hacía tres o cuatro años; nos orientaron hacia Cherchell. Christophe no se encontraba en la escuela militar de Cherchell, ni en la de Koléa.

Llamamos a distintas puertas, indagamos en los cuarteles de Argel, de Blida; sin éxito. Estábamos persiguiendo a un espectro. Regresamos a Río con las manos vacías y agotados. Fabrice y Simon seguían sin explicarse la decisión que había tomado el mayor de la pandilla. Sospechaban un fracaso amoroso pero no estaban seguros. Émilie no daba la impresión de reprocharse nada. Unas veces se la veía en la librería ayudando a la señora Lambert, otras en la avenida principal del pueblo contemplando las vitrinas con dulce melancolía. No obstante, la decisión de Jean-Christophe incomodaba a más de uno. Eso de alistarse no era propio de un chico de Río Salado; no era nuestro universo y no conseguíamos disociar la elección de Jean-Christophe de una absurda e insoportable voluntad de autoflagelarse. En sus cartas, ni una sola vez dejaba traslucir las frustraciones que lo habían abocado a renunciar a su libertad, a su familia, a su pueblo, para entregarse atado de pies y manos a los reglamentos militares y a esa tarea de despersonalización y de sumisión consentidas.

La carta para Simon fue la última.

Jamás recibí la mía.

Émilie siguió visitándome. A veces, permanecíamos frente a frente sin intercambiar una sola palabra, ni siquiera una fórmula de cortesía. ¿Acaso había algo más que añadir? Nos habíamos dicho lo esencial de lo que nos teníamos que decir. Para ella, yo necesitaba tiempo, y por tanto debía armarse de paciencia; para mí, lo que me proponía era irrealizable, pero ¿cómo hacer que lo entendiera sin ofenderla y poner al pueblo entero sobre ascuas? Era una relación imposible, contra natura. Me sentía desamparado. No sabía qué hacer. Entonces, me callaba. Émilie aguantaba; no pretendía atropellar el orden establecido, pero a la vez se empeñaba en mantener a toda costa el contacto. Pensaba que me sentía culpable por lo de Jean-Christophe, que acabaría por superar aquella carga de conciencia, que sus inmensos ojos acabarían, a la larga o por desgaste, venciendo mis inhibiciones. Desde que se supo en el pueblo que Jean-Christophe estaba sano y salvo, la tensión entre ambos se había rebajado... sin que nuestras relaciones se normalizaran por ello. Jean-Christophe no estaba ahí, pero su ausencia agrandaba la distancia entre ambos, extendía su sombra sobre nuestros pensamientos, oscurecía nuestros designios. Émilie lo leía en los rasgos de mi cara. Llegaba con determinación, agarrándose a lo que había estado toda la noche preparando para mí, pero, llegado el momento, se echaba atrás; ya no se atrevía a cogerme la mano ni a ponerme un dedo sobre la boca.

Se inventaba una enfermedad incongruente, me pedía un remedio para justificar su presencia en la farmacia. Yo apuntaba su pedido en el registro, se lo daba cuando

lo tenía; eso era todo. Ella se concedía unos minutos de meditación, adelantaba dos o tres reflexiones, dos o tres preguntas prácticas sobre las instrucciones de uso del medicamento, luego regresaba a su casa. A decir verdad, esperaba conmoverme de algún modo, provocar un chispazo que acechaba desesperadamente para volver a abrirme su corazón; yo no la animaba a ello. Fingiendo no reparar en su muda, trágicamente amordazada insistencia, luchaba para no ceder, seguro de que ella aprovecharía el menor atisbo de debilidad para volver a plantearme lo que yo estaba empeñado en desalentar.

Yo sufría realizando esa grosera maniobra, que asumía con repugnancia mientras fingía no percatarme de nada. Tras cada visita —mejor dicho, cada separación—, observaba que Émilie se iba convirtiendo en mi principal preocupación, que iba ganando terreno, que ya centraba todo mi interés. Por la noche, no podía dormirme sin pasar revista a sus gestos y silencios. Durante el día, esperaba detrás de mi mostrador que se manifestara; cada cliente que aparecía me traía un retazo de su ausencia, de modo que acabé echándola de menos, sobresaltándome cada vez que sonaba la campanilla de la entrada, y enervándome cuando no era ella la que abría la puerta. ¿Qué era lo que estaba mutando en mí? ¿Por qué me reprochaba ser *alguien sensato*? ¿Debía la corrección primar sobre la sinceridad? ¿Para qué servía el amor si no para usurpar sortilegios y sacrilegios, para rebelarse ante lo prohibido, para obedecer a su propia fijación, a su propia desmesura? No daba pie con bola. Y la pena de Émilie me parecía peor que todos los reniegos, todas las profanaciones y todas las blasfemias juntas.

—¿Hasta cuándo va a durar esto, Younes? —me preguntó un día, exasperada.

—No entiendo de qué me quiere hablar.

—Pues salta a la vista. Quiero hablar de *nosotros*... ¿Cómo me puede tratar así? Acudo una y otra vez a esta siniestra farmacia y usted finge ignorar mi pena, mi paciencia, mis esperanzas. Parece estar humillándome adrede. ¿Por qué? ¿Qué me reprocha?

—¿Es por la religión? ¿O sea, porque soy cristiana y usted musulmán?

—No.

—Entonces, ¿de qué se trata? No me diga que le resulto indiferente, que no siento nada por mí. Como mujer, tengo mucha intuición. Sé que ese no es el problema. Ni siquiera veo dónde puede estar el problema. Ya le he dicho lo que siento por usted. ¿Qué más puedo hacer?

Estaba indignada a la vez que harta, a punto de llorar. Sus puños cerrados a la altura de su pecho me habrían agarrado por el cuello y sacudido hasta desarticularme.

—Lo siento.

—¿Es decir?

—No puedo.

—¿No puede qué?

Me sentía confuso, y sin duda desgraciado. Así como indignado conmigo mismo por mi ambigua actitud, mi cobardía, mi ineptitud para cortar por lo sano y devolver su libertad y su dignidad a aquella chica convertida en rehén de mi indecisión, sabiendo que no iba a haber nada entre nosotros. ¿No estaría yo mintiéndome, poniéndome a prueba sin que hubiese nada que demostrar ni que superar? ¿No sería esto también una especie de autoflagelación? ¿Cómo cortar sin decapitarme, sin perder la cabeza? Émilie no estaba equivocada: lo que sentía por ella era muy fuerte. Cada vez que intentaba justificarme, mi corazón se sublevaba, me reprochaba que pretendiera amputarlo. ¿Qué hacer? ¿Qué podía ser de este amor erigido sobre el sacrilegio, sin nobleza ni bendición? ¿Cómo sobreviviría a la abyección que lo mancillaría como un agua contaminada?

—Le quiero, Younes. ¿Me está usted escuchando?

—...

—Voy a irme. No volveré más. Si siente lo mismo por mí, sabe dónde encontrarme.

Se le escapó una lágrima, no se la limpió. Sus ojazos me inundaban. Juntó lentamente las manos hasta hundírselas en el vientre y salió.

—Lástima...

Mi tío estaba detrás de mí. Tardé un tiempo en preguntarme a qué se refería. ¿Nos habría oído? No se habría permitido escuchar detrás de las puertas, no era su estilo. Entre nosotros, hablábamos de todo menos de mujeres. Era un tema tabú, y a pesar de su erudición y emancipación, un atávico pudor le impedía abordar ese asunto conmigo cara a cara. Por tradición, en nuestra comunidad este tema se trataba por alusión o procuración, esto es, por persona interpuesta; lo propio era que delegara en Germaine.

—Me encontraba en la rebotica, y la puerta no estaba cerrada.

—No importa.

—Hasta puede que sea mejor así. ¿Por qué no iban a servir de algo las indiscreciones involuntarias? He oído tu conversación con esa chica. Me he dicho: «Cierra la puerta». Pero no lo he hecho. No por curiosidad insana, sino porque siempre me ha encantado oír hablar los corazones. Para mí, no hay sinfonía más impresionante. ¿Me permites?

—Por supuesto.

—Detenme cuando quieras, hijo.

Se sentó sobre el banco y empezó mirándose los dedos uno tras otro, luego dijo con la nuca gacha y voz lejana:

—El hombre no es más que torpeza y equivocación, error de cálculo y falsa maniobra, desconsiderada temeridad y fracaso asegurado cuando pretende encarar su destino descalificando a la mujer. Sin duda, la mujer no lo es *todo*, pero *todo* depende de ella. Mira a tu alrededor, consulta la Historia, detente en cualquier parte del mundo y dime qué son los hombres sin las mujeres, y en qué quedan sus deseos y oraciones cuando no van dirigidos a ellas... Ya sea uno rico como Creso o pobre como Job, oprimido o tirano, cualquier horizonte nos resultará limitado si la mujer nos da la espalda.

Sonrió como si se dirigiera a un vago recuerdo.

—Cuando la mujer deja de ser la ambición suprema del hombre, cuando deja de ser la meta de toda iniciativa en este mundo, la vida no vale sus alegrías y sus penas.

Se golpeó los muslos y se puso en pie.

—De pequeño, iba a menudo a la Gran Roca a contemplar la puesta del sol. Era fascinante. Yo creía que ese era el verdadero rostro de la Belleza. Luego vi cómo la nieve cubría de blanco y de paz las llanuras y los bosques, y los palacios en medio de jardines fabulosos, y otras muchas maravillas inimaginables, y me pregunté cómo sería el paraíso... —Apoyó su mano sobre mi hombro—. Pues sin sus huríes, el paraíso no pasaría de ser un bodegón...

Al clavarse en mi carne, sus dedos difundieron sus vibraciones por todo mi ser. Al igual que una salamandra, mi tío renacía de sus cenizas; intentaba transmitirme el milagro de su resurrección. Pronunciaba cada palabra con tal embeleso que parecía que los ojos se le iban a salir de la cara.

—La puesta de sol, la primavera, el azul del mar, las estrellas en la noche, todas esas cosas tenidas por cautivadoras sólo tienen magia cuando gravitan en torno a una mujer, hijo mío. Porque la Belleza, la verdadera, la única, la belleza faro, la belleza absoluta, es la mujer. El resto, todo el resto no es más que encanto accesorio.

Su otra mano asió mi hombro libre. Rebuscó algo en el fondo de mi mirada. Nuestras narices casi se tocaban y nuestros alientos se mezclaban. Jamás lo había visto en tal estado, salvo quizás el día en que fue en busca de Germaine para anunciarle que su sobrino se había convertido en *su* hijo.

—Si una mujer te amara, Younes, si una mujer te amara profundamente, y si tuvieses la presencia de ánimo de evaluar tamaño privilegio, no habría divinidad que te llegara al tobillo.

Antes de subir a su despacho, cogido del pasamano, me dijo:

—Corre tras ella. Puede que algún día se consiga alcanzar un cometa, pero no hay en esta tierra ninguna gloria capaz de consolar a quien deja escapar la *auténtica* oportunidad de su vida.

No le hice caso.

Fabrice Scamaroni se casó con Hélène Lefèvre en julio de 1951. Fue una bonita fiesta; había tanta gente que la boda tuvo que celebrarse en dos actos. El primero, para los invitados de la ciudad y de la profesión, un contingente de periodistas incluida toda la redacción de *L'Écho d'Oran*, artistas, atletas y gente de la mejor sociedad de Orán, entre ella Emmanuel Roblès. Aquella primera parte del festejo tuvo lugar en Aïn Turck, en casa de un rico empresario muy allegado a la señora Scamaroni, en una gran propiedad que daba al mar. No me encontraba a gusto en aquella fiesta. Allí estaba Émilie, del brazo de Simon. También estaba la señora Cazenave, algo perdida. Sus negocios con Simon prosperaban; su taller de costura vestía a las mayores fortunas de Río Salado y de Hammam Bouhdjar y, a pesar de una encarnizada competencia, se iba imponiendo entre lo más granado de Orán. En medio de un leve bullicio alrededor del banquete, Simon me pisó un pie y no se excusó. Con su bandeja en las manos, buscó a Émilie entre el gentío y fue directamente hacia ella. ¿Qué le habría contado de mí? ¿Por qué mi amigo de siempre me ignoraba de ese modo?

Estaba demasiado cansado para preguntárselo.

El segundo acto se dedicó a la gente del pueblo. Río Salado quería festejar la boda de su hijo prodigio en la más estricta intimidad. Pepe Rucillio regaló cincuenta corderos y mandó traer de Sebdou a los mejores especialistas en *mechuí*. Jaime Jiménez Sosa, el padre de André, puso a disposición de los Scamaroni una extensa ala de su propiedad, cuyas palmeras habían sido engalanadas con colgaduras sedosas y guirnaldas, y en la que habían instalado banquetas acolchadas y largas mesas repletas de vituallas y de ramos de flores. En medio del patio habían levantado una inmensa tienda de campaña cuyo interior estaba cubierto de alfombras y cojines. La servidumbre, compuesta por árabes y efebos negros, llevaba atuendo de eunuco, con chalecos bordados, zaragüelles hasta media pantorrilla y turbantes azafranados de reluciente aderezo. Aquello parecía *Las mil y una noches*. Tampoco allí me encontraba a gusto. Émilie no soltaba el brazo de Simon y la señora Cazenave no me quitaba el ojo de encima, ante el temor de un eventual ataque de celos. Por la noche, una prestigiosa orquesta judeo-árabe

procedente de Constantina, la mítica ciudad suspendida, deleitó a la asistencia con un repertorio asombroso. Yo sólo escuchaba a medias, sentado sobre un cajón en un extremo de la fiesta, bajo una bombilla de luz tenue. Cuando Jelloul me acercó una bandeja con parrillada, me susurró al oído que se me notaba un muermo como para desanimar a cualquiera. Me di efectivamente cuenta de que tenía mal aspecto, y de que era preferible regresar a casa antes que seguir poniendo cara de asco al alborozo de cientos de invitados. No era razonable: Fabrice se lo iba a tomar a mal y no quería perderlo, *a él también*.

Con Jean-Christophe fuera, Fabrice casado y Simon inaccesible desde que se asoció con la señora Cazenave, mi mundo se iba despoblando. Me levantaba temprano por la mañana, me encerraba durante todo el día en la farmacia; luego, una vez echado el cierre metálico, no sabía qué hacer con mis tardes. Al principio, acudía a la cafetería de André para jugar tres o cuatro partidas de billar con José, luego regresaba a casa, pues no me atrevía a aventurarme de noche por las calles. Subía a mi habitación, cogía un libro y leía varias veces el mismo capítulo sin conseguir asimilarlo. No lograba concentrarme. Ni siquiera con mis clientes. ¿Cuántas veces descifré mal el garabateo de una prescripción médica, di un producto por otro, me quedé absorto ante los estantes, incapaz de recordar dónde había colocado tal o cual medicamento? Cuando estábamos en la mesa, Germaine me pellizcaba con regularidad bajo la mesa para que me despabilara. Estaba tan distraído que hasta olvidaba comer. A mi tío se le veía apenado por mí, pero no decía nada.

Luego se fueron sucediendo los acontecimientos. Como era demasiado blando para ir tras ellos, estos se fueron alejando hasta desentenderse de mí. Fabrice tuvo un primer bebé, un adorable muñeco rosa y mofletudo, y se instaló en Orán con Hélène. Su madre no tardó en vender sus bienes en Río para mudarse a Aïn Turck. Cuando pasaba delante de su casa silenciosa y cerrada a cal y canto, me costaba tragar saliva. Lo que había desaparecido era un retazo de mi vida, una isla de mi archipiélago. Tomaba por otras calles, rodeaba la manzana. Hice como si aquella parte del pueblo nunca hubiese existido. En cuanto a André, se casó con una prima tres años mayor que él y se fue de viaje a Estados Unidos. Allí pensaban pasar un mes, pero su luna de miel se fue prolongando indefinidamente. Sólo quedaba José en la cafetería, a la que no afluía la clientela como antes, harta ya de jugar al billar de sol a sol.

Yo me aburría.

La playa no me llamaba la atención. Una vez dispersos mis amigos, la arena candente no me hablaba como antes de las delicias de la ociosidad, y las olas iban

apagando uno por uno mis ensueños ahora que no tenía con quien compartirlos. A veces, ni siquiera me apetecía apearme del coche. Prefería permanecer parapetado tras el volante, aparcado sobre un acantilado, contemplando las taciturnas rocas contra las cuales el oleaje se estrellaba formando géiseres. Me gustaba abstraerme así durante horas, a la sombra de un árbol, con las manos apoyadas en el volante o los brazos echados por encima del respaldo de mi asiento. Los chillidos de las gaviotas y los gritos infantiles revoloteaban por entre mis preocupaciones y me infundían una especie de paz interior a la que sólo renunciaba de anochecida, cuando no se veía en la playa una sola brasa de cigarrillo reluciendo.

Pensé en regresar a Orán. Río Salado no me sentaba bien. Ya no me reconocía en él ni me prestaba a sus fantasías. Me movía en un mundo paralelo. Me percataba de que la gente seguía siendo la misma, de que las caras me resultaban familiares, pero temía encontrar sólo viento al tender el brazo para tocarla. Se había producido un cambio de era, una época había pasado página y me encontraba frente a otra, blanca, frustrante, áspera al tacto. Necesitaba alguna perspectiva. Cambiar de cielo y de horizonte. Y, por qué no, volar los puentes que no me llevaban a ninguna parte.

Me sentía solo.

Pensé en reemprender la búsqueda de mi madre y mi hermana. ¡Dios, cuánto las echaba de menos! Sin ellas me sentía inválido y desconsolado. Alguna que otra vez me dio por regresar a Jenane Jato con la esperanza de obtener alguna información que pudiese orientarme. Tampoco ahí había tenido éxito. Eran tiempos de supervivencia. De prioridades. De urgencias. De furias en gestación. ¿Quién iba a acordarse de una mísera mujer acompañada de una niña inválida? La gente estaba por sus asuntos. Era demasiada la gente que arribaba día y noche a Jenane Jato. La ratonera de antaño, agazapada tras la maleza y las chozas, se estaba convirtiendo en auténtico barrio, con sus callejas ruidosas, sus carreteros acrimoniosos, sus tenderos siempre alertas, sus baños públicos abarrotados, sus calzadas asfaltadas y sus apestosos tenderetes. Patapalo no se había movido de su sitio, encajonado entre la competencia. El barbero ya no rasuraba cabezas de ancianos sentados directamente en el suelo; ahora disponía de un pequeño salón de obra, con espejos en las paredes, un sillón giratorio, una pila y un estante de latón para colocar su instrumental. Nuestro patio había sido restaurado por completo; Bliss el comisionista había vuelto a montar su negocio. Me dijo que aunque se topara de frente con mi madre, no la reconocería, pues nunca se había acercado a ella. Nadie sabía dónde habían ido a parar mi madre y mi hermana, nadie las había vuelto a ver después de aquel drama. Conseguí localizar a Batoul la vidente; había trocado sus cartas y su cacerola mágica por registros de contabilidad y se le daba mejor

gestionar sus negocios que la angustia de la gente; sin embargo, como sus baños públicos estaban siempre llenos, me prometió avisarme si se enteraba de algo. No me había dado la menor noticia en estos dos años.

Por tanto, pensaba que la reanudación de mis pesquisas me sustraería al tormento que me aquejaba tras lo ocurrido con Jean-Christophe, a las ausencias por las que me estaba deshilachando, a la pena infinita que sentía cada vez que pensaba en Émilie. Ya no soportaba vivir en el mismo pueblo que ella, cruzármela por la calle y seguir adelante como si no pasara nada mientras seguía reinando por entero en mis días y mis noches. Ahora que había dejado de visitarme, me daba cuenta de la amplitud de mi aislamiento. Sabía que su herida tardaría en cicatrizar, pero ¿qué podía hacer yo? En ningún caso me podría perdonar. Ya me guardaba un tremendo rencor. Hasta creo que me odiaba. Era tal la voracidad de su mirada que sus mordeduras me llegaban al cerebro. No necesitaba mirarme para ello. Además, evitaba hacerlo; aunque ya podía fingir interesarse por otra cosa, mirar fijamente el suelo o un retazo de cielo: yo percibía claramente la llama que cobijaba en el fondo de sus ojos, parecida a esas lavas oceánicas que ni miles de millones de toneladas de agua, ni siquiera las tinieblas abisales, consiguen apagar.

Estaba yo almorzando en un pequeño restaurante del paseo marítimo de Orán cuando alguien golpeó el ventanal. Era Simon Benyamin, con abrigo, un pasamontañas que le cubría la barbilla y la frente cada vez más despejada.

Estaba loco de alegría.

Lo vi apresurarse hacia la entrada, luego hacia mí, seguido por una estela de frío.

—Ven —dijo—. Te llevo a un auténtico restaurante que tenga pescado fresco como el culo de una chavala.

Le señalé que estaba acabando de comer. Puso cara de contrariedad, se quitó el abrigo y la bufanda y se sentó frente a mí.

—¿Qué ponen de comer en este cafetucho?

Llamó a voces al camarero, se pidió unos pinchitos de cordero, ensalada verde y media botella de tinto; luego se frotó las manos con entusiasmo y me soltó:

—¿Te gusta hacerte de rogar o estás de morros conmigo? El otro día te saludé con la mano en Lourmel y no me contestaste.

—¿En Lourmel?

—Pues sí, el jueves pasado. Salías de la tintorería.

—¿Hay una tintorería en Lourmel?

Ni siquiera lo recordaba. Desde un tiempo atrás, a veces me daba por coger el coche y conducir sin rumbo. En dos ocasiones me vi en Tlemcen, en hora punta de mercado, sin saber por qué ni cómo había recalado por allí. Padecía una especie de sonambulismo diurno que me llevaba a lugares incógnitos. Germaine me preguntaba dónde me había metido y era como si me sacara de un pozo hondo y desmemoriado.

—Además, has adelgazado un montón. ¿Qué te ocurre?

—Eso me pregunto, Simon, eso me pregunto... ¿Y a ti qué te ocurre?

—A mí no me ocurre nada.

—Entonces, ¿por qué miras hacia otra parte cuando te cruzas conmigo por la calle?

—¿Yo? ¿Por qué iba a rehuir a mi mejor amigo?

—El humor es muy antojadizo. Hace más de un año que no pasas por casa a recogerme.

—Es por culpa de los negocios. Estoy en plena expansión y la competencia es feroz. Te dejas un trozo de piel en cada palmo que conquistas. Paso mucho más tiempo en Orán, luchando contra los depredadores y los rivales, que en Río. ¿Qué creías? ¿Que te estaba menospreciando?

Me limpié la boca. La conversación me resultaba irritante. Todo aquello sonaba demasiado falso. El Simon que me reprendía no acababa de convencerme. No era *mi* Simon, el más gracioso, mi confidente y aliado. Su nueva condición social lo había alejado de la mía. Puede que estuviese celoso de su éxito, de su nuevo coche recién salido de fábrica que le gustaba dejar en la plaza del pueblo para que la chiquillería se arremolinara a su alrededor, de su tez cada vez más lustrosa y su tripa menos salida. Puede que no le perdonara que se hubiera asociado con la señora Cazenave. ¡Falso! Yo era el que había cambiado. Younes estaba comiendo el espacio a Jonas. La amargura me dominaba. Me había vuelto malvado. Profundamente malvado. Una maldad contenida, nunca manifiesta, pero que brotaba en mí hasta saciarse. Ya no soportaba las fiestas, las bodas, los bailes, a la gente sentada en las terrazas. Su campechanía me repelía. ¡Y odiaba! Odiaba a la señora Cazenave. La odiaba con todas mis ganas. El odio es una toxina corrosiva: te devora las tripas, ocupa tu cabeza, te embruja como un duende. ¿Cómo pude llegar tan lejos? ¿Qué me había llevado a albergar ese odio hacia una señora que ya no me importaba? Cuando no vemos solución a nuestra desgracia, buscamos un culpable. Para mí, la señora Cazenave era la culpable de oficio. ¿Acaso no me había seducido y luego abandonado? ¿No me había visto obligado a renunciar a Émilie por culpa de ese *desliz sin futuro*?

¡Émilie!

Me moría de pena con sólo pensarlo...

El camarero trajo una cesta de pan blanco, una ensalada con aceitunas negras y pepinillos. Simon le dio las gracias, insistió en que le trajeran cuanto antes los pinchitos porque tenía una cita y, tras masticar dos o tres bocados, se inclinó sobre su plato y me dijo con voz queda, como si temiese que lo oyeran:

—Quizá te preguntes por qué estoy tan sobreexcitado. ¿Podrás guardarte lo que te voy a contar? Ya sabes cómo es la gente de aquí, con su mal fario... —Su entusiasmo se topó con mi indiferencia. Frunció el entrecejo—: Me ocultas algo, Jonas. Algo grave.

—Es sólo que mi tío...

—¿Seguro que no me guardas ningún rencor?

—¿Por qué quieres que te guarde rencor?

—Pues porque me dispongo a darte una excelente noticia y tú me pones una cara como para desempalmar un tanque...

—Pues adelante, suéltalo. Hasta puede que me relaje.

—Eso espero, faltaba más... Escúchame bien: la señora Cazenave me ha ofrecido la mano de su hija y he dicho que sí... Pero ojo, todavía no hay nada oficial.

¡Destrozado!

Mi reflejo en el ventanal aguantó el tipo, pero por dentro estaba hecho polvo.

Simon chapoteaba en su dicha, ¡él, que había puesto a Émilie de *mantis religiosa*, de *calentona*! Dejé de oír lo que me contaba, sólo veía su alborozada mirada, su risueña boca chorreando aceite de oliva, sus manos partiendo el pan, arrugando la servilleta, dudando entre el cuchillo y el tenedor, y sus hombros brincando de sobreexcitación. Engulló sus pinchitos, bebió de un sorbo su café, fumó un cigarrillo sin dejar de hablar. Se levantó, me dijo algo que no percibí debido al pitido interno que me tenía ensordecido. Salió a la calle poniéndose el abrigo, me hizo una señal tras el ventanal y se eclipsó.

Permanecí clavado en mi silla con la mente en blanco. El camarero tuvo que acudir a sacarme la cabeza del agua diciéndome que el restaurante iba a cerrar.

El *proyecto* de Simon dejó de ser confidencial. Sus velados tejemanejes tardaron pocas semanas en hacerse públicos. En Río Salado, la gente saludaba a Simon cuando pasaba en su coche. «¡Vaya tío con suerte!», le soltaban con humor. Las chicas felicitaban públicamente a Émilie. Las malas lenguas decían que la señora

Cazenave había malbaratado a su hija; a las menos imprudentes se les hacía la boca agua pensando en los festines que el elegido por la vestal había prometido.

El otoño se fue de puntillas, y tras él vino un duro invierno. La primavera anunció un verano muy caliente y cubrió las llanuras de verde fosforescente. Las familias Cazenave y Benyamin decidieron celebrar el compromiso de sus hijos en mayo, y la boda al inicio de la vendimia.

Pocos días antes del compromiso, estando a punto de bajar el cierre metálico, Émilie me hizo entrar en la farmacia. Había venido rozando las paredes como una ladrona para no ser vista. Llevaba a modo de disfraz un pañuelo de campesina, un vulgar vestido gris y zapatos sin tacón.

Completamente trastornada, me tuteó.

—Supongo que estás al corriente. Mi madre me ha obligado. Quiere que me case con Simon. No entiendo cómo ha podido sacarme el consentimiento, pero nada está sellado... porque *todo* depende de ti, Younes.

Estaba pálida.

Había adelgazado, y no sabía dónde fijar sus ojos lechosos.

Me agarró por las muñecas, me atrajo con fuerza hacia ella temblando de pies a cabeza.

—Di que sí... —me pidió jadeando—. Di que sí y lo anularé *todo*.

El miedo la afeaba. Parecía recién salida de la cama tras una agotadora convalecencia. Su despeinado cabello despuntaba bajo el pañuelo. Los pómulos se le estremecían espasmódicamente y su mirada de agobio saltaba de mí a la calle. ¿De dónde vendría? Sus zapatos estaban blancos de polvo; su vestido olía a hoja de parra; su cuello chorreaba sudor. Debía de haber rodeado el pueblo, cortado a campo traviesa para llegar hasta mí sin levantar sospechas en el vecindario.

—Di que sí, Younes. Di que me quieres como yo a ti, que significo para ti lo mismo que tú para mí, abrázame y permanece así hasta el final de los tiempos. Younes, eres el destino que quisiera vivir, el riesgo que quisiera correr, y estoy dispuesta a seguirte hasta el fin del mundo. Te quiero. Para mí no hay nada ni nadie más importante que tú... Por el amor de Dios, di que sí...

No dije una palabra. Alelado. Aterido. Horriblemente enmudecido.

—¿Por qué no dices nada?

—...

—Pero ¿por qué no dices algo de una vez? Habla. Di que sí, di que no, pero no te quedes así. ¿Qué te ocurre? ¿Te has quedado sin voz? ¡No me tortures, di algo, por Dios!

Iba subiendo de tono. No podía contenerse. Las pupilas le llameaban.

—¿Qué debo entender, Younes? ¿Qué significa tu silencio, que soy una imbécil? Eres un monstruo, un monstruo.

Sus puños se abatieron sobre mi pecho con mísera furia.

—No tienes un ápice de humanidad, Younes. Eres lo peor que me ha ocurrido nunca.

Me golpeó el rostro, me aporreó los hombros y ahogó su llanto con gritos sordos. Yo estaba patidifuso. No sabía qué decir. Me avergonzaba por hacerla sufrir así y por quedarme plantado como un pasmarote en medio de la farmacia.

—Te maldigo, Younes. Nunca te lo perdonaré, nunca...

Y salió huyendo.

Al día siguiente, un chaval me trajo un paquete. No me dijo quién era el remitente. Retiré el envoltorio con la cautela de un artificiero. Algo me prevenía contra lo que iba a encontrar ahí dentro. En el paquete había un libro de geografía sobre las islas francesas del Caribe. Abrí la tapa y me topé con los restos de una rosa más vieja que el mundo; la rosa que yo había metido en ese mismo libro un millón de años atrás, mientras Germaine curaba a Émilie en la rebotica.

La noche del compromiso, me encontraba en Orán con la familia de Germaine. Le dije a Simon, empeñado en que Fabrice y yo estuviéramos a su lado, que tenía un funeral.

La boda se celebró como estaba previsto, al inicio de la vendimia. Esta vez, Simon insistió en que no me ausentara de Río bajo ningún motivo. Pidió a Fabrice que me vigilara. Yo no tenía intención de *desertar*. No tenía motivos para desertar. Sería ridículo. ¿Qué pensaría la gente del pueblo, los amigos, los envidiosos? ¿Cómo escaquearme sin levantar sospechas? ¿Sería honrado levantar sospechas? Simon no tenía culpa de nada. Habría hecho cualquier cosa por mí, como hizo por Fabrice en su boda. ¿Cómo quedaría yo si le amargaba el día más feliz de su vida?

Me compré traje y zapatos para la ceremonia.

Cuando la comitiva nupcial cruzó el pueblo en medio de un estruendo de bocinas, me puse el traje y fui a pie al caserón blanco del camino del morabito. Un vecino me propuso llevarme en su coche; no accedí. Necesitaba caminar, acompasar la cadencia de mis pasos a la de mis pensamientos, enfrentar las cosas, una por una,

con total lucidez.

El cielo estaba encapotado y un viento fresco me azotaba el rostro. Salí del pueblo, bordeé el cementerio judío y, una vez alcanzado el camino del morabito, me detuve para contemplar las luces de la fiesta.

Empezó a lloviznar, como para despabilarme.

Sólo nos percatamos de lo irreparable cuando ha ocurrido. Jamás he percibido un mal presagio como aquella noche; jamás una fiesta me ha parecido más injusta y cruel. Hasta mí llegaba una música hechizante que me conjuraba como si fuera un demonio. La gente se divertía alrededor de la orquesta excluyéndome de su alborozo. Me daba perfecta cuenta del inmenso estropicio que encarnaba. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que rozar tan de cerca la felicidad sin atreverme a hacerla mía? ¿Qué delito había cometido para merecer que la historia más bonita se me escurriera entre los dedos como sangre ardiente manando de llaga? ¿Qué es el amor si sólo puede constatar los daños? ¿Qué son sus mitos y leyendas, sus victorias y milagros si sus amantes son incapaces de ir más allá de sí mismos, de arrostrar la ira divina, de renunciar a la dicha eterna a cambio de un beso, de un abrazo, de un instante junto al ser amado? La decepción me inflaba las venas con una savia venenosa, me atoraba el corazón con una ira inmundada. Me odiaba por sentirme un bulto inútil tirado a un lado de la carretera.

Regresé a casa abrumado por la pena, apoyándome a las paredes para no caerme. A mi habitación le costó digerirme. Derrumbado contra la puerta, con los ojos cerrados, la barbilla apuntando hacia el techo, oí cómo entrechocaban las fibras de mi carne, luego fui tambaleándome hacia la ventana; no era mi habitación lo que atravesaba, sino el desierto.

Un rayo iluminó las tinieblas. La lluvia caía despacio. Los cristales lagrimaban; no estaba acostumbrado a ver *llorar* las ventanas. Era una mala señal, la peor de todas. Entonces me dije: «Cuidado, Younes, te estás compadeciendo de ti mismo». ¿Y qué? ¿Acaso no era exactamente lo que estaba viendo: las ventanas llorar? *Quería* ver las lágrimas en los cristales, compadecerme de mí mismo, violentarme, fundirme en cuerpo y alma con mi pena.

Me repetía que quizá fuera mejor así. Émilie no estaba destinada a ser mía. Así de sencillo. Nada se puede contra lo que está escrito... ¡Chorradas! Más adelante, mucho más adelante aprendería esa verdad: No hay nada escrito. De no ser así, los pleitos no tendrían justificación, la moral no pasaría de ser una vieja arpía y ninguna vergüenza tendría que ruborizarse ante el mérito. Por supuesto que hay cosas que nos sobrepasan, pero solemos ser nosotros los artífices de nuestras desgracias. Fabricamos nuestras culpas con nuestras propias manos, y nadie puede

presumir de ser menos digno de compasión que su vecino. En cuanto a lo que llamamos fatalidad, no es más que nuestra resistencia a asumir las consecuencias de nuestras pequeñas y grandes debilidades.

Germaine me pilló con la nariz pegada al cristal de la ventana. Por una vez, no se entrometió en mi pena. Volvió a salir de puntillas y cerró la puerta sin hacer ruido.

Pensé en Argel. En Bougie. En Timimoun. Meterme en un tren que me llevara lejos de Río Salado. Me imaginé en Argel. En Bougie. En Timimoun. Ni una sola vez me vi paseando por los bulevares, contemplando el mar sentado sobre una roca, meditando en una cueva al pie de una duna. Tenía cuentas que ajustar conmigo mismo. No es posible huir de uno mismo. Ya podía tomar todos los trenes del mundo, todos los aviones, todos los barcos: allá donde fuera llevaría a cuestas esa cosa indomable que segregaba su bilis en mí. Pero ya estaba harto de rumiar mi amargura en un rincón de mi habitación. Tenía que irme. Donde fuera. Lejos. O al pueblo de al lado. Eso no era importante. Tenía que irme a otra parte. No podía seguir viviendo en Río Salado desde que Simon se había casado con Émilie.

Me acordé de un loco desgredado que acudía los días de zoco a Jenane Jato para predicar. Era un fulano alto y delgado como un venablo que vestía una vieja túnica sujeta en la cintura por un cordón de cortina. Se aupaba sobre una roca y vituperaba: «La desgracia es un callejón sin salida. Lleva directamente al muro. Si quieres librarte de ella, aléjate de espaldas. Así creerás que retrocede mientras le plantas cara».

Regresé a Orán. Al bonito barrio de mi tío. Puede que intentara remontar el tiempo hasta la escuela para luego, ya iniciado y sobre aviso, regresar al presente limpio de cuerpo y alma, con mis posibilidades intactas y mil ojos para no malgastarlas. La casa de mi tío no alivió mi dolor. Ahora pintada de verde, me resultaba extraña, con su portal reforzado, su tapia huérfana de buganvillas y sus ventanas con los postigos cerrados; ya no sonaba allí el eco de mi griterío infantil.

Llamé a la casa de enfrente; Lucette no me abrió. «Se mudó —me dijo una desconocida—. No, no dejó dirección».

¡Qué mala suerte!

Estuve dando vueltas por la ciudad. Del campo de fútbol se elevó un clamor. No consiguió ahogar el rumor que vociferaba dentro de mí. En Médine J'dida, el pueblo indígena donde los árabes y los cabileños confinados eran más blancos que los propios blancos, me senté en la terraza de un café y me quedé observando al gentío de la explanada Tahtaha, seguro de que acabaría viendo al fantasma de mi padre con su grueso abrigo verde. Los albornoces blancos se confundían con los harapos de los mendigos. Era todo un mundo reconstruyéndose en su autenticidad secular, con sus bazares, sus baños públicos, sus tenderetes, sus minúsculas tiendas de orfebres, de zapateros remendones, de sastres demacrados. Médine J'dida no se había rendido. Había sobrevivido al cólera, al reniego y al bastardeo, musulmana y

arábigo-bereber hasta la médula. Parapetada tras sus barricadas moras y sus mezquitas, trascendía las miserias y las afrentas, presumía de digna y valiente, bella a pesar de la ira en permanente gestación, orgullosa de sus artesanos, de sus conjuntos folclóricos como S'hab el Baroud y de sus «Raqba», venerables forzudos o truhanes de honor cuyo rocambolesco carisma encandilaba a los críos y a las coquetas a la vez que daba seguridad a la pobre gente del barrio. ¿Cómo había podido prescindir de esa parte de mí mismo? Debí haber regresado por aquí con regularidad para taponar mis fisuras, fraguar mis certidumbres. Ahora que Río Salado y yo habíamos dejado de hablar el mismo idioma, ¿qué lengua debía adoptar? Caí en la cuenta de que había estado mintiéndome en todo. ¿Quién había sido en Río, Jonas o Younes? ¿Por qué, cuando mis amigos reían con franqueza, mi risa siempre remoloneaba tras la de ellos? ¿Por qué tenía la continua impresión de estar ganándome a pulso mi puesto entre mis amigos, de ser culpable de algo cuando la mirada de Jelloul se cruzaba con la mía? ¿Acaso se me toleraba por integrado, domesticado? ¿Qué me impedía ser totalmente *yo*, encarnar el mundo en el que me movía, identificarme con él en vez de dar la espalda a los *míos*? Una sombra. Yo no era más que una sombra, indecisa y susceptible, al acecho de un reproche o de una insinuación que a veces me inventaba, como esos huérfanos acogidos por una familia, más atentos a las torpezas de sus padres adoptivos que a su dedicación. A la vez, al pretender redimirme ante Médine J'dida, me preguntaba si no seguiría mintiéndome, huyendo de mis responsabilidades al intentar hacer cargar a otros con el mochuelo. ¿Quién tenía la culpa de que Émilie se me escurriera entre las manos? ¿Río Salado, la señora Cazenave, Jean-Christophe, Simon? Cuanto más lo pienso, más creo que mi error consistió en no tener el valor de asumir mis propias convicciones. Por muchas excusas que me inventara, ninguna de ellas me daría la razón. En realidad, ahora que había perdido la cara, andaba buscándome una máscara. Al igual que un desfigurado, me ocultaba tras mis vendas, que hacían asimismo las veces de celosía. Observaba a hurtadillas la verdad ajena, abusaba de ella con tal de alejar la mía. La Tahtaha aflojaba la tenaza que me oprimía. Su gentío me distraía. El baile de sus aguadores me quitaba mis migrañas. Aquellos aguadores eran seres fabulosos, inagotables y espectaculares. Entre el tintineo de sus campanillas, con el odre terciado, el ancho sombrero multicolor al viento, daban vueltas con sus vestidos de volantes sirviendo agua fresca teñida con aceite de enebro en vasitos de cobre que los transeúntes se bebían como si fueran pociones mágicas. Y me veía saciándome la sed con el sediento, sonriendo cuando el aguador se ponía a bailar, frunciendo el ceño cuando un mal pagador le agriaba el humor...

—¿Seguro que se encuentra bien? —me despertó el camarero.

No estaba seguro de nada...

¿Por qué no me dejaban en paz?

El camarero me miró perplejo cuando me levanté a regañadientes y me fui. Sólo al llegar a la ciudad europea comprendí el motivo: me había ido sin pagar mi consumición.

En un bar ahumado por colillas mal apagadas en los ceniceros, me quedé mirando cómo mi vaso me provocaba sobre la barra. Quería emborracharme hasta perder el sentido, no me sentía digno de resistir las tentaciones. Diez, veinte, treinta veces mi mano agarró el vaso sin atreverse a llevárselo a los labios. «¿Tienes un pitillo?», me preguntó mi vecina de barra. «¿Perdón?». «No hay derecho a ponerse triste cuando se tiene una cara tan bonita como la tuya». Su aliento aguardentoso me repelió. Estaba extenuado, tenía la vista empañada. Parecía una mujer sin rostro de tanto maquillaje como llevaba. Unas grotescas pestañas postizas casi le ocultaban los ojos. Tenía una boca exageradamente grande y roja, y los dientes roídos por la nicotina. «¿Tienes problemas, monín? Pues ya se te han acabado. Esto lo arreglo yo. Dios me ha enviado en tu auxilio». Su brazo se deslizó bajo el mío. Me sacó del mostrador de una sacudida. «Ven. Aquí no pintas nada...».

Me tuvo secuestrado siete días con sus noches. En un cuartucho infecto del ático de una fonda que apestaba a hachís y a cerveza. Soy incapaz de decir si era rubia o morena, joven o vieja, gorda o flaca. Sólo recuerdo su bocaza roja y su voz devastada por el tabaco y el alcohol barato. Una noche me dijo que ya tenía lo comido por lo servido. Me empujó hacia la puerta, me besó en la boca: «¡Regalo de la casa!». Y, antes de despedirme, me dijo: «A ver si espabilas, joven. Sólo hay un dios en la tierra, y ese eres tú. Si el mundo no te gusta como es, reinvéntate otro, y no permitas que ninguna pena te baje de tu nube. La vida sonrío siempre a quien sabe pagarle con la misma moneda».

Resulta extraño cómo las verdades que desconocemos nos alcanzan en los lugares menos oportunos. Me iba a pique y fue una prostituta borracha la que me sacó a flote. Con apenas unas palabras soltadas entre calada y calada de su pitillo, en el umbral de una sórdida habitación que daba a un pasillo insalubre y sin luz, en un hotel de citas sacudido por retozos orgiásticos y broncas sonadas... Antes de alcanzar el vestíbulo de la fonda, ya se me había pasado la borrachera. La brisa del atardecer acabó de despabilarme. Recorrí a pie todo el paseo marítimo mientras contemplaba los barcos del puerto, las grúas y los muelles alumbrados por proyectores y, en lo más hondo de la noche, los arrastreros surcando las aguas, como luciérnagas que imitaran las estrellas; luego fui a un baño público para

quitarme la mugre y dormir el sueño de los justos; al amanecer del día siguiente, tomé un autocar y regresé a Río, decidido a arrancarme el corazón con las manos si se me ocurría lamentarme un solo segundo de mi suerte.

Regresé a mi trabajo en la farmacia. Sin duda algo cambiado, pero sobrio. A ratos me irritaba, cuando no conseguía descifrar el garabateo de los médicos en las recetas o no soportaba que Germaine me hiciera las mismas preguntas, me notara las mismas ojeras, la misma terquedad. Pero, tras un refunfuño, me arrepentía y le pedía perdón. Por la tarde, después del cierre, salía para estirar las piernas. Iba a la plaza para ver al joven policía Bruno sacar pecho mientras enrollaba y desenrollaba el cordón de su silbato alrededor del dedo. Me gustaba su plácido celo, su manera de ladear el quepis y la cortesía teatrera que desparramaba al paso de las chicas. Me sentaba en la terraza del café y bebía a sorbos un granizado de limón mientras aguardaba la noche para regresar a casa. A veces me adentraba en los viñedos y me perdía en ellos. No me sentía desgraciado, sólo me faltaba compañía. El regreso de André había vuelto a poner de moda la cafetería, pero las partidas de billar me aburrían; José me ganaba sistemáticamente. Germaine pensaba en casarme. Invitó a varias de sus incontables sobrinas a Río Salado con la esperanza de que alguna de ellas me llamara la atención. Ni siquiera me percataba de que se habían ido.

Veía de cuando en cuando a Simon. Nos decíamos hola, nos saludábamos con la mano, a veces nos sentábamos unos minutos frente a un refresco y hablábamos de naderías. Al principio, le sentó mal que hiciera novillos el día de su boda, luego se le pasó, sin duda por tener asuntos más prioritarios que atender. Simon vivía en casa de Émilie, en el caserón del camino del morabito. La señora Cazenave había insistido mucho en ello. Además, no había casas disponibles en el pueblo, y la de los Benyamin era pequeña y fea.

Fabrice tuvo un segundo hijo. El feliz evento nos reunió a todos —menos a Jean-Christophe, que no había dado señales de vida desde su carta a Simon— en una bonita villa de la cornisa oranesa. André aprovechó para presentarnos a su prima y esposa, una robusta andaluza de Granada, alta como una torre, de rostro macizo y bello con dos espléndidos ojos verdes. Era graciosa, pero estricta en la enseñanza de modales a su marido. Fue durante aquella velada cuando me di cuenta de que Émilie estaba embarazada.

Unos meses después, la señora Cazenave viajó a Guyana, donde el esqueleto de su marido —director del penal de Saint-Laurent-du-Maroni, desaparecido en la selva amazónica mientras perseguía a unos presidiarios evadidos— había sido encontrado por unos contrabandistas e identificado gracias a sus objetos personales. Jamás regresó a Río, ni siquiera para el nacimiento de Michel, su nieto.

En el verano de 1953 conocí a Jamila, hija de un abogado musulmán amigo de mi tío desde la facultad. Coincidimos por casualidad en un restaurante de Nemours. Jamila no era muy guapa, pero me recordaba a Lucette; me gustó su apacible mirada, sus manos finas y blancas que cogían las cosas —servilleta, cuchara, pañuelo, bolso, fruta— con suma delicadeza, como si fueran reliquias. Tenía ojos negros e inteligentes, la boca redonda y minúscula, y una seriedad que revelaba una educación severa pero moderna, abierta al mundo y a sus retos; estudiaba Derecho y aspiraba a ser abogada como su padre. Fue ella la primera en escribirme; unas líneas de saludo al dorso de una tarjeta postal que publicitaba un oasis de Bou Saada, donde su padre ejercía. Tardé meses en contestarle. Intercambiamos cartas y felicitaciones durante largos años, sin que ninguno de los dos se saliera del marco de las zalemas y declarara al otro lo que su pudor o excesiva prudencia callaba.

La primera mañana de la primavera de 1954, mi tío me pidió que sacara el coche del garaje. Llevaba el traje verde que no se había vuelto a poner desde la cena que organizó en honor de Messali Hadj trece años atrás en Orán, camisa blanca y pajarita, reloj de bolsillo colgado del chaleco, zapatos negros de punta fina y un fez comprado hacía poco en una vieja tienda turca de Tlemcen.

—Quiero ir a rezar ante la tumba del patriarca —me anunció.

Como yo ignoraba dónde se encontraba la tumba del patriarca, fue mi tío el que me guio por aldeas y pistas. Viajamos durante toda la mañana, sin detenernos para descansar o comer algo. Germaine, que no soportaba las emanaciones del carburante, estaba verde por el mareo y poco le faltó para que le diera un soponcio con tanta curva cuesta arriba y abajo. Llegamos a lo alto de una montaña rocosa a media tarde. Abajo, la cuadrículada llanura de olivares resistía con valor a la aridez. En algunos puntos, la tierra se resquebrajaba ante la acometida de la erosión y los maquis se desertificaban. Algunos embalses de agua intentaban salvar las apariencias, pero era evidente que la sequía no tardaría en tragárselos hasta la última gota. Al pie de unas colinas pacían rebaños de corderos, tan distantes unos de otros como los polvorientos caseríos achicharrados por el sol. Mi tío se puso la mano a modo de visera y escrutó la lejanía. Aparentemente no encontró lo que buscaba. Escaló un repecho pedregoso hasta un bosquecillo en cuyo centro acababa de desmoronarse una ruina. Era el resto de un morabito, o de un mausoleo de tiempos pretéritos que los duros inviernos y los veranos caniculares habían rematado. Protegida tras una tapia atrapada entre sus propios escombros, una tumba descolorida recontaba sus grietas. Era el sepulcro del patriarca. Mi tío lamentó

encontrarlo en tan lastimero estado. Recogió una vigueta, la adosó a una pared terrosa y se quedó mirándola con una tristeza infinita; luego apartó respetuosamente una puerta de madera carcomida y entró en el santuario. Germaine y yo esperamos en un pequeño patio cubierto de zarzas. En silencio. Como a mi tío se le fue el santo al cielo ante la tumba, Germaine fue a sentarse sobre una roca y se cogió la cabeza con ambas manos. No había abierto la boca desde que salimos de Río Salado. Yo me temía lo peor cuando Germaine se callaba de ese modo.

Mi tío regresó con nosotros al declinar el sol. La sombra del mausoleo se había alargado desmesuradamente y una brisa fresca se puso a silbar entre la maleza.

—Ahora podemos volver —dijo mi tío, y se dirigió hacia el coche.

Esperaba que me hablara del patriarca, de la tribu, de Laola Fatna, de los repentinos motivos que lo habían traído a esta montaña acuchillada por el viento; nada. Se sentó a mi lado y no dejó de mirar la carretera. Viajamos durante parte de la noche. Germaine dormía en el asiento trasero. Mi tío no se movía. Estaba, por lo demás, sumido en sus pensamientos. No habíamos probado bocado desde la mañana; él no parecía haberlo notado. Observé que su rostro había palidecido, que tenía las mejillas más hundidas, y su mirada me trajo a la memoria aquella otra tras la que se escudaba cuando caía sin previo aviso en el mundo paralelo que fue su presidio y su asilo durante años.

—Me asusta —me confesó Germaine unas semanas después.

Mi tío no parecía haber recaído. Seguía leyendo y escribiendo, se sentaba con nosotros para comer y salía a pasear por los huertos todas las mañanas, pero ya no nos dirigía la palabra. Asentía con la cabeza, a veces sonreía para agradecer a Germaine que le trajera té o le alisara una arruga de la chaqueta, pero no abría la boca. También le daba por contemplar las colinas desde el balcón, sentado en la mecedora; luego, al caer la tarde, regresaba a su habitación, se ponía en bata y zapatillas y se encerraba con llave en su despacho.

Una noche se tumbó en la cama y pidió verme. Su palidez era aún mayor de lo habitual y tenía la mano fría, casi helada, cuando me agarró por la muñeca.

—Me habría gustado conocer a tus hijos. Seguro que me habrían colmado de alegría. Nunca he tenido a un niño en las rodillas. —Sus ojos lagrimaban—. Toma una mujer, Younes. Sólo el amor nos puede desquitar de los golpes bajos de la existencia. Y recuerda esto: basta con que una mujer te quiera para tener todas las estrellas a tu alcance y que no haya divinidad que te llegue al tobillo.

Noté el frío que lo invadía extenderse dentro de mí, y deslizarse por entre los escalofríos que provocaba en mi muñeca hasta ramificarse por todo mi ser. Mi tío estuvo mucho tiempo hablándome; cada una de sus palabras lo alejaba una legua de

nuestro mundo. Se estaba yendo. Germaine lloraba, derrumbada en una punta de la cama. Su llanto cubría las palabras de mi tío. Fue una noche extraña, a la vez profunda e irreal. Fuera, un chacal aullaba como jamás he oído hacerlo a un animal. Los dedos de mi tío dejaron en mi muñeca una huella violácea al impedir, como un garrote, que me circulara la sangre hasta que se me durmió el brazo. Sólo cuando vi a Germaine santiguarse y cerrar los ojos de su esposo admití que un ser amado tiene derecho a apagarse como el sol al anochecer, como un cirio ante un soplo de viento, y que el mal que nos inflige al irse es parte integrante de la vida.

Mi tío no llegaría a ver su país tomando las armas. El destino no lo consideró digno de ello. Si no, ¿cómo explicar que falleciera cinco meses antes de la hoguera tan esperada como aplazada de la Liberación? El día de Todos los Santos de 1954 nos pilló desprevenidos. El cafetero no paraba de renegar, con su periódico abierto sobre el mostrador. La guerra por la independencia había empezado, pero la mayoría de la gente, tras un arrebatado pasajero de indignación pronto relevado por la rechifla popular, no pensaba perder el sueño por unas cuantas granjas incendiadas en la Mitidja. Y eso que había muerto gente en Mostaganem, gendarmes sorprendidos por agresores armados. ¿Y qué?, replicaban. La carretera mata a muchos más. Y los bajos fondos también. Lo que la gente ignoraba era que esta vez iba en serio y no había vuelta atrás posible. Un puñado de revolucionarios había decidido pasar a la acción, sacudir a un pueblo embrutecido por más de un siglo de colonización, duramente castigado por las distintas insurrecciones llevadas a cabo por tribus aisladas desde generaciones atrás, que el omnipotente y mítico ejército colonial reducía indefectiblemente tras unas cuantas batallas campales, unas cuantas expediciones de castigo, unos cuantos años de desgaste. Ni siquiera la famosa OS (Organización Secreta), destacada a finales de los años cuarenta, llegó a pensar que pasaran de unos cuantos los militantes musulmanes con ganas de armar follón. Lo que se declaró aquella noche aquí y allá por el norte de Argelia, a la medianoche en punto, en el primer minuto del primero de noviembre, ¿no acabaría siendo otra llamarada, otra pavesa dentro del sempiterno desaliento y frustración de las poblaciones autóctonas dislocadas, incapaces de movilizarse en torno a un proyecto común? Esta vez no. Los «actos de vandalismo» se multiplicaban por todo el país, en principio esporádicos, cada vez más importantes, en ocasiones con asombrosa temeridad. Los periódicos hablaban de «terroristas», de «rebeldes», de «forajidos». Se iban produciendo escaramuzas aquí y allá, sobre todo en las montañas, y a los militares muertos los solían despojar de sus armas y pertrechos. En Argel, una comisaría fue arrasada en un abrir y cerrar de ojos; empezaron a caer policías y funcionarios en cualquier esquina; a los traidores se les degollaba. En Cabilia, se

hablaba de movimientos sospechosos, de grupúsculos vestidos con monos y armados con viejas escopetas que tendían emboscadas a los gendarmes antes de esfumarse. En los montes Aurès, se hablaba de coroneles y de escuadrones completos, de un ejército de guerrilleros escurridizos y de zonas vedadas. No lejos de nuestro pueblo, en el Fellaoucène, los aduares se quedaban sin hombres, que huían de noche a los montes escarpados para formar unidades de maquis. Más cerca todavía, a escasos kilómetros en línea recta, en Aïn Témouchent se producían atentados en pleno centro de la ciudad. En todas las paredes se veían las tres iniciales: FLN. Frente de Liberación Nacional. Todo un programa. Con sus leyes, sus directivas, sus llamamientos a la sublevación general. Sus toques de queda. Sus prohibiciones. Sus tribunales. Sus secciones administrativas. Sus redes inextricables, laberínticas, eficaces. Su ejército. Su radio clandestina que llamaba a la insurrección en el interior de las viviendas cerradas a cal y canto. En Río Salado, vivíamos en otro planeta. Los ecos del exterior nos llegaban amortiguados por una interminable sucesión de filtros. Sin duda, a los árabes que se deslomaban en las huertas se les notaba un extraño destello en la mirada, aunque no hubiesen cambiado para nada sus costumbres. Ya estaban en el tajo al despuntar el día, y no daban de mano hasta el anochecer. Por lo demás, la gente seguía yendo al café para charlar y tomarse sus anisetes. Ni siquiera al policía Bruno se le ocurrió quitar el seguro a su pistola; decía que no pasaba nada, que esto era un fenómeno pasajero y que el orden se iba a restablecer. Pasaron varios meses hasta que la «rebelión» empezara a salpicar nuestra quietud. Unos desconocidos incendiaron una granja aislada; luego prendieron fuego en tres ocasiones a los viñedos antes de sabotear con dinamita una bodega vitícola. Eso fue la puntilla. Jaime J. Sosa reclutó una milicia y desplegó un dispositivo de seguridad alrededor de sus viñas. La policía intentó en vano tranquilizarlo arguyendo que había adoptado las medidas oportunas. Durante el día, se veía a los granjeros rastrear la zona, con la escopeta de caza apuntando ostensiblemente hacia delante; por la noche, se efectuaban rondas siguiendo las reglas del arte militar, con consignas y disparos de aviso.

Aparte de unos cuantos jabalíes abatidos por milicianos de gatillo fácil, no se detuvo a un solo sospechoso.

Con el tiempo, la vigilancia se fue relajando y la gente se volvió a atrever a pasear de noche sin temor.

La vendimia se celebró como de costumbre. Para el baile, contrataron a tres grandes orquestas a la vez, y Río bailó hasta el agotamiento. Pepe Rucillio aprovechó el buen tiempo para contraer nupcias con una cantante de Nemours cuarenta años más joven que él. Sus herederos protestaron al principio, pero luego,

puesto que la fortuna de su patriarca era incalculable, se atiborraron como ogros y soñaron con futuros ágapes. Durante aquella ceremonia nupcial, me topé de frente con Émilie. Estaba apeándose del coche de su marido, con su hijo en el regazo; yo salía de la sala de fiestas, del brazo de Germaine. Durante una fracción de segundo, Émilie palideció. Se volvió de repente hacia Simon, que me dirigió una sonrisa antes de llevarse a su mujer hasta el centro de la fiesta. Regresé a casa a pie, dejándome olvidado mi coche junto al de mi amigo.

¡Luego vino la tragedia!

Nadie la esperaba. La guerra empezaba su año II y, al margen de los escasos sabotajes señalados más arriba, no hubo que deplorar ningún incidente más en Río. La gente atendía sus asuntos como si no pasara nada, hasta aquella mañana de 1956. Una chapa de plomo cayó sobre el pueblo. La gente se quedó de piedra; se miraba sin verse, literalmente rebasada por el suceso. Lo supe apenas vi el grupo de gente alrededor de la cafetería de André.

El cuerpo estaba tirado sobre el suelo, en la misma entrada del bar, con las piernas en el patio, el resto en el interior de la sala. Un pie había perdido el zapato, probablemente al defenderse de su agresor o intentando huir. Tenía un arañazo del talón a la pantorrilla, rayado por diminutos arroyuelos de sangre... ¡José!... Se había arrastrado unos veinte metros antes de morir. La huella de su desesperado arrastre había quedado impresa en el polvo. Su mano izquierda se agarraba a la hoja de la puerta, con las uñas vueltas. Había recibido varias cuchilladas, algunas visibles en la parte desnuda de su espalda, pues tenía la camisa desgarrada de lado a lado; el charco de sangre sobre el que yacía se salía ya de la cafetería, espesa, grumosa. Debí pasar por encima del cuerpo para entrar. La luz del día alumbraba un lado de la cara de José; daba la impresión de estar escuchando el suelo, como hacíamos de chicos pegando nuestras orejas a los raíles para ver si llegaba un tren. Su vidriosa mirada recordaba la de un fumador de opio; estaba abierta al mundo sin percibir la menor señal de él.

—Decía ser la bendita cagarruta que el Señor había pisado —suspiró André, derrumbado al pie de la barra, con la barbilla sobre las rodillas y las manos rodeándole las piernas.

Apenas se le veía en la penumbra.

Estaba llorando.

—Yo quería que se lo pasara a lo grande, como cualquier primo de Dédé Jiménez Sosa. Pero ya podía ofrecerle un banquete, que él se conformaba con un mendrugo. No quería que lo tomara por un aprovechado.

Simon estaba allí, también él derrumbado. Se acodaba a la barra con la cabeza

entre las manos. En el fondo estaba sentado el policía Bruno, intentando sobreponerse al impacto. Junto al billar había otros dos hombres, alhelados.

—¿Por qué él? —gemía André con profunda pena—. ¡Por Dios, si era José! Habría regalado su última camisa a quien se la pidiera.

—No es justo —dijo alguien a mis espaldas.

El alcalde acudió precipitadamente. Al reconocer el cuerpo de José, se llevó una mano a la boca para contener un grito. Unos coches invadieron el patio de la cafetería. Se oyeron portazos. «¿Qué ha ocurrido?», preguntaron. Nadie contestó. A los pocos minutos, todo el pueblo se congregó allí. Cubrieron el cuerpo de José con una manta. Una mujer se puso a gritar, fuera. Era la madre. Unos parientes le impidieron acercarse al cuerpo de su hijo. Se produjo cierto movimiento cuando André se levantó y salió al patio. Estaba verde de rabia, el odio le salía por los ojos.

—¿Dónde está Jelloul? —tronó con el cuerpo henchido de ira—. ¿Dónde está ese estúpido de Jelloul?

Este cruzó entre el tropel de gente y se plantó delante de su patrón. Estaba alteradísimo, no sabía qué hacer con sus manos.

—¿Qué estabas haciendo mientras se cargaban a José?

Jelloul se miró la punta de los zapatos. André le levantó la cabeza con el extremo de la fusta.

—¿Dónde estabas metido, canalla? Te dije que no salieras de la cafetería por ningún motivo.

—Mi padre estaba enfermo.

—Siempre lo ha estado. ¿Por qué no me dijiste que volvías a tu choza? José no habría venido a sustituirte y ahora estaría vivo. Además, cómo puede ser que ocurra esta desgracia la única noche en que tú no estás, ¿eh?

Jelloul agachó la nuca y André se la volvió a levantar con la punta de la fusta.

—Mírame a los ojos cuando te hablo. ¿Quién es el cobarde que se ha atrevido a cargarse a José? Tú lo conoces, ¿verdad? Te has puesto de acuerdo con él. Por eso regresaste a tu choza. Para tener una coartada, hijo de perra. Te he dicho que me mires. Hasta puede que hayas sido tú. Con el tiempo que llevas rumiando tu resentimiento... ¿A que no me equivoco, asqueroso canalla? ¿Por qué miras hacia el suelo? Ahí está José —gritó, señalando el cuerpo en la entrada del bar—. Seguro que lo has hecho tú. José no se habría dejado sorprender por un desconocido. Sólo podía acercársele alguien que lo conociera. Enséñame las manos.

André comprobó las manos y la ropa de Jelloul en busca de una mancha de sangre, lo registró y, al no encontrar nada, se puso a azotarlo con su fusta.

—¿Te crees muy listo? Matas a José, luego regresas a tu casa para cambiarte y

vuelves aquí. Me juego lo que sea que así es como ha ocurrido. Te conozco.

Rabioso por sus propias palabras, cegado por la pena, derribó a Jelloul y se lio a golpes con él. Nadie a su alrededor movió un dedo. El dolor de André parecía demasiado intenso como para cuestionarlo. Regresé a mi casa, dividido entre la ira y la indignación, avergonzado y envilecido, doblemente dolido por la muerte de José y el martirio de Jelloul. Siempre ha sido así, me decía para escabullir el bulto: cuando no se encuentra sentido a una desgracia, se busca un culpable, y aquella mañana no había en el lugar de la tragedia mejor chivo expiatorio que Jelloul.

Este fue detenido, esposado y llevado a comisaría. Se rumoreaba que había confesado, que el asesinato no tenía mucho que ver con las convulsiones que padecía el país. ¡Daba igual! La muerte había golpeado y nadie podía asegurar que no tenía intención de seguir haciéndolo. Los granjeros reforzaron su milicia y, de cuando en cuando, entre dos gañidos de chacal, se oían algunos disparos en la noche. Al día siguiente se hablaba de intrusión sospechosa repelida, de indeseables ahuyentados como conejos, de incendio criminal impedido. Una mañana en que me dirigía a Lourmel, vi a unos granjeros armados al borde de la carretera. Estaban excitados. A sus pies yacía el cuerpo ensangrentado de un joven musulmán harapiento. Lo tenían expuesto como si fuera un trofeo de caza, y a su lado una vieja escopeta como prueba fehaciente del delito.

Unas semanas después, un chaval enclenque y miserable vino a verme a la farmacia. Me pidió que lo siguiera a la calle. Una afligida mujer nos esperaba en la acera de enfrente, rodeada por una chiquillería desamparada.

—Es la madre de Jelloul —me explicó el chiquillo.

Ella vino hacia mí y se tiró a mis pies. No conseguí entender lo que intentaba contarme. Sus palabras se ahogaban en sus lamentaciones y sus gestos frenéticos me desconcertaban. La llevé al interior del local para que se calmara y enterarme de lo que me estaba farfullando. Hablaba muy rápido, lo mezclaba todo y entraba en trance antes de acabar cualquier frase. Tenía arañazos en las mejillas, lo cual demostraba que se había lacerado el rostro con las uñas en señal de gran desgracia. Al final, extenuada, consintió en beber el agua que le traje y se dejó caer sobre el banco. Me contó las vicisitudes de su familia, la enfermedad de su marido amputado de ambos brazos, sus frecuentes oraciones en todos los morabitos de la región, antes de volver a tirarse a mis pies y de implorarme que salvara a Jelloul. «Él no tuvo nada que ver. Todo el aduar se lo dirá. Jelloul estuvo con nosotros la noche en que mataron al rumí. Lo juro. He ido a ver al alcalde, a la policía, a los cadíes; nadie ha querido escucharme. Eres nuestra última esperanza. Te llevas bien con el señor André. Te escuchará. Jelloul no es un asesino. A su padre le dio un ataque

aquella noche, y yo mandé a mi sobrino para que fuera a buscarlo. No es justo. Le van a cortar la cabeza por nada». El chiquillo era el mentado sobrino. Me aseguró que era verdad, que Jelloul nunca llevaba cuchillo y que sentía afecto por José.

No veía bien lo que podía hacer yo, pero les prometí relatar a André sus declaraciones con toda fidelidad. Después de que se fueran, no me sentí con fuerzas y decidí no entrometerme. Sabía que la decisión del tribunal era irrevocable, que André no me haría caso. Desde la muerte de José, siempre estaba de malas e importunaba a los árabes por nimiedades. Tuve una noche tormentosa. En mi sueño se colaron nauseabundas pesadillas que me obligaron a encender varias veces la lámpara de cabecera. La miseria de aquella mujer medio loca y de su chiquillería me producía un malestar vertiginoso. En mi cabeza crepitaban lamentos y gritos ininteligibles. Al día siguiente, no tuve fuerzas para trabajar en la farmacia. Sopesé los pros y los contras, tentado por la abstención. No me veía defendiendo a Jelloul ante un André irreconocible de hiel y de brutalidad. Era capaz de no ver en mí sino a un musulmán solidarizándose con un asesino de su comunidad. ¿Acaso no me rechazó cuando pretendí consolarlo en el cementerio, durante el entierro de José? ¿No masculló, con la clara intención de herirme, que *todos* los árabes eran unos ingratos y unos cobardes? ¿Por qué tuvo que decir eso en un cementerio cristiano en el que yo era el único musulmán, si no con la exclusiva finalidad de apenarme?

Dos días después, me vi aparcando mi coche en el patio grande de la granja de Jaime Jiménez Sosa. André no estaba en casa. Pedí ver a su padre. Un sirviente me rogó que esperara en mi coche mientras iba a ver si el amo accedía a recibirme. Regresó al cabo de unos minutos y me condujo hasta la colina que dominaba la llanura. Jaime Jiménez Sosa regresaba de un paseo a caballo. Estaba entregando su montura a un mozo de caballerizas. Se me quedó mirando un momento, intrigado por mi visita, luego dio una sonora palmada a la grupa de su caballo y se dirigió hacia mí.

—¿Qué puedo hacer por ti, Jonas? —me soltó resueltamente desde lejos—. No bebes vino y no es todavía tiempo de vendimia.

Un sirviente acudió veloz para coger su casco colonial y su fusta; Jaime lo despidió con un gesto despectivo sin darle tiempo a acercarse.

Pasó delante de mí sin detenerse ni tenderme la mano.

Lo seguí.

—¿Cuál es el problema, Jonas?

—Es un poco complicado.

—Entonces, ve al grano.

—No me lo pone usted fácil yendo tan rápido.

Aminoró el paso y me miró de frente, al tiempo que metía una mano bajo su casco.

—Te escucho.

—Es sobre Jelloul.

Dio un respingo. Se le crisparon las mandíbulas. Se quitó del todo el casco y se secó la frente con un pañuelo.

—Me decepcionas, joven —me dijo—. Tú no eres de la misma pasta, y estás muy bien donde estás.

—Tiene que haber un error.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Puede que Jelloul sea inocente.

—¡Anda ya! Llevo generaciones empleando a árabes, y sé cómo son. Todos unas serpientes. Esa víbora ha confesado. Lo han condenado. Yo personalmente me ocuparé de que su cabeza caiga en la cesta.

Regresó hacia mí, me agarró por el codo y me hizo avanzar unos pasos con él.

—Esto va muy en serio, Jonas. No se trata de una simple escaramuza, sino de una guerra de verdad. El país se tambalea y no podemos andarnos con contemplaciones. Hay que golpear con fuerza y en el lugar preciso. No hay medias tintas que valgan. Estos locos asesinos tienen que comprender que no vamos a ceder. Cualquiera de esos cabrones que caiga en nuestras manos tendrá que pagar por los demás.

—Su familia vino a verme...

—Jonas, pobre mío —me interrumpió—, no sabes de lo que estás hablando. Eres un joven educado, íntegro e inteligente. Mantente al margen de esas historias de golfos. Te sentirás mucho mejor.

Mi insistencia lo irritaba. Y le indignaba tener que rebajarse a hablar de un factótum indigno de tener un destino, teniendo de sobra con una suerte, por hipotética que esta fuera. Me soltó, hizo una mueca de indecisión, se volvió a guardar el pañuelo en el bolsillo y, con una señal de la cabeza, me pidió que lo siguiera.

—Ven, Jonas.

Caminó delante de mí, agarrando de pasada un vaso de zumo de naranja que un sirviente surgido de la nada le tendió. Jaime Jiménez Sosa era fornido, achaparrado como un mojón; pero parecía haber crecido unos centímetros. En su camisa, que la brisa hinchaba por los lados, lucía una enorme mancha de sudor. Enfundado en su pantalón de montar, con el casco colonial echado hacia atrás, parecía estar conquistando el mundo a cada paso que daba.

Cuando llegamos a la cima de la colina, separó las piernas y su brazo describió un amplio arco, al tiempo que señalaba con el vaso como si fuera un cetro. Más abajo, la llanura desplegaba sus viñedos hasta perderse de vista. En una lejanía grisácea por la bruma, las montañas evocaban somnolientos monstruos prehistóricos. Jaime deslizó la mirada sobre el paisaje. Meneaba la cabeza cada vez que algún lugar le recordaba algo.

Se le veía tan inspirado como hubiese podido estarlo un dios contemplando su universo.

—Mira, Jonas... ¿No te parece maravillosa esta vista?

El vaso se estremeció en su mano.

Se volvió lentamente hacia mí, ladeó la cabeza y se puso nuevamente a contemplar los viñedos que se entrelazaban hasta el mismo horizonte.

—A menudo —dijo—, cuando vengo por aquí a admirar todo esto, pienso en los hombres que hicieron lo mismo que yo, hace mucho tiempo, y me pregunto lo que veían de verdad. Intento imaginarme este territorio a través de los tiempos y me pongo en el lugar de ese nómada bereber, de ese aventurero fenicio, de ese predicador cristiano, de ese centurión romano, de ese precursor vándalo, de ese conquistador musulmán; en fin, de todos aquellos hombres a quienes el destino trajo por aquí y que se detuvieron en la cima de esta colina, exactamente en el lugar donde estoy yo ahora.

Sus ojos regresaron para acosar los míos.

—¿Qué pudieron ver desde aquí en aquellas distintas épocas? —me preguntó—. Nada... Aquí no había nada que ver salvo una llanura salvaje infestada de reptiles y de ratas, algún que otro cerro invadido por la maleza, puede que una laguna hoy seca o un improbable sendero abierto a todos los peligros...

Barrió furiosamente el paisaje con el brazo, y unas gotas de zumo relucieron en el aire. Retrocedió un poco para ponerse a mi altura, y me contó:

—Cuando mi bisabuelo le echó el ojo a este culo del mundo, estaba seguro de que moriría antes de que pudiese sacarle el menor provecho. Tengo fotos en casa. No había una mísera choza en leguas a la redonda, ni un árbol, ni una carcasa de animal blanqueada por la erosión. Pero eso no arredró a mi bisabuelo. Se remangó la camisa, fabricó con sus diez dedos la herramienta que iba a necesitar y se puso a escardar, a roturar, a desbastar la tierra hasta que las manos no le sirvieron ni para cortar el pan. Aquello era penar de día y padecer de noche, y el infierno durante todas las estaciones. Y los míos no se echaron atrás; ni una sola vez, ni un solo momento. Algunos reventaron de tan sobrehumano esfuerzo, otros sucumbieron a las enfermedades, y ni uno dudó un instante de lo que estaba haciendo. Y gracias a

mi familia, Jonas, gracias a sus sacrificios y a su fe, el territorio salvaje se dejó domesticar. Generación tras generación se fue convirtiendo en sembrados y vergeles. Todos los árboles que ves a nuestro alrededor nos cuentan un capítulo de la historia de *mis* padres. Cada naranja que exprimes te devuelve algo de su sudor, cada néctar retiene aún el sabor de su entusiasmo. —Me señaló su granja con gesto teatral—. Este caserón que me sirve de fortaleza, esta gran casa tan blanca donde nací y por la que, de niño, corría como un loco... fue mi padre quien la levantó con sus propias manos, como una estela para glorificar a los suyos. Este país nos lo debe todo. Hemos abierto carreteras, llevado el ferrocarril hasta las puertas del Sahara, edificado puentes sobre los ríos, levantado ciudades a cual más bonita, y pueblos de ensueño que lindan con el maquis. Hemos convertido una milenaria desolación en un país magnífico, próspero y ambicioso, y hecho de una mísera piedra un fabuloso jardín del Edén. ¿Y pretendéis que nos creamos que todo esto lo hemos hecho por nada?

Pegó tal grito que su saliva me salpicó en la cara.

Se le oscureció la mirada cuando agitó sentenciosamente el dedo debajo de mi nariz.

—No estoy de acuerdo, Jonas. No nos hemos partido los brazos ni los corazones para que todo se esfume. Esta tierra reconoce a los suyos, y somos *nosotros* quienes la hemos servido como no se hace con una madre. Es generosa porque sabe que la amamos. La uva que nos ofrece se la bebe con nosotros. Escúchala atentamente y oirás cómo te dice que nos merecemos cada palmo de nuestros campos, cada fruto de nuestros árboles. Nos encontramos con una comarca muerta y le insuflamos un alma. Nuestra sangre y nuestro sudor alimentan sus ríos. Nadie, señor Jonas, y digo bien, nadie del mundo y de fuera de él, puede negarnos el derecho de seguir sirviéndola hasta el final de los tiempos. Y menos aún esos gandules piojosos que creen que nos van a suplantar asesinando a pobres desgraciados.

El vaso le vibraba en el puño. Se le había desencajado el rostro y su mirada intentó atravesarme de parte a parte.

—Estas tierras no son tuyas. Si ellas pudieran, los maldecirían como los maldigo yo cada vez que veo llamas criminales reducir a cenizas alguna lejana granja. Si piensan que así nos van a impresionar, están perdiendo su tiempo y el nuestro. No cederemos. Argelia la inventamos nosotros. Es lo que mejor nos ha salido y no vamos a permitir que ninguna mano impura mancille nuestros granos y nuestras cosechas.

La imagen de Abdelkader, rojo de vergüenza sobre la tarima de la clase de mi

escuela primaria, destelló en mi mente, surgida de una mazmorra de mi inconsciente donde la creía encerrada para siempre. Lo recordé con toda claridad retorciéndose de dolor mientras los dedos del maestro le retorcían la oreja. La voz estridente de Maurice restalló en mi cabeza: «¡Porque los árabes son unos perezosos, señor!». Su onda expansiva repercutió dentro de mi cuerpo como una detonación subterránea por los fosos de una fortaleza. Me invadió la misma ira que sentí aquel día en el colegio. Del mismo modo. Como lava que manara de lo más hondo de mis tripas. De pronto, olvidé el motivo de mi visita, el riesgo que corría Jelloul, la angustia de su madre, y sólo vi al señor Sosa encumbrado en su arrogancia, el insano destello de su hipertrofiada altanería que transmitía su purulencia al color del día.

Sin percatarme de ello, incapaz de contenerme, me erguí ante él y, con voz libre de cuajarones, cortante y clara como la hoja de una cimitarra, le dije:

—Hace mucho tiempo, señor Sosa, mucho antes que usted y su tatarabuelo, un hombre se encontraba aquí mismo donde está usted ahora. Cuando miraba esta llanura, no podía impedir identificarse con ella. No había carreteras ni raíles, y los lentiscos y las zarzas no le molestaban. Cada río, muerto o vivo, cada pico de sombra, cada piedra le devolvía la imagen de su humildad. Aquel hombre era confiado porque era libre. Sólo llevaba consigo una flauta para sosegar sus cabras y un garrote para alejar a los chacales. Cuando se tumbaba al pie de este árbol, le bastaba con cerrar los ojos para oírse vivir. El trozo de torta y la rodaja de cebolla que saboreaba valían mil festines. Tenía la suerte de sentirse a gusto hasta en la frugalidad. Vivía al compás de las estaciones, convencido de que la esencia de las quietudes se hallaba en la mayor sencillez. Si se creía libre de agresiones, era porque no tenía nada contra nadie, hasta el día en que vio llegar la tormenta por aquel horizonte que poblaba sus sueños. Le confiscaron la flauta y el garrote, las tierras y los rebaños, y todo aquello que le aliviaba el alma. Y ahora pretenden que se crea que andaba de paso por aquí, y se asombran e indignan cuando reclama algún miramiento. No estoy de acuerdo con usted, señor. Esta tierra no le pertenece. Es de aquel pastor de antaño, cuyo fantasma tiene usted justo al lado y se niega a verlo. Ya que no sabe compartir, coja sus huertas y sus puentes, sus asfaltos y sus raíles, sus ciudades y sus jardines, y devuelva lo demás a sus legítimos dueños.

—Eres un chico inteligente, Jonas —replicó, para nada impresionado—. Te has educado en el lugar adecuado: quédate en él. Los fellagas no son constructores. Aunque les entregaran el paraíso, lo acabarían arruinando. Sólo traerán a tu pueblo desgracias y desilusiones.

—Debería usted echar una ojeada a las aldehuelas de los alrededores, señor

Sosa. Allí campó la desgracia desde que ustedes redujeron a los hombres libres a la condición de bestias de carga.

Tras lo cual lo dejé allí plantado y regresé a mi coche, con la cabeza pitándome como si fuera un cántaro abierto a los cuatro vientos.

Jean-Christophe reapareció en la primavera de 1957. Sin previo aviso. Fue Bruno el policía quien me lo anunció en el vestíbulo de Correos.

—¿Qué tal el reencuentro?

—¿Qué reencuentro?

—¿Cómo? ¿No estás al tanto? Chris regresó a su casa hace un par de días...

¿Dos días? Jean-Christophe había regresado a Río Salado hacía dos días y nadie me había hablado de ello. Me había topado con Simon la víspera. Llegamos a intercambiar algunas palabras. ¿Por qué no me dijo nada?

De vuelta a la farmacia, llamé a Simon a su despacho, que sólo estaba a dos pasos de Correos. No sé por qué preferí llamarlo antes que ir a verlo. Puede que temiera indisponerlo, o leer en sus ojos lo que me olía: que Jean-Christophe me seguía guardando rencor y no deseaba verme.

La voz de Simon temblequeó al teléfono.

—Creía que estabas al corriente.

—¿No me digas?

—Te aseguro que es verdad.

—¿Te ha dicho algo?

Simon carraspeó. Se le notaba incómodo.

—No entiendo qué quieres decir —contestó.

—Vale, he comprendido.

Colgué.

Germaine, que regresaba del mercado, dejó en el suelo su cesta y me miró de soslayo.

—¿Con quién hablabas?

—Con un cliente protestón —la tranquilicé.

Recogió su cesta y subió la escalera que llevaba al piso. Al alcanzar el rellano, se detuvo un par de segundos y bajó unos cuantos escalones para mirarme.

—¿Qué me estás ocultando?

—Nada.

—Eso es lo que se dice siempre. A propósito, he invitado a Bernadette al baile. Espero que no la decepciones a ella también. Es una chica muy seria. Y es espabilada, aunque no lo parezca. Desde luego, no muy culta, pero no encontrarás a mejor ama de casa que ella. ¡Además, es bonita!

Bernadette... La conocí siendo una mocosa, en el entierro de su padre muerto durante el ataque a la base naval de Mers el-Kébir, en 1940. Una criatura menuda de

trenzas voladoras que permanecía al margen cuando sus primas jugaban al aro.

—Sabes muy bien que ya no voy al baile.

—Por eso mismo.

Y volvió a subir.

Simon me llamó a su vez, apenas recobrado el aliento.

—¿Qué has comprendido, Jonas?

—Me resulta extraño que me hayas ocultado el regreso de Chris. Creía que nuestra amistad era indefectible.

—No le ha salido una sola arruga. Te sigo queriendo igual. Es cierto, el trabajo no me da el menor respiro, pero pienso en ti. Tú eres el que estás distante. Nunca has venido a casa, a mi casa. Siempre andas con prisas cuando nos cruzamos. No sé lo que te has propuesto, pero yo no he cambiado. En cuanto a Chris, te juro que creía que estabas al tanto. Además, sólo lo he visto un rato. Está con su familia. Por si te tranquiliza, todavía no he llamado a Fabrice para darle la buena noticia. Voy a hacerlo ahora. A ver si nos juntamos los cuatro, como en los buenos tiempos. He pensado en una cena en la cornisa. Conozco un restaurante excelente en Aïn Turck. ¿Qué te parece?

Estaba mintiendo. Hablaba demasiado deprisa, como si declamara un discurso preparado. Pese a lo cual le di una oportunidad. Para demostrarme su sinceridad, prometió pasar a recogerme después del trabajo para que fuésemos juntos a casa de los Lamy.

Lo esperé durante todo el día. No apareció. Cerré la farmacia y seguí esperando. La noche me pilló sentado en la escalinata de la farmacia, acechando las siluetas que pasaban a lo lejos con la esperanza de reconocer la suya. No vino. Decidí ir solo a casa de Jean-Christophe. No debí hacerlo. Porque el coche de Simon estaba allí, aparcado bajo una cascada de mimosas, ante la puerta de los Lamy, al lado de otros coches, entre los cuales distinguí el de André, el del alcalde, el del tendero de la esquina, y vaya uno a saber cuáles más. Estaba loco de rabia. Algo me dijo que no tenía que entrar; no hice caso. Llamé a la puerta. Un postigo chirrió al abrirse. Tardaron una eternidad en abrirme. Una desconocida, sin duda una familiar llegada de fuera, me preguntó qué quería.

—Soy Jonas, un amigo de Chris.

—Lo siento, pero está durmiendo.

Sentí ganas de apartarla y de entrar corriendo hasta el salón donde todos contenían el aliento, y así sorprender a Jean-Christophe entre sus familiares y allegados. No lo hice. No había nada que hacer. Todo estaba claro, perfectamente claro. Asentí con la cabeza, di un paso atrás, esperé a que la desconocida cerrara la

puerta y regresé a casa. Germaine se abstuvo de hacerme preguntas; muy amable por su parte.

Al día siguiente, Simon vino a verme con cara seria.

—Te aseguro que no lo entiendo —farfulló.

—No hay nada que entender. No me quiere ver, y ya está. Y tú lo sabías desde el principio. Por eso no me dijiste nada cuando nos vimos anteayer.

—Es verdad, lo sabía. Es la primera condición que me puso de entrada. Me prohibió que te nombrara. Hasta me pidió que te comunicara que no quería que fueses a saludarlo. Por supuesto, me negué.

Levantó la pequeña tabla de madera de un lado del mostrador y se acercó a mí retorciéndose los dedos. Le sudaba la frente y su calva relucía a la luz de la ventana.

—No hay que tenérselo en cuenta. Lo ha pasado fatal. Estuvo en Indochina, luchando en primera línea. Lo apresaron. Dos veces herido. Lo licenciaron al salir del hospital. Hay que darle tiempo.

—No pasa nada, Simon.

—Debí pasar ayer a recogerte, tal como te prometí.

—Te estuve esperando.

—Lo sé. Primero fui a verlo... para que entrara en razón y te recibiera. Como comprenderás, no podía llevarte así como así. Se lo habría tomado mal y las cosas se habrían complicado.

—Tienes razón, no hay que atosigarlo.

—No es eso. Es imprevisible. Ha cambiado. Incluso conmigo. Cuando lo invité a casa para que viera al nene y a Émilie, brincó como si hubiese blasfemado. «¡Jamás!», gritó. ¡Jamás! ¿Te das cuenta? Si le hubiese propuesto regresar al infierno, no se habría negado con tanta violencia. No lo entiendo. Puede que se deba a la guerra que ha luchado. La guerra es una mierda. A veces, cuando me lo quedo mirando, tengo la impresión de que Chris está tocado del ala. Si vieras sus ojos, vacíos como los de una escopeta de doble cañón... Me da pena. No le guardes rencor, Jonas. Tenemos que ser pacientes con él.

Como no contesté, lo intentó de otro modo.

—He llamado a Fabrice. Hélène me ha dicho que está en Argel, por lo que ocurre en la Casbah. No sabe cuándo va a regresar. Puede que para entonces Chris haya cambiado de opinión.

No me gustó su manera de escurrir el bulto y volví al tema, animado por una especie de rencor tan imperioso e hiriente como una picazón.

—Ayer estabais *todos* con él.

—Sí —suspiró con cansancio. Se inclinó hacia mí para captar el menor

estremecimiento de mi rostro—. ¿Qué pasó entre vosotros dos?

—No lo sé.

—Oye, no pensarás que me voy a tragar eso. Se fue por tu culpa, ¿verdad? ¿Se alistó en el ejército, se arriesgó a que los amarillos se lo cargaran por culpa tuya? ¿Qué pudo ocurrir entre los dos? No he podido pegar ojo esta noche de tanto cavilar. Por muchas vueltas que le dé, no se me ocurre ningún motivo...

—Sigues teniendo razón, Simon. Hay que darle tiempo. El tiempo no sabe callar. Acabará contándonoslo algún día.

—¿Fue por Isabelle?

—Simon, por favor, dejémoslo.

Volví a ver a Jean-Christophe durante el fin de semana. De lejos. Yo salía del zapatero y él, del ayuntamiento. Estaba tan delgado que daba la impresión de haber crecido veinte centímetros. Tenía las sienes peladas y un mechón muy rubio le caía sobre el filo de la nariz. Llevaba un abrigo inapropiado para la temporada, y cojeaba levemente apoyándose en un bastón. Isabelle iba con él, agarrada de su brazo. Jamás la había visto tan guapa y sobria. Su humildad resultaba casi admirable. Caminaban conversando tranquilamente; ella era la que hablaba, él asentía con la cabeza. De ellos emanaba una serena felicidad, por fin recuperada y aparentemente decidida a no volver a dejarlos escapar. Aquel día amé a la pareja que formaban; una pareja que había madurado en la languidez y el cuestionamiento, consciente de sí misma, enriquecida con sus escollos. No sé por qué mi corazón sintió un impulso hacia ellos, como una oración que los acompañara a lo que podría sellar su reencuentro para siempre. Quizá porque me recordaron a mi tío y a Germaine paseando por las huertas. Me sentía feliz al verlos de nuevo juntos, y para mí era como si no hubiese pasado nada. Me di cuenta de que no podía dejar de sentir afecto por él y ternura por ella. A la vez, una tristeza tan grande como la que me embargó cuando murió mi tío me veló la mirada con una gruesa lágrima, y maldije a Jean-Christophe por volver a tomar el tren de la vida dejándome tirado en el muelle. Tuve la sensación de no haber salido entero de su arbitraria sentencia, de que le guardaría rencor durante mucho tiempo, y no me sentía en condiciones de abrirle mis brazos si le diera por concederme su perdón. ¿Qué perdón? ¿De qué era yo culpable? Estimaba haber pagado con creces el precio de mi lealtad, y haber padecido el daño que había cometido antes que los demás, más que los demás, de manera integral. Curiosamente, yo era el amor y el odio metidos en un mismo fardo, cautivos de una misma camisa de fuerza. Me deslizaba hacia algo que era

incapaz de definir y que tiraba de mí hacia todas partes, deformándome el discernimiento, las fibras, las referencias y los pensamientos, al igual que un licántropo al nacer a su monstruosidad en las tinieblas. Estaba enojado, un enojo interno, trapacero, corrosivo. Sentía celos al ver a los demás recuperar sus referencias mientras mi mundo se desarticulaba a mi alrededor; celos cuando Simon y Émilie paseaban por la avenida, con el chiquillo correteando delante de ellos; celos de la mirada cómplice que intercambiaban y que se producía a mi costa; celos de ese aura que envolvía a la pareja formada por Jean-Christophe e Isabelle camino de su redención; estaba resentido con todas las parejas con que me cruzaba en Río, Lourmel, Orán, en las carreteras que recorría al azar, como un dios despojado en busca de un universo que se percata de que ya no le queda vocación para reinventarse uno a su medida. Sin darme cuenta, acabé dedicando los días de asueto a errar por los barrios musulmanes de Orán, a sentarme en la misma mesa con gente que desconocía y cuya proximidad aliviaba mis soledades. Me encontraba en Médine J'dida bebiendo agua teñida con aceite de enebro, haciendo amistad con un viejo librero mozabita de abombados zaragüelles, instruyéndome con un joven imán de apabullante erudición, escuchando a los *yaouled* harapientos comentar la guerra que despedazaba el país; estaban mejor informados que yo, el letrado, el instruido, el farmacéutico. Me puse a retener nombres hasta entonces desconocidos y que resonaban en boca de los *míos* como la llamada del almuecín: Ben M'hidi, Zabana, Boudiaf, Abane Ramdane, Hamou Boutlilis, la Soummam, l'Ouarsenis, Djebel Llouh, Ali la Pointe, nombres de héroes y de lugares indisociables de una adhesión popular que estaba a mil leguas de imaginar tan concreta, tan determinada.

¿No estaría compensando la *defección* de mis amigos?

Fui a ver a Fabrice a su casa, en la cornisa. Se alegró de verme, pero no me convenció la tibieza de Hélène, su esposa. No volví a pisar su casa. Cuando me topaba con él, aceptaba gustoso acompañarlo a un café o a un restaurante, pero rechazaba sistemáticamente sus invitaciones a su casa. No quería exponerme a la actitud distante de su mujer. Se lo dije una vez. «Son figuraciones tuyas, Jonas —me replicó, ofendido—. ¿De dónde sacas eso? Hélène es una chica de ciudad, eso es todo. No es como nuestras chicas. Es verdad, estoy de acuerdo en que es un poco sofisticada, pero así es la gente de ciudad». A pesar de ello, no volví a su casa. Prefería olvidarme en el viejo Orán, en la Calére, alrededor de la mezquita del Pachá o del lado del palacio del Bey, contemplar a la chiquillería riñendo en la fuente de Raz el-Aïn... Se me pudo ver, con lo poco que me gusta el ruido, silbando al árbitro en los campos de fútbol, comprando en el mercado negro entradas para la plaza de toros de Eckmühl, y ovacionando a Luis Miguel Dominguín mientras

estoqueaba a su toro. No había nada como un griterío atronador para ahuyentar los interrogantes en que me negaba a detenerme. Así que fui en busca de él. Me convertí en un hincha del USMO, el club de fútbol musulmán, acudía a las galas de boxeo. Cuando los boxeadores musulmanes tumbaban a sus adversarios, de lo más hondo de mi ser brotaba una furia que ignoraba en mí; sus nombres me embriagaban como bocanadas de opio: Goudih, Khalfi, Cherraka, los hermanos Sabbane, el prodigioso marroquí Abdeslam... Estaba irreconocible. Me atraía la violencia y las masas delirantes como a una falena la llama de las velas. Sin lugar a dudas, me tenía declarada la guerra a mí mismo.

Jean-Christophe se casó con Isabelle a finales de año. Me enteré al día siguiente de la fiesta. Nadie se dignó comentármelo antes. Ni siquiera Simon que, para escándalo suyo, no fue invitado a la boda. Tampoco Fabrice, que regresó a su casa al amanecer para no tener que excusarse de no sé qué. Aquello no hizo sino alejarme un tanto más de *su* mundo. Era atroz.

Jean-Christophe decidió instalarse en otra parte, lejos de Río Salado. El pueblo no bastaba a su sed de recuperación del tiempo perdido, a su revancha sobre determinados recuerdos. Pepe Rucillio les regaló una bonita casa en uno de los barrios más elegantes de Orán. Me encontraba en la plaza del pueblo cuando los recién casados se mudaron. André llevaba a la pareja en su coche, y el camión cargado de muebles y de regalos los seguía. Todavía hoy, en mi vejez, oigo a veces los bocinazos de la comitiva y siento la misma pena que me provocaron aquel día. No obstante, y curiosamente, me sentí aliviado al verlos marchar; era como si se me acabase de destaponar una vena atorada de antiguo.

Río se iba despoblando; mis horizontes semejabán los de un naufrago derivando mar adentro. Ya no me llamaban la atención las calles, los vergeles, el bullicio de los cafés ni las ocurrencias de los campesinos siempre dispuestos a soltar una burrada. Ansiaba desde la mañana que llegara la noche para sustraerme al caos de los días; de noche, en la cama, temía despertarme en pleno corazón de las ausencias. Dejé la farmacia en manos de Germaine y me puse a frecuentar los burdeles de Orán sin tocar a las prostitutas. Me limitaba a escucharlas contarme su agitada vida en la que les importaban un pepino los sueños perdidos. Me confortaba su desprecio de lo ilusorio. En realidad, estaba buscando a Hadda. Así, de pronto, me importó. Quería encontrarla, saber si me recordaba, si podía serme útil para algo, para llegar hasta mi madre; ahí tampoco era sincero conmigo mismo, pues Hadda había dejado Jenane Jato antes del drama que enlutó nuestro patio, y no me habría servido de

nada en aquel asunto. Pero era lo que pensaba decirle para conmoverla. Necesitaba a alguien, un confidente o un conocido de antiguo con quien pudiese establecer un simulacro de complicidad, una relación de confianza, ya que la de mis amigos de Río se estaba marchitando. La encargada del Camelia me dijo vagamente que Hadda salió una noche con un chulo y que jamás volvió. El chulo en cuestión era una bestia de brazos tatuados con corazones apuñalados y reniegos grabados en su velluda piel; me aconsejó que me metiera en mis asuntos a menos que quisiera salir en la página de sucesos del periódico local. El mismo día, al bajar del tranvía, creí reconocer a Lucette, mi amiga de infancia, empujando un carrito con un bebé. Se trataba de una mujer joven y elegante, vestida con un traje de chaqueta y tocada con un sombrero de tela blanca. Seguro que no era Lucette; habría reconocido mi sonrisa, descubierto alguna lejana evocación en el azul de mis ojos. A pesar de su elocuente indiferencia, la seguí por el bulevar, hasta que di media vuelta, consciente de la indecencia de mi actitud.

Luego me topé con la guerra... la guerra a escala real; el súcubo de la Muerte; la fecunda concubina de la Desgracia; la otra realidad que no quería mirar de frente. Los periódicos no hablaban más que de atentados que sacudían ciudades y pueblos, de correrías por los aduares sospechosos, de éxodos masivos, de encontronazos sangrientos, de operaciones de limpieza, de masacres; para mí, todo constituía una ficción, un oscuro culebrón que no paraba de repetirse. Hasta que un día en que estaba tomándome un zumo de naranja en el paseo marítimo, un turismo de color negro fúnebre frenó en seco delante de un edificio y de sus ventanas asomaron unas metralletas. Las ráfagas apenas duraron unos segundos antes de que las acallara el chirrido de los neumáticos, pero siguieron resonando en mi cabeza durante mucho tiempo. Por la acera había cuerpos tirados y los transeúntes corrían dispersos. Se hizo tal silencio que el grito de las gaviotas me perforó los tímpanos. Creía estar soñando. No pude contener el temblor mientras miraba fijamente los cuerpos caídos. Mi mano se sacudía como un postigo al viento, y me salpicaba de zumo de naranja; el vaso se me escapó y se estrelló a mis pies, arrancando un incongruente aullido a un vecino de mesa. La gente salía de los edificios, de las tiendas, de los coches, estupefacta, sonámbula, para acercarse con prudencia al lugar de la tragedia. Una mujer se desmayó a los pies de su compañero. No me atreví a mover un dedo; permanecí petrificado en mi silla, boquiabierto, con el corazón desbocado. Unos silbatos anunciaron la llegada de la policía. La gente no tardó en arremolinarse alrededor de las víctimas: había tres muertos, entre ellos una chica, y cinco heridos graves.

Regresé a Río y estuve dos días sin salir de mi habitación.

Me volví insomne. Apenas me metía en la cama, un terror abisal me arrastraba hacia el fondo. Era como si cayera en un abismo. Mi sueño había dejado de ser habitable; las pesadillas me catapultaban hacia mil horrores. Harto de mirar el techo, me incorporaba, me cogía la cabeza con ambas manos y me quedaba mirando el suelo. Mis pies dejaban unas manchas húmedas en el suelo. Las ráfagas del paseo marítimo rebotaban en mis pensamientos. Por mucho que me tapara los oídos, volvían a sonar, ensordecedoras, funestas. Mi cuerpo se sobresaltaba con las detonaciones. Dejaba la lámpara encendida hasta la mañana para mantener a distancia a los fantasmas que acechaban mi sueño tras la puerta de mi habitación para abalanzarse sobre mí. Me agarraba al menor temblor, al más improbable gañido de perro para permanecer despierto. Cuando el viento hacía chirriar la madera, me crujía el cráneo hasta fisurarse. «Es el *shock*», me dijo estúpidamente el médico. ¡Menuda noticia! Lo que yo quería era superarlo. El médico no tenía ningún remedio milagroso. Me prescribió unos calmantes y unas pastillas para el insomnio que no solucionaron nada. Estaba depresivo y era consciente de mi deriva, pero no sabía cómo salir de ahí. Me sentía otra persona, un ser exasperante, decepcionante, aunque imprescindible al no tener otra referencia.

Iba al balcón a ventilar mi claustrofobia. Germaine acudía a menudo a hacerme compañía. Intentaba hablarme; yo no la escuchaba. Sus palabras me cansaban, exacerbaban mis tensiones. Quería estar solo. Por tanto, salía a la calle. Una noche tras otra. Una semana tras otra. El silencio del pueblo me sentaba bien. Me gustaba caminar por la plaza desierta, ir y venir por la avenida, sentarme en un banco y no pensar en nada.

Una noche sin luna en que iba soliloquiando por la acera, vi llegar una bicicleta. Su luz se bamboleaba y los chirridos de su cadena se estrellaban contra las paredes multiplicándose en agudos quejidos. Era el jardinero de la señora Cazenave. Frenó a mi altura y estuvo a punto de volar por encima del manillar, pálido, desastrado. Me señaló algo detrás de él y volvió a montar en su bicicleta, incapaz de articular una sílaba, con tanta prisa que chocó contra la acera y cayó de espaldas.

—¿Qué pasa? Cualquiera diría que te persigue un demonio...

Se levantó temblando, montó nuevamente en la bicicleta y balbuceó al cabo de un esfuerzo sobrenatural:

—Voy a avisar a la policía. Ha ocurrido una desgracia en casa de los Cazenave. Entonces vi un gran resplandor rojizo tras el cementerio judío.

—¡Dios mío! —exclamé.

Y eché a correr.

La casa de los Cazenave estaba ardiendo. Unas llamas gigantescas alumbraban los huertos circundantes. Corté por el cementerio. Cuanto más me acercaba al siniestro, más evidente resultaba su amplitud. El fuego había invadido la planta baja y ahora asaltaba el piso superior rugiendo con voracidad. El coche de Simon ardía en el patio, pero no vi ni a él ni a Émilie entre tanto desastre. La verja estaba abierta. El emparrado crepitaba sobre la empalizada mientras se retorció en medio de una nube de pavesas. Debí protegerme el rostro con los brazos para cruzar un muro de llamas y llegar hasta la manguera. Había dos perros muertos en el patio. Era imposible acercarse a la casa, ahora convertida en una hoguera furiosa que lanzaba sus tentáculos histéricos hacia todas partes. Quise llamar a Simon. No salió ningún sonido de mi garganta reseca. Había una mujer acurrucada bajo un árbol. La esposa del jardinero. Miraba con aire ausente, las manos pegadas a las mejillas, cómo se iba esfumando la casa.

—¿Dónde está Simon?

Volvió la cabeza hacia la antigua cuadra. Me adentré en plena hoguera, aturdido por el llameante remolino y el estrépito de los vidrios al romperse. Un acre torbellino de humo velaba la colina. En la antigua cuadra reinaba una calma que me aterró aún más que el siniestro a mis espaldas. Había un cuerpo tirado en el césped, boca abajo, con los brazos en cruz; la luz de las llamas lo azotaba intermitentemente. Se me paralizaron las rodillas. Me di cuenta de que estaba solo, absolutamente solo, y no me sentí en condiciones de enfrentar la *cosa* sin la asistencia de alguien. Esperé, contando con que acudiera la mujer del jardinero. No lo hizo. Aparte del rugido del incendio y del cuerpo inerte sobre el césped, no percibía nada. El cuerpo no se movía. Estaba desnudo, con sólo un calzoncillo al borde de las nalgas; el charco de sangre en el que chapoteaba parecía un agujero. Lo reconocí por la calvicie: ¡Simon! ¿No sería otra pesadilla? ¿No estaría durmiendo en mi habitación? El rasguño de mi brazo me escocía, o sea que estaba efectivamente despierto. El reflejo del siniestro espejeaba en el cuerpo de Simon. Vuelta hacia mí, su cara parecía un bloque de tiza; la fijeza del resplandor en sus pupilas era inapelable. Estaba muerto.

Me agaché ante el cadáver de mi amigo. Consciente sólo a medias. No me sentía seguro de mis gestos ni de mis pensamientos. Mi mano fue por sí misma a ponerse sobre la espalda del muerto como para intentar despertarlo.

—¡No lo toques! —restalló una voz en la penumbra.

Émilie estaba allí, agazapada en la esquina de la cuadra. Algo fosforescía en la palidez de su rostro. Sus ojos irradiaban un fuego de la envergadura de las llamas a mis espaldas. La melena suelta, descalza, llevaba un camisón de seda que apenas la

cubría y tenía sujeto a su aterrado hijo Michel contra ella.

—Te prohíbo que lo toques —me volvió a decir con voz de ultratumba.

Un hombre armado apareció tras ella. Era Krimo, el chófer de Simon, un árabe de Orán que trabajaba en un restaurante de la cornisa y al que mi amigo había reclutado antes de casarse. Su desgarrada silueta se apartó de la cuadra y caminó con prudencia hacia mí.

—He dado a uno. Lo he oído gritar.

—¿Qué ha ocurrido?

—Los fellagas. Han degollado a Simon y han prendido fuego a todo. Cuando llegué se habían ido. Los he visto escurrirse por el barranco, más abajo. Disparé. Los cabrones ni siquiera respondieron. Pero oí gritar a uno de ellos.

Se plantó delante de mí. La luz de las llamas acentuaba su cara de asco.

—¿Por qué Simon? ¿Qué les ha hecho? —me preguntó.

—¡Vete! —me gritó Émilie—. Déjanos con nuestra desgracia y vete. Quítalo de mi vista, Krimo.

Krimo me apuntó con su fusil.

—¿Has oído? Lárgate.

Asentí con la cabeza y di media vuelta. Tenía la impresión de no estar pisando el suelo, de deslizarme sobre el vacío. Regresé hasta la casa en llamas, corté por los huertos y volví al pueblo. Unos faros de coches rodeaban el cementerio y subían por el camino del morabito. Detrás de ellos corrían hacia el siniestro unas siluetas; sus voces jadeantes me llegaban a retazos, pero la de Émilie lo cubría todo, inmensa como el precipicio que me estaba tragando.

A Simon lo enterraron en el cementerio judío. Todo el pueblo quiso acompañarlo hasta su última morada. Había mucha gente apretujada alrededor de Émilie y de su hijo. Ella iba de riguroso luto, con un velo que le cubría el rostro. Quería estar a la altura de su dolor. A su lado rezaban los Benyamin de Río y los de fuera. La madre de Simon, abatida, lloraba sentada en una silla, sorda a los susurros de su marido, un anciano cacoquímico, muy desmejorado de salud. Unas filas atrás, Fabrice y su esposa permanecían cogidos de la mano. En cuanto a Jean-Christophe, estaba con el clan de los Rucillio, Isabelle imperceptible a su sombra. Yo me encontraba en el fondo del cementerio, detrás de todos, como si ya me considerara excluido.

Tras el entierro, la muchedumbre se dispersó en silencio. Krimo ayudó a Émilie y a su hijo a subir a un pequeño auto cedido por el alcalde. Los Rucillio se fueron por su lado. Jean-Christophe saludó a Fabrice y se apresuró en reunirse con su clan.

Se oían portazos, motores que arrancaban; el lugar se fue vaciando. Sólo quedó alrededor de la tumba un grupo de milicianos y de agentes del orden uniformados, visiblemente afectados y culpables de haber permitido que semejante desgracia azotara al pueblo. Fabrice me saludó de lejos. Con un leve gesto de la mano.

Esperaba que acudiese a consolarme; ayudó a su mujer a subir al coche y, sin una mirada atrás, agarró el volante y arrancó. Cuando su coche desapareció tras un caserón, me percaté de que sólo quedaba yo entre los muertos.

Émilie se mudó de Río a Orán.

Pero quedó profundamente anclada en mis pensamientos. Sentía pena por ella. Como la señora Cazenave no daba señales de vida, me hice cargo de la amplitud de su soledad, del dolor de su prematura viudez. ¿Qué iba a ser de ella? ¿Cómo iba a rehacer su vida en una ciudad tan ruidosa como Orán, entre gente que no conocía de nada, donde la condición de ciudadano proscribía la empatía tan corriente en el pueblo, exigía estrictas relaciones de interés, peligrosas acrobacias y un montón de concesiones antes de tener la esperanza de ser adoptado? Tanto más con esta guerra que se enquistaba día tras día, con su lote de atentados ciegos, de represalias fulminantes, sus secuestros, sus descubrimientos macabros todas las mañanas, sus callejas infestadas de trampas mortales. Me preocupaba la idea de verla salir adelante en una ciudad demencial, en el centro de un ruedo que rezumaba sangre y lágrimas, con su hijo traumatizado y sin una sola referencia fiable.

En el pueblo, las cosas dejaron de ser como antes. Se anuló el baile de las vendimias por temor a que una bomba convirtiera el alborozo en tragedia. A los musulmanes no se les permitía andar por la calle; no tenían derecho a salir sin permiso de los viñedos y huertas. Al día siguiente del asesinato de Simon, el ejército organizó una amplia operación de rastreo en la región, peinando el monte Dhar el Menjel y los maquis circundantes. Helicópteros y aviones bombardearon los lugares sospechosos. Tras cuatro días y tres noches de hostigamiento, los militares regresaron a sus cuarteles, exhaustos y con las manos vacías. La milicia de Jaime Jiménez Sosa dispuso un amplio abanico de emboscadas en la comarca que acabó dando sus frutos. La primera vez, interceptaron a un grupo de *fedayin* encargado de avituallar a los maquis; a las mulas las mataron allí mismo, quemaron los alimentos y pasearon en carreta por las calles del pueblo los cuerpos acribillados de tres *fedayin*. Unos diez días después, Krimo, que se había alistado en una unidad de *harkis*, sorprendió a once maquis en una cueva y los mató ahumándolos. Envalentonado por su hazaña, tendió una trampa a una cuadrilla de

muyahidin, mató a siete de ellos y expuso en la plaza del pueblo a dos heridos que la muchedumbre estuvo a punto de linchar.

Dejé de salir de mi casa.

Luego vino una temporada más tranquila.

Volví a pensar en Émilie. La echaba de menos. A veces la imaginaba frente a mí y le hablaba durante horas. Me atormentaba no saber de ella. Cuando no pude aguantar más, fui en busca de Krímo por si podía ayudarme a encontrarla. Estaba dispuesto a lo que fuera con tal de volver a verla. Krímo me recibió con frialdad. Estaba balanceándose en una mecedora en la entrada de su casucha, con una cartuchera terciada y su fusil sobre las piernas.

—¡Carroña! —me dijo—. Aún no ha acabado de llorar a su difunto y ya estás pensando en poseerla.

—Tengo que hablar con ella.

—¿De qué? Aquella noche fue clara contigo. No quiere oír hablar de ti.

—No es asunto tuyo.

—Ahí es donde te equivocas, chaval. Émilie es *mi* problema. Como se te ocurra importunarla, te arrancaré la glotis a dentelladas.

—¿Te dijo algo de mí?

—No necesita contarme nada. Yo estaba ahí cuando te mandó al diablo, y con eso me basta.

Poco podía esperar de aquel hombre.

Pasé meses recorriendo los barrios de Orán con la esperanza de toparme con Émilie. Iba por los colegios, a la salida de las clases; en ninguna parte vi a Michel ni a su madre entre los padres de alumnos. Merodeaba por los mercados, por las tiendas *Prisunic*, por los jardines públicos, los zocos; ni rastro de ella. Cuando ya empezaba a perder toda esperanza, al año exacto de la muerte de Simon, al pasar delante de una librería, creí verla tras la vitrina. Me quedé sin aliento. Me metí en el café de enfrente y esperé, oculto tras una columna. A la hora del cierre, Émilie salió de la librería y tomó un trolebús en la esquina de la calle. No me atreví a subir con ella. Era un sábado, y tuve que pasarme todo el domingo mordiéndome las uñas, un interminable domingo. El lunes llegué a primera hora al café de enfrente, tras la misma columna. Émilie llegó hacia las nueve, vestida con un traje de color antracita y un pañuelo del mismo color en la cabeza. El corazón se me encogió en el pecho como una esponja estrujada. Mil veces me decidí a ir en su busca, y otras tantas me pareció tamaña audacia indecente e inoportuna.

Ignoro cuántas veces pasé ante la librería para verla atender a un cliente, subir una escalerilla en busca de un libro, manosear la caja, colocar libros, sin atreverme

a empujar la puerta y entrar. La simple comprobación de que seguía ahí me producía un bienestar difuso pero tangible. Me conformaba con *vivirla* a distancia; un poco como si fuera un espejismo, temía que desapareciera al intentar acercarme a ella. Aquella situación duró más de un mes. Había desatendido la farmacia, abandonado a su suerte a Germaine, a quien hasta se me olvidaba llamar, y me pasaba las noches en fondas astrosas para, durante el día, dedicarme a observar a Émilie desde el fondo del café.

Una tarde, antes del cierre, salí como un sonámbulo de mi escondrijo, crucé la calle y me encontré empujando la puerta vidriada del local.

No había nadie en la librería ya abandonada por la luz natural. Un quebradizo silencio propiciaba una dulce quietud sobre los estantes repletos de libros. El corazón me latía con fuerza, sudaba como si tuviera fiebre. La lámpara de techo apagada sobre mi cabeza parecía una cuchilla a punto de caer. Una duda fulguró en mi mente: ¿qué estaba haciendo? ¿Qué herida me disponía a reabrir? Apreté las mandíbulas para triturar esa duda. Tenía que dar el paso. Ya no soportaba hacerme las mismas preguntas, rumiar las mismas angustias. Parecía estar transpirando uñas cuyos arañazos me surcaban la piel. Respiré con fuerza para expulsar esa apestosa toxina fuera de mí. En la calle, ociosos y coches se entreveraban en un desconcertado ballet. Los bocinazos me atravesaban de parte a parte, acerados como estocadas. La espera duraba y duraba. Estaba descompuesto. Una voz me susurraba «vete». Negué con la cabeza para hacerla callar. La oscuridad cubrió todo el local, destacando con delicadeza la estructura de los estantes que se escalonaban entre libros apilados.

—¿Qué busca usted?

Estaba detrás de mí, frágil, fantasmática. Parecía salir de la penumbra, al igual que la noche de la tragedia, envuelta en aquella misma noche, y su vestido negro, su pelo negro, sus ojos negros perpetuaban el duelo que un año entero no había atenuado un ápice. Tuve que entornar los ojos para distinguirla. Ahora que la tenía a un metro de mí, observaba que había cambiado, que su antigua belleza se había retractado, que no era sino la sombra de una época, una viuda inconsolable que había decidido abandonarse tras haberle arrebatado la vida lo que no sabría devolverle. Me di cuenta de inmediato de mi error. No era bienvenido. Sólo estaba removiendo el cuchillo en la llaga. Su rigidez, o más bien su gélida impasibilidad, me desconcertó, y supe hasta qué punto me equivocaba al pretender reparar lo que había destruido con mis propias manos. Además, estaba ese «usted», perentorio, desconcertante, insostenible, que me catapultaba lejos, muy lejos, que casi me borraba, que me ponía en la picota. Émilie me guardaba rencor. Creo que sólo había

sobrevivido a su desdicha para guardarme rencor. No necesitaba decírmelo. Su mirada se bastaba a sí misma. Una mirada inexpresiva, que parecía proceder de las antípodas y me mantenía a raya, presta a arrojarme al extremo del mundo de atreverme a sostenerla.

—¿Qué quiere usted?

—¿Yo? —dije tontamente.

—¿Quién si no? Ya vino usted la semana pasada, la semana anterior, y casi todos los días. ¿A qué juega?

Se me encogió la garganta. Imposible tragar saliva.

—Yo... pasaba por aquí... Por casualidad... Me pareció verte tras la vitrina, pero no estaba seguro. Entonces volví para asegurarme de que eras realmente tú...

—¿Y qué?

—Pues que me dije... no sé... Quise saludarte... en fin, ver si ibas bien... o sea, hablarte. Pero no me atreví.

—¿Acaso te has atrevido una sola vez en tu vida?

Se dio cuenta de que acababa de herirme. Algo se movió en el fondo de su oscura mirada. Como una estrella fugaz que se apaga apenas encendida.

—O sea que has recobrado el uso de la palabra. Después de tanto tiempo sin saber qué decir... ¿A santo de qué querías hablarme?

Sólo se movían sus labios. Su rostro, sus flacas y demacradas manos entrelazadas, su cuerpo entero permanecía impávido. Ni siquiera eran palabras, apenas un soplo que expelía su boca cual sortilegio ascendente.

—Creo que no he elegido el buen momento.

—Preferiría que no hubiera otro. Mejor acabar de una vez. ¿De qué querías hablarme?

—De nosotros dos —dije como si mis sentimientos hubiesen decidido prescindir de mí para expresarse.

Una leve sonrisa apuntó en sus labios.

—¿De nosotros dos? ¿Acaso hemos sido dos alguna vez?

—No sé por dónde empezar.

—Me lo imagino.

—No sabes cuánto me arrepiento. Estoy tan, tan... ¿podrás perdonarme algún día?

—¿Qué cambiaría?

—Émilie... estoy tan afligido.

—No son más que palabras, Younes. Es verdad que hubo un tiempo en que una palabra tuya habría cambiado el destino. Pero no te atreviste a pronunciarla. Debes

entender que todo acabó.

—¿Qué acabó, Émilie?

—Lo que nunca empezó de verdad.

Estaba destrozado. No entendía cómo seguía en pie, con las piernas partidas, la cabeza estallándome en mil pedazos; ni siquiera oía latir mi corazón o la sangre en mis sienes.

Dio un paso hacia delante. Fue como si saliera de la pared que había detrás.

—¿Qué esperabas, Younes? ¿Que creyera en los milagros, que brincara de alegría? ¿Por qué? ¿Te llegué siquiera a esperar? Por supuesto que no. Ni siquiera me diste tiempo a soñar en ti. Agarraste mi despegue por la garganta y le retorcaste el cuello. ¡Así! Mi amor por ti murió antes de tocar tierra.

Yo permanecía callado. Temía romper a llorar si abría la boca. Me daba cuenta del daño que le había hecho, de cómo había destrozado sus esperanzas, sus sueños juveniles, su felicidad pura y sana, combativa y legítima, natural y confiada, que por entonces confería a sus ojos el destello de todos los deseos de felicidad, de todas las ilusiones.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Younes?

Sólo pude asentir con la cabeza, debido al nudo en la garganta.

—¿Por qué? ¿Por qué me rechazaste? Si hubiese sido por otra y te hubieras casado, lo habría comprendido. Pero sigues sin haber tomado mujer...

Una lágrima aprovechó un descuido y se coló entre mis pestañas para caer rodando sobre una mejilla. No tuve valor ni fuerza para evitarla. Ningún músculo me obedecía.

—Le daba vueltas día y noche —prosiguió con tono monocorde—. ¿Qué tenía yo de repugnante? ¿De qué tenía culpa? Me decía: «No te quiere; así de sencillo. No está obligado a reprocharte nada. No siente nada por ti». No conseguía convencerme de ello. Te vi tan infeliz después de mi boda. Y ahí fue cuando pensé: Younes me oculta algo...

—¿Qué me ocultas, Younes? ¿Qué es lo que no quieres decirme?

El dique cedió; las lágrimas corrieron a chorros, cayeron en cascada sobre mis mejillas, me inundaron la barbilla y el cuello. Al llorar sentía que me vaciaba de mis tormentos, de mis remordimientos, de mis perjuros, como un forúnculo al soltar su pus. Lloré como una piara de mocosos, tal era mi deseo de seguir llorando.

—¿Lo ves? —me dijo—. Sigues sin querer decirme nada.

Cuando levanté la cabeza, Émilie se había ido. Como si la pared que había detrás, la penumbra que la velaba, se la hubiera tragado. Sólo quedaba en la tienda

su olor flotando entre el de los libros y, de pie, tres estantes más allá, dos ancianas que me miraban compasivas. Me sequé la cara y salí de la librería con la sensación de que una bruma nacida de la nada estaba suplantando la luz crepuscular.

Eran las siete, una tarde de finales de abril de 1959. El cielo se dejaba lamer por las llamas del poniente mientras una nube, huérfana de su rebaño, se lamentaba por encima del pueblo, inmóvil, esperando que un viento de paso se la llevara con él. Estaba colocando cajas en la rebotica y me disponía a cerrar. Al regresar a la sala, me topé con un joven de pie en la misma entrada. Estaba nervioso y tenía la chaqueta recogida como si ocultara algo.

—No quiero hacerte daño —farfulló en árabe.

Debía de tener unos dieciséis o diecisiete años. Estaba tan lívido que le veía con nitidez la pelusa alrededor de los labios. Tenía pinta de fugitivo. Flaco como una estaca, tenía el pantalón roto en las rodillas, unos botines embarrados y una bufanda arrugada alrededor de un cuello lleno de cortes.

—Es la hora de cierre, ¿verdad?

—¿Qué quieres?

Se abrió la chaqueta con gesto brusco: tenía una pistola debajo de la cintura. Se me heló la sangre al ver el arma.

—Es *El-Jabha*, el Frente, el que me manda. Vas a bajar la persiana. No te ocurrirá nada si haces lo que te ordeno.

—¿Qué historia es esta?

—La de tu patria, doctor.

Como titubeé, sacó su arma y, sin apuntarme, me ordenó que obedeciera. Bajé la persiana con los ojos pegados al cañón del arma.

—Ahora, retrocede.

Su miedo competía con el mío. Temiendo que su nerviosismo se adelantara a sus intenciones, levanté las manos para tranquilizarlo.

—Enciende y luego cierra los postigos de la ventana.

Obedecí. En el silencio de la sala, mi corazón parecía el pistón de una máquina enloquecida.

—Sé que tu madre está en el piso de arriba. ¿Hay alguien más en la casa?

—Estoy esperando a invitados —mentí.

—Los esperaremos juntos.

Se sonó la nariz con el revés de la mano armada y me ordenó con la cabeza que subiera arriba. No había avanzado cuatro peldaños cuando me hundió el cañón de la pistola en el costado.

—Te lo repito: no te ocurrirá nada si haces lo que te ordeno.

—Guarda el arma. Te prometo que...

—Tú a lo tuyo. Y no te confíes por mi edad. A otros no les dio tiempo a lamentarlo. Soy el emisario del Frente de Liberación Nacional. Piensan que se puede confiar en ti. No lo decepciones.

—¿Puedo saber lo que queréis de mí?

—Déjame recordarte que estamos en guerra.

Me pegó a la pared, en el rellano, y aguzó el oído. El ruido de vajilla que sonaba de la cocina le provocó un tic en la mejilla izquierda.

—Llámala.

—Es mayor y está enferma. Mejor será que ocultes tu arma.

—Llámala.

Llamé a Germaine. Esperaba que se llevara la mano a la boca o gritara; reaccionó con una sangre fría que me dejó perplejo. Apenas frunció el ceño al ver la pistola.

—Lo he visto salir de los cultivos —dijo.

—Vengo del maquis —confesó el adolescente con un deje de orgullo que pretendía ser perentorio—. Vayan a sentarse los dos allí, en ese banco de la sala grande. Si suena el teléfono o llaman a la puerta, no contesten. No tienen nada que temer.

Nos señaló un sillón con la punta de la pistola. Germaine se dejó caer la primera y cruzó los brazos sobre su vientre. Su calma me tenía anquilosado. Intentaba no mirar hacia mí, sin duda esperando que yo hiciera lo mismo. El adolescente se acuclilló frente a nosotros y nos miró fijamente como si fuéramos dos muebles más. Parecía no permitirse ni respirar. No conseguía adivinar sus intenciones; sin embargo, me tranquilizó verlo menos agobiado que cuando había llegado.

La noche sumió el salón en la oscuridad. El chico, con la pistola sobre un muslo y la mano encima, no se movía. Pero sus ojos brillaban en la oscuridad. Le propuse encender la luz. No contestó. Al cabo de unas cuantas horas, Germaine empezó a moverse. No era por nerviosismo o cansancio; tenía que ir al aseo y no se atrevía a pedirle permiso al desconocido, por pudor. Lo hice por él. El chico emitió dos «¡chis!».

—¿Qué estamos esperando? —le dije.

Germaine me dio un leve codazo para hacerme callar. Un rayo iluminó las tinieblas antes de retractarse, sumiendo el pueblo en una opacidad que me pareció más compacta. Sentí cómo se me enfriaba la transpiración en la espalda; me acometió un incontenible deseo de despegarme la camisa pegada a la piel; me disuadió la inmovilidad del desconocido.

Los ruidos del pueblo se fueron espaciando. Por alguna parte se oyó un último

zumbido rugir y alejarse, hasta que un atronador silencio se extendió por las callejas y los sembrados. Hacia medianoche, un proyectil rebotó contra el postigo de la ventana. El chico acudió a escrutar las tinieblas tras el cristal; se volvió hacia Germaine y le ordenó abrir abajo. Mientras ella bajaba los peldaños que llevaban a la botica, puso el cañón de su pistola contra mi nuca y me obligó a caminar hasta la escalera.

—Señora, como grite, lo mato.

—Ya lo sé —replicó Germaine.

Corrió el cerrojo de la puerta de la calle; de inmediato se produjo un revuelo en la planta baja. Quise saber lo que estaba ocurriendo, la pistola me aplastó el cráneo contra la pared.

Germaine volvió a subir. Vi unas vagas siluetas que se movían en el hueco de la escalera. «¡Enciende, idiota!», gruñó una voz áspera. Germaine accionó el interruptor; la bombilla del rellano alumbró a cuatro hombres armados intentando torpemente cargar con un cuerpo sobre una camilla improvisada. Reconocí a Jelloul, el antiguo sirviente de André. Llevaba un traje de faena desastrado, una metralleta al hombro y botas completamente embarradas. Me empujó a un lado y ayudó a los otros tres a subir los escalones y a soltar su bulto al pie del sillón, en el salón. Sin hacer caso de nosotros, pidió a sus compañeros que tumbaran con cuidado el cuerpo sobre la mesa del comedor.

—Podéis iros —les ordenó—. Regresad junto a la unidad. Me quedo con Laoufi. No es necesario que volváis a buscarnos. En caso de problemas, me las arreglaré.

Los tres hombres bajaron de nuevo la escalera y se perdieron en la noche. En silencio. Ignorándonos. El chico retiró el cañón de su pistola y me llevó a empellones hasta el salón.

—Gracias, chico —le dijo Jelloul—. Has estado perfecto. Ahora, lárgate.

—¿Me quedo por los alrededores?

—No. Vuelve donde ya sabes.

El chico lo saludó militarmente y se retiró.

Jelloul me soltó un guiño.

—¿Estás bien? —No supe qué contestarle—. Sé útil. Ve a correr el cerrojo de la puerta.

Germaine me suplicó con la mirada. Ahora estaba pálida y su rostro expresaba por entero un embotamiento tardío pero grave. Bajé a cerrar con pestillo. Cuando regresé, Jelloul estaba quitando al cuerpo sobre la mesa una vieja cazadora de comando llena de sangre.

—Como muera, lo acompañarás al otro barrio —me amenazó con calma—.

Este hombre vale más que mi propia vida. Ha recibido un balazo en el pecho durante un tiroteo con los gendarmes. Muy lejos de aquí, tranquilízate. Te lo traigo para que le saques la asquerosa chatarra que lleva dentro.

—¿Con qué? No soy cirujano.

—¿Eres médico, no?

—Farmacéutico.

—Me da igual. Tu vida depende de la suya. No me he chupado toda esta caminata para que la palme ahora.

Germaine me retuvo por el brazo.

—Deje que lo ausculte.

—Eso es más sensato —soltó Jelloul.

Germaine se inclinó sobre el herido, apartó con cuidado la camisa manchada de sangre; el impacto se había producido encima del pecho izquierdo, imperceptible bajo la capa ocre y coagulada que lo rodeaba. La herida era fea y delicada.

—Ha perdido mucha sangre.

—En ese caso, no perdamos tiempo —zanjó Jelloul—. Laoufi —dijo a su compañero—, ve a ayudar a la señora. —Y añadió dirigiéndose a mí—: Laoufi es nuestro enfermero. Baja con él a la farmacia y trae lo necesario para operar al capitán. ¿Tienes algo para desinfectar la herida, y los instrumentos necesarios para extraer la bala?

—Yo me encargo —dijo Germaine—. Jonas no me servirá de nada. Y, por favor, nada de armas en mi salón. Necesito serenidad para trabajar. Su enfermero puede quedarse. Pero usted y mi hijo...

—Eso es exactamente lo que pensaba hacer, señora.

Germaine intentaba protegerme. Notaba cómo se desvivía por conservar su sangre fría, y mi presencia la indisponía. No tenía ni idea de cómo pensaba componérselas. Jamás había usado un escalpelo. ¿Qué pensaba hacer? ¿Y si se le moría el herido? Su árida mirada me empujaba, me pedía que me mantuviera a toda costa lo más alejado posible del salón. Me comunicaba cosas que no conseguía descodificar. Era evidente que temía por mí y que se metía por medio para salvarme. Más adelante, me comunicó que habría resucitado a un muerto con tal de salvarme.

—Id a la cocina a comer algo. Estaré más tranquila cuando deje de teneros encima.

Jelloul asintió con la cabeza. Lo llevé hasta la cocina; abrió la nevera, sacó un plato de patatas hervidas, queso, lonchas de carne ahumada, fruta, una botella de leche, y lo dejó todo sobre la mesa, al lado de su metralleta.

—¿Puedes darme un trozo de pan?

—Lo tienes a tu derecha, en la despensa.

Cogió una barra larga, le dio un bocado mientras se acomodaba sobre una silla; comía con una voracidad pasmosa, saltando sin pensárselo de una fruta a un trozo de queso y de una patata a una loncha de carne.

—Estoy muerto de hambre —dijo, y soltó un sonoro eructo—. A ti no te falta de nada, ¿verdad? La guerra no es asunto tuyo. Sigues montándotelo a tope mientras nosotros las pasamos putas en el maquis. ¿Cuándo vas a elegir tu bando? Algún día tendrás que decidirte...

—No me gusta la guerra.

—No se trata de que te guste o la odies. Nuestro pueblo se ha sublevado. Está harto de padecer y de callar. Claro que tú, como nada entre dos aguas, puedes maniobrar a placer. Te pones del lado que te conviene. —Sacó una navaja de su bolsillo y cortó un trozo de queso rojo—. ¿Ves alguna vez a André?

—Muy poco estos últimos tiempos.

—Me han dicho que ha montado una milicia con su padre.

—Así es.

—Estoy impaciente por vérmelas con él. Espero que sepa que me he evadido.

—No lo sé.

—¿No se ha hablado en Río de mi evasión?

—Yo no estaba al corriente.

—Ha sido un milagro. Me cortaron la cabeza y esta me volvió a crecer. ¿Crees en el destino, Jonas?

—No tengo la sensación de tener uno.

—Pues yo creo en él. Figúrate que durante mi traslado a la cárcel de Orléansville el coche celular pinchó y se fue directo a un barranco. Cuando abrí los ojos, estaba sobre un matorral. Me levanté, caminé y, como nadie me persiguió, seguí adelante. Me pellizqué hasta hacerme sangre para estar seguro de que no soñaba. ¿No es esto una señal del cielo?

Apartó la comida, fue a ver cómo iban las cosas en el salón dejándose adrede la metralleta sobre la mesa y regresó.

—Está seriamente herido pero es fuerte. Saldrá de esta. ¡Tiene que salir de esta! Si no... —Se contuvo para no acabar la frase, me miró de frente antes de cambiar de tono—. Conservo la fe. Cuando acabamos con los gendarmes, no sabía qué hacer con el cuerpo de mi responsable. Y de pronto tu nombre resonó en mi mente. Te juro que lo oí. Me di la vuelta. Nadie. Entonces, no intenté comprender. Llevamos dos noches cortando por los bosques. Hasta los perros se callaban a nuestro paso.

¿No te parece extraordinario?

Apartó su metralleta con aparente distracción.

—Me han tendido varias emboscadas. Ni una sola vez he resultado herido. De modo que me estoy volviendo fatalista. Mi hora no llegará hasta que Dios lo decida. No tengo por qué temer a los hombres ni al rayo. ¿Y de qué tienes tú miedo? La Revolución va viento en popa. Ganamos en todos los frentes, incluso en el extranjero, el pueblo nos apoya, la opinión internacional también. El gran día no tardará en llegar. ¿Qué esperas para unirte a nosotros?

—¿Nos vas a matar?

—No soy un asesino, Jonas. Soy un combatiente. Estoy dispuesto a dar mi vida por mi patria. ¿Qué tienes tú para ofrecerle?

—Mi madre no sabe gran cosa de cirugía.

—Yo tampoco, pero alguien tiene que hacerlo. ¿Sabes quién es el capitán? Es Sy Rachid, el «escurridizo Sy Rachid» de quien hablan los periódicos. He visto a luchadores, pero a ninguno con su carisma. Han sido varias las veces en que nos hemos visto atrapados en una ratonera, hasta que aparecía él como por ensalmo y nos sacaba del apuro en un pispás. Es único. No quiero que muera. La Revolución lo necesita.

—De acuerdo; pero si sale mal, ¿qué vas a hacer con nosotros?

—¡Miserable! Sólo piensas en salvar el pellejo. No te afecta para nada la guerra que siega a diario a cientos de personas. Te mataría como a un perro si no te debiera... A propósito, ¿puedes explicarme por qué no consigo llamarte Younes?

No gritó ni golpeó la mesa; me soltó su despecho así, con la boca chica. Estaba demasiado cansado para excederse. Sin embargo, el desprecio que me tenía era inconmensurable y reavivaba en mí una ira tan grande como la que me había infligido el rechazo de Jean-Christophe.

El enfermero llamó a la puerta de la cocina antes de entrar. Estaba sudando.

—Lo ha conseguido.

—Alabado sea Dios —dijo Jelloul con desapego. Abrió los brazos en mi dirección—. ¿Lo ves? Hasta el destino está de nuestro lado.

Ordenó al enfermero que me vigilara y se apresuró a reunirse con su herido. El enfermero me preguntó si había algo de comer. Le señalé la nevera y la despensa. Me pidió que retrocediera hasta la ventana y que no intentara pasarme de listo. Era un hombrecillo enclenque, aún adolescente, con pelusa en su sonrosado rostro. Llevaba un jersey desmallado demasiado grande, un pantalón de cacería cogido en la cintura por una cuerda de cáñamo y unos enormes y grotescos botines de soldado que le daban un aspecto de gato con botas. No se acercó a la nevera, se

limitó a devorar los restos que había sobre la mesa.

Jelloul me llamó. El enfermero me hizo una señal para que saliera de la cocina y me siguió con la mirada hasta que desaparecí por el pasillo. Derrumbada en el sillón, Germaine intentaba recuperarse, con el pecho jadeante bajo la blusa empapada de sudor. El herido seguía tumbado sobre la mesa, con su desnudo pecho vendado. Su fuerte respiración nasal chirriaba en el silencio de la sala. Jelloul mojó una compresa en una pequeña palangana de agua y le refrescó la cara. Sus gestos denotaban respeto.

—Nos quedaremos unos días en vuestra casa, hasta que el capitán recobre las fuerzas —me anunció—. Mañana, abriréis la farmacia sin cambiar ninguna de vuestras costumbres. La señora se quedará con nosotros aquí. Tú harás las compras. Puedes entrar y salir tanto como quieras. A la menor anomalía que detecte... para qué te voy a contar. Sólo te pedimos hospitalidad, ¿lo entiendes? Para una vez que te ofrezco la oportunidad de servir la causa de tu pueblo, intenta estar a la altura.

—Yo me encargo de la farmacia y de las compras —propuso Germaine.

—Prefiero que sea él. ¿Estamos de acuerdo, Jonas?

—¿Qué certeza tengo de que nos dejaréis vivir cuando al fin os vayáis?

—Jonas, eres francamente desesperante.

—Yo confío —intervino Germaine.

Jelloul sonrió. Fue la misma sonrisa que me lanzó en su aduar perdido detrás de la colina de los dos morabitos; una mezcla de mueca despectiva y de lástima. Sacó un pequeño revólver del bolsillo del pantalón y me lo puso en la mano.

—Está cargado. No tienes más que apretar el gatillo.

La frialdad del metal me provocó un repelús.

Germaine se puso verde. Sus dedos se agarraron a su vestido hasta casi desgarrarlo.

—¿Qué quieres que te diga, Jonas? Me partes el corazón. Hay que ser muy poca cosa para dejar pasar de largo un destino superior.

Me quitó el revólver y se lo volvió a guardar en el bolsillo.

El herido se movió y emitió un borboteo. Debía de tener mi edad, quizás unos años más. Era rubio, bastante alto, delgado pero musculoso. Una barba rojiza ocultaba los rasgos de un rostro de frente sajada, cejas pobladas y nariz curva y afilada como una navaja de afeitar. Volvió a agitarse, estiró una pierna e intentó ponerse de lado; ese último movimiento le arrancó un grito y lo despertó. Lo reconocí cuando abrió los ojos, a pesar de los años y el desgaste de las vicisitudes: ¡Ouari! Era Ouari, mi «socio» de antaño, aquel que me enseñó el arte del camuflaje y la caza del jilguero en Jenane Jato. Había envejecido prematuramente, pero la

mirada permanecía intacta: oscura, metálica, impenetrable. Una mirada que nunca olvidaré.

Ouari salía de una inconsciencia profunda pues, al no decirle nada mi rostro, tuvo un reflejo de autodefensa, me agarró por la garganta y me atrajo con violencia hacia él al tiempo que hacía un doloroso gesto para incorporarse.

—Estás en un lugar seguro, Sy Rachid —le susurró Jelloul.

Ouari no pareció entender. Se quedó mirando a su compañero de armas, tardó un momento en reconocerlo y siguió estrangulándome. Germaine acudió en mi auxilio. Jelloul le ordenó que volviera a su sitio y, con voz suave, explicó la situación a su oficial. Los dedos se negaban a aflojarse en torno a mi garganta. Estaba empezando a quedarme sin aire, mientras el herido acababa de despabilarse. Cuando me soltó, tenía hormigueos en las sienes.

El oficial volvió a caer sobre la mesa. Su brazo se deslizó en el vacío y se balanceó un momento hasta detenerse.

—Retrocede —me ordenó el enfermero que había acudido a la carrera al oír mis gemidos. —Examinó al herido, le tomó el pulso—. Sólo se ha desvanecido. Ahora hay que meterlo en una cama. Necesita descanso.

Los tres maquis permanecieron en casa unos diez días. Seguí haciendo mi trabajo como si no pasara nada. Antes de que algún familiar se presentara de improviso, Germaine llamó a la familia de Orán para anunciarle que se iba a Colom-Béchar, en el desierto, y que avisaría a su regreso. Laoufi, el enfermero, instaló a su capitán en mi dormitorio y no se movió un momento de su lado. Yo dormía en el despacho de mi tío, en un viejo sofá. Jelloul venía a menudo a meterse conmigo. Estaba muy resentido y mi actitud con respecto a la guerra de nuestro pueblo para alcanzar la independencia lo asqueaba. Yo sabía que sólo estaba esperando una palabra mía para infamarme; por eso me callaba. Una noche, mientras yo leía un libro, me dijo, tras haber comprobado que no me apetecía conversar:

—La vida es como las películas: hay actores que dan vida a la historia y extras que se confunden con el decorado. Estos últimos están ahí pero no interesan a nadie. Tú eres uno de ellos, Jonas. No es que te lo reproche, es que me das pena.

Mi mutismo lo enervó; me gritó:

—¿Cómo te permites mirar hacia otra parte con el espectáculo que está dando el mundo?

Alcé la mirada hacia él, luego seguí leyendo. Me arrancó el libro de las manos y lo tiró contra la pared.

—¡Te estoy hablando!

Recogí mi libro y regresé al sofá. Intentó quitármelo de nuevo; esta vez lo agarré por la muñeca y lo aparté.

Sorprendido por mi reacción, Jelloul se me quedó mirando estupefacto y masculló:

—No eres más que un cobarde. No ves lo que está ocurriendo en nuestros pueblos bombardeados con napalm, en las cárceles en las que guillotinan a nuestros héroes, en los maquis en los que recogen a nuestros muertos con cucharilla, en los campos en los que se pudren nuestros militantes. ¿Qué clase de energúmeno eres, Jonas? ¿Acaso no te has enterado de que todo un pueblo lucha por su propia redención?

No le contesté.

Me golpeó la cabeza con la palma de la mano.

—No me toques —le dije.

—¡Guau! A que me cago de miedo... No eres más que un cobarde, un cobarde. Da igual que frunzas el ceño o aprietes el culo. Me pregunto por qué no te degüello. Solté mi libro, me levanté y me puse delante de él.

—¿Qué sabes tú de cobardía, Jelloul? ¿Quién la encarna, según tú? ¿El hombre desarmado que tiene una pistola en la sien o el que amenaza con saltarle la tapa de los sesos?

Se me quedó mirando con cara de asco.

—No soy un cobarde, Jelloul. No estoy sordo ni ciego, y no soy de piedra. Para que lo sepas, ya nada me entusiasma en este mundo. Ni siquiera el fusil que autoriza a quien lo lleva a tratar a la gente con desprecio. ¿No fue la humillación la que te obligó a tomar las armas? ¿Por qué la ejerces hoy a tu vez?

Se estremeció de rabia, se contuvo para no abalanzarse sobre mí y salió dando un portazo tras escupir a mis pies.

No regresó a importunarme. Cuando nos cruzábamos en el pasillo, se apartaba de mi camino con repugnancia.

Jelloul me prohibió durante toda su estancia que me acercara al capitán. Cuando necesitaba recoger algo mío, el enfermero se encargaba de ello. Le indicaba el lugar donde se encontraba tal o cual objeto y él iba a cogerlo. Sólo una vez, al salir del cuarto de baño, pude entrever al paciente por la puerta entreabierta. Estaba sentado en la cama, con una venda limpia alrededor del tórax; me daba la espalda. Recordé los años de Jenane Jato, cuando era mi protector y amigo, su pajarera llena de cagarrutas, nuestras cacerías de jilgueros por el maquis, detrás de la plaza del zoco, y el corazón se me encogió repentinamente al recordar la mirada vacía que

me había dirigido mientras aquel bicho malo de Daho me torturaba con su serpiente. Pese a que me quemaba la lengua desde que lo había reconocido, se me pasaron del todo las ganas de decirle quién era.

El último día, los tres maquis se dieron un baño, se afeitaron, metieron su ropa y su calzado limpio en un saco, se pusieron ropa mía y se reunieron en el salón. Al enfermero le iba demasiado grande mi traje, y no paraba de mirarse en el espejo, encantado con la pinta que llevaba. Los tres intentaban disimular su nerviosismo, Jelloul embutido en el traje que me compré para la boda de Simon, y el capitán, en el que Germaine me había regalado unos meses antes. Hacia mediodía, tras el almuerzo, Jelloul me ordenó que extendiera sábanas blancas por toda la balaustrada del balcón. Al anochecer, encendió y apagó tres veces la luz de la sala que daba a las huertas. Cuando se produjo un resplandor desde el fondo de las tinieblas, más allá del mar de viñas, me ordenó que llevara al enfermero a la rebotica para que eligiera todos los medicamentos y botiquines que iba a necesitar. Metimos tres cajas grandes en el maletero del coche y volvimos a subir al piso donde el capitán, todavía pálido, iba y venía por el pasillo, pensativo.

—¿Qué hora es? —preguntó Jelloul.

—Las diez menos cuarto —le dije.

—Es el momento. Vamos a meternos en tu coche y vas a llevarnos adonde yo te indique.

Germaine, que estaba sola en una esquina del salón, cruzó los dedos y se puso a rezar encogiendo el cuello. Estaba temblando. El enfermero se le acercó y le dio unas palmadas en el hombro. «Todo irá bien, señora. No se preocupe». Germaine se acurrucó todavía más tras sus manitas.

El capitán y el enfermero ocuparon el asiento trasero, con las armas a sus pies. Jelloul subió a mi lado; no paraba de aflojarse la corbata. Abrí las puertas del garaje, que Germaine cerró cuando salimos, y conduje con las luces apagadas hasta la bodega Graus, enfrente de la cafetería de André. Había gente en el bar y en el patio. Se oían risas y gritos. De repente temí que a Jelloul le diera por ajustar cuentas con su antiguo patrón. Pero se limitó a esbozar una mueca y me señaló con la barbilla la salida de Río. Encendí las luces y me adentré en la noche.

Tomamos la carretera asfaltada de Lourmel, cogimos una bifurcación antes de llegar al pueblo y seguimos hacia la playa de Terga por una pista transitable. Una motocicleta nos estaba esperando en un cruce. Reconocí al adolescente que se había presentado el primer día en la farmacia con la pistola. Dio media vuelta y nos adelantó a toda velocidad.

—Conduce despacio —me ordenó Jelloul—. No intentes alcanzarlo. Si lo ves

regresar, apaga las luces y da media vuelta.

La motocicleta no regresó.

Al cabo de unos veinte kilómetros, lo vi en el borde de la carretera. Jelloul me dijo que aparcara a su altura y apagara el motor. De la espesura surgieron unas siluetas armadas con fusiles y equipadas con mochilas. Una de ellas tiraba de la brida de una mula escuálida. Mis pasajeros se unieron a ellos; se dieron unos breves abrazos. El enfermero regresó hacia mí, me intimó a que permaneciera pegado al volante y se apresuró a abrir el maletero de mi coche. Cargaron los cartones de medicamentos y los botiquines sobre la mula. Luego, Jelloul me despidió con un gesto de la mano. No me inmuté. Estaba convencido de que no me iban a dejar ir así como así, pues podía denunciarlos en el primer control policial. Busqué la mirada de Jelloul, pero él ya me había dado la espalda, tras los pasos de su capitán, al que no había oído soltar una sola palabra desde la noche en que estuvo a punto de estrangularme. La mula trepó por un sendero, trastabilló en lo alto de una roca y desapareció. Las siluetas se deslizaron tras ella por los matorrales, dándose la mano para ayudarse a escalar el repecho del terreno. Se desvanecieron y pronto no se oyó más que la brisa en el follaje.

Mi mano se negaba a tocar la llave de arranque. Estaba seguro de que Jelloul permanecía agazapado muy cerca, apuntándome con su fusil, acechando el ruido del motor para que cubriera su disparo.

Necesité una hora para admitir que efectivamente se habían ido.

Unos meses después, me llegó una carta sin sello ni remitente. Dentro, en una hoja de cuaderno escolar habían escrito una lista de medicamentos. No había ninguna indicación más. Compré los medicamentos señalados y los metí en una caja. Laoufi pasó a recogerlos una semana después. Eran las tres de la mañana cuando un proyectil alcanzó el postigo de mi ventana. Germaine también lo oyó; la sorprendí en el pasillo, envuelta en su albornoz. No nos dijimos nada. Se me quedó mirando mientras yo bajaba a la rebotica. Entregué la caja al enfermero, cerré la puerta de entrada y subí a mi habitación. Esperaba que Germaine viniera a reprenderme; regresó a su dormitorio y se encerró con llave.

Laoufi regresó cinco veces a recoger cajas. Siempre del mismo modo: un sobre virgen introducido de noche en mi buzón, con una lista de medicamentos dentro garabateada en un trozo de papel, y además, de cuando en cuando, un encargo de material médico: jeringas, algodón, compresas, tijeras, estetoscopio, garrotes, etc. Un proyectil contra la ventana. El enfermero ante la puerta de entrada. Germaine en

el descansillo de la escalera.

Una noche recibí una llamada. Jelloul me pidió que lo recogiera en el sitio donde lo había dejado con el capitán y el enfermero. Al verme sacar el coche del garaje, temprano por la mañana, Germaine se santiguó. Caí en la cuenta de que ya no nos hablábamos. Jelloul no acudió a la cita. Me llamó de nuevo apenas regresé a casa y me rogó que volviera de nuevo al lugar señalado. Esta vez me estaba esperando un pastor, con una maleta llena de dinero a sus pies. Me ordenó que ocultara el dinero hasta que alguien fuera a buscarlo. La maleta estuvo quince días en mi casa. Jelloul me telefoneó un domingo para pedirme que llevara el «paquete» a Orán y que esperara, sin salir de mi coche, frente a una pequeña carpintería que había detrás de la cervecería BAO. Obedecí. La carpintería estaba cerrada. Un hombre pasó delante de mí, volvió a pasar, se detuvo a mi altura y, enseñándome la culata de una pistola que tenía bajo la chaqueta, me ordenó que bajara. «Vuelvo dentro de quince minutos», me dijo mientras se ponía al volante. Un cuarto de hora después recuperé mi coche.

Aquella doble vida prosiguió durante todo el verano y todo el otoño.

La última vez que Laoufi se presentó en mi casa, estaba más nervioso que de costumbre. Sin dejar de mirar hacia los viñedos, vació la caja de medicamentos en una mochila que se echó a la espalda y me echó una mirada que no le conocía. Quiso decirme algo, no consiguió tragar saliva; se puso de puntillas y me besó en lo alto de la cabeza en señal de respeto. El cuerpo le temblaba entre mis brazos. Eran algo más de las cuatro de la mañana y el cielo empezaba a clarear. ¿Sería el amanecer lo que lo preocupaba? Laoufi no se encontraba bien, estaba claro que un presentimiento lo corroía. Me saludó y se apresuró a desaparecer entre los viñedos. Lo vi adentrarse en la oscuridad, escuché el crujido de las hojas delatar sus decrecientes pisadas. En el cielo, la luna parecía un recorte de uña. Un viento vacilante sopló intermitentemente antes de tumbarse a ras del suelo.

Sin encender la luz de mi habitación, me senté en el borde de la cama con la intuición en vilo... Unos disparos desgarraron el silencio de la noche, y todos los perros del entorno se pusieron a ladrar.

Al amanecer, llamaron a la puerta. Era Krimo, el antiguo chófer de Simon. Estaba sobre la acera, con las piernas abiertas, las manos en las caderas, el fusil bajo la axila. Su rostro irradiaba un insano regocijo. En la calzada había seis hombres armados, auxiliares, alrededor de una carreta con un cuerpo ensangrentado. El de Laoufi. Lo reconocí por su grotesco calzado y la mochila destripada sobre su pecho.

—Un *fell* —dijo Krimo—. Un apestoso *fell* de mierda... Su olor lo ha

traicionado. —Dio un paso adelante—. Me estaba preguntando qué pintaba ese *fell* en mi pueblo. ¿En casa de quién estaría? ¿De dónde salía?

Empujaron la carreta hasta mí. La cabeza del enfermero se meneó por encima de la rueda, con una parte del cráneo arrancada. Krímo agarró la mochila y la tiró a mis pies; los medicamentos se esparcieron por el suelo.

—Sólo hay una farmacia en Río, Jonas, y es la tuya. Así que de repente lo comprendí todo.

Uniéndome al gesto a la palabra, me golpeó con la culata de su fusil en la mandíbula. Sentí cómo se me troceaba el rostro en el aullido de Germaine y caí en el vacío.

Me tuvieron secuestrado en un calabozo nauseabundo, entre ratas y cucarachas. Krímo quería saber quién era el «fellaga», desde cuándo lo aprovisionaba de productos farmacéuticos. Yo le contestaba que no lo conocía. Él me metía la cabeza en una bañera llena de agua sucia, me flagelaba con una fusta trenzada; yo me empeñaba en repetir que el *fell* no había estado nunca a mi casa. Krímo soltaba maldiciones, me escupía, me daba patadas en los costados. No consiguió sacarme nada. Me puso en manos de un anciano demacrado, de alargado rostro gris y mirada penetrante. Este empezó diciendo que me comprendía, que en el pueblo la gente estaba segura de que no tenía nada que ver con los «terroristas», que *ellos* me habían obligado a colaborar. Seguí negándome en redondo. Los interrogatorios se fueron sucediendo, unos con trampa, otros duros. Krímo esperó la noche para volver a la carga y torturarme. Aguanté.

Por la mañana, la puerta se abrió y entró Pepe Rucillio.

Lo acompañaba un oficial en uniforme de combate.

—No hemos acabado con él, señor Rucillio.

—Está usted perdiendo el tiempo, teniente. Se trata de un triste malentendido. Este chico es víctima de una desgraciada coincidencia. Su coronel también está convencido de ello. Como usted comprenderá, jamás se me ocurriría proteger a un forajido.

—Ese no es el problema.

—No hay problema, y tampoco lo habrá —prometió el patriarca.

Me devolvieron mi ropa.

Fuera, en el pedregoso patio de lo que parecía un acantonamiento, Krímo y sus hombres miraban cómo me libraba de ellos, chasqueados, ofendidos. Se daban cuenta de que el venerado patriarca de Río Salado había abogado por mí ante las

más altas instancias militares, haciéndose responsable de mí.

Pepe Rucillio me ayudó a subir en su coche y arrancó. Saludó al soldado de guardia en la salida del recinto y condujo su poderoso coche hacia una pista.

—Espero no estar cometiendo el error de mi vida —me dijo.

No le contesté. Tenía la boca hundida, y los ojos tan hinchados que me costaba mantenerlos abiertos.

Pepe no añadió más. Lo notaba vacilar entre la duda y la carga de conciencia, entre su compromiso a mi favor y la inconsistencia de los argumentos que había proporcionado al coronel para liberarme de toda sospecha y devolverme la libertad. Pepe Rucillio era algo más que un notable: era una leyenda, una autoridad moral, un personaje tan inmenso como su fortuna, pero tenía, como toda eminencia que pone su honor por encima de cualquier otra consideración, la fragilidad de un monumento de porcelana. Lo podía conseguir todo sobre la marcha, su credibilidad valía por cualquier documento oficial. Los seres con su influencia y rango, cuyo nombre basta para aplacar los ánimos y poner término a los más tormentosos debates, tienen derecho a ciertas larguezas, cuando no locuras, y se benefician de impunidad en determinados casos, salvo cuando se trata de la palabra dada. Si resultara infundada, no le quedaría el menor margen de maniobra. Ahora que se había hecho responsable de mí, tenía serias dudas sobre si había actuado adecuadamente, y no paraba de darle vueltas por dentro.

Me llevó al pueblo y me dejó delante de mi casa. No me ayudó a bajar, dejó que me las arreglara sin prestarme atención.

—Me juego mi reputación, Jonas —refunfuñó sin apenas mover los labios—. Como llegue a enterarme de que eres un redomado farsante, me encargaré personalmente de tu ejecución.

Ignoro de dónde saqué la fuerza para preguntarle:

—¿Jean-Christophe?

—¡Isabelle! —Ladeó la cabeza y añadió—. No le niego nada, pero como se haya equivocado sobre ti, renegaré de ella de inmediato.

Germaine acudió a la acera para recogerme. Evitó reprocharme nada. Demasiado contenta de recuperarme sano y salvo, se apresuró a prepararme un baño y luego a cocinarme algo. Después, me curó las heridas, vendó las más gordas y me metió en la cama.

—¿Tú llamaste a Isabelle? —le pregunté.

—No. Fue ella quien telefoneó.

—Vive en Orán. ¿Cómo se enteró?

—En Río todo se sabe.

—¿Qué le contaste?

—Que no tenías nada que ver en este asunto.

—Y, por supuesto, te creyó.

—No se lo pregunté.

Mis preguntas la hirieron. Sobre todo, mi manera de hacérselas. La tibieza de mi tono, el reproche que sobreentendía convirtió su alegría por recuperarme en una decepción difusa que no tardó en convertirse en ira contenida. Me miró con rencor. Era la primera vez que me miraba así. Comprendí que el cordón que me unía a ella acababa de deshilacharse, que la mujer que lo había sido todo para mí —mi madre, mi hada madrina, mi hermana, mi cómplice, mi confidente y amiga— ya no veía en mí sino a un extranjero.

El invierno de 1960 fue tan duro que nuestras oraciones se congelaban; casi se las podía oír caer del cielo y estrellarse contra el suelo como si fueran cubitos de hielo. Como la grisura circundante no bastaba para oscurecer nuestros pensamientos, se solían apuntar a la partida espesos nubarrones; se abalanzaban como halcones sobre el sol y se tragaban ante nuestras narices los escasos rayos susceptibles de aportar una pizca de luz a nuestras abotagadas mentes. Había mucha tormenta en el aire; la gente ya no se hacía ilusiones: la guerra se había aficionado a sí misma y a los cementerios les salían alas.

En casa, las cosas se complicaban. Los silencios de Germaine me apenaban. No me gustaba que pasara por mi lado sin mirarme, que comiera en la misma mesa con los ojos clavados en su plato, que esperara que yo acabase de comer para recoger y retirarse a su habitación sin abrir la boca. Aquello me dolía, pero tampoco sentía la necesidad de reconciliarme con ella. No tenía fuerzas para tanto. Todo me cansaba, me repugnaba. Me negaba a atender a razones, poco me importaba estar equivocado, no buscaba sino el oscuro rincón desde donde me prohibía a mí mismo reflexionar sobre lo que tenía que hacer, pensar en lo que había hecho, saber si había actuado bien o mal. Estaba amargo como una raíz de adelfa, enfurruñado y furioso contra algo que no tenía interés en definir. A ratos, las obscenas groserías de Krímo resonaban en mi cabeza; me sorprendía deseándole las peores sevicias, luego se me pasaba y me aislaba de todo. No sentía odio, ni tampoco ira, estaba convencido de tener tan saturado el ser que una bocanada añadida de aire lo habría hecho estallar.

En los ratos en que me calmaba, pensaba en mi tío. No lo echaba de menos. Sin embargo, la ausencia que había dejado tras de sí me recordaba las que me tenían amputado. Sentía que no tenía dónde apoyarme, que flotaba a cámara lenta dentro de una burbuja sofocante, que yo mismo era una burbuja a merced de la más insignificante ramita. Tenía que reaccionar, notaba cómo me iba deslizando, desintegrando lentamente. Así que convoqué a mi muerto. Su recuerdo suplantaba los míos, su fantasma espantaba las desgracias que me habían golpeado. ¿Acabaría echándolo de menos? Me sentía tan solo que a mi vez estaba a punto de desaparecer, como una sombra repentinamente aspirada por las tinieblas. Mientras iban haciéndose menos evidentes mis contusiones, me encerré en su despacho y me apasioné con la lectura de sus cuadernos: una decena de libretas y registros llenos de notas, de críticas, de citas de escritores y de filósofos del mundo entero. También llevaba un diario que me encontré por casualidad debajo de un montón de recortes

de prensa, en un cajón de su mesa de despacho. Sus escritos trataban de la Argelia de los oprimidos, del movimiento nacionalista y de las aberraciones humanas que convertían la esencia de la vida en una simple correlación de fuerzas, en una lamentable y estúpida voluntad por parte de unos de avasallar a los demás. Mi tío tenía una gran cultura, era un erudito y un sabio. Recuerdo la mirada que me dirigía al cerrar sus cuadernos; era una mirada sublime, de enternecedora y chispeante inteligencia. «Me gustaría que mis escritos quedasen para las generaciones venideras», me dijo. «Esa será tu parte de posteridad», me pareció oportuno contestarle para halagarlo. Se le contrajeron los rasgos. Replicó: «La posteridad nunca ha vuelto las tumbas más cómodas. Su único mérito está en aplacar nuestro miedo a la muerte, ya que nuestra inexorable finitud no conoce mejor terapia que la ilusión de una buena eternidad. Pese a ello, hay otra cosa a la que tengo apego: la memoria de una nación ilustrada. Es la única posteridad con la que sueño».

Cuando miraba a lo lejos desde mi balcón y no veía nada en el horizonte, me preguntaba si había vida más allá de la guerra.

André Sosa me hizo una visita una semana después de la intervención de Pepe Rucillio. Aparcó su coche frente a los viñedos y me hizo una señal para que bajara. Le dije que no con la mano. Abrió la portezuela y se apeó. Llevaba un abrigo de color beis ancho y abierto sobre su tripón y botas de cuero que le llegaban hasta las rodillas. Por su amplia sonrisa, entendí que venía en son de paz.

—¿Vamos a dar una vuelta en mi carro?

—Estoy bien donde estoy.

—Pues subo.

Lo oí saludar respetuosamente a Germaine en el vestíbulo, luego abrir la puerta de mi habitación. Antes de llegar al balcón, echó una mirada a mi cama sin hacer, a los libros apilados sobre la mesilla de noche, se acercó a la chimenea sobre la que seguía encabritado el caballo de madera que me regaló Jean-Christophe al día siguiente de la paliza que me dio en el colegio, en una vida anterior.

—Eso sí que eran buenos tiempos, ¿verdad, Jonas?

—El tiempo no tiene edad, Dédé. Somos nosotros los que hemos envejecido.

—Tienes razón, salvo que no hemos tomado ejemplo del vino que producimos: no hemos mejorado con el tiempo.

Se acodó en el balcón, a mi lado, y dejó su mirada planear sobre los viñedos.

—En el pueblo nadie piensa que tengas algo que ver con este asunto de fellagas. Krimo no para de asegurar lo contrario. Ayer lo vi, y se lo dije en la cara.

Se volvió hacia mí evitando fijarse en los moratones que me desfiguraban el rostro.

—Lamento no haber venido antes.

—¿Qué habría cambiado eso?

—No lo sé... ¿Te gustaría venirte conmigo a Tlemcen? Orán se ha vuelto imposible con sus matanzas diarias, y tengo ganas de cambiar de aires. En Río todo me entristece.

—No puedo.

—No nos quedaremos mucho. Conozco un restaurante...

—No insistas, Dédé.

Meneó la cabeza.

—Te comprendo. Pero no lo apruebo. No es bueno que te quedes así, rumiando tu hiel.

—No tengo hiel. Necesito estar solo.

—¿Te molesto?

Volví a concentrarme en la lejanía para no contestar.

—Es increíble lo que nos está ocurriendo —suspiró, mientras se acodaba de nuevo en el balcón—. ¿Quién iba a imaginarse que nuestro país iba a caer tan bajo?

—Era previsible, Dédé. Había un pueblo arrastrado por el suelo, al que se estaba pisoteando como si fuera césped. Un día u otro tenía que rebelarse. Y así es como se pierde el equilibrio.

—¿Piensas realmente lo que dices?

Esta vez me puse yo frente a él.

—¿Hasta cuándo nos vamos a seguir engañando, Dédé?

Se llevó el puño a la boca y sopló dentro, meditando mis palabras.

—Es verdad que había cosas que no iban bien, pero de ahí a desencadenar una guerra tan violenta, no estoy de acuerdo. Se habla de cientos de miles de muertos, Jonas. ¿No te parece que es demasiada gente?

—¿Y eso me lo preguntas tú a mí?

—Me siento totalmente perdido. No me lo puedo creer. Lo que está ocurriendo en Argel sobrepasa el entendimiento. Y París, que no da pie con bola. Hasta hablan de autodeterminación. ¿Qué será eso de la autodeterminación? ¿Que lo borremos todo y volvamos a empezar desde principios equitativos? O que...

No se atrevió a acabar su frase. Su preocupación se convirtió en enojo; se le emblanquecieron los nudillos de tanto estrangular sus fantasmas.

—Al final, ese jodido general no habrá comprendido nada de nuestra desgracia —dijo, aludiendo al famoso «Os he comprendido» que soltó De Gaulle a los ciudadanos de Argel el 4 de junio de 1958, que entusiasmó a las masas y prorrogó las ilusiones.

Una semana después, el 9 de diciembre de 1960, todo Río Salado se desplazó a Aïn Témouchent, una ciudad cercana en la que el general daba un mitin bautizado por el cura como «misa de la última oración». Según los rumores, la gente estaba preparada para lo peor, aunque tampoco acabara de creérselo. El temor mantenía las filas prietas, reforzaba las anteojeras; se negaban a mirar el reverso de las realidades sentenciosas, de los futuros inapelables. Los oí al amanecer, mientras sacaban sus coches de las cocheras, formaban convoyes, se hablaban a voz en grito, soltaban sus gracias, gritaban con fuerza para dominar esa deprimente voz que les impedía dormir y que les repetía, sin tregua ni desmayo, que tanto los dados como la propia suerte estaban ya echados. Por mucho que soltaran carcajadas, que alzaran la voz, que fingieran tener todavía algo que decir y no darse por vencidos, resultaba evidente que su fervor era pura fachada, que el aplomo que aparentaban no era creíble, que su mirada perdida no encajaba en absoluto con la seguridad que simulaban. Esperaban salvar las apariencias conservando la moral, hacer entrar en razón al destino, obligarlo moralmente, provocar el milagro. Y olvidaban que la cuenta atrás había empezado y que no quedaba nada recuperable, porque había que estar ciego para seguir caminando en la noche de todas las utopías, esperando un amanecer que ya se había levantado sobre otra era y que ellos se empeñaban en acechar donde ya no podía estar.

Salí a dar una vuelta por las calles desiertas. Luego fui al otro lado del cementerio judío, a enfrentarme a las ruinas calcinadas de lo que había sido la casa en la que tuve, por espacio de un abrazo, mi primera experiencia sexual. Un caballo pacía cerca de la antigua cuadra, por completo ajeno a las derivas humanas. Me senté sobre una tapia y me quedé ahí hasta mediodía, mientras me reinventaba la silueta de la señora Cazenave: sólo entreví el coche de Simon ardiendo y a Émilie apretando a su hijo contra su cuerpo medio desnudo.

Los coches regresaron de Aïn Témouchent. Si bien por la mañana habían salido armando todo el follón que pudieron con bocinas y motores, y haciendo ondear la bandera tricolor, ahora regresaban del mitin como de un velatorio: silenciosos como un cortejo fúnebre, los estandartes a media asta, cabizbajos. Una chapa de plomo cayó sobre el pueblo. Todos los rostros llevaban luto por una esperanza condenada de antiguo que habían querido incensar con volutas de humo. *Argelia será argelina.*

Al día siguiente, una mano triunfante pintó en la fachada de una bodega, con pintura roja, un inmenso «FLN».

Orán contenía su aliento aquella primavera de 1962. Yo buscaba a Émilie. Temía por ella. La amaba, y regresaba para demostrárselo. Me sentía en condiciones de enfrentarme a huracanes, a truenos, a todos los anatemas juntos y a las miserias del mundo entero. Ya estaba harto de consumirme por ella. Estaba harto de tender la mano hacia ella y encontrarme solo con su ausencia en la punta de los dedos. Me decía: «Te va a rechazar, te va a decir palabras muy duras, te va a fulminar»; nada me disuadió. Ya no temía faltar a los juramentos, triturarme el alma con el puño cerrado; ya no temía ofender a los dioses, encarnar el oprobio hasta el final de los tiempos. En la librería me dijeron que Émilie había salido una noche y no había vuelto a dar señales de vida. Recordé el número del trolebús que tomó la última vez que estuve allí, bajé en todas las paradas, me pateé todas las calles circundantes. Creí reconocerla en cada mujer dedicada a sus labores, en cada silueta que desaparecía tras una esquina, en la entrada de cada edificio. Preguntaba por ella en las tiendas de comestibles, en las comisarías, a los carteros, y, pese a regresar a diario de vacío, en ningún momento tuve la impresión de estar perdiendo el tiempo. Pero ¿dónde encontrarla en una ciudad en estado de sitio, en un matadero a cielo abierto, en medio del caos y de la furia humana? La Argelia argelina estaba naciendo con fórceps en una crecida de lágrimas y sangre; la Argelia francesa entregaba el alma en medio de sangrías torrenciales. Y ambas, exhaustas por siete años de guerra y de horror, y a pesar de no poder más, seguían hallando fuerzas para destrozarse entre sí como nunca. La semana de las barricadas, decretada en Argel en enero de 1960, no consiguió frenar la marcha inflexible de la Historia. El golpe de los generales, intentado por un puñado de secesionistas en abril de 1961, no hizo sino precipitar a ambos pueblos a una tormenta surrealista. Los militares se veían superados por los acontecimientos; disparaban sin distinción contra los civiles y repelían la embestida de una comunidad para sucumbir ante la de otra. Los «estafados» por los tejemanejes de París, o sea, los partidarios de la ruptura definitiva con la madre patria, Francia, tomaban las armas y juraban recuperar, palmo a palmo, la Argelia que les estaban confiscando. Las ciudades y los pueblos se sumían en la mayor de las pesadillas. Los atentados se devolvían con atentados, las represalias con asesinatos, los secuestros con incursiones de comandos. Pobre del europeo al que pillaran con un musulmán, pobre del musulmán que se conchabara con un europeo. Las comunidades se aislaban mediante líneas de demarcación y, por instinto gregario, se recogían en sí mismas, vigilaban sus fronteras día y noche, y no dudaban en linchar al imprudente que se extraviase. Todas las mañanas aparecían

cuerpos descoyuntados en la calle; todas las noches se organizaban batallas campales entre espectros. Las pintadas en las paredes evocaban epitafios. Entre los «Vote sí», los «FLN», los «Viva Argelia Francesa», empezaron de pronto a verse las tres iniciales del Apocalipsis: OAS, la Organización Armada Secreta, nacida de la agonía de las colonias, del rechazo del hecho consumado, y que iba a socavar aún más el foso de las perdiciones, hasta el corazón del infierno.

Émilie se había volatilizado, pero yo estaba decidido a ir en su busca más allá del limbo. La sentía muy cerca, al alcance de la mano; estaba convencido de que me bastaría con abrir una cortina, empujar una puerta, apartar a un transeúnte para dar con ella. Estaba como loco. No veía los charcos de sangre ni las huellas de balas en los muros. La desconfianza de la gente no me afectaba. Su hostilidad, su desprecio, sus insultos a veces, me atravesaban de parte a parte sin frenar mis pasos. Sólo pensaba en ella, sus ojos eran mi único horizonte; ella era el destino que me había propuesto; lo demás no me importaba.

Fabrice Scamaroni me sorprendió aventurándome por una ciudad apestosa a hiel y a muerte. Detuvo su coche a mi altura, me dijo a voces que subiera rápidamente y arrancó a la carrera. «¿Estás loco o qué? Esto es una auténtica ratonera». «Estoy buscando a Émilie». «¿Cómo esperas encontrarla si ni siquiera ves en qué revolcadero te metes? ¡Joder, este barrio es peor que un campo de minas!».

Fabrice ignoraba dónde estaba Émilie. Ella jamás pasó a verlo por el periódico. Se la cruzó una vez en Choupot, pero hacía meses de eso. Me prometió buscar por su cuenta.

En Choupot me indicaron un edificio del bulevar Laurent-Guerrero. La portera me aseguró que la señora en cuestión había efectivamente vivido en el segundo piso antes de mudarse a raíz de una matanza.

—¿No dejó ninguna dirección donde mandarle el correo?

—No... Si no me falla la memoria, creo que dijo al de la mudanza que la llevara a Saint-Hubert.

Llamé a todas las puertas de Saint-Hubert. Sin éxito. ¿Dónde estaría? ¿O se estaría escondiendo? La ciudad estaba patas arriba. La tregua del 19 de marzo de 1962 acabó con las últimas bolsas de resistencia. Los cuchillos se las veían directamente con las metralletas; las granadas tomaban el relevo de las bombas; las balas perdidas hacían estragos. Y Émilie retrocedía mientras yo avanzaba entre humo y olores de cremación. ¿Habría muerto? ¿Alcanzada por una deflagración, una bala perdida? ¿Acuchillada en algún hueco de escalera? Orán no perdonaba a nadie, segaba vidas a mansalva, sin distinguir entre viejos y niños, entre mujeres y

simplones errantes alucinados. Yo estaba allí cuando estallaron esos dos coches bomba en la Tahtaha que dejaron cien muertos y decenas de mutilados entre la población musulmana de Médine J'dida; yo estaba allí cuando recogieron decenas de cadáveres de europeos en las aguas contaminadas del Petit Lac; yo estaba allí cuando un comando OAS hizo una incursión en una cárcel de la ciudad para sacar a presos del FLN a la calle y ejecutarlos delante de la gente; yo estaba allí cuando unos saboteadores dinamitaron los depósitos de combustible del puerto y el paseo marítimo se vio durante días envuelto en un espeso humo negro; y me decía que Émilie tenía que estar oyendo las mismas deflagraciones, viviendo las mismas convulsiones, padeciendo los mismos espantos que yo, y no comprendía por qué nuestros caminos no se encontraban, por qué el azar, la providencia, la fatalidad, en fin, todo ese maleficio hacía que quizá nos cruzáramos muy cerca sin percatarnos de ello en medio de tanta degradación. Me enfurecía la huida dispersa de los días que borraban las pistas que llevaban a Émilie; me enfurecía toparme con escenas tremendas, con todo tipo de individuos, atravesar campos de tiro, ratoneras, mataderos, carnicerías, sin dar con la menor huella, con una ilusión susceptible de ayudarme a encontrar a Émilie, a pensar que seguía viva cuando el pánico se había apoderado de la población europea. En los buzones, unos extraños paquetes espantaban a las familias. Llegó el momento de elegir entre *la maleta o el ataúd*. Las primeras salidas hacia el exilio tuvieron lugar en medio de una anarquía indescriptible. Los coches atestados de maletas y de sollozos se precipitaban hacia el puerto o los aeródromos, otros hacia Marruecos. Los rezagados esperaban hasta vender sus bienes para irse; con las prisas, se malbarataban tiendas, casas, coches, fábricas, sucursales; a veces ni siquiera se esperaba a los compradores; apenas daba tiempo a cerrar la maleta.

En Río Salado, los postigos estaban alicaídos, las ventanas, abiertas y las casas, vacías. En las aceras se amontonaban bultos informes. Muchos habitantes se habían ido; los que quedaban no sabían a qué santo encomendarse. Un anciano derrengado se tambaleaba en la puerta de su casa, con el cuerpo oxidado por el reuma. Un joven intentaba ayudarlo a caminar mientras el resto de la familia se impacientaba en una furgoneta abarrotada. «Podían haber esperado a que reventara —dijo el anciano con voz trémula—. ¿Dónde voy a morir ahora?». En la avenida principal, camiones, coches, carros, todo un mundo evacuaba el lugar. En la estación, una multitud aturdida aguardaba un tren que se hacía esperar cruelmente. La gente corría sin rumbo, desorientada, con los ojos en blanco, como ciegos desasistidos, abandonados por sus santos y sus ángeles de la guarda. La demencia, el miedo, la pena, el naufragio, la tragedia ya sólo tenían un rostro: el de ellos.

Germaine estaba sentada en la entrada de la farmacia, con la cabeza entre las manos. Nuestros vecinos se habían ido, sus perros daban vueltas detrás de las verjas.

—¿Qué debo hacer? —me preguntó.

—Tú te quedas —le dije—. Nadie te pondrá una mano encima.

La abracé. Aquel día me pareció tan pequeña que habría cabido en el hueco de mi mano. Era pura pena y desamparo, entorpecimiento y desánimo, derrota e incertidumbre. Tenía los ojos enrojecidos de llorar y de miedo. Las piernas le temblaban bajo el peso de tanta incertidumbre. La besé en sus mejillas anegadas de lágrimas, en su frente estriada por arrugas, en su cabeza quebrada por pensamientos tristes. Tenía entre mis manos toda la consternación del mundo. La hice subir al piso y bajé otra vez a la calle. La señora Lambert alzaba las manos al cielo y las dejaba caer sobre sus muslos. «¿Adónde puedo ir? ¿Adónde puedo ir? No tengo hijos ni familiares en ninguna parte del mundo». Le rogué que regresara a su casa. No me oyó y siguió hablando sola. Al final de la calle, los Ravirez corrían sin saber dónde ir, con sus maletas al hombro. En la plaza del ayuntamiento, familias enteras con sus bultos dispersos por el suelo reclamaban autocares. El alcalde hacía lo imposible por calmarlos, en vano. Por su parte, Pepe Rucillio les pedía que regresaran a sus casas y esperaran que las cosas se calmaran. «Aquí estamos en nuestra casa. No iremos a ninguna parte». Nadie le hacía caso.

André Sosa estaba solo en su cafetería abierta por los cuatro costados. Entre sus mesas rotas, su barra arrasada, sus espejos estrellados. El suelo relucía de cascotes y vasos rotos. Las lámparas del techo colgaban miserablemente por encima de la devastación, con sus bombillas rotas. André estaba jugando al billar. No se fijó en mí. No se fijaba en nada. Frotaba la punta del taco con una tiza, se acodaba en el borde de la mesa y apuntaba hacia una bola imaginaria. No había bolas sobre el billar y el tapete estaba rajado. A André le daba igual. Apuntaba hacia la bola que era el único que veía, y golpeaba. Luego se incorporaba, seguía con la mirada la trayectoria de la bola y, cuando conseguía un punto, alzaba un puño en señal de victoria y se colocaba en la otra punta de la mesa. De cuando en cuando, se acercaba a la barra, daba unas cuantas chupadas a su cigarrillo, lo volvía a colocar sobre el cenicero y proseguía con su partida.

—Dédé —le dije—, no puedes quedarte ahí.

—Estoy en mi casa —masculló, y golpeó la bola.

—He visto granjas ardiendo hace un rato, mientras venía de Orán.

—No me moveré de aquí. *Los* estoy esperando.

—Sabes perfectamente que eso no es razonable.

—Te he dicho que no me moveré de aquí.

Me dio la espalda y siguió jugando. Se le apagó el cigarrillo; encendió otro, luego otro, hasta que arrugó con despecho el paquete vacío. Anochecía, la oscuridad iba invadiendo subrepticamente el bar. André siguió jugando una y otra vez hasta que soltó el taco y fue a sentarse al pie del mostrador. Se colocó el mentón sobre las rodillas, cruzó sus dedos detrás de la nuca. Permaneció así un largo rato, al cabo del cual oí un gemido. André lloró todas las lágrimas de su cuerpo, sin cambiar de postura. Luego se secó la cara con un pico de su camisa y se levantó. Salió al patio en busca de bidones de gasolina, roció el mostrador, las mesas, las paredes, el suelo, encendió una cerilla y se quedó mirando las llamas mientras estas se extendían por la sala. Lo agarré por el codo y lo saqué fuera. Se quedó plantado en el patio, mirando alucinado cómo se esfumaba su negocio.

Cuando la hoguera se tragó la techumbre, André se fue hacia su coche. Sin una palabra. Sin mirarme una vez. Arrancó, soltó el freno de mano y condujo lentamente hacia la salida del pueblo.

El 4 de julio de 1962, un Peugeot 203 se detuvo delante de la farmacia. Dos hombres trajeados y con gafas oscuras me ordenaron que los siguiera. «Es una simple formalidad», me dijo uno de ellos en árabe con marcado acento de Cabilia. Germaine estaba enferma, encamada en su habitación. «No tardaremos mucho», me prometió el conductor. Subí al asiento trasero. El coche maniobró allí mismo para dar media vuelta. Dejé caer la cabeza sobre el respaldo. Había pasado la noche junto a la cama de Germaine; estaba muy cansado.

Río parecía un final de época, desustanciado, a merced de un nuevo destino. La bandera tricolor que adornaba el frontón del ayuntamiento había sido retirada. En la plaza, campesinos con turbantes rodeaban a un orador aupado sobre el brocal de un pozo. Les estaba soltando un discurso en árabe y estos lo escuchaban con solemnidad. Algunos escasos europeos caminaban rozando las paredes, incapaces de abandonar sus tierras, sus cementerios, sus casas, el café donde hacían y deshacían sus amistades, sus alianzas, sus proyectos; en fin, esa patria chica en que se sustentaba lo esencial de su razón de ser.

Era una bonita mañana, con un sol tan grande como el dolor de los que se iban, inmenso como la alegría de los que regresaban. Las cepas de los viñedos parecían ondear entre reverberaciones, y los espejismos semejaban mares lejanos. Aquí y allá ardía una granja. El silencio que pesaba sobre la carretera daba la impresión de

recogerse en sí mismo. Mis dos acompañantes permanecían callados. Sólo veía su nuca tiesa, las manos del conductor sobre el volante y el rutilante reloj de su vecino. Atravesamos Lourmel como quien cruza un sueño indefinible. Ahí también crecían los grupos en torno a tribunos inspirados. Banderas verdiblancas con medialuna y estrella roja sanguínea confirmaban el nacimiento de una nueva república, de una Argelia devuelta a los suyos.

A medida que nos acercábamos a Orán iba en aumento el número de carcasas de automóviles que balizaban los arcenes de la carretera. Algunas estaban calcinadas, otras, saquedas, sin portezuelas y con el capó levantado. Por los alrededores yacían dispersos bultos, maletas, baúles destripados, abollados, con ropa prendida en la maleza y objetos abandonados en la calzada. También se veían huellas de agresiones, sangre sobre el polvo, parabrisas quebrados a golpe de barra de hierro. Muchas familias fueron interceptadas camino del exilio y masacradas. Otras muchas huyeron por los viñedos para intentar regresar a pie a la ciudad.

Orán estaba efervescente. Miles de niños se perseguían en los descampados, ametrallaban a pedradas los coches que pasaban, cantaban a voz en grito su propia liberación. Las calles rebosaban de gente, de alegre algarabía. Los edificios vibraban con los «yuyu» de alegría de las mujeres que usaban sus velos a modo de oriflamas, y resonaban con los redobles de bendir, de tambor, de derbuka, con bocinazos estrepitosos y cantos patrióticos.

El Peugeot entró en el cuartel Magenta donde el Ejército de Liberación Nacional, recién llegado a la ciudad, había establecido su cuartel general. Aparcó ante un edificio. El conductor rogó a un centinela que informara al «teniente» de la llegada de «su huésped».

El patio del acantonamiento estaba atestado de hombres vestidos con traje de faena, de ancianos con gandura y de civiles.

—Jonas, mi querido Jonas, ¡qué alegría volver a verte!

Jelloul me abrió los brazos en la escalinata del edificio. Él era el teniente. Llevaba uniforme de paraca sin galones, un tocado de campaña y gafas negras.

Me apretó hasta casi ahogarme antes de empujarme para examinarme de pies a cabeza.

—Pareces más delgado. ¿Qué hay de tu vida? Últimamente me he acordado mucho de ti. Eres un hombre instruido, acudiste cuando la patria te necesitó, y me he estado preguntando si te apetecería poner tu saber y tus diplomas al servicio de nuestra joven república. No tienes por qué contestarme ahora mismo. Además, no te he hecho venir por eso. Estoy en deuda contigo, y he decidido satisfacerla hoy mismo porque mañana será otro día y quiero renacer al mundo totalmente limpio.

¿Cómo quieres que disfrute de mi libertad absoluta con acreedores que me pisan los talones?

—No me debes nada, Jelloul.

—Muy amable por tu parte, aunque no tengo intención de deberte nada. No he olvidado el día en que me diste dinero y me llevaste de vuelta a mi aldea en bicicleta. Puede que para ti fuera un simple detalle, pero para mí fue una revelación: acababa de descubrir que el árabe, el árabe bello, el árabe digno y generoso no era ni un antiguo mito ni aquello en lo que el colono lo había convertido... No tengo la suficiente instrucción para explicarte lo que ocurrió dentro de mi cabeza aquel día, pero aquello me cambió la vida. —Me agarró por el brazo—. Ven conmigo.

Me condujo ante un edificio con muchas puertas de hierro. Me di cuenta de que se trataba de calabozos. Jelloul introdujo la llave en una cerradura, corrió el cerrojo externo y me dijo:

—Ha sido el militante más feroz de la OAS, implicado en varios actos terroristas. He hecho lo imposible para salvar su pellejo. Es todo tuyo. Así habré saldado mi deuda contigo. Ala, abre la puerta y dile que queda libre, que puede largarse con viento fresco adonde le parezca, pero que aquí, en mi país, ya no hay sitio para él.

Me saludó militarmente, se dio la vuelta y regresó a su despacho.

No me quedó claro lo que pretendía; ignoraba a quién se refería. Mi mano se posó sobre el pomo de la puerta, tiró levemente de él. Los goznes chirriaron. La luz del día se vertió en el interior de la celda sin ventana, evacuando un efluvio de calor como cuando se abre un horno. Una sombra resopló en un rincón. Al principio deslumbrada, se llevó la mano a la frente para protegerse de la luz repentina.

—Lárgate de aquí —le aulló un guardián en el que no me había fijado.

El cautivo se movió con dificultad, se apoyó en la pared para incorporarse. Le costaba sostenerse sobre sus piernas. Cuando caminó hacia la salida, el corazón me dio un vuelco. Era Jean-Christophe, Jean-Christophe Lamy, o lo que quedaba de él, un hombre roto, hambriento, tiritando dentro de su camisa mugrienta, con el pantalón arrugado y caído, la bragueta abierta, los zapatos sin cordones. Una barba de varios días le comía la cara, demacrada y tétrica como una hoja de cuchillo. Olía a orina y a sudor, y tenía las comisuras de los labios cubiertos por una capa seca de saliva blanca. Me soltó una mirada oscura, de sorpresa por encontrarme allí contemplando el calamitoso estado en que se encontraba; intentó levantar la barbilla pero estaba demasiado agotado. El guardián lo agarró por el cuello y lo sacó con saña de la celda.

—Déjalo tranquilo —dije al guardián.

Jean-Christophe se me quedó mirando de frente un momento y, antes de salir del acantonamiento, me dijo:

—No te he pedido nada.

Y se alejó. Cojeando. No pude dejar de pensar, mientras se alejaba, en lo que habíamos compartido, en los tiempos de florida inocencia, y me invadió una insostenible tristeza. Lo miré ir, encorvado, con paso inseguro; para mí, era toda una vida lo que se apagaba ante mis ojos, y me dije que si los cuentos que mi madre me contaba, en tiempos remotos, siempre me dejaban un regusto a inacabado, era porque terminaban exactamente igual que esta época que Jean-Christophe había elegido por sombra y que ahora se llevaba, con el quejumbroso arrastrar de sus zapatos, hacia un destino ignoto.

Caminé por las calles alborozadas, entre cantos y *yuyus* de alegría, bajo las banderas verdiblancas, en medio del estrépito festero de los trolebuses. Al día siguiente, 5 de julio, Argelia tendría una tarjeta de identidad, un emblema y un himno nacionales, y miles de referencias por reinventar. En los balcones, las mujeres no ponían freno a su felicidad y a sus llantos. Los mocosos bailaban en las placetas, se subían en lo alto de las estelas, de las fuentes, de las farolas, de los techos de los coches, corrían bulevar abajo como cascadas. Sus gritos suplantaban las fanfarrias y los clamores, las sirenas y los discursos; ya eran el mañana.

Fui al puerto a ver marchar a los *desterrados*. Los muelles estaban abarrotados de pasajeros, de maletas, de pañuelos de despedida. Unos paquebotes esperaban para llevar ancla, bamboleándose ante la pena de los expatriados. Había familias que se buscaban entre tanto barullo, niños que lloraban, ancianos que dormían sobre sus bultos, exhaustos, rezando en sueño para jamás volver a despertar. Apoyado en una balaustrada que daba al puerto, yo pensaba en Émilie, que quizás estuviese allí, en alguna parte dentro de la amplia y desamparada masa que se atropellaba a las puertas de lo desconocido, o quizás estuviese ya lejos, o muerta, o aún ocupada en recoger sus pertenencias detrás de aquellos edificios de aspecto marcial, y me quedé acodado frente al puerto hasta muy adelantada la noche, hasta el amanecer, incapaz de resignarme a la idea de que *lo que en realidad no había empezado había acabado del todo*.

CUARTA PARTE
Aix-en-Provence (hoy)

—Señor...

El rostro angelical de la azafata me sonrío. ¿Por qué me sonrío? ¿Dónde estoy?

Me he quedado dormido. Tras un momento de vacilación, me doy cuenta de que estoy en un avión blanco como un quirófano, de que las nubes que desfilan por la ventanilla no proceden del más allá. Ahora lo recuerdo todo: *Émilie ha fallecido. Murió el lunes en el hospital de Aix-en-Provence*. Fabrice Scamaroni me lo dijo hace una semana.

—Haga el favor de enderezar el respaldo de su asiento, señor. No tardaremos en aterrizar.

Las palabras enguatadas de la azafata resuenan sordamente en mi cabeza. ¿Qué asiento? Mi vecino, un adolescente vestido con chándal del equipo argelino de fútbol, me señala el botón adecuado y me ayuda a ajustar el respaldo de mi asiento.

—Gracias —le digo.

—De nada, tito. ¿Vive usted en Marsella?

—No.

—Mi primo me espera en el aeropuerto. Si quiere, lo podemos dejar en alguna parte.

—Eres muy amable, pero no es necesario. A mí también me esperan.

Contemplo su nuca rapada de acuerdo con los imperativos de una moda desquiciada, y la mata de pelo aislada al borde de la frente y embadurnada de gel para mantenerse tiesa.

—¿Le da miedo el avión? —me pregunta.

—No especialmente.

—Mi padre no puede ver aterrizar un avión sin taparse los ojos con las manos.

—¿Hasta ese punto?

—Se ve que no lo conoce. Vivimos en un noveno piso, en la ciudad Jean de la Fontaine, de Gambetta. ¿Sabe usted dónde es, en Orán? Esas torres gigantescas que dan la espalda al mar. Pues ocho de cada diez veces, mi padre prefiere evitar tomar el ascensor. Y eso que es mayor. Tiene cincuenta y ocho años y está operado de próstata.

—Tampoco es tan viejo, con cincuenta y ocho años.

—Ya lo sé, pero para nosotros esto es así. Aquí no decimos papá, sino el viejo... ¿Y usted qué edad tiene, tito?

—Hace tanto que nació que se me ha olvidado la edad que tengo.

El avión se adentra en las nubes; lo sacuden unas breves turbulencias y apunta con el morro hacia abajo. Mi joven vecino me da unas palmadas en el revés de la mano con que agarro el brazo del asiento.

—No pasa nada, tito. Sólo que salimos de la autopista por un momento y tiramos por un atajo. Los aviones son el medio de transporte más seguro.

Me vuelvo hacia la ventanilla, miro las nubes algodónadas convertirse en avalancha, luego en bruma, afinarse, volver con refuerzos, extenderse otra vez antes de raerse; reaparece el azul del cielo, rasgado por hebras estelas. ¿Qué se me habrá perdido aquí arriba? La voz de mi tío cubre el zumbido de los motores: «Si quieres convertir tu vida en eslabón de eternidad y permanecer lúcido hasta en el corazón del delirio, ama. Ama con todas tus fuerzas, ama como si no supieras hacer otra cosa, ama hasta encelar a príncipes y dioses... pues sólo en el amor la fealdad embellece». Fueron las últimas palabras de mi tío. Me las dijo en su lecho de muerte, en Río Salado. Hoy todavía, más de medio siglo después, su voz de moribundo resuena en mí como una profecía: «Quien deje pasar de largo la más bella historia de su vida no tendrá otra edad que la de sus pesares y no habrá suspiro en el mundo capaz de mecerle el alma». ¿Será por conjurar o por enfrentar esa verdad por lo que me aventuro tan lejos de mi territorio predilecto? El avión se inclina de lado dando un bandazo y veo de repente, surgida de la nada, la tierra de Francia. El corazón me da un vuelco, una mano invisible me presiona la garganta. Me siento tan emocionado que noto cómo mis dedos atraviesan la funda del brazo del asiento. Las montañas rocosas no tardan en devolverme los reflejos del día. Eternos e inflexibles centinelas, velan sobre la orilla, en absoluto impresionadas por el tormentoso mar que se estrella tumultuosamente a sus pies. ¡Y, al final de la curva, Marsella!, cual vestal dorándose al sol. Expandida por sus colinas, radiante de luz, con el ombligo al aire y las caderas a los cuatro vientos, se hace la adormilada, falsamente desatenta a los rumores de las olas y a los procedentes de tierra adentro. Marsella la legendaria, tierra de titanes convalecientes, caladero de dioses sin Olimpo, cruce providencial de horizontes perdidos, múltiple porque inagotable en su generosidad; Marsella, mi último campo de batalla, donde tuve que entregar las armas, vencido por mi ineptitud para asumir retos, para merecerme la felicidad. Aquí, en esta ciudad en la que el milagro es cosa de mentalidad, en la que el sol se luce alumbrando las conciencias siempre que se presten a abrirse un poco, es donde me percaté del daño que había hecho y que nunca me perdoné. Hace más de cuarenta y cinco años que vine por aquí en pos de la sombra de mi destino, para zurcir algunos de sus desgarrones, empalmar sus fracturas, arreglar sus fisuras; para reconciliarme con mi suerte, que me guardaba rencor por no haberla pillado al vuelo, por haber dudado de ella, optado por la prudencia mientras ella me enseñaba sus tripas; para mendigar una difícil absolución en nombre de lo que Dios pone por encima de todas las hazañas y de todos los infortunios: el Amor. Aparecí por aquí,

despavorido, inseguro pero sincero, para solicitar una redención, en primer lugar la mía, luego la de los demás, a los que nunca he dejado de querer a pesar del odio que nos dividió, de la grisura que veló nuestros veranos. Todavía recuerdo aquel puerto de luces oscilantes que se disponía a acoger el paquebote procedente de Orán, de la noche que anegaba sus muelles, de las sombras en las pasarelas; veo con nitidez el rostro del aduanero de retorcidos bigotes pidiéndome que vaciara los bolsillos y levantara las manos como un sospechoso, al policía que no apreció el exceso de celo de su colega, al taxista que me llevó al hotel mientras renegaba de mi brutal manera de cerrar la portezuela, al recepcionista que me tuvo media noche esperando para comprobar si aún quedaba una habitación libre en el barrio ya que mi reserva no había sido confirmada. Fue una terrible noche de marzo de 1964, en que soplaba un mistral capaz de arrancar los cuernos a un búfalo y el cielo estaba cobrizo de tanta descarga eléctrica. La habitación no tenía calefacción. Por mucho que me acurrucara bajo las mantas en busca de algún calor, estaba helado. Un viento racheado hacía chirriar la ventana. Mi cartera de cuero se hallaba sobre una mesilla de noche mal alumbrada por una lámpara anémica. En su interior había una carta firmada por André Sosa:

Querido Jonas, tal como me pediste, he dado con Émilie. He tardado lo mío, pero me alegro de haber conseguido localizarla. Por ti. Trabaja de secretaria en el despacho de un abogado, en Marsella. He intentado hablar con ella por teléfono; ¡se negó a hablar conmigo! Vaya uno a saber por qué. Nunca hemos sido tan amigos, al menos no tanto como para guardarnos rencor por algún agravio. Puede que me tomara por otro. La guerra ha puesto patas arriba tantas referencias que uno acaba preguntándose si no nos ha hecho pasar por una alucinación colectiva. Pero bueno, dejemos que el tiempo cumpla con su parte de duelo. Las heridas son demasiado recientes para exigir de los supervivientes un mínimo de contención. Aquí tienes la dirección de Émilie: calle Frères-Julien, 143, cerca de la Canebière. Muy fácil de encontrar. El edificio está justo enfrente de la cervecería Le Palmier. Es un local muy conocido, actualmente algo así como el cuartel general de los *pieds-noirs*. ¿Te das cuenta? Ahora ya sólo nos llaman *pieds-noirs*. Como si nos hubiéramos pasado la vida caminando sobre alquitrán... Llámame cuando estés en Marsella. Estaré encantado de darte patadas en el culo hasta sacarte por las orejas lo que llevas en las tripas. Un muy fuerte abrazo. Dédé.

La calle Frères-Julien se encontraba a cinco manzanas de mi hotel. El taxista me tuvo media hora larga dando vueltas hasta soltarme ante la cervecería La Palmera.

No tenía más remedio que buscarse la vida. La plaza estaba atestada de gente. Tras las tormentas de la víspera, Marsella recobraba su sol como si la cosa no fuera con ella. La luz del día iluminaba el rostro de la gente. Encajonado entre dos edificios recientes, el 143 era un viejo inmueble de color verde apagado, con destartadas ventanas de postigos cerrados. Unas macetas intentaban aliviar la banalidad de los balcones, a la sombra de unos toldos deformes. Sin duda, el 143 de la calle Frères-Julien me dejó una extraña impresión. Como si fuera refractario a la luz del día, hostil al regocijo callejero. Me imaginaba mal a Émilie riendo a carcajadas tras unas ventanas tan aflictivas.

Me senté a una mesa, junto a la cristalera de la cervecería, para poder observar las entradas y salidas del edificio de enfrente. Era un domingo radiante. La lluvia había limpiado las aceras y el suelo humeaba. A mi alrededor, algunos ociosos arreglaban el mundo con una copa de tinto en la mano; todos tenían acento de los arrabales de Argel y la cara aún tostada por el sol de la orilla sur; reduplicaban las erres con el mismo deleite que se redondea la sémola del cuscús. Por muchas vueltas que dieran a los asuntos del mundo, regresaban indefectiblemente a Argelia. No tenían otra palabra en la boca.

—¿Sabes en qué estoy pensando, Juan? En la tortilla que me dejé en el fuego mientras hacía las maletas a la carrera. Me pregunto si no ardería la casa al largarme de esa manera.

—¿Lo dices en serio, Roger?

—Y qué remedio. No paras de darme el latazo con todas las porquerías que te dejaste allá. ¿No puedes hablar de otra cosa?

—¿De qué otra cosa, Roger? Argelia es toda mi vida.

—Entonces, ¿qué esperas para palmarla y dejarme tranquilo? Porque, fíjate por dónde, me apetece pensar en otra cosa.

En la barra, tres borrachos encogidos y con boina brindaban por las barrabasadas cometidas en Bab-el-Oued. Pretendían ser discretos pero se las arreglaban para que los oyeran desde la calle. A mi lado, dos hermanos gemelos estiraban su voz pastosa sobre una mesa atestada de botellas de cerveza y de ceniceros llenos. Con su tez ahumada y su boca salivosa, recordaban a los pescadores del puerto de Argel, con su ajada camiseta de marinero, su colilla apagada en la boca y su pinta apergaminada de chulos reformados.

—Ya te dije que era una aprovechada, hermanito. Nada que ver con nuestras chicas de allá, que saben respetar a los hombres y nunca te dejan en la estacada. Además, no sé qué le encuentras a ese iceberg. Me dan ganas de estornudar con sólo imaginarte abrazándola. Además, ni siquiera es capaz de cocinar con una buena

salsa...

Bebí tres o cuatro tazas de café sin perder de vista el 143. Luego almorcé. Y Émilie sin aparecer. Los borrachos se habían ido, los gemelos, también. El barullo se fue apagando y volvió a crecer con la llegada de un grupo de amiguetes achispados. El camarero rompió dos vasos, volcó una jarra de agua sobre un cliente que aprovechó para decir todo lo que pensaba de la cervecería, de los *pieds-noirs*, de Marsella, de Francia, de Europa, de los árabes, de los judíos, de los portugueses y de su propia familia, una «pandilla de egoístas y de hipócritas» que ni siquiera había sido capaz de encontrarle una mujer, y eso que pronto iba a cumplir los cuarenta. Dejaron que se desahogara a gusto antes de rogarle que se largara.

La luz del día fue a menos, la noche se disponía a ocupar la ciudad.

Empezaban a dolerme todos los huesos de tanto esperar en mi sitio cuando por fin apareció *ella*. Salía del edificio, con la cabeza descubierta y el cabello recogido en un moño. Llevaba un impermeable de cuello ancho y botas que le llegaban hasta las rodillas. Con las manos en los bolsillos y su paso ligero, parecía una colegiala saliendo a divertirse con sus compañeras.

Solté todas las monedas que llevaba conmigo en la cestita del pan que el camarero había olvidado llevarse y salí corriendo tras ella.

De repente, tuve miedo. ¿Tenía derecho a entrometerme en su vida sin previo aviso? ¿Me habría perdonado?

Para dominar la disonancia de esas preguntas, me oí gritar:

—¡Émilie!

Se detuvo bruscamente, como si se hubiera topado con un muro invisible. Debí de reconocer mi voz porque se le contrajeron los hombros y se le tensó la nuca bajo el moño. No se volvió. Tras tender un momento el oído, prosiguió su camino.

—¡Émilie!

Esta vez pivotó sobre sus pies a tal velocidad que estuvo a punto de caerse. Sus ojos espejearon en su rostro lívido; se recompuso de inmediato, y se tragó las lágrimas. Le sonreí, con cara de tonto, falto de ideas. ¿Qué iba a decirle? ¿Por dónde debía empezar? Estaba tan impaciente por verla que no me había preparado nada.

Émilie me miró preguntándose si era de carne y hueso.

—Soy yo.

—¿Sí?...

Su rostro era un trozo de bronce, un espejo ciego. No podía creer que me acogiese con tal insensibilidad.

—Te he estado buscando por todas partes.

—¿Por qué?

La pregunta me pilló desprevenido. Me quedé sin recursos. ¿Cómo podía dejar de captar lo que saltaba a la vista? Mi entusiasmo acusó el golpe, se tambaleó como un boxeador sonado en medio del cuadrilátero. Me sentía consternado, frenado en seco.

Me oí farfullar:

—¿Cómo que por qué?... Sólo estoy aquí por ti.

—Ya nos lo dijimos todo en Orán.

De su rostro sólo se movían los labios.

—En Orán, las cosas eran distintas.

—Da lo mismo que sea en Orán o en Marsella.

—Sabes muy bien que no es verdad, Émilie. La guerra se acabó, pero la vida sigue.

—Puede que para ti.

Me puse a sudar la gota gorda.

—Creía sinceramente que...

—¡Te equivocabas! —me interrumpió.

¡Esa frialdad! Me helaba las ideas, las palabras, el alma.

Me encañonaba con la mirada, a punto de disparar.

—Émilie... Dime qué tengo que hacer, pero, te lo ruego, no me mires así; lo daría todo por...

—¡Como mucho se da lo que se tiene! Y tú no lo tienes *todo*... Además, no serviría de nada. La historia no se repite. Y a mí me ha quitado mucho más de lo que me podrá devolver.

—Lo siento.

—Eso no son más que palabras. Creo habértelo dicho ya.

Mi pena era tan grande que invadía todo mi ser, sin dejar espacio para la ira ni el despecho.

Inesperadamente, la negrura de su mirada se atenuó y su expresión se relajó. Se me quedó mirando un largo rato, como si estuviese remontándose al más remoto pasado para recordarme. Luego se me acercó. Olí su perfume. Me cogió el rostro con la palma de las manos, tal como antaño hacía mi madre antes de besarme en la frente. Émilie no me besó. Ni en la frente ni en las mejillas. Se limitó a contemplarme. Su aliento revoloteaba alrededor del mío. Quería que mantuviera sus manos sobre mí hasta el día del Juicio Final.

—No es culpa de nadie, Younes. No me debes nada. El mundo es así, eso es todo. Y ya no me tienta.

Me dio la espalda y siguió caminando.

Me quedé plantado en la acera, totalmente sobrecogido, y la vi salir de mi vida como un alma gemela que abandonara mi cuerpo, demasiado estrecho para ella.

Fue la última vez que la vi.

Aquella misma noche tomé el barco para regresar a mi país, y nunca hasta el día de hoy he vuelto a poner los pies en Francia.

Le escribí cartas, y tarjetas para las festividades. No me contestó ni una sola vez. Pensé que había podido cambiar de dirección, ir a otra parte, lo más lejos posible del recuerdo, y que quizá fuera mejor así. Es cierto que la eché mucho de menos; pensaba en lo que habríamos podido hacer juntos, en las heridas que habríamos cauterizado, en las desgracias que se habrían curado por sí solas, en los viejos demonios que habríamos conjurado. Émilie no quiso salvar nada, ni pasar página, ni superar pena alguna. Los escasos momentos que me concedió en aquella soleada calle bastaron para darme cuenta de que hay puertas que, cuando se cierran tras un dolor, lo convierten en un abismo inasequible hasta para la luz divina. Sufrí mucho por Émilie; sufrí su pena, su renuncia, su elección de vivir recluida en su drama. Luego, intenté olvidarla, esperando de ese modo templar el mal que llevábamos dentro. Tenía que rendirme a la evidencia, admitir lo que mi corazón se negaba a arrostrar. La vida es un tren que no se detiene en ninguna estación. O lo tomas en marcha o lo miras pasar desde el andén, y no hay peor tragedia que una estación fantasma. ¿He sido feliz después de aquello? Creo que sí; he tenido alegrías, momentos inolvidables; hasta he amado y soñado como un mocoso deslumbrado. Sin embargo, siempre he sentido que faltaba una pieza en mi rompecabezas, que algo no acababa de encajar, que una ausencia me mutilaba; en resumen, que no hacía sino gravitar en la periferia de la felicidad.

El avión aterriza lentamente sobre la pista entre rugidos de reactores. Mi joven vecino me señala algo más allá de la fachada vidriada del aeropuerto en el que otros aviones aguardan, como gigantescos pájaros del paraíso, el momento de despegar, con el morro metido en el interior. Un altavoz nos informa de la temperatura externa, de la hora local, nos agradece que hayamos elegido la compañía Air Algérie antes de aconsejarnos que permanezcamos sentados, con el cinturón puesto, hasta que el aparato se detenga por completo.

El joven me ayuda a llevar mi bolsa y me la devuelve delante de las ventanillas de la policía de aduanas. Una vez cumplidas las formalidades, me señala la salida y se disculpa por tener que dejarme apañármelas solo ya que debe recuperar sus maletas.

La puerta corredera de vidrio blanco se abre al vestíbulo exterior. Hay gente

esperando tras una línea amarilla, impaciente por reconocer un rostro familiar entre el flujo permanente de pasajeros. Una niña se suelta de la mano de un pariente y corre a echarse en brazos de una abuela con chilaba. Un marido intercepta a su joven esposa; se besan en las mejillas, pero su mirada es tórrida.

Un cincuentón permanece algo rezagado, con una cartulina grande entre las manos sobre la que se puede leer: «Río Salado». Durante un segundo creo ver un fantasma. Es igual que Simon, achaparrado y tripudo, paticorto y zambo, con la frente despoblada. Y esos ojos, ¡Dios mío!, que se me quedan mirando, que me adivinan. ¿Cómo habrá podido identificarme entre toda esa gente, si nunca nos hemos visto? Me sonrío levemente, se adelanta y me tiende una mano regordeta y velluda en los nudillos, idéntica a la de su padre.

—¿Michel?

—Así es, señor Jonas. Encantado de conocerlo. ¿Ha tenido un buen viaje?

—Me quedé dormido.

—¿Tiene usted maleta?

—Sólo esta bolsa.

—Muy bien. Mi coche está en el *parking* —dice, al tiempo que me invita a seguirlo y se hace cargo de mi bulto.

Las calzadas se ramifican vertiginosamente delante de nosotros. Michel conduce rápido, con la mirada fija. No me atrevo a mirarlo de frente, así que me limito a hacerlo a hurtadillas. Es increíble lo que se parece a Simon, mi amigo, su padre. El corazón se me encoge alrededor de una fugaz evocación. Debo respirar hondamente para evacuar la toxina que se acaba de activar en mi pecho, me concentro en la carretera que desfila veloz, en el rutilante deslizarse de los automóviles, en los paneles indicadores que sobrevuelan nuestras cabezas: «Salonde-Provence», todo recto; «Marsella», próxima salida a la derecha; «Vitrolles», primer enlace a la izquierda...

—Supongo que tendrá algo de hambre, señor Jonas. Conozco un sitio agradable...

—No es necesario. Nos dieron de comer en el avión.

—Le he reservado una habitación en el hotel «4 Dauphins», cerca del paseo Mirabeau. Está usted de suerte, vamos a tener sol toda la semana.

—No pienso quedarme más de un par de días.

—Aquí lo esperan con muchísimas ganas. No creo que basten dos días.

—Tengo que regresar a Río. Tengo que casar a un nieto. Me hubiese gustado

unirme a vosotros antes, asistir a los funerales, pero conseguir un visado en Argel es tarea poco menos que imposible. Tuve que recurrir a un conocido bien relacionado.

De pronto el coche se adentra en una fortaleza de vidrio surgida de la nada.

—Es la estación Aix-TGV —me explica Michel.

—No veo la ciudad.

—Es una estación externa. Sólo lleva cinco o seis años operativa. La ciudad está a quince minutos de aquí. ¿Conoce usted Aix, señor Jonas?

—No. En realidad sólo he viajado una vez a Francia. A Marsella, en marzo de 1964. Llegué de noche y me fui a la noche siguiente.

—¿O sea que fue una visita relámpago?

—En cierto sentido.

—¿Expulsión?

—Rechazo.

Michel se volvió hacia mí con el entrecejo fruncido.

—Es una larga historia —le dije para cambiar de tema.

Atravesamos una zona comercial saturada de grandes superficies, de tiendas y de aparcamientos atestados de vehículos. Inmensos rótulos luminosos intentaban eclipsar las vallas publicitarias mientras una marea humana invadía los concesionarios y las tiendas. Un atasco taponaba un ramal de conexión, alargando la cola en cientos de metros.

—Sociedad de consumo —dijo Michel—. La gente se pasa cada vez más el fin de semana en los supermercados. Es tremendo, ¿verdad? Mi mujer y yo venimos un sábado de cada dos. Si nos perdemos uno, no nos quedamos a gusto y nos peleamos por cualquier tontería.

—Cada época genera sus propias drogas.

—Muy cierto, señor Jonas. Cada época genera sus propias drogas.

Llegamos a Aix-en-Provence con unos veinte minutos de retraso debido a un accidente a la altura del puente del Arco. Hace bueno, y la gente se ha tirado a la calle y ha tomado el centro. Las aceras rebosan de transeúntes, el ambiente es festivo. La Rotonda luce sus surtidores de agua en el centro de una glorieta, con los leones de piedra haciendo guardia en derredor. Un japonés fotografía a su compañera, extraviado en el carrusel de coches. Un tirovivo en miniatura agrupa a una retahíla de niños en torno a unos cuantos juegos; unos chavales atados con elásticos se lanzan desde el aire ante la mirada estresada de sus padres. Las soleadas terrazas están abarrotadas; no queda una mesa libre; los camareros van y vienen sin cesar, con sus bandejas en equilibrio sobre la palma de una mano. Michel deja pasar

un minibús ecológico repleto de turistas y sube lentamente por el paseo Mirabeau, que deja un poco más arriba, a la altura de una fuente secular, para tomar la calle del 4 de Septiembre. Mi hotel se encuentra cerca de un chorro de agua regado por cuatro delfines pasmados. Una joven rubia nos atiende en la recepción, me hace rellenar y firmar un formulario antes de orientarme hacia una habitación abuhardillada del piso tercero. Un botones nos acompaña a Michel y a mí, deja mi bolsa sobre una mesa, abre la ventana, comprueba que todo está en orden y se eclipsa deseándome una buena estancia.

—Lo dejo descansar —me dice Michel—. Pasaré a buscarlo dentro de un par de horas.

—Me gustaría ir al cementerio.

—Está previsto para mañana. Hoy lo esperan en mi casa.

—Tengo que ir al cementerio ahora, que aún es de día. Lo deseo de verdad.

—De acuerdo. Llamo a *nuestros* amigos para pedirles que aplacen una hora la cita.

—Gracias. No necesito refrescarme, y menos aún descansar. Salgamos ahora, si no ve inconveniente.

—Tengo un asunto que resolver antes. No tardaré mucho, una hora corta, ¿de acuerdo?

—Muy bien. Estaré abajo, en la recepción.

Michel saca su móvil y se va, cerrando la puerta tras él.

Vuelve a buscarme media hora después, me pilla de pie en la escalinata del hotel, esperándolo. Subo a su lado. Me pregunta si he descansado; le contesto que me he tumbado un rato y que estoy como nuevo. Bajamos por el paseo Mirabeau, completamente alborozado a la sombra de sus plátanos.

—¿Qué se celebra hoy? —pregunto.

—La vida, señor Jonas. Aix celebra a diario la vida.

—¿Siempre está así de animada esta ciudad?

—Muy a menudo.

—Tiene mucha suerte de vivir aquí.

—Por nada en el mundo viviría en otra parte. Aix es una ciudad magnífica. Mi madre decía que su sol casi la compensaba del de Río Salado.

El cementerio Saint-Pierre, en el que descansa, entre otras glorias y mártires, Paul Cézanne, está desierto. En la entrada me acoge un Memorial Nacional, de piedra de Rognes, dedicado a los franceses de Argelia y a los repatriados de ultramar. «La auténtica tumba de los muertos es el corazón de los vivos», lleva grabado. Calles asfaltadas cuadriculan parcelas de césped veladas por capillas

seculares. Fotos sobre las tumbas recuerdan a los que ya no están; una madre, un esposo, un hermano ido demasiado pronto. Las tumbas están floreadas; el centelleo marmóreo de su revestimiento suaviza las reverberaciones del día y rellena el silencio con una quietud campestre. Michel me guía por calles bien trazadas, haciendo crujir la grava bajo sus pies; la pena lo ha vuelto a embargar. Se detiene ante una tumba de granito antracita moteado de blanco, adornada con un montón de coronas de flores resplandecientes. El epitafio reza así:

«Émilie Benyamin, nacida Cazenave. 1931-2008».

Sin más.

—Supongo que querrá quedarse solo un momento.

—Por favor.

—Voy a caminar un poco.

—Gracias.

Michel ladea la cabeza con el labio inferior metido dentro de la boca. Su pena es enorme. Se aleja, la barbilla hundida en el cuello, las manos unidas a la espalda. Cuando desaparece detrás de una hilera de capillas de piedra de Cassis, me acuclillo ante la tumba de Émilie, junto los dedos a la altura de mis labios y recito un versículo coránico. No es que esto sea muy sunita, pero lo hago de todos modos. A ojos de imanes y papas, somos Unos y Otros, pero todos somos iguales ante el Señor. Recito la *fatiha*, luego dos pasajes de la sura *Ya Sin...*

A continuación saco del bolsillo interior de mi chaqueta una bolsita de algodón, tiro del cordón para abrirla, introduzco mis temblorosos dedos y voy extrayendo trozos de pétalos secos que esparzo sobre la tumba. Se trata del polvo de una flor cortada de una maceta hace casi setenta años; los restos de aquella rosa que introduje en el libro de Émilie mientras Germaine le ponía su inyección en la rebotica de nuestra farmacia de Río Salado.

Guardo la bolsa vacía en el bolsillo y me levanto. Me tiemblan las piernas; debo apoyarme en la estela para recobrar fuerzas. Esta vez son mis pasos los que oigo crujir sobre la grava. Tengo la cabeza llena de ruidos de pasos, de retazos de voces y de imágenes fulgurantes. Émilie sentada ante la puerta de nuestra farmacia, la cabeza oculta por la capucha de su abrigo, triturando con los dedos los cordones de sus botines. *De buena gana la habría tomado por un ángel caído del cielo.* Émilie hojeando distraídamente un libro de tapa dura. *¿Qué estás leyendo? Un libro ilustrado sobre Guadalupe. ¿Qué es Guadalupe? Una gran isla francesa en el Caribe.* Émilie justo después de su noviazgo, suplicándome en la farmacia. *Di que sí y lo anularé todo.* Las calles se bambolean delante de mí. No me encuentro bien. Intento caminar más aprisa y no lo consigo; como en un sueño, las piernas se

niegan a llevarme, se anclan en el suelo...

En la entrada del cementerio hay un anciano luciendo un uniforme cargado de medallas de guerra. Apoyado en un bastón, con la cabeza descubierta, la cara arrugada, ve cómo me voy acercando a él. No se aparta para dejarme pasar, espera que llegue a su altura para soltarme:

—Los franceses se fueron. Los judíos y los gitanos también. Ya sólo estáis vosotros. Entonces, ¿por qué os matáis de esa manera?

No entiendo a qué se refiere, ni por qué me habla en ese tono. Su rostro no me suena para nada. Sin embargo, su mirada me recuerda algo. De repente, un rayo me cruza la mente e ilumina la memoria. ¡Krimo! Es Krimo, el harki que juró matarme en Río. En el preciso instante en que lo sitúo en el recuerdo se aviva un dolor fulminante en mi mandíbula: el mismo que sentí en su día, cuando me dio un culatazo en la cara con su fusil.

—¿Me ubicas ahora? Veo por tu expresión que por fin me ubicas. —Lo aparto suavemente a un lado para proseguir mi camino—. Pues es verdad. ¿Por qué esas masacres increíbles, esos atentados que no acaban? ¿Queríais la independencia? Ahí la tenéis. ¿Queríais ser dueños de vuestro propio destino? No faltaba más. Entonces, ¿por qué la guerra civil? ¿Por qué esos maquis infestados de islamistas? ¿Esos militares quedando en evidencia? ¿Acaso no demuestra que sólo valéis para destruir y matar?

—Por favor, he venido a recogerme ante una tumba, no a remover matanzas.

—¡Qué emocionante!

—¿Qué quieres, Krimo?

—Yo, nada... Sólo echarte una mirada de cerca. Cuando Michel nos llamó para anunciarnos que se había aplazado la hora del reencuentro, sentí como si se hubiese pospuesto la fecha del Juicio Final.

—No entiendo lo que dices.

—No me sorprende, Younes. ¿Acaso has entendido tu desgracia una sola vez en tu vida?

—Ya me estás cansando, Krimo. Si quieres mi opinión, eres un pelmazo integral. No he venido aquí por ti.

—Yo sí. He venido especialmente de Alicante para confirmarte que no he olvidado nada, ni perdonado nada.

—¿Y para eso has sacado tu viejo uniforme y todas tus medallas de la maleta de cartón que se estaba pudriendo en el sótano?

—Has dado en la diana.

—No soy Dios, ni tampoco la república. No tengo méritos para reconocerte los

tuyos, ni lamentos para compadecerte en tu pena. No soy más que un superviviente que ignora por qué se libró sin un rasguño, no estando en nada por encima de quienes cayeron. Si te sirve de consuelo, te diré que estamos todos en las mismas. *Nosotros hemos traicionado a nuestros mártires, vosotros habéis traicionado a vuestros antepasados, y luego ellos os han traicionado a vosotros.*

—Yo no he traicionado a nadie.

—¡Pobre loco! ¿Acaso ignoras que todo superviviente de una guerra es, de un modo u otro, un traidor?

Krimo quiere replicar, con la boca retorcida por la furia interna; el regreso de Michel lo frena en seco. Tras mirarme con rencor de arriba abajo, consiente en apartarse de mi camino y me deja regresar al coche aparcado un poco más abajo, cerca de un espacio ferial.

—¿Vienes con nosotros, Krimo? —le pregunta Michel, abriéndome la portezuela.

—No. Tomaré un taxi.

Michel no insiste.

—Lamento lo de Krimo —se disculpa Michel mientras arranca.

—No pasa nada. ¿Me espera la misma acogida allá donde voy?

—Vamos a mi casa. Puede que le resulte extraño, pero hace apenas unas horas Krimo brincaba de impaciencia por volver a verle. No daba la impresión de estar esperándole para ser desagradable. Llegó ayer de España. Se pasó la velada riendo al recordar los años de Río. No sé qué le ha dado de repente.

—Ya se le pasará, y a mí también.

—Sería lo más razonable. Mi madre decía que la gente sensata acaba reconciliándose obligatoriamente.

—¿Émilie decía eso?

—Sí, ¿por qué?

No contesté.

—¿Cuántos hijos tiene usted, señor Jonas?

—Dos, un chico y una chica.

—¿Y nietos?

—Cinco. El más pequeño de todos, que caso la semana que viene, ha sido campeón de Argelia de submarinismo durante cuatro años seguidos. Pero mi orgullo y esperanza están ante todo en Norah, mi nieta. Con veinticinco años, ya dirige una de las editoriales más importantes del país.

Michel acelera. Remontamos la carretera de Aviñón hasta un semáforo; una señal indica la dirección de Chemin Brunet; Michel la toma. Es un camino con muchas curvas que conduce hasta la ciudad alta, flanqueado por tapias tras las cuales se ven bonitas viviendas, o agradables edificios protegidos por verjas correderas. El barrio es tranquilo, florido y luminoso. No hay un solo niño jugando en la calle. Sólo algunas personas mayores esperan con paciencia su autobús, a la sombra de las plantas trepadoras.

La casa de los Benyamin se encuentra en lo alto de una loma, oculta dentro de un bosquecillo. Se trata de una pequeña villa pintada de blanco, rodeada por un muro de sillería cubierto de hiedra. Michel pulsa un mando a distancia; la verja se aparta automáticamente, dando a un gran jardín en cuyo fondo, al aire libre, se encuentran tres hombres alrededor de una mesa.

Me apeo del coche. El césped se hunde bajo mis pies. Dos de los tres ancianos se levantan. Nos miramos en silencio. Reconozco al más alto, un larguirucho algo encorvado y calvo. No recuerdo su nombre. No habíamos sido muy amigos en Río Salado; nos saludábamos como vecinos por la calle y nos ignorábamos apenas vueltos de espalda. Su padre era el jefe de la estación del pueblo. A su lado, un setentón bastante bien conservado, con la barbilla voluntariosa y la frente prominente; es Bruno, el joven policía al que le encantaba sacar pecho en la plaza del pueblo haciendo girar el cordón de su silbato alrededor del dedo. Me sorprendió encontrarlo ahí; me habían dicho que había muerto en un atentado de la OAS en Orán. Se acerca a mí, me tiende la mano izquierda; lleva una prótesis en el brazo derecho.

—Jonas... ¡Qué alegría volver a verte!

—Yo también me siento muy feliz de verte, Bruno.

El larguirucho me saluda a su vez. Me da una mano blanda. Lo noto incómodo. Supongo que todos lo estamos. Al venir en el coche, imaginaba un reencuentro entusiasta, con grandes abrazos y risotadas pautando las palmadas al hombro. Me veía estrechando a unos, rechazando a otros para mirarlos mejor, recordando de sopetón los motes y pullas de antaño, volviendo a la infancia el tiempo que dura una anécdota, y ganando la partida a todas esas cosas que han poblado nuestras noches durante años, para quedarnos con lo que nos conviniera, aquello susceptible de suavizar el recuerdo. Ahora que por fin estamos reunidos, que nos podemos tocar, hechos puro recuerdo y supervivencia, con el corazón desbocado y los ojos empañados, un oscuro malestar desactiva nuestros impulsos y nos quedamos cortados, como chavales que se juntan por vez primera y no saben cómo entrar en conversación.

—¿No te acuerdas de mí, Jonas? —me pregunta el larguirucho.

—Tengo tu nombre en la punta de la lengua, pero conservo intacto el recuerdo. Vivías en el número 6, detrás de donde la señora Lambert. Aún te veo escalando el muro para merodear por su huerto.

—No era un huerto sino sólo una higuera grande.

—Era un huerto. Sigo viviendo en el 13 y todavía oigo a ratos a la señora Lambert echar pestes de los pillos que infestaban sus árboles frutales...

—¡Hay que ver! En mis recuerdos no había más que una higuera grande.

—Gustave —exclamé, mientras chasqueaba los dedos—. Ahora me acuerdo. Gustave Gusset, el más burro de la clase. Siempre haciéndose el gracioso en su rincón.

Gustave suelta una carcajada y me estrecha con fuerza.

—¿Y yo? —pregunta el tercer anciano sin moverse de la mesa—. ¿Me reconoces a mí? Nunca he robado en los huertos, y en clase me comportaba como un santo.

Él, en cambio, está muy cascado. André J. Sosa, el vacilón de Río que manejaba la pasta como su padre el látigo. Está enorme, obeso, con una tripa que le cae sobre las rodillas y a duras penas contenida por unos sólidos tirantes. Con su pecosa calva, su cara indescifrable entre tanta arruga, me ofrece una amplia sonrisa.

—¡Dédé!

—Pues sí, Dédé —dice—. Inmortal como un académico.

Y empuja su silla de ruedas hacia mí.

—Puedo caminar —no deja de señalarme—, es que peso mucho.

Nos fundimos en un fuerte abrazo. Las lágrimas desbordan; no hacemos nada para contenerlas. Reímos llorando y dándonos puñetazos en los costados.

La tarde nos pilla alrededor de la mesa, riendo a carcajadas y tosiendo como descosidos. Krímo, llegado una hora antes, ha dejado de fastidiarme. Ya se despachó a gusto en el cementerio; lo tengo sentado enfrente, con mala conciencia después de lo que nos hemos dicho. Puede que contuviera en el corazón un grito que jamás tuvo oportunidad de soltar. En cualquier caso, tiene el aspecto tranquilo de quien acaba de ajustar cuentas consigo mismo. Se lo ha pensado mucho antes de mirarme a la cara. Luego se ha puesto a escucharnos hablar de Río, de los festejos estacionales, de las vendimias, de las juergas prostibularias que prolongaban las borracheras, de Pepe Rucillio y sus calaveradas clandestinas, de los vivaques al raso; ni una sola vez ha evocado un infausto acontecimiento o un recuerdo inoportuno.

Martine, la esposa de Michel, una robusta hembra de Aoulef, medio bereber y

medio bretona, nos ha hecho una bullabesa pantagruélica. La *rouille* está succulenta y el pescado se derrite en la boca como el queso.

—¿Sigues sin beber? —me pregunta André.

—Ni una gota.

—No sabes lo que te pierdes.

—Como si sólo hubiera eso, Dédé.

Se sirve una copa, se la queda mirando y se la bebe de un trago.

—¿Es cierto que ya no se produce vino en Río?

—Es cierto.

—¡Joder! Menudo estropicio. Te juro que todavía me viene a veces al paladar el toque milagroso de aquel vino que entraba solo, y tan nuestro, aquel bendito *Alicante d'El Maleh* que nos incitaba a emborracharnos hasta tomar una calabaza por el culo de una madrastra.

—La revolución agraria se llevó por delante todos los viñedos de la región.

—¿Qué otra cosa han plantado? —se indigna Gustave—. ¿Patatas?

André aparta la botella para verme mejor.

—¿Y Jelloul? ¿Qué ha sido de él? Sé que fue capitán del ejército argelino y que tuvo mando en un sector militar del Sahara. Pero ignoro lo que ha sido de él en los últimos años.

—Se jubiló de coronel a principios de los noventa. Nunca vivió en Río. Tenía una villa en Orán en la que pensaba vivir el resto de su vida. Pero se nos vino encima el terrorismo islamista y a Jelloul lo asesinaron de un disparo de posta mientras soñaba despierto en la puerta de su casa.

André se sobresalta, desembriagado.

—¿Jelloul ha muerto?

—Sí.

—¿Asesinado por un terrorista?

—Sí, un emir del GIA. Y agárrate bien, Dédé: ¡su propio sobrino!

—¿Que el asesino de Jelloul fue su propio sobrino?

—Lo que oyes.

—¡Dios mío! Qué triste ironía del destino.

Fabrice Scamaroni se une a nosotros ya de anohecida. Por culpa de una huelga de trenes. Nueva tanda de abrazos. Fabrice y yo nunca perdimos contacto. Lo veo a menudo en debates televisivos, ya convertido en gran periodista y escritor de éxito. Ha regresado varias veces a Argelia para su periódico y aprovechó cada reportaje para darse una vuelta por Río Salado. Se quedaba en mi casa. En cada una de sus visitas, muy de mañana, hiciera el tiempo que hiciese, lo acompañaba al cementerio

cristiano para rezar ante la tumba de su padre. Su madre murió en los setenta, en el naufragio de un yate en aguas de Cerdeña.

Las botellas de vino cubren ahora la mesa. Hemos resucitado a nuestros muertos, brindado por su memoria; hemos preguntado por nuestros vivos, ¿qué ha sido de fulano, por qué optó por exiliarse a Argentina, por qué mengano prefirió Marruecos?... André tiene una cogorza de campeonato, pero aguanta el tirón. Bruno y Gustave no paran de ir y venir del jardín al aseo.

Yo acecho la verja.

Todavía falta uno: Jean-Christophe Lamy.

Sé que está vivo, y que dirige con Isabelle una empresa grande y boyante en la Costa Azul. ¿Por qué no está aquí? Niza está a menos de dos horas de carretera de Aix. André llega de Bastia, Bruno de Perpiñán, Krime de España, Fabrice de París, Gustave de Saône-et-Loire... ¿Me seguirá guardando rencor? ¿Acaso le hice algo? Visto con perspectiva, nada... No le hice nada. Lo quise como a un hermano, y como a un hermano lo lloré el día en que se alejó, llevándose *nuestra época* en los tacones de sus zapatos sin cordones.

—¡Vuelve a la tierra, Jonas! —me sacude Bruno.

—¿Sí?

—¿En qué estás pensando? Llevo por lo menos cinco minutos hablándote.

—Lo siento. ¿Qué decías?

—Hablaba del pueblo. Estaba diciendo que hemos vivido huérfanos de nuestro país.

—Y yo, huérfano de mis amigos. No sé quién ha perdido más: pero lo cierto es que estas cosas pesan igual en el corazón.

—No creo que hayas perdido más que nosotros, Jonas.

—Así es la vida —dice André con filosofía—. Lo que ganas por un lado, lo pierdes por otro. Pero ¡por Dios!, ¿por qué tiene que salir tan caro?... Bruno tiene razón. No es lo mismo. No, no es para nada lo mismo perder a los amigos que perder la patria. Se me desgarran las tripas con sólo pensarlo. Prueba de ello es que aquí *nosotros* no decimos nostalgia, decimos *nostargelia*.

Respira hondo; los ojos le relucen a la luz del farol.

—Llevo Argelia dentro de mí —confiesa—. A veces me oprime como una túnica de Nesos, a veces me perfuma como una delicada fragancia. Intento despistarla, pero no lo consigo. ¿Cómo olvidar? He querido poner una cruz a mis recuerdos de juventud, meterme en otra cosa, empezar de cero. Imposible. No soy un gato y sólo tengo una vida, y mi vida se quedó allí, en el terruño... Por mucho que intento juntar todos los horrores para expulsar a este de mí, no hay manera. El

sol, las playas, nuestras calles, nuestra cocina, nuestras buenas cogorzas y nuestros días felices pueden con mi rabia, y me sorprende sonriendo cuando me disponía a morder. Nunca he olvidado Río, Jonas. Ni una sola noche, ni un instante. Recuerdo cada mata de hierba de nuestra colina, cada chiste de café, y las payasadas de Simon eclipsan hasta su propia muerte, como si él se negara a que se asocie su trágico final al de nuestros sueños argelinos. Te aseguro que he hecho todo lo posible por olvidar. He querido, antes que nada en el mundo, extraer cada uno de mis recuerdos con alicate, como se hacía antes con las muelas picadas. He vivido en todas partes, en Hispanoamérica, en Asia, para mantener las distancias y reinventarse en otra parte. He querido demostrarme que había otros países, que una patria se reconstruye como una nueva familia; no es verdad. Me bastaba con detenerme un segundo para que el terruño se me volviera a meter dentro. Me bastaba con darme la vuelta para verlo allí, como si fuera mi sombra.

—Si al menos nos hubiésemos ido por las buenas —se queja Gustave, al borde del coma etílico—. Pero nos obligaron a dejarlo todo y a irnos con lo puesto y con las maletas llenas de fantasmas y de penas. Nos lo quitaron todo, incluso el alma. No nos dejaron nada, nada de nada, ni siquiera los ojos para llorar. No es justo, Jonas. No todo el mundo era colono, no todo el mundo manejaba la fusta del amo; en algunos casos no teníamos ni botas a secas. Teníamos nuestros pobres y nuestros barrios pobres, nuestra gentuza y nuestra gente de buena voluntad, nuestros pequeños artesanos, más pequeños que los vuestros, y a menudo rezábamos las mismas oraciones. ¿Por qué tuvieron que meternos a todos en el mismo saco? ¿Por qué nos hicieron pagar por un puñado de feudales? ¿Por qué nos hicieron creer que éramos extranjeros en la tierra que vio nacer a nuestros padres, a nuestros abuelos y a nuestros tatarabuelos, que éramos los usurpadores de un país que habíamos construido con nuestras manos y regado con nuestro sudor y nuestra sangre? Mientras no tengamos la respuesta, la herida no cicatrizará.

Me preocupa el cariz que va tomando la conversación. Krimo bebe sin parar; temo que vuelva a sacar el tema de antes.

—¿Sabes, Jonas? —dice de repente, abriendo por primera vez la boca en toda la velada—. Me encantaría que Argelia saliera adelante.

—Saldrá adelante —dice Fabrice—. Argelia es un El Dorado en barbecho. Le falta algo de presencia de ánimo. Por ahora se está buscando, a veces allá donde no se encuentra. Y se parte los dientes, qué remedio. Pero sigue siendo una niña, y ya le saldrán otros.

Bruno me coge la mano, la aprieta con fuerza.

—Tengo ganas de regresar a Río, aunque sólo fuera por un día y una noche.

—¿Quién te lo impide? —le dice André—. Hay vuelo diario para Orán o para Tlemcen. En menos de hora y media estás en la mierda hasta el cuello.

Soltamos unas carcajadas como para alborotar el vecindario.

—En serio —dice Bruno.

—¿En serio, qué? —le dije—. Dédé tiene razón. Te metes en un avión y, en menos de dos horas, te plantas en tu casa. Por un día o para siempre. Río no ha cambiado demasiado. Es cierto que está algo deprimido, las antaño floridas calles están mustias, ya no quedan bodegas y apenas viñedos, pero la gente es estupenda y acogedora. Si vienes a mi casa, tendrás que ir a la de los demás, para lo cual no bastará una eternidad.

Michel me lleva a mi hotel pasada la medianoche, sube conmigo a la habitación y, una vez allí, me entrega una caja metálica cerrada por un minúsculo candado.

—Mi madre me pidió que se la entregara en propia mano. Si no llega a venir, me habría visto obligado a dar un salto a Río.

Tomo la caja, contemplo sus añejos dibujos desconchados. Es una caja de bombones muy antigua, con escenas de vida palaciega, príncipes azules flirteando con sus amadas junto a un surtidor; por el peso, no parece contener gran cosa.

—Pasaré a recogerlo mañana a las diez. Almorzaremos en casa de la sobrina de don André Sosa, en Manosque.

—A las diez, Michel. Y gracias.

—De nada, señor Jonas. Buenas noches.

Se va.

Me siento en el borde de la cama, con la caja entre las manos. ¿Qué posdata de Émilie? ¿Qué señal de ultratumba? La recuerdo en la calle Frères-Julien de Marsella, aquel caluroso día de marzo de 1964; recuerdo su mirada fija, su cara bronceada, sus labios exangües triturando mi última oportunidad de recuperar el tiempo perdido. Me tiembla la mano; la frialdad del metal me cala hasta los huesos. Tengo que abrir. Caja de Pandora o caja de música, ¿qué más da? A los ochenta años, el porvenir quedó atrás. Por delante sólo hay pasado.

Abro el pequeño candado, levanto la tapa. ¡Cartas!... Sólo hay cartas dentro de la caja. Cartas amarillentas por el tiempo y el encierro, algunas hinchadas por la humedad, otras torpemente alisadas como si se hubiese pretendido devolverles su aspecto original tras haberlas arrugado. Reconozco mi letra en los sobres, los sellos de mi país... por fin comprendo por qué Émilie no me contestaba; nunca abrió mis cartas ni mis tarjetas de felicitación.

Vuelco el contenido de la caja sobre la cama, compruebo uno por uno los sobres con la esperanza de encontrar una carta de ella... Hay una, reciente, aún firme al tacto, sin sello ni dirección, con justo mi nombre encima y un trozo de celo pegando la solapa.

No me atrevo a abrirla.

Mañana, quizá...

Almorzamos en casa de la sobrina de André, en Manosque. Allí también sacamos nuestras antañonas anécdotas, pero no tardamos en quedarnos sin inspiración. Se acercó otro *pied-noir* a saludarnos. Cuando oí su voz creí que era Jean-Christophe Lamy, lo cual me insufló una buena dosis de algo que me revigorizó; fuerza que desapareció apenas vi que no era él. El desconocido nos hizo compañía casi una hora antes de eclipsarse. Al hilo de las historias, cuyos pormenores no captaba, se dio cuenta de que, pese a su origen oranés —nacido en Lamoricière, cerca de Tlemcen—, se estaba entrometiendo en nuestra intimidad, alterando un orden que le era extraño. Bruno y Krime se fueron los primeros, primero a Perpiñán, donde este recalaría en casa de su amigo antes de cruzar la frontera española. Hacia las cuatro de la tarde dejamos a André con su sobrina y acompañamos a Fabrice a la estación de Aix-TGV.

—¿Tienes que volver por fuerza al pueblo mañana? —me pregunta Fabrice—. A Hélène le gustaría tanto volver a verte. París está sólo a tres horas de aquí. Podrías tomar el avión de Orly. No vivo lejos del aeropuerto.

—Otra vez será, Fabrice. Da un beso a Hélène de mi parte. ¿Sigue escribiendo?

—Se jubiló hace ya mucho tiempo.

Llega el tren, magníficamente monstruoso. Fabrice se sube al estribo, me da un último abrazo y ocupa su lugar en el vagón. El tren se mueve, se desliza lentamente sobre los raíles. Busco a mi amigo tras los ventanales y lo veo de pie, con la mano en la sien a modo de saludo. Y la partida del tren me lo arrebató.

De regreso en Aix, Gustave nos invita al restaurante Deux-Garçons. Después de cenar, caminamos en silencio por el paseo Mirabeau. Hace buen tiempo y las terrazas están abarrotadas. Hay jóvenes haciendo cola ante los cines. Un músico desmelenado afina su violín, sentado sobre el suelo en medio de la explanada, con su perro enroscado a su lado.

Delante de mi hotel, dos transeúntes embroncan a un conductor temerario. Este, ya sin argumento, se vuelve a subir al coche dando un sonoro portazo.

Mis compañeros me dejan en manos de la recepcionista y se retiran quedando en

pasar a recogerme a las siete de la mañana para llevarme al aeropuerto.

Tomo una ducha muy caliente y me meto en la cama.

La caja de Émilie está sobre la mesilla de noche, inmutable como una urna funeraria. Mi mano retira por su cuenta el candado, pero no se atreve a levantar la tapa.

No consigo pegar ojo. Intento no pensar en nada. Estrecho mis almohadas, me pongo del lado derecho, del izquierdo, luego de espaldas. Me siento infeliz. El sueño me aísla y no tengo ganas de estar solo en la oscuridad. No me apetece para nada sostener un careo conmigo mismo. Necesito rodearme de cortesanos, compartir mis frustraciones, inventarme chivos expiatorios. Siempre ha sido igual: quien no encuentra solución a su desgracia, se busca un culpable. Mi propia desgracia es imprecisa. Siento una lástima que no consigo ubicar. ¿Émilie? ¿Jean-Christophe? ¿La edad? ¿Esta carta esperándome en la caja? ¿Por qué no habrá venido Jean-Christophe? ¿Será el rencor más asiduo que el sentido común?

Por la ventana abierta a un cielo azulado y al medallón de la luna, me dispongo a ver desfilar, a cámara lenta, mis torpezas y mis alegrías, así como los rostros familiares. Los oigo llegar con un ruido de desprendimiento. ¿Cómo seleccionarlos? ¿Qué actitud observar? Doy vueltas alrededor de un abismo, como un funámbulo sobre un filo de navaja, un vulcanólogo alucinado al borde de un cráter bullente; me hallo ante las puertas de la memoria: esos infinitos rollos de pruebas de rodaje en los que estamos archivados, esos grandes cajones oscuros en donde se encuentran almacenados los héroes ordinarios que hemos sido, los mitos camusianos que no hemos sabido encarnar; en fin, los actores y comparsas que fuimos por turno, geniales y grotescos, bellos y monstruosos, encorvados por el peso de nuestras pequeñas cobardías, de nuestras hazañas, de nuestras mentiras, de nuestras confesiones, de nuestros juramentos y abjuraciones, de nuestras valentías y defecciones, de nuestras certidumbres y dudas; esto es de nuestras ilusiones más insobornables. ¿Qué conservar de todas aquellas pruebas de rodaje? ¿Qué desechar? Si sólo nos pudiésemos quedar con un instante de nuestra vida para llevárnoslo en el viaje más largo, ¿cuál elegir? ¿A costa de qué y de quién? Y sobre todo, ¿cómo aclararse entre tantas sombras, tantos espectros, tantos titanes? ¿Quiénes somos en realidad? ¿Lo que fuimos y lo que nos hubiera gustado ser? ¿El daño que causamos o el que padecemos? ¿Las citas a las que no acudimos o los encuentros fortuitos que desviaron el curso de nuestro destino? ¿Los bastidores que nos preservaron de la vanidad o las candilejas que usamos como hogueras? Somos todo eso a la vez, todo lo que ha sido nuestra vida, con sus altibajos, sus proezas y sus vicisitudes; también somos el conjunto de los fantasmas que nos habitan; somos

varios personajes en uno, tan convincentes en los distintos papeles que hemos asumido que nos resulta imposible saber cuál hemos sido de verdad, en cuál nos hemos convertido, cuál nos sobrevivirá.

Tiendo el oído a los ruidos de antaño; ya no estoy solo. Unos susurros revolotean entre recuerdos fragmentados, como cascajos alrededor de un impacto; frases crípticas, llamadas mutiladas, risas y lágrimas entremezcladas, indisociables. Oigo a Isabelle tocar el piano —Chopin—, veo sus dedos largos patinar sobre el teclado con una rara destreza, le busco el rostro que imagino tenso por su extática concentración; la imagen se niega a moverse, se bloquea empecinadamente en las teclas del piano, mientras que las notas explotan en mi cabeza como una coreografía de fuegos artificiales... Mi perro aparece de pronto tras una loma, con mirada perpleja a la vez que melancólica; tiendo la mano para acariciarlo; un gesto que asumo pese a ser absurdo. Mis dedos se deslizan sobre la manta como sobre un pelaje. Dejo que la evocación se apodere de mi hálito, de mi insomnio, de todo mi ser. Veo nuestra choza al final de un camino prácticamente borrado... Soy el perpetuo niño... No es que uno regrese a la infancia, sino que nunca salió de ella. ¿Viejo yo? ¿Qué es un viejo si no un niño que ha pillado años o tripa? Mi madre corre loma abajo, levantando constelaciones de polvo. *Mamá, mi dulce mamá*. Una madre no es sólo un ser, por único que sea, o una época; una madre es una presencia que ni la erosión del tiempo ni los fallos de la memoria pueden alterar. Así me lo demuestran todos los días de Dios, todas las noches en que la latencia me acorrala en mi cama. Sé que está ahí, que siempre lo ha estado a lo largo de los tiempos, de las oraciones abortadas, de las promesas incumplidas, de las ausencias insoportables y los esfuerzos vanos... Más allá, acucillado sobre un montón de piedras, con un sombrero de esparto calado hasta las orejas, mi padre mira cómo la brisa abraza la esbeltez de las cañas. Luego, todo se dispara: el fuego arrasando nuestros campos, la calesa del caíd, la carreta llevándome allá donde mi perro no tenía cabida... Jenane Jato... El barbero cantando, Patapalo, El Moro, Ouari y sus jilgueros... Germaine abriéndome los brazos ante la mirada conmovida de mi tío... Luego Río, otra vez Río, siempre Río... Cierro los ojos para poner fin a algo, detener una historia mil veces convocada y mil veces falsificada... *¡No lo consigo!* ... Nuestros párpados se convierten en puertas falsas; Si los cerramos, empiezan a contar; si los abrimos, nos adentran en nosotros mismos. Somos rehenes de nuestros recuerdos. Nuestros ojos han dejado de pertenecernos... Busco a Émilie en la deshilachada película que tengo metida en la cabeza; no está en ninguna parte. Imposible regresar al cementerio a recoger el polvo de la rosa; imposible regresar al 143 de la calle Frères-Julien para optar al estatuto de gente sensata, de gente que

acaba obligatoriamente reconciliándose. Voy y vengo por entre el tremendo gentío que abarrotaba el puerto de Orán en aquel verano de 1962; veo en los muelles a familias aleladas, amontonadas sobre las escasas pertenencias que han conseguido poner a salvo, a los niños reventados de cansancio durmiendo por el suelo, el paquebote a punto de poner a los desarraigados a merced del vagabundeo del exilio; por mucho que corro de un rostro a un grito, de un abrazo a un pañuelo de despedida, no veo a Émilie por ninguna parte... ¿Y qué hay de mí en todo esto? Sólo soy una mirada que corre, corre, corre por los huecos de la ausencia y la desnudez de los silencios...

¿Qué hacer de mi noche?

¿A quién puedo contarlo?

En realidad, no quiero hacer nada de mi noche ni quiero contar nada. Esta es una verdad que nos desquita de todas las demás: todo tiene un final, y no hay mal que cien años dure.

Me armo de valor, abro la caja, luego la carta. Está fechada una semana antes de la muerte de Émilie. Respiro hondo y leo:

Querido Younes.

Te estuve esperando el día siguiente de nuestro encuentro en Marsella. En el mismo lugar. Te estuve esperando otro día, luego otro y otro. No volviste. Es el mektub, como llamamos nosotros al destino. Una nadería basta para todo, para lo que vale y lo que no. Hay que saber aceptarlo. El tiempo nos hace sentar cabeza. Lamento todos los reproches que te hice. Puede que por eso no me haya atrevido a abrir tus cartas. Hay silencios que se deben respetar. Al igual que las aguas estancas, apaciguan nuestra alma.

Perdóname como yo te perdoné.

Desde donde me encuentro ahora, junto a Simon y a los seres queridos que he perdido, siempre pensaré en ti.

Émilie

Fue como si, súbitamente, todas las estrellas del cielo se hubieran vuelto una, como si la noche, toda la noche, acabara de entrar en mi habitación para velar por mí. Sé que a partir de ahora, allá donde vaya, dormiré en paz.

El aeropuerto de Marignane está tranquilo; no hay demasiado gentío y las colas ante los puntos de facturación se mueven con fluidez. La zona reservada a Air Algérie

está casi desierta. Algunos viajeros cargados de maletas —*trabendistes*, para los iniciados; contrabandistas incombustibles nacidos de la penuria y del instinto de supervivencia— negocian su exceso de peso recurriendo a todas las estratagemas; su número no impresiona al empleado de la compañía. Detrás, unos ancianos jubilados esperan con paciencia su turno, con sus carros sobrecargados.

—¿Lleva usted equipaje, señor? —me pregunta la encargada del mostrador.

—Sólo esta bolsa.

—¿Se la queda con usted?

—Así no tendré que esperar a la llegada.

—Tiene usted razón —me contesta, devolviéndome el pasaporte—. Aquí tiene usted su tarjeta de embarque. A las 9.15 horas tendrá que estar ante la puerta 14.

Mi reloj señala las 8.22. Invito a Bruno y a Michel a tomar un café. Nos sentamos a una mesa. Bruno intenta sin éxito dar con un tema de conversación interesante. Nos bebemos nuestro café muy callados, con la mirada en el vacío. Pienso en Jean-Christophe Lamy. Ayer estuve a punto de preguntar a Fabrice por qué *el mayor de nosotros* no había venido; se me contrajo la lengua y no insistí. Me enteré por André que Jean-Christophe había asistido a los funerales de Émilie, que Isabelle, que iba con él, se encontraba perfectamente, que ambos sabían que yo iba a ir a Aix... Esto me entristece.

El altavoz anuncia el embarque de forma inmediata del vuelo AH 1069 con destino a Orán. Es el mío. Bruno me estrecha y se queda un rato abrazado a mí. Michel me besa en las mejillas, me dice algo que no entiendo. Les agradezco su hospitalidad y me separo de ellos.

No voy a la sala de embarque.

Me pido un segundo café.

Espero.

Mi intuición me dice que algo va a ocurrir, que tengo que tomármelo con paciencia y permanecer clavado en la silla en la que estoy sentado.

«Último aviso para los pasajeros del vuelo AH 1069 con destino a Orán —grita una voz de mujer por el altavoz—. Este es el último aviso para los pasajeros del vuelo AH 1069».

Mi taza de café está vacía. Vacía tengo la cabeza. Estoy envasado al vacío. Y esta dichosa intuición me sigue obligando a esperar sentado. Los minutos desfilan sobre mis hombros como si fueran paquidermos. Me duele la espalda, me duelen las rodillas, el vientre. El sonido del altavoz me perfora el cerebro y retumba sañudamente en las sienes. Ahora es a mí a quien ruegan que me presente de inmediato ante la puerta 14.

«Se ruega al señor Mahieddine Younes que se presente de inmediato ante la puerta de embarque 14. Este es el último aviso».

Creo que la intuición me está fallando con la edad. Ponte de pie, que aquí ya no hay nada que esperar. Date prisa si no quieres perder el avión. Tu nieto se casa dentro de tres días.

Recojo mi bolsa y me dirijo al área de embarque. Apenas he llegado a la fila de espera, una voz me llama desde lo más hondo de no sé qué:

—¡Jonas!

Es Jean-Christophe. Ahí está, tras la línea amarilla, con su gabardina ajustada, su cabellera cana, caído de hombros, viejo como el mundo.

—Ya estaba empezando a darlo por perdido —le dije, volviendo sobre mis pasos.

—Y eso que he hecho lo imposible para no venir.

—Eso demuestra que sigues siendo igual de testarudo. ¿No te parece que somos demasiado mayores para seguir de morros? Ya estamos al margen del tiempo. En el crepúsculo de nuestra vida, son pocos los placeres que nos quedan, y no hay mayor alegría que volver a ver una cara después de cuarenta y cinco años.

Nos estrechamos con fuerza. Aspirados por un enorme imán. Como dos ríos procedentes de los antípodas, acarreado todas las emociones de la tierra y que, tras haber arrollado montes y valles, se fusionan de pronto en un mismo lecho de espuma y de trombas. Oigo el impacto de nuestros vetustos cuerpos, de nuestra ropa y nuestras carnes fundirse en una misma arruga. El tiempo hace una pausa. Estamos solos en el mundo. Nos estrechamos con fuerza, como antaño estrechábamos por la cintura nuestros sueños, convencidos de que se nos escaparían apenas aflojáramos la presión. Nuestras carcasas desgastadas hasta el tuétano se apuntalan una a otra, permanecen de pie en medio del tornado de nuestros gemidos. Ya no somos sino dos fibras en vivo, dos cables eléctricos pelados a punto de cortocircuitarse, dos viejos mocosos súbitamente entregados a sí mismos, llorando sin disimulo ante desconocidos.

«Se ruega al señor Mahieddine Younes que se presente de inmediato en la puerta de embarque 14», nos atropella la voz femenina desde el altavoz.

—¿Dónde te habías metido? —le digo, empujándolo para verlo mejor.

—Aquí estoy, eso es lo que cuenta.

—Estoy de acuerdo.

Nos volvemos a abrazar.

—Me alegro mucho.

—Yo también, Jonas.

—¿Has estado por aquí ayer y anteayer?

—No, estaba en Niza. Fabrice me llamó para ponerme verde, y luego Dédé. Dije que no iría. Y esta mañana, Isabelle casi me ha echado a la calle. A las cinco de la mañana. He estado conduciendo como un loco. A mi edad.

—¿Cómo está ella?

—Exactamente igual que como la conociste. Incombustible e incorregible... ¿Y tú?

—No me quejo.

—Pareces estar en forma... ¿Has visto a Dédé? ¿Sabes que está muy enfermo? Ha hecho el viaje sólo por ti... ¿Qué tal ha ido el reencuentro?

—Hemos reído hasta llorar, y luego hemos llorado.

—Me lo imagino.

«Se ruega al señor Mahieddine Younes que se presente inmediatamente en la puerta de embarque 14».

—Y Río, ¿cómo está Río?

—¿Por qué no lo compruebas tú mismo?

—¿Me habrán perdonado?

—Y tú, ¿has perdonado?

—Soy demasiado viejo, Jonas. Ya no estoy para rencores; la menor irritación me deja agotado.

—¿Ves? Vivo en la misma casa frente a los viñedos. Y ya viviré solo por siempre. Enviudé hace más de diez años, tengo un hijo casado en Tamanrasset y una hija profesora en la Universidad Concordia de Montreal. Así que me sobra espacio. Elegirás la habitación que más te guste, todas están disponibles. El caballo de madera que me regalaste para que te perdonara la paliza que me diste por Isabelle sigue en el mismo sitio donde lo viste la última vez, sobre la chimenea.

Un empleado de Air Algérie algo despistado se me acerca.

—¿Viaja usted a Orán?

—Sí.

—¿Es usted Mahieddine Younes?

—Sí, soy yo.

—Por favor, lo están esperando para despegar.

Jean-Christophe me hace un guiño.

—*Tabqa ala Jir*, Jonas. Ve en paz.

Me vuelve a estrechar. Noto cómo se me estremece el cuerpo con su abrazo, que dura una eternidad, para indignación del empleado. Jean-Christophe se aparta el primero. Con un nudo en la garganta y los ojos enrojecidos, me dice en voz baja:

—Ahora, lárgate.

—Te estaré esperando —le digo.

—Iré, te lo prometo.

Me sonrío.

Me apresuro para paliar mi retraso, el empleado de Air Algérie me abre camino en la fila, paso por el escáner y luego por la policía de aduanas. Justo cuando me dispongo a pisar el umbral de la zona franca, miro por última vez hacia atrás y los veo a *todos* sin excepción, vivos y muertos, de pie tras el gran ventanal, despidiéndose de mí con la mano.



YASMINA KHADRA, es el pseudónimo bajo el que se esconde el escritor argelino nacido en Kdnasa en 1955, Mohammed Moulessehoul. Cursó sus estudios en la Escuela Nacional de los Cadetes de la Revolución, compaginando su formación como militar, y su posterior inclusión en el ejército, con la literatura.

Su primera novela, escrita a principios de 1973, no fue publicada hasta 1984. Tras seis novelas escritas con su nombre real, decide en 1989 publicar con el pseudónimo de Yasmina Khadra, fundamentalmente para poner fin a la autocensura que se había impuesto debido a la delicada situación política de su país y a su posición dentro del ejército.

En 1997 publica la que será la novela que le catapulta a la fama, *Morituri*. En 2000, y con el grado de comandante, abandona el ejército argelino para dedicarse por completo a la literatura; es entonces cuando revela su verdadera identidad, lo que causa gran escándalo tanto en Francia como en Argelia. Quienes habían tenido muy en cuenta en sus críticas el hecho de que estas novelas que tanto éxito cosechaban se debieran a la pluma de nada menos que una mujer de la desgarrada Argelia, caen ahora en la decepción y le acusan de impostura. Su pertenencia a un ejército que en los años inmediatamente anteriores ha sido acusado de perpetrar masacres so pretexto de la lucha contra el terrorismo también le acarrea problemas. Yasmina Khadra contará en una novela, *El escritor* (2001), los detalles de su vida como

escritor dentro del ejército, mientras que en *La impostura de las palabras* (2002), se enfrentará a todas las acusaciones que se le hacen. Entretanto, Moulessehoul deja su país natal. Tras una corta estancia en México, se instala con esposa y sus hijos en Aix-en-Provence (Francia).

Otro aspecto polémico de su obra es la elección de la lengua francesa. Si bien esta tiene un amplio uso en Argelia debido al largo tiempo que el país fue colonia francesa, no ha amainado nunca desde la independencia el debate sobre su uso, en clara competencia con el árabe estándar en muchos campos, el de la literatura entre ellos. Moulessehoul explica que él empezó a escribir en árabe, pero que su profesor de lengua criticaba su expresión y le desanimaba, mientras que el profesor de francés hacía justo lo opuesto, lo que finalmente hizo que le fuera más cómodo expresarse en la antigua lengua colonial. No es menos cierto que de haber estado escrita en árabe, la obra de Yasmina Khadra no habría tenido ni mucho menos la proyección internacional que ha logrado.